

litoral

Revista de la Poesía,
el Arte y el Pensamiento

Fundada en 1926 por Emilio Prados y Manuel Altolaguirre.
Dirigida en su cuarta etapa por José María Amado,
1968-1999

Dirige
Lorenzo Saval

Adjunta a la dirección
María José Amado

MAQUETACION Y DISEÑO

Lorenzo Saval y
Miguel Gómez Peña, S. L.

EDITA

Revista Litoral, S. A.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Pilar Salado
Urb. La Roca, 107 C
29630 Torremolinos. Málaga
Tel. 95 238 82 57
Fax. 95 238 07 58
litoralr@teleline.es
www.apex-es.com/litoral

DISTRIBUCION

Les Punxes
Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona
Tel. 93 485 63 80
Fax 93 300 90 91
punxes@fedecali.es

Distriforma

(Comunidad de Madrid)
Oficios, 16. 28906 Getafe, Madrid
Tel. 91 601 77 42
Fax 91 683 85 10

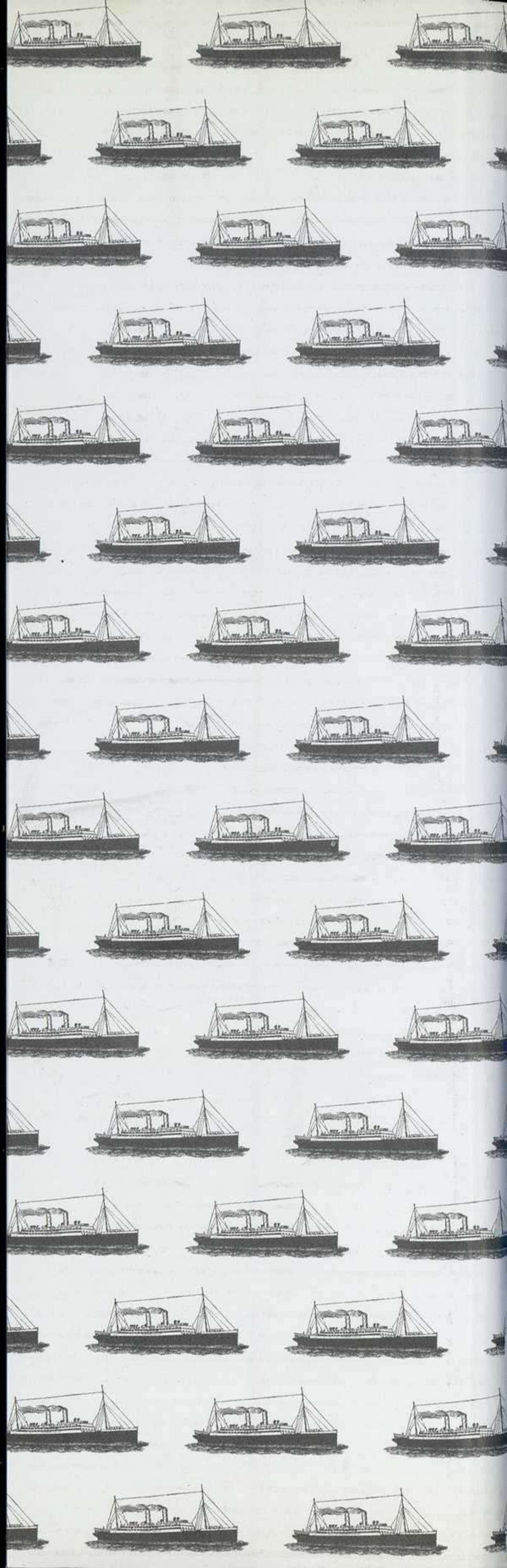
IMPRIME

Graficas San Pancraccio, S. L.
Orotava, 17. 29006 Málaga
Tel 95 234 24 00/04

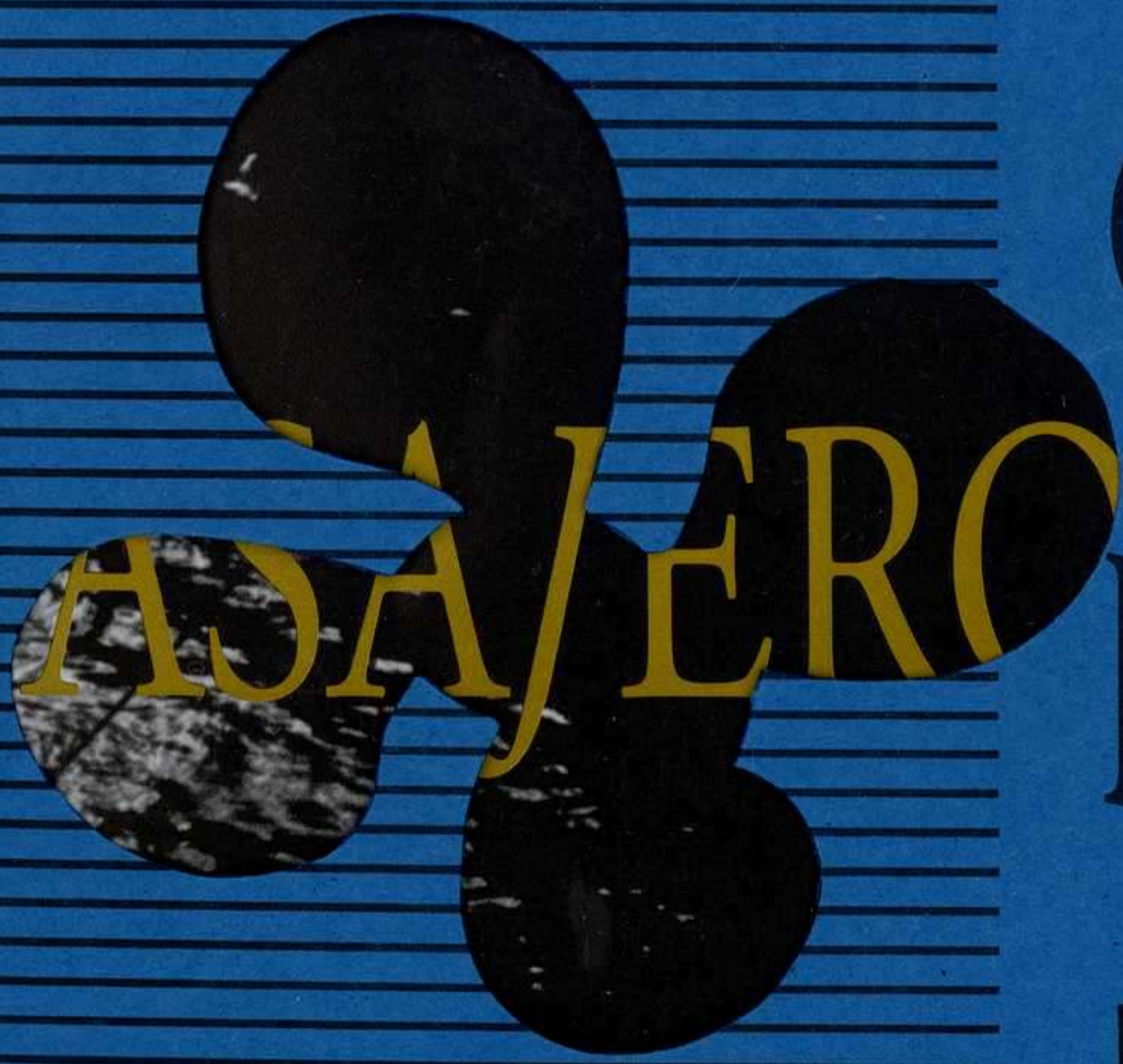
COMPOSICION

MGP, S. L.
Paseo de Reding, 45, 1ª 4B
29016 Málaga
Tel./fax. 95 260 28 73
mge-mn@teleline.es

D. L.: MA-128-1968
ISSN: 0212-4378
CIF: A-29183050
VAT-ES-29183050
ISBN: 84-923510-4-7

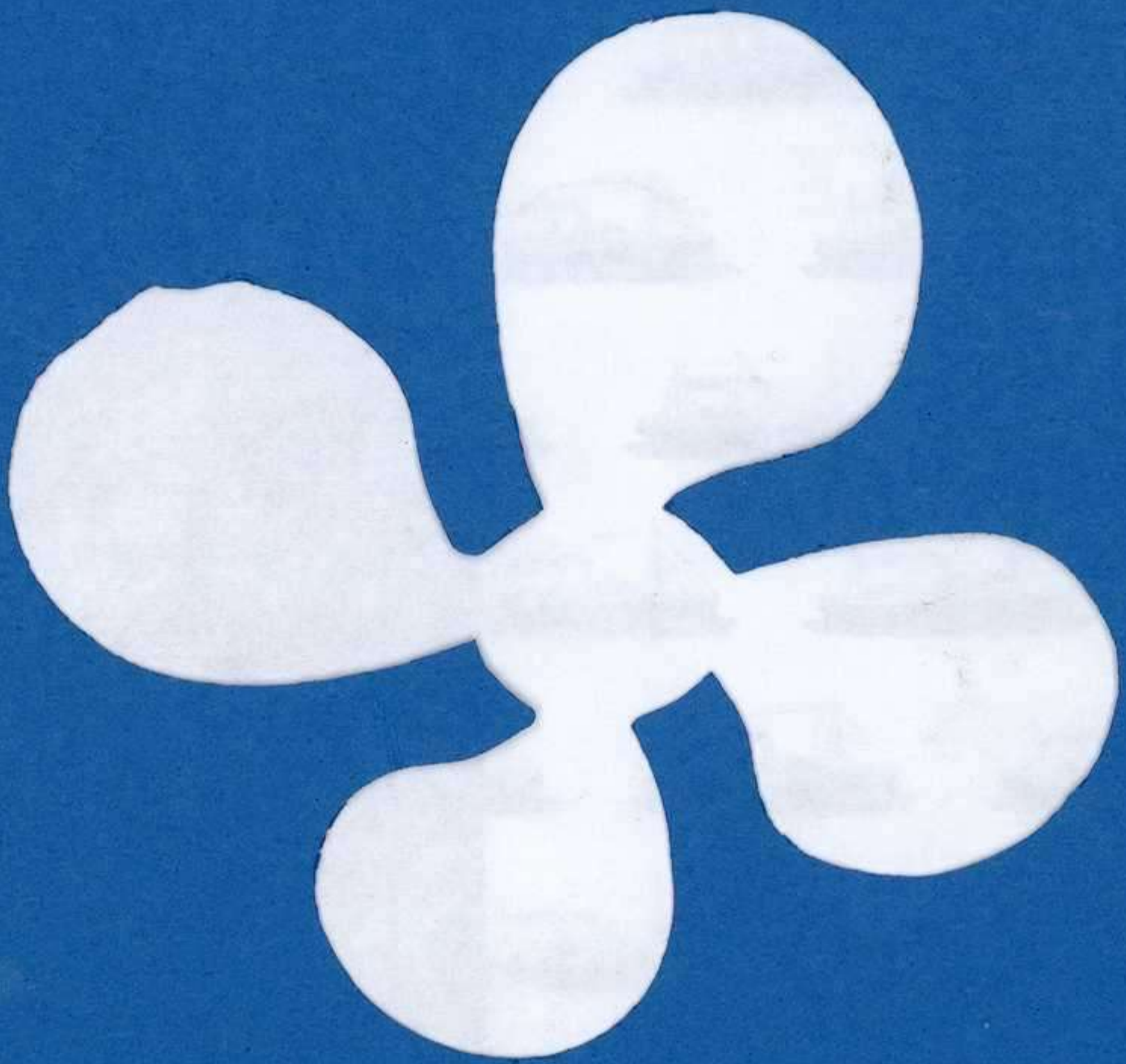


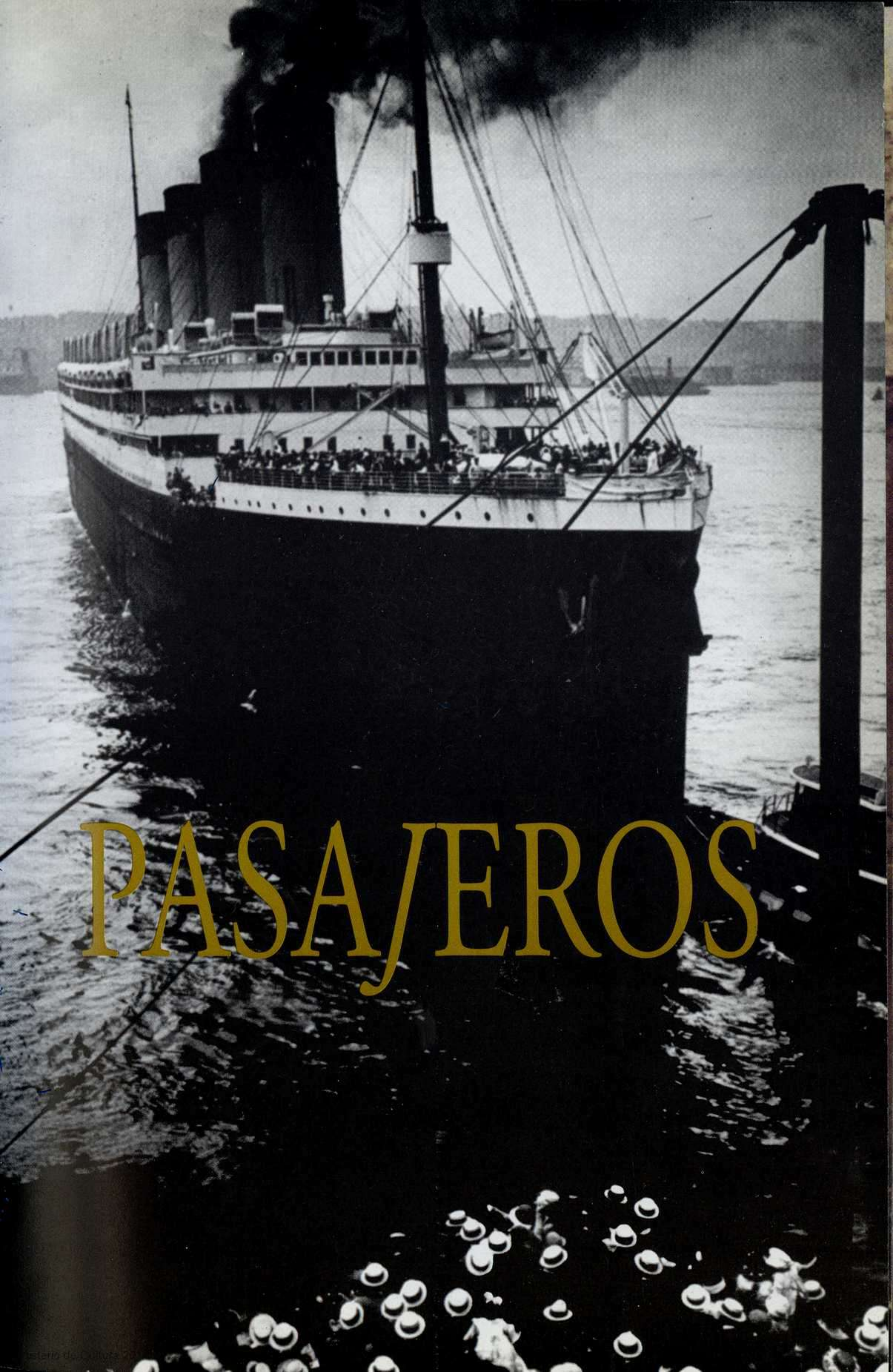
225-226



EL TIPO RAL

REVISTA DE LA POESÍA, EL ARTES Y EL PENSAMIENTO



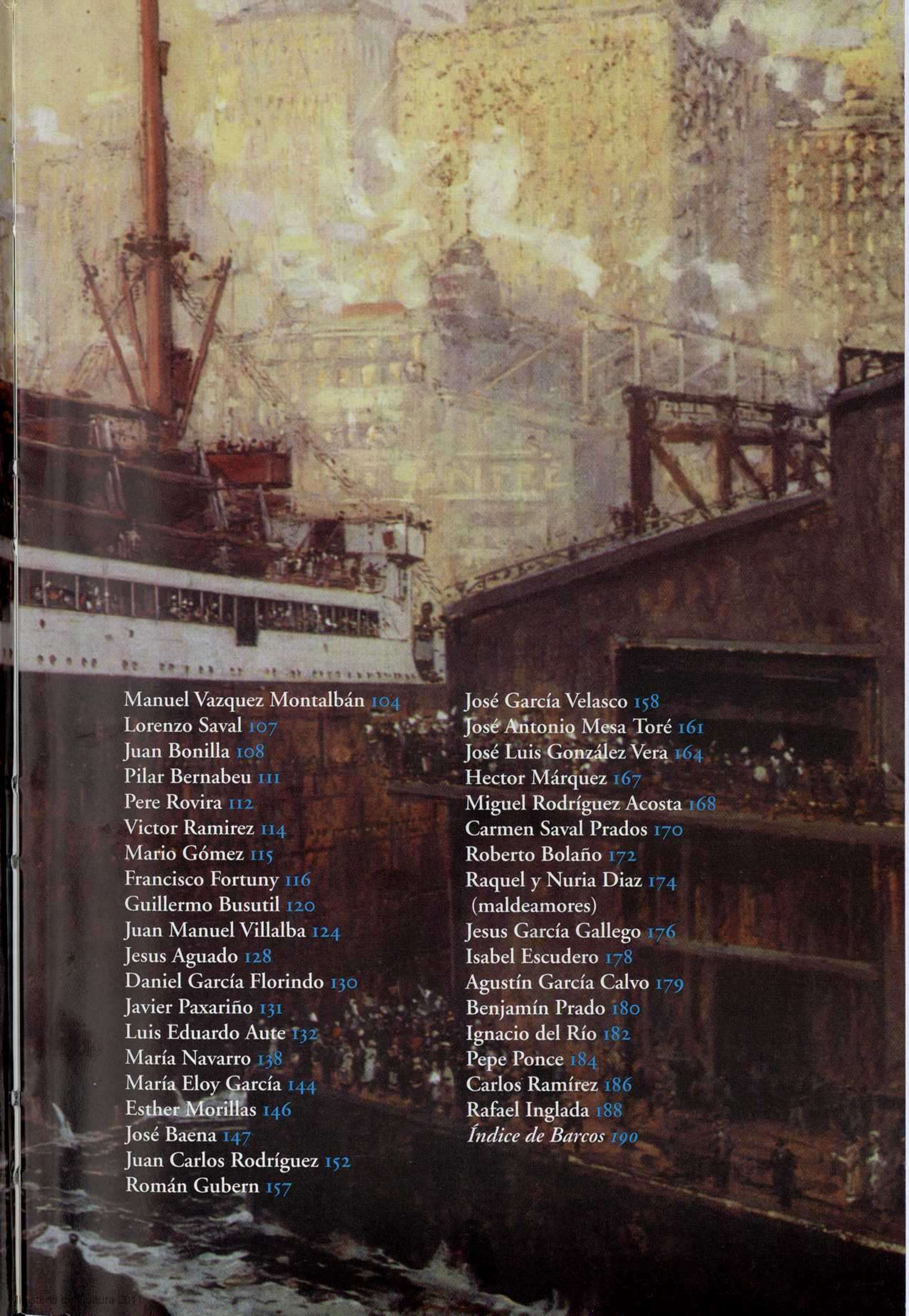


PASAJEROS

PASAJEROS



- Introducción* 5
Joan Manuel Serrat 9
Eduardo Chillida 10
Javier Mariscal 11
Miguel Ríos 12
Stefan von Reitwitz 14
Tete Vargas Machuca 15
Francisco Ruiz Noguera 16
Luis Alberto de Cuenca 17
Chema Lumbreras 18
Felipe Benitez Reyes 20
Eugenio Chicano 22
Guillermo Perez Villalta 23
Juan Lamillar 24
José Antonio Garriga Vela 25
Chema Cobo 27
Joaquín Sabina 28
Lou Dubois 30
Luis García Montero 32
Damaso Ruano 34
- Miquel de Palol 36
Vicente Gallego 37
José Hierro 38
Enrique Brinkmann 39
Antonio Jiménez Millán 40
Sebastián Navas 42
Antonio Jiménez 43
Manolo Morales 44
Aurora Luque 45
Diego Santos 46
Luis Muñoz 48
Montse Gallego 50
Antonio Soler 51
Alfredo Taján 52
Robert Harvey 54
Francisco Aguilar 55
Pablo García Baena 56
Jorge Lindell 58
J. M. Cabra de Luna 59
Luis Antonio de Villena 61
- José Antonio Diazdel 62
Juan Carlos Lainez 63
Rafael Ballesteros 65
Cesar Antonio Molina 66
Jaime Siles 68
Marcos Ricardo Barnatan 70
Alvaro García 73
Joan Margarit 75
María Victoria Atencia 78
Francisco Diaz de Castro 80
Camilo de Ory 82
Federico Mayor Zaragoza 85
Manuel Carmona 87
Esther Tusquets 88
Manuel Montalban 90
Antonio Garrido 92
Juan Cruz 95
Titi Pedroche 98
Miguel Gómez 99
Patricio Hernández 100



Manuel Vazquez Montalbán 104
Lorenzo Saval 107
Juan Bonilla 108
Pilar Bernabeu 111
Pere Rovira 112
Victor Ramirez 114
Mario Gómez 115
Francisco Fortuny 116
Guillermo Busutil 120
Juan Manuel Villalba 124
Jesus Aguado 128
Daniel García Florindo 130
Javier Paxariño 131
Luis Eduardo Aute 132
María Navarro 138
María Eloy García 144
Esther Morillas 146
José Baena 147
Juan Carlos Rodríguez 152
Román Gubern 157

José García Velasco 158
José Antonio Mesa Toré 161
José Luis González Vera 164
Hector Márquez 167
Miguel Rodríguez Acosta 168
Carmen Saval Prados 170
Roberto Bolaño 172
Raquel y Nuria Diaz 174
(maldeamores)
Jesus García Gallego 176
Isabel Escudero 178
Agustín García Calvo 179
Benjamín Prado 180
Ignacio del Río 182
Pepe Ponce 184
Carlos Ramírez 186
Rafael Inglada 188
Índice de Barcos 190



El barco nos parece el objeto cuyo fin es navegar: pero su fin no es navegar: es llegar a puerto, escribía Fernando Pessoa. Sin rumbo y sin puerto ha surgido este primer LITORAL del nuevo milenio. Un viaje que necesariamente debíamos hacer, no podía ser de otra forma, teníamos que navegar, como los argonautas si era preciso, sin importarnos la vida, por que somos una revista que nació en un puerto, en una imprenta que tenía forma de barco y que conservaba el vino de los naufragios en los estantes. Una revista que casi un siglo después sigue evocando al mar y mantiene en sus mástiles las mismas banderas que sus creadores.

LITORAL es un barco, siempre lo ha sido, un navío rumbo al horizonte que deja la estela de un humo que nos tizna la memoria de recuerdos. Como el carro o la casa, símbolo del cuerpo o "vehículo" de la existencia, el barco ha querido ser la imagen visual de esta edición de LITORAL.

Un viaje de mil millas empieza siempre con un paso y finaliza también con un paso, y paso a paso conseguimos botar este nuevo transatlántico para que iniciara ese viaje en el tiempo que nos ha tocado, como es cruzar el ecuador de dos siglos. Cuánta memoria acumulada, cuántas cosas se crearon, sucedieron, viajaron, y pasaron en ese siglo XX que se irá haciendo poco a poco olvido, memoria de un tiempo donde fuimos pasajeros de nuestra propia vida.

Pero para partir hacían falta seres que nos acompañaran en la travesía, viajeros que le dieran sentido a estas páginas. Poetas, narradores, pintores, músicos, fotógrafos y gente vinculada a la cultura fueron los invitados con una carta antes que finalizara el año de los noventa. Cada

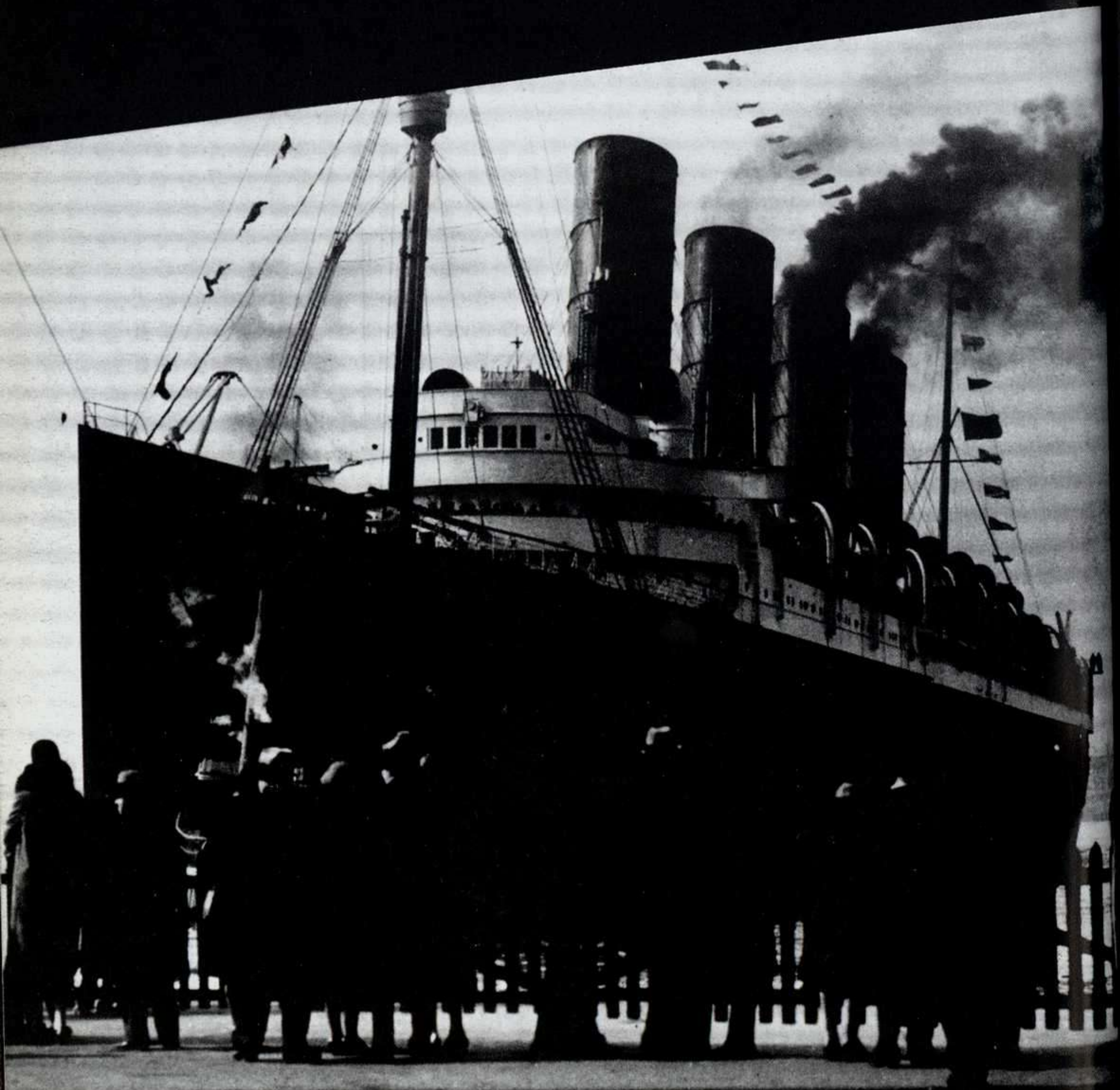
uno con su equipaje particular, con su historia propia para contar a bordo, para cabecear sobre este barco y señalar las estrellas con el dedo, como decía Blaise Cendrars.

Muchos nos entregaron lo último que hicieron el siglo pasado, otros se ciñeron a nuestra petición y nos manifestaron sus impresiones, lo que significaba este tránsito en sus vidas. Queríamos que estuvieran todas las artes en este barco, en los salones, en los camarotes, en el entrepuente y en la sala de máquinas donde está el vapor de las ideas.

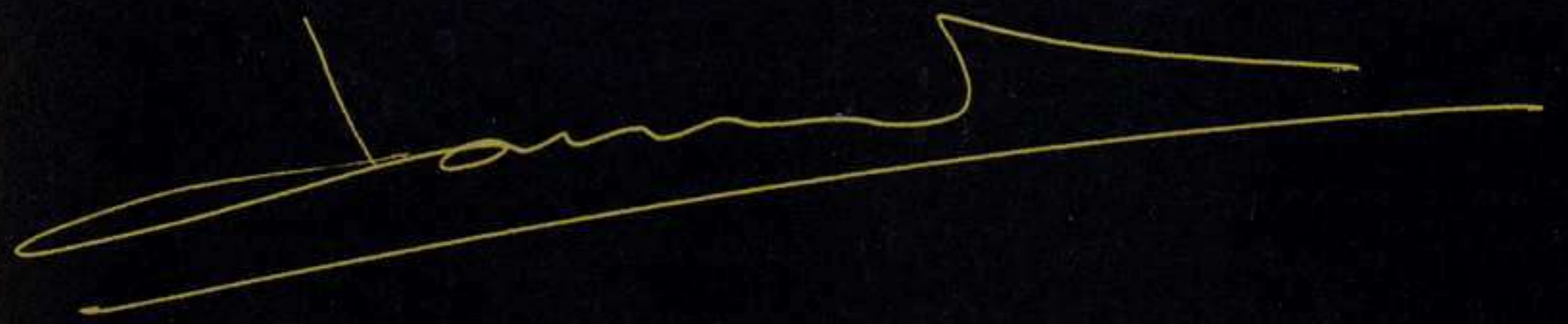
Imágenes de trasatlánticos de línea de la primera mitad de siglo y de celebridades a bordo fueron elegidas entre cientos de fotografías para ilustrar este LITORAL, instantáneas la gran mayoría anónimas, que reflejan una época donde el futuro estaba en el horizonte y había que navegar para llegar a su encuentro. Un futuro como el que se nos presenta ahora, sin puertos, porque allí está el fin y nuestro destino no tiene fin, sólo navegar hasta que una ola nos vuelque en otro sueño.

LORENZO SAVAL





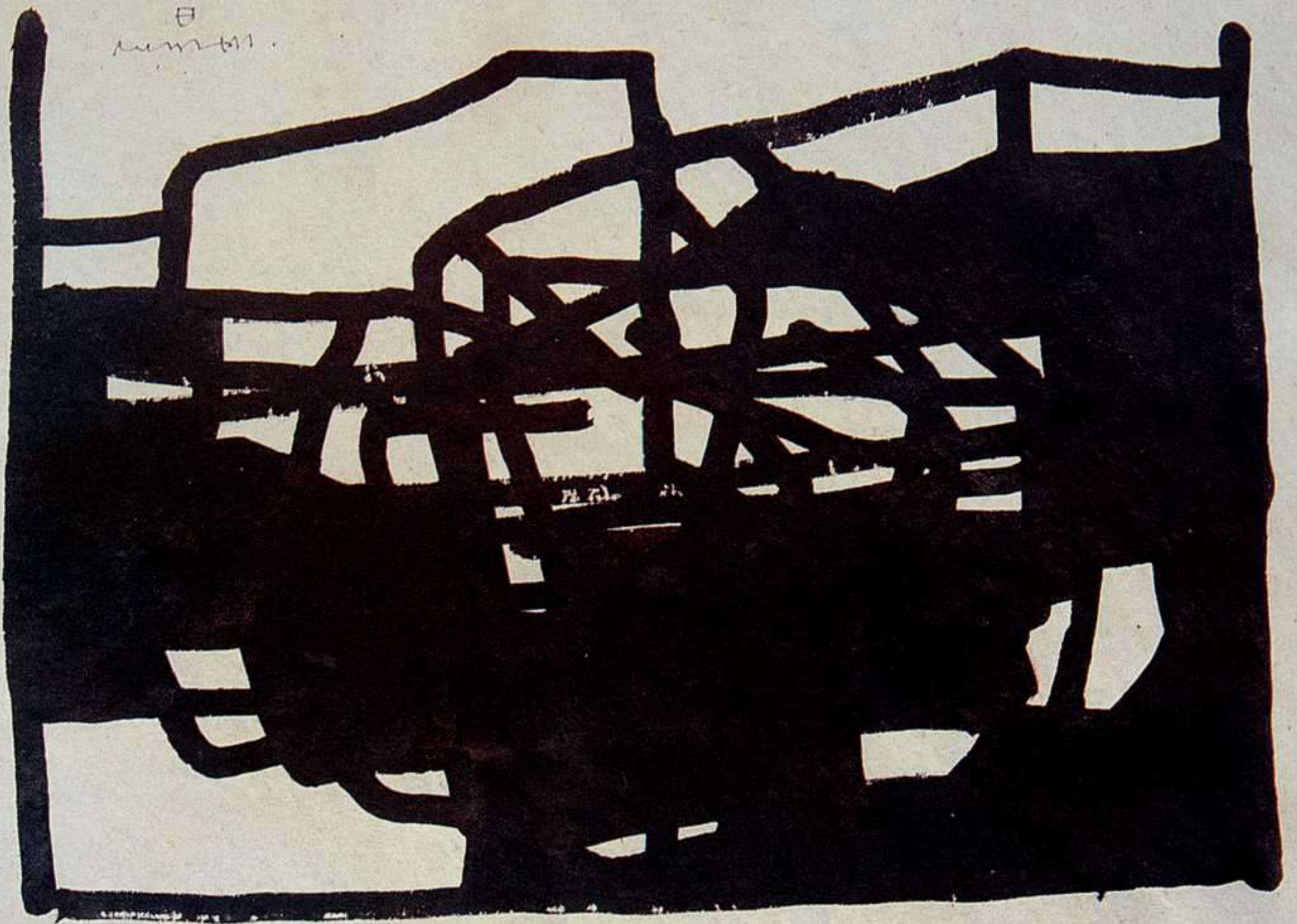
Suena la sirena
El barco se va
y yo con los deberes por hacer
Nunca es triste la verdad
lo que no tiene es remedio



Suena la sirena
El barco se va
y yo con los deberes por hacer
Nunca es triste la verdad
lo que no tiene es remedio

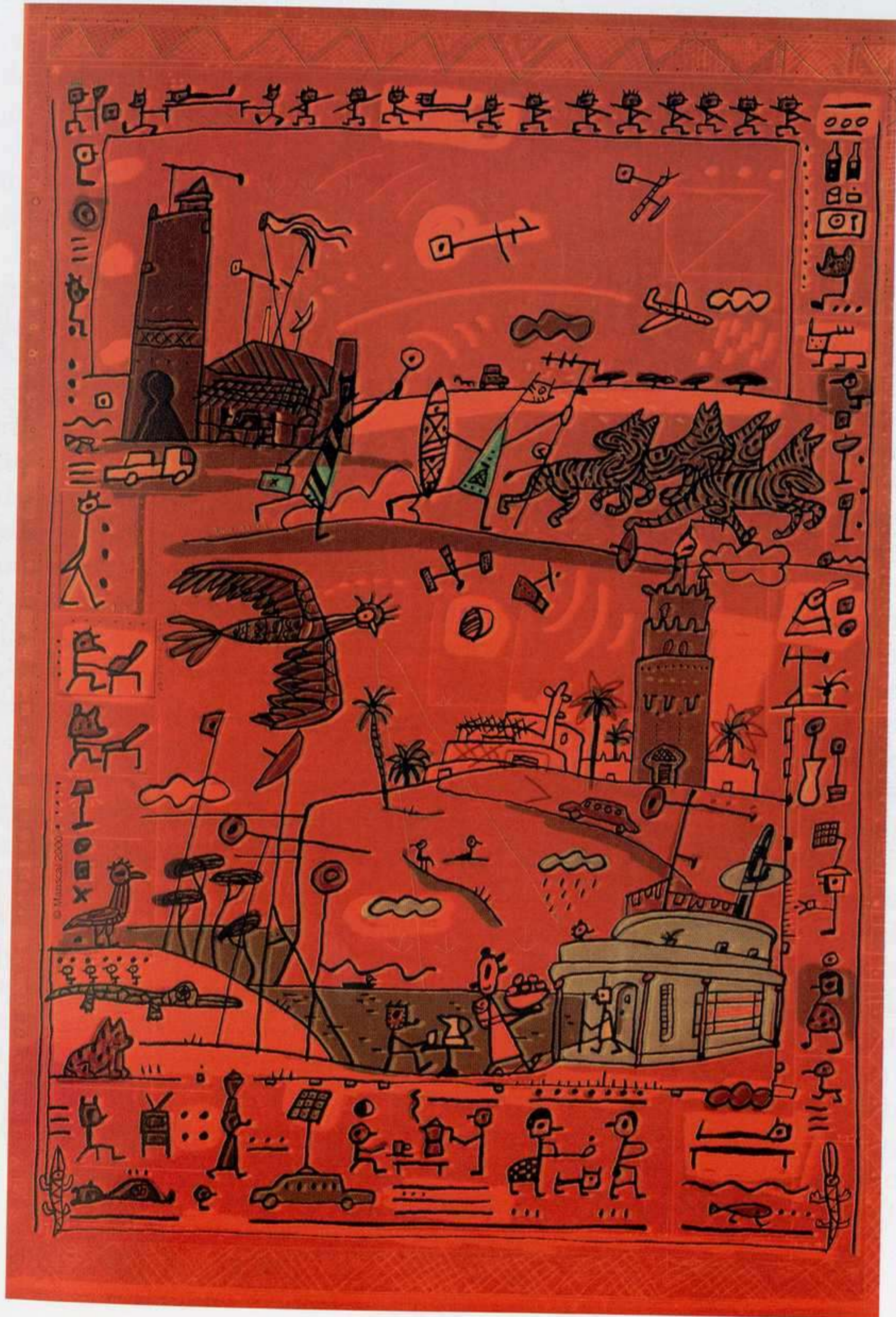
Joan Manuel Serrat

EDUARD
CHILLIDA
Eduardo Chillida

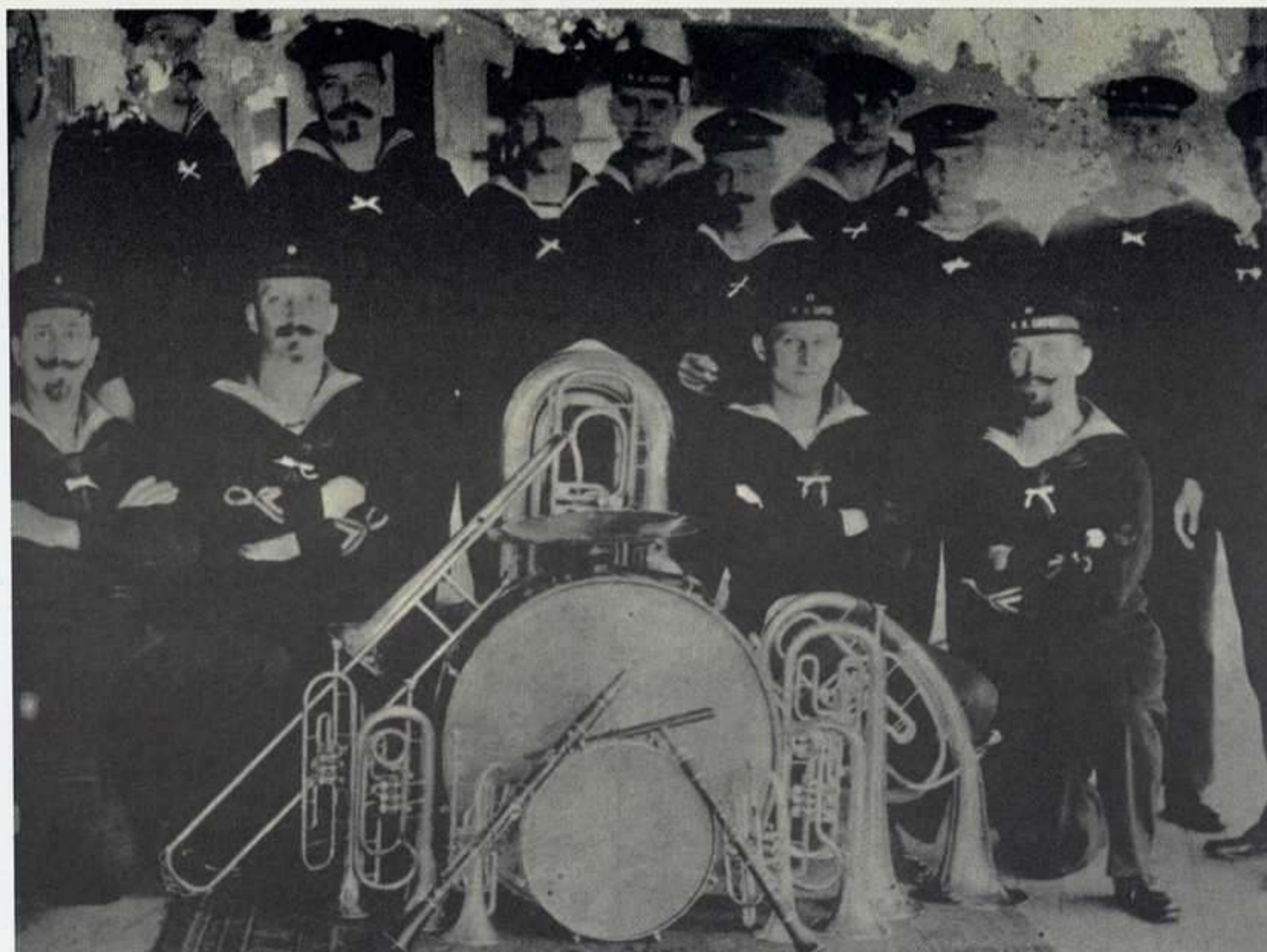


J A V I
E R M A
R I S C
A L

JAVIER MARISCAL



© Mariscal 2000



La nave va

La invitación me llegó por correo ordinario y el viaje ofrecía placeres que solo la mente puede alcanzar. Empecé a pensar en el equipaje que utilizaría para tan singular travesía e inmediatamente, no se por qué, pensé en la música. Pronto abandoné la idea de hacer una maleta convencional con la esperanza de que los demás pasajeros me surtieran de todo lo necesario, material y espiritualmente, a cambio de mis modestos servicios. Convencido de que nadie en la tripulación pediría el puesto de disc jockey, me fui a mi exigua discoteca y empecé a seleccionar el alimento sonoro con que amenizar nuestro barco de papel.

Antes que nada, intenté imaginarme el pelaje del pasaje. Conociendo el gusto de la tripulación de nuestra nave, intuí que sería variopinto y que habría que echar diversidad sonora en el fogón musical, por lo que decidí ser ecléctico y poco sectario.

En primer lugar había que diseñar un día ideal en esta travesía tan especial y adivinar los diferentes gustos de los viajeros, para que en el caso de tener que pedir prestado un artículo, un poema o un soneto, no me pusieran mala cara.

Intuí que no nos levantaríamos demasiado temprano, ya se sabe que la gente de las letras y de la farándula no somos muy madrugadores, por diferentes o idénticos motivos. Así que pensé que el desayuno podrían servirlo de 9 a 10 y que la mejor música para esta colación debería ser clásica, para que el tránsito de las sábanas a la vida no resultara demasiado excesivo.

Desempolvé los éxitos de los últimos doscientos años y los metí en la

maleta. Mozart, Satie, Beethoven, Falla, Haendel, Vivaldi, Ravel, Tchaikovski, Bach, Offenbach, Rossini, Verdi, Schubert, Brahms, Mendelsson, Dvorak, Mahler y algún otro, que amenizarán los huevos revueltos, el zumo de naranja y el primer café de la mañana.

En mi gimnasio me copiaron una cinta con lo último de lo mejor de la música para acompañar los ejercicios aeróbicos: Acid Jazz, Hip Hop, algo de Rock & Roll y algo de Dance music que sonará a medio día en la cubierta de proa, junto a a la piscina, donde haremos una tabla, sencilla y eficaz, para mantenernos en forma: mens sana in corpore sano.

El almuerzo estará amenizado por la música de los mejores solistas y las grandes orquestas: Frank Sinatra, Duke Ellington, Quincy Jones, Ella Fitzgerald, Tony Bennet, Benny Goodman, Louis Armstrong, Ray Charles, Harry Connick Jr, Nat King Cole, Count Basie...

Para aquellos que no quieran dormir la reparadora tradicional siesta sonarán en el salón de lectura de abordo las relajantes y neutras músicas de la nueva era, que tan bien mezclan con el café o el té de sobremesa.

Para la media tarde seleccioné las mejores joyas de mi discoteca de pop, rock y soul...Springsteen, Clapton, Beatles, Rolling Stones, Ray Cooder, Eagles, Sting, Peter Gabriel, Aretha Franklin, Pearl Jam, Otis Redding, Sam & Dave, Elvis, Ben E. King, Pink Floyd, Sam Cook, Dilan, Hendrix, Little Richard, James Brown, Beach Boys, Doors, Green Day, B.B. King, Doobie Brothers, Randy Newman, Bob Marley, JJ Cale, Joe Cocker, Neil Young, Gino Vannelli, Tina Turner, Chuck Berry... la lista es interminable y muy ecléctica pero con estos maestros sonando por todo el barco recuperaremos el pulso y ánimo, y será una manera muy eficaz de recuperar, también, el apetito junto con el aperitivo antes de la cena.

Para la última comida del día llevaré discos de algunos de los mejores músicos de jazz de todos los tiempos. Mientras la nave navega por el mar del universo de Guttenberg y los pasajeros consumen su ración de sopa de letras, los inmortales Charlie Parker, Miles Davis, Billie Holiday, Chet Baker, Bill Evans, Sarah Vaughan, Dizzy Gillespie, Jimmy Smith, Sony Rollins, Theloniuos Monk, John Coltrane, Chick Corea, John MacLaughlin, Stan Getz, Stanley Klarke, Gary Burton, Gene Krupa tocarán sus mejores melodías a la luz de las velas para amenizar la travesía.

La música será mi equipaje para este viaje a la imaginación. Cuando deje el dique seco, echaré de menos los apasionantes trabajos de muchos músicos de aquí y del otro lado del Atlántico, pero hay que evitar los agravios comparativos entre compañeros.

M I G U E L R Í O S

S T E F
A N V O
N R E I
S W I T
Z

Stefan von Reiszitz



T E T É
V A R G
A S M A
C H U C
A

Teté Vargas Machuca



El año de los ceros

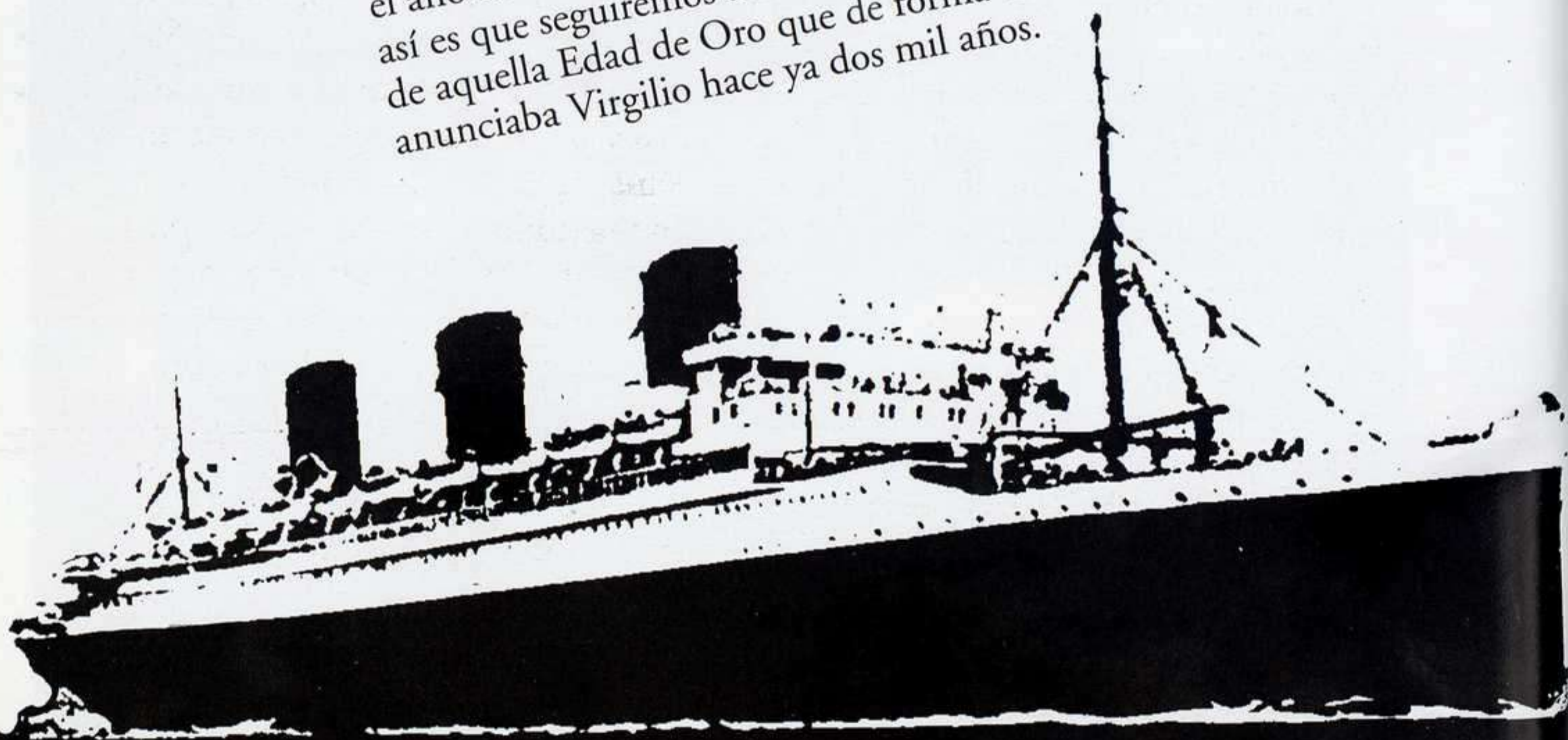
Cercado por rumores de misterio,
el año de los ceros llega cada mil años:
éste es como un cometa, con cabeza de cisne,
arrastrando una cola redonda de promesas:
tres círculos perfectos que almacenan la medida del tiempo.

El primero contiene la memoria:
alza su periscopio y otea el espejismo
de un desierto con vida que guarda los recuerdos.

El segundo se abre con cada amanecer
y se llena del paso de los días:
colecciona sonidos y miradas,
el tacto de la seda y el olor de la bilis,
el sabor de la miel y del hastío.

El tercero es la niebla en la que se dibuja
—como en una pantalla conocida—
lo que es repetición de círculos pasados.

Como todos los años
—a pesar de sus tres burbujas de futuro—,
el año de los ceros no es el año perfecto,
así es que seguiremos a la espera
de aquella Edad de Oro que de forma inminente
anunciaba Virgilio hace ya dos mil años.



Francisco Ruiz Noguera



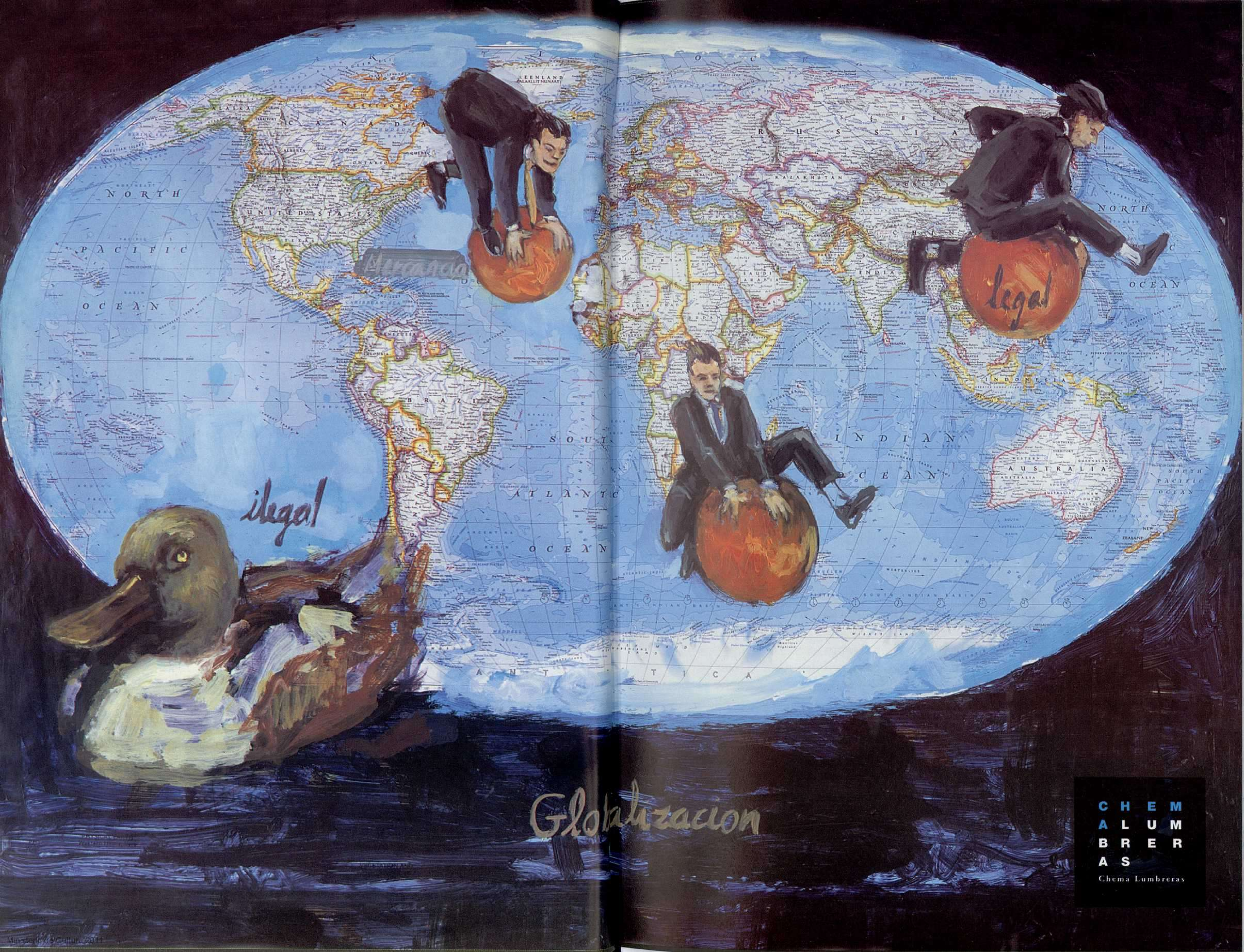
Luis Alberto de Cuenca

RUMBO AL SIGLO QUE VIENE

Soy de los que piensan que faltan todavía algunos meses para que se inaugure el nuevo siglo y que el terror que nos produce a todos esa primera cifra del año en curso, un 2, acostumbrados como estábamos desde hace un milenio al 1 inicial, es lo que nos ha hecho precipitarnos al abismo de lo que empieza, cuando el hecho es que aún estamos instalados en el abismo de lo que termina. Un mismo abismo al que descender o una misma cumbre que escalar, porque al cabo, como decía Heráclito, «el camino, arriba y abajo, es uno y el mismo», lo que en manera alguna quiere decir que no valga la pena recorrer el camino, entre otras cosas porque, largo o corto, erizado de espinas o aromado de rosas, es la única propuesta que el destino nos hace y, por lo tanto, no hay dónde elegir.

Tenemos, pues, unos cuantos meses para preparar nuestro viaje. Eso nos tranquiliza. Las maletas no improvisadas son más útiles al viajero a la hora de superar los muchos obstáculos que van a presentársele en el curso de su periplo. Y digo «periplo» porque viajar a un nuevo siglo está pidiendo a gritos un traslado por mar, que es donde hace muchísimos millones de años se originó la vida en nuestro planeta y que es el marco obligatorio de nuestras aventuras más atávicas. «Lo primero es el agua», decía Tales de Mileto, y Píndaro corroboró dicha ecuación en uno de sus epinicios, donde sustituye «primero» por «mejor», como dando a entender que esos dos adjetivos son sinónimos absolutos, contra la igualitaria *political correctness*.

Sobre el agua del tiempo nos deslizamos rumbo al siglo que viene, sin la más leve muestra de arrogancia ni el menor signo de autocompasión. Pero, eso sí, costeando, como hacían los griegos, sin perder de vista el LITORAL.



ilegal

legal

Globalizacion

CHEM
ALUM
BRE
RAS
Chema Lumbreras



Felipe Benítez Reyes

EL DOLOR Y LA MÚSICA

El tiempo, de acuerdo, es un río, pero no parece llevar agua ese río, sino lava más bien: un algo candente condenado a convertirse en ceniza, en roca oscura. Es magmático nuestro recuerdo del fluir del tiempo: su representación no es una línea recta, sino una suma de espirales, porque la memoria es uno de los nombres en clave de la alucinación.

¿Qué imagen guarda uno del siglo XX? Pues posiblemente ninguna en concreto, porque la imagen de un siglo le queda grande a cualquiera. Ahora bien, ¿qué imagen guarda uno de ese tiempo personal que se vio envuelto en el portentoso maelström de la Historia, esa conjunción de nuestras vidas pequeñas y misteriosas con el destino del mundo? La memoria viene a ser una suma de rostros, de percepciones abstractas, de fragmentos de ciudades... Poco hay nítido allí, y escaso suele ser el fundamento de esas visiones, imprecisas siempre y casi siempre deformadas. Sólo el dolor de espíritu parece tener capacidad para viajar sin alteración a través del tiempo, pues basta recordarlo para volver a sentirlo. Pero, ¿sólo el dolor? No, y la música. También la música. También ella resulta invulnerable al tiempo, que casi todo se lo lleva por delante: oyes una concreta melodía, y, de pronto, como sacado de la chistera de un mago prodigioso, allí tienes tu pasado, de nuevo dentro de ti, con su vigor de espectro materializado que te abraza y te socorre, que te devuelve el tesoro enterrado en una ciénaga de olvido: el tiempo fugitivo tuyo, perdido allá en sí mismo.

La música reconstruye el entramado inerte del corazón, revive olores, hace que tus manos vuelvan a ser las manos tersas y hábiles que podían descortezar sujetadores en cuestión de segundos en la tiniebla densa de los cines... La música, al mezclarla con el pasado, provoca, en fin, extrañas reacciones químicas, extraños fenómenos parapsicológicos: te devuelve el fantasma que eras tú.

¿Qué se ha traído uno de su viaje en el tiempo? Más vale no pensar mucho en eso. Pero, en fin, me atrevería a sospechar que mi siglo XX, mi porción de ese siglo, está contenido en algunas canciones de Pink Floyd, de los Doors, de los Creedence, de Jimi Hendrix... (Y entonces, de pronto, te encuentras con que han pasado veinte años, y sabes que el lunático sigue sentado sobre la hierba, que sigue habiendo en cada carretera un asesino, sabes que la dama astuta como una zorra puede llamar a tu puerta en cualquier momento y beberse todo lo que tengas en casa.) El pasado busca refugio modestos. No hay consolación en la filosofía. Los poemas en que creímos cifrada nuestra vida acaban convirtiéndose en sustancia diseccionada en los laboratorios estéticos. Las novelas degeneran siempre, porque el tiempo tiende a degradarlas a materia anecdótica. Las ideologías terminan transformándose en promesas electorales. Los cuerpos deseados flotan en la nube de éter de la desidia... Pero llega una música y —abracadabra— el tiempo va juntando en el aire sus piezas sueltas, y se eleva ante ti de repente el edificio de niebla del pasado, y tus ojos se abren igual que cuando todo era nuevo y posible, y tu piel siente el contacto rígido de una camisa almidonada que te has puesto antes de irte para el garaje donde hay fiestas los sábados, y hueles la nuca sudada de las niñas, y llevas unos cuantos cigarrillos, y una libretilla de *Smoking*, y una china envuelta en papel plateado. Pasas una bayeta por un disco de vinilo y has fro-tado la lámpara de Aladino: tu cara se refleja en ese espejo negro, y no han pasado veinte años, y en las paredes hay carteles psicodélicos, efigies barbadas de héroes de revoluciones inconcretas y míticas, y una guitarra se desangra en un punteo, y una muchacha que jamás ha besado a nadie te espera para bailar.

Mi pasado, la esencia viva de mi pasado, su centro palpitante, si así puede llamársele a lo que en realidad no es más que poca cosa, creo yo que está en unas canciones. Parece un lugar muy frágil para guardar nada menos que eso, el pasado. Pero me gusta pensar, no sé, que se trata de la fortaleza más segura, del sitio más inexpugnable. Porque allí sólo regresa quien siempre ha estado allí.

La memoria es uno de los nombres en clave de la alucinación

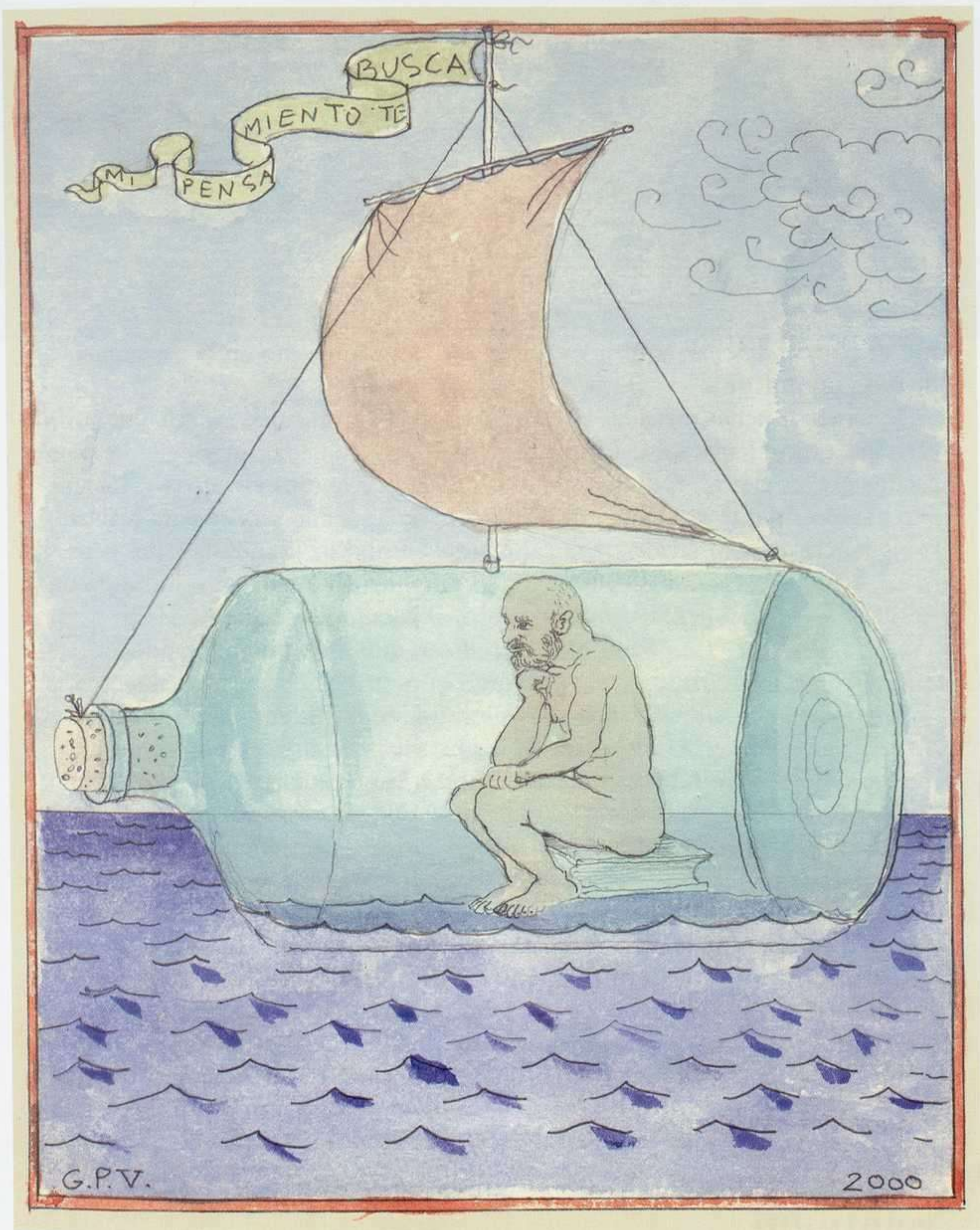
E U G E
N I O C
H I C A
N O
Eugenio Chicano

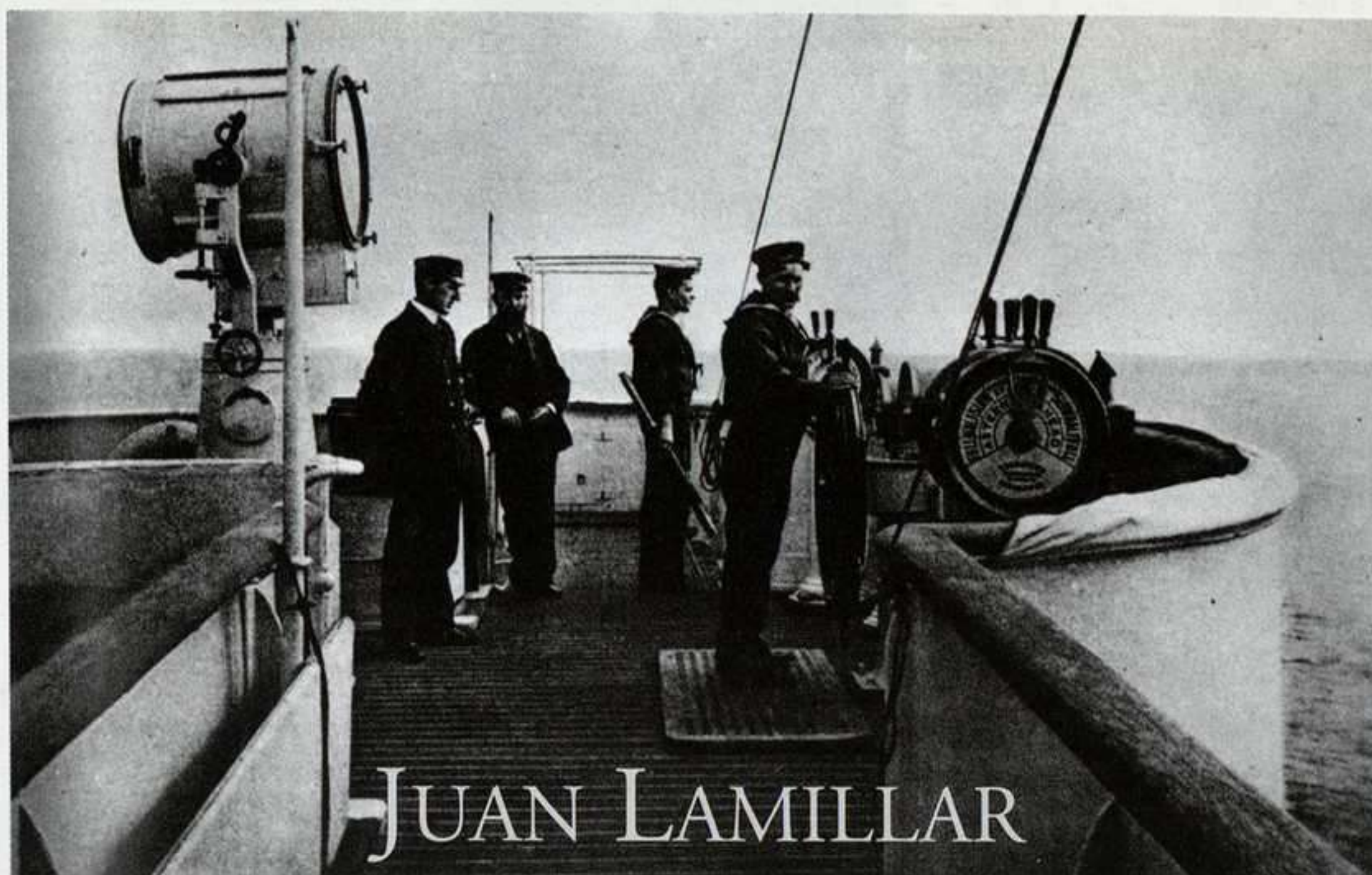


Maximiano = 2000.

P É R E
Z V I L
L A L T
A

Guillermo Pérez Villalta





EL AÑO VIGÍA

Dos mil: año avizor, mas de trescientos días de vigilancia en el puente de este barco cargado de tiempo, en el puente que une dos siglos y nos arroja al dos mil uno, esa odisea de múltiples ulises, esa troya ardiendo en la imaginación de todo un milenio.

Tenemos muchas jornadas para vigilar, no el futuro, que es, salvo algunas certezas, todo niebla; salvo lo seguro de la muerte y del amor y de ese espejo oscuro que es el arte, todo azar, sino los años que hemos visto pasar, los que han pasado sin que estuviésemos nosotros. Pero este año servirá para disfrazar la vigilancia de meditación, para cambiar el rumbo de la mirada y del pensa-

miento: no hacia el porvenir sino hacia las dudas de un pasado que no acaba de escribirnos su adiós.

«Mira esos mil años», nos diremos pensando en los hombres anónimos que en el novecientos noventa y nueve esperaban asustados el milenio. Desde su otro lado lo contemplamos ahora nosotros y ha habido en él tantos nombres, tantas travesías, tantos hechos haciendo la historia y la Historia, que sentimos un gozoso vértigo inacabable.

El rostro románico del hombre del año mil tiene los mismos trazos que el rostro picassiano y descompuesto del que comienza a saludar al siglo veintiuno. Tiene los mismos ojos asombrados, y son esas mismas miradas distintas las que guían a unas manos que minian un pergamino o navegan por las nuevas redes, pero siempre acariciando otro cuerpo o dejando escapar entre los dedos la arena de las playas antiguas. Esas manos que siempre se saben manchadas de la extraña ceniza del tiempo.

El rostro
románico del
hombre del año
mil tiene los
mismos trazos
que el rostro
picassiano y
descompuesto
del que
comienza a
saludar al siglo
veintiuno

josé antonio garriga vela



fronteras

En el año 1961 pensaba en la edad que tendría cuando llegase el 2000. Entonces un hombre de cuarenta y cinco años era un viejo. Imaginaba mi cara de ahora, mi estado civil y mi trabajo. Imaginaba cómo serías tú. También me daba miedo no llegar a esa fecha, pero como quedaba tanto tiempo, el miedo terminaba disipándose en otros temores más cercanos. La muerte, lo mismo que la edad, es una obsesión que se quita con los años.

Creo que hay algo que no ha cambiado entre aquel niño y este viejo: Nunca nos gustaron los números redondos; bien porque representaban la peor nota posible, bien porque provocan vértigo. Así el año 2000 era una barrera detrás de la cual estaba el abismo. En aquella época, para mí, existían dos grandes incógnitas en el mundo: la del propio mundo, pues si se trataba de una superficie plana al final los habitantes habrían de detenerse para no caer al vacío y si era redondo ¿cómo iban a mantenerse en pie los que vivieran en la parte de abajo? Luego estaba la incógnita del 2000, esa frontera con el abismo, ese mundo plano que muchos vaticinaban que acabaría justo en el

instante que cayera la última hoja del calendario de 1999.

Siempre me produjo tristeza la noche de Fin de Año. Veía la Plaza del Sol llena de gente feliz y me ponía triste. Hasta que decidí estar al otro lado. Convertirme en uno de esos actores ocasionales que salen por la televisión. Fue la Navidad de 1998. ¿Recuerdas? Sentí lo mismo pero al revés. Desde la Plaza del Sol veía las cámaras e imaginaba miles de hogares pendientes de un reloj. Después, nada. Pero he de confesar que al pasar de un año a otro, mientras suenan las campanadas, sigo notando todavía hoy una sensación extraña; como si en ese preciso momento alguien estuviera confeccionando el almanaque donde está escrito el destino de mis próximos trescientos sesenta y cinco días.

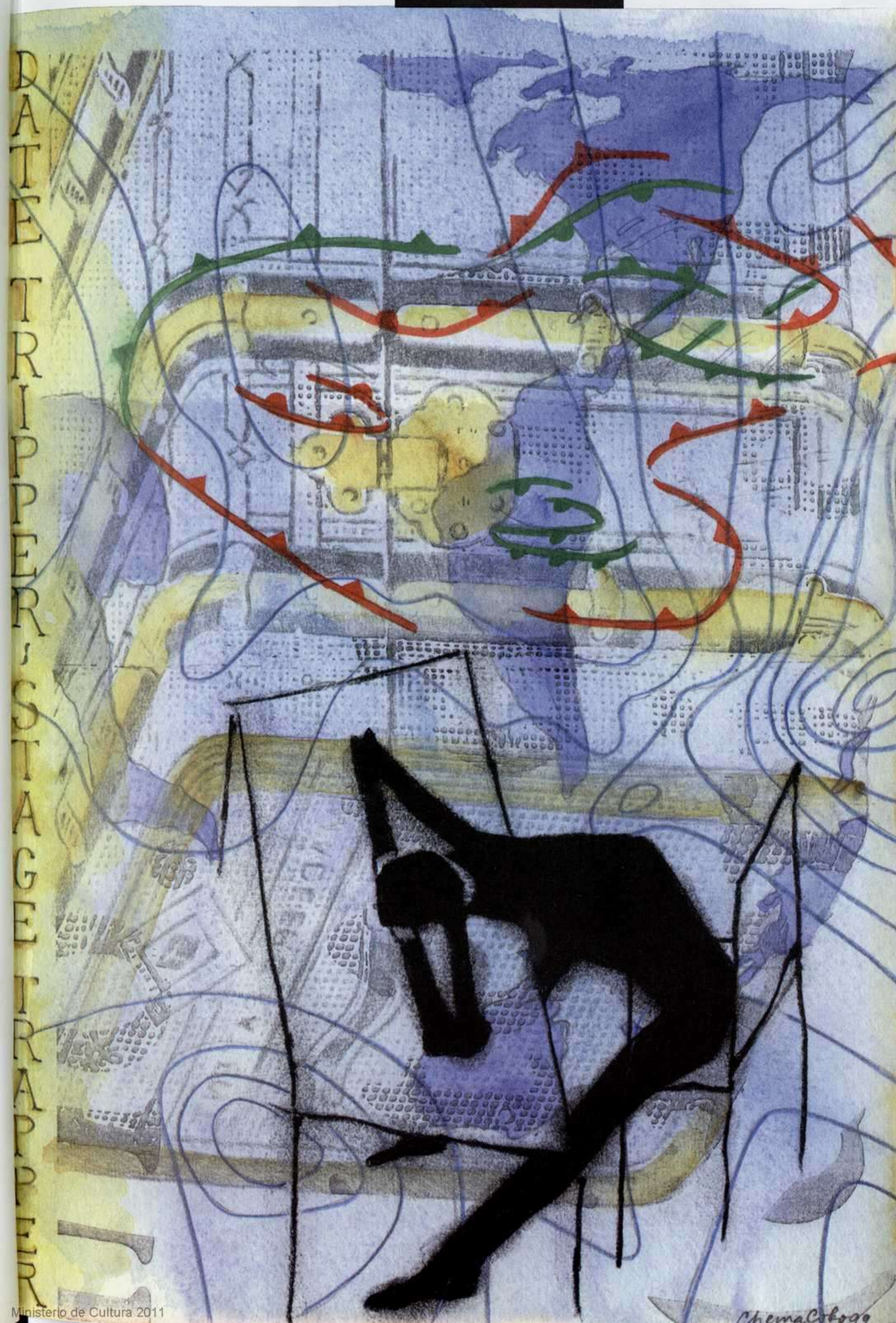
He llegado a la frontera que aquel niño imaginaba en el año 2000. No hay ningún precipicio al otro lado, sólo lo de siempre. El futuro es como ese horizonte que nunca llega y se desvanece en la bruma. No quedan fechas redondas para seguir haciendo cábalas; la próxima será dentro de cien años y está demasiado lejos. Tal vez por eso no me gustan los números redondos. Me producen vértigo y tristeza, porque pasan y no vuelven.

En 1961 tenía siete años y el 2000 era una fecha remota que nunca llegaría. El miedo, el verdadero vértigo, lo provocan precisamente esas cosas que pensamos que no van a llegar hasta que las tenemos delante. Lo cierto es que me habría gustado que el mundo fuera plano y el tiempo tuviese fronteras infranqueables, como imaginaba aquel niño. De esa manera estaríamos obligados a volver cuando llegásemos al borde del precipicio y empezar de nuevo. ¿Lo imaginas? Un pasaje de ida y vuelta al final del mundo y del tiempo.



C H E M
A C O B
O S

Chema Cobos



D
A
T
E
T
R
I
P
P
E
R
S
T
A
G
E
T
R
A
P
P
E
R

ENERO
18
Sta. Beatriz, v.
SABADO
S. Pablo, erm.
15
ENERO
9
SABADO
ENERO
5
San Simeón E.
MIERCOLES
VIERNES
S. Anadeo, ob.
7
ENERO
LUEVES
Española del Sr.
6
ENERO
ENERO
10
San Nicanor, d.
LUNES
SABADO
Fst. de Sta. M.
1
ENERO
ENERO
8
S. Apollinar, ob.

ChemaCobos99

Joaquín Sabina



BENDITOS MALDITOS I

Benditas sean las nobles excepciones
que hacen el fin de siglo transitable,
los que no tienen quien los abandone
los olvidados, los inolvidables.

Benditos sean los trajes arrugados,
los relojes que no marcan las horas,
el rímmel de la novia del soldado,
los que brindan por nadie cuando lloran.

Bendita sea la gente con ventanas,
los descendientes de los animales,
los que pierden las guerras que se ganan.

Los cabales, los dandys insolventes
los que no bailan ni por carnavales,
los iguales a mí, los diferentes.

MALDITOS BENDITOS I

Malditos sean los tontos con medallas,
los probos ciudadanos, los beatos,
los razonables (cierra la muralla),
los canallas que nunca han roto un plato.

Malditos sean los justos, los sumisos,
los que tiren penaltis de cabeza,
los que sueñan que duermen sin permiso,
los que evitan la rabia y la tristeza.

Malditas sean las muertes naturales,
los que progresan porque no se mueven
los que sonríen en las fotografías.

Los líderes, los sabios inmorales,
los que se mojan sólo cuando llueve,
los silenciosos de la mayoría.

BENDITOS MALDITOS II

Benditos sean los ceros a la izquierda,
los que nacieron en ningún lugar,
los de viva mi Curro manque pierda,
los que esperan que amaine el temporal.

Bendita sea la tos de los mineros,
los tristes que se ríen de la tristeza,
los calvos que se quitan el sombrero,
ante la dignidad y la belleza.

Benditos sean los mansos atrevidos,
los castos pecadores jubilados,
los que pudieron ser y no han querido

los benditos malditos desarmados,
los buenos aires, los malos maridos,
los don nadie, los santos humillados.

MALDITOS BENDITOS II

Maldita sea la voz de la experiencia,
los que no se equivocan en las sumas,
los que firman la paz en su conciencia,
los ¡oiga que en mi taxi no se fuma!

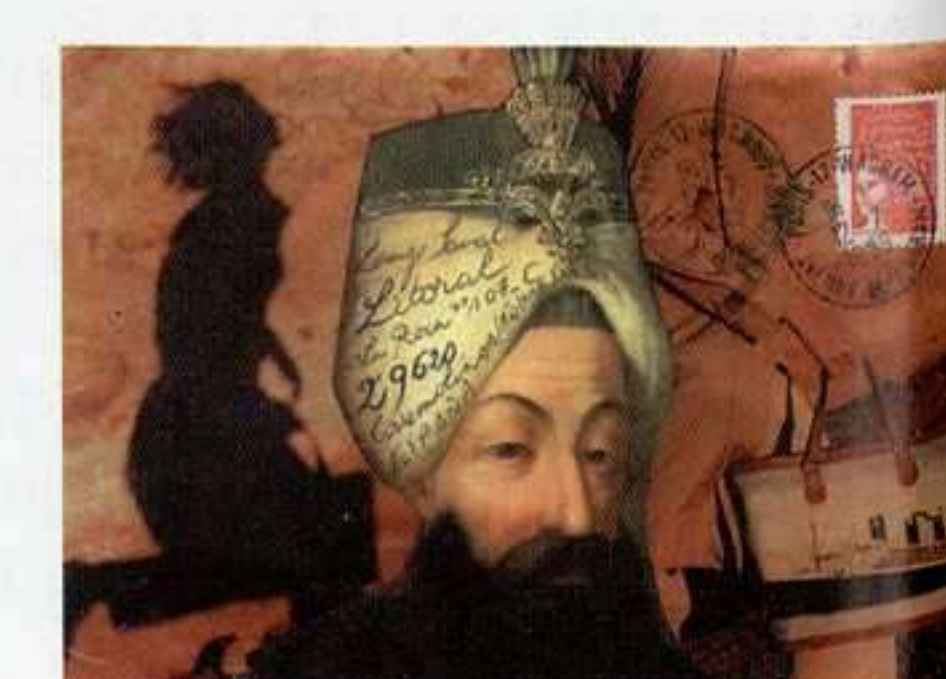
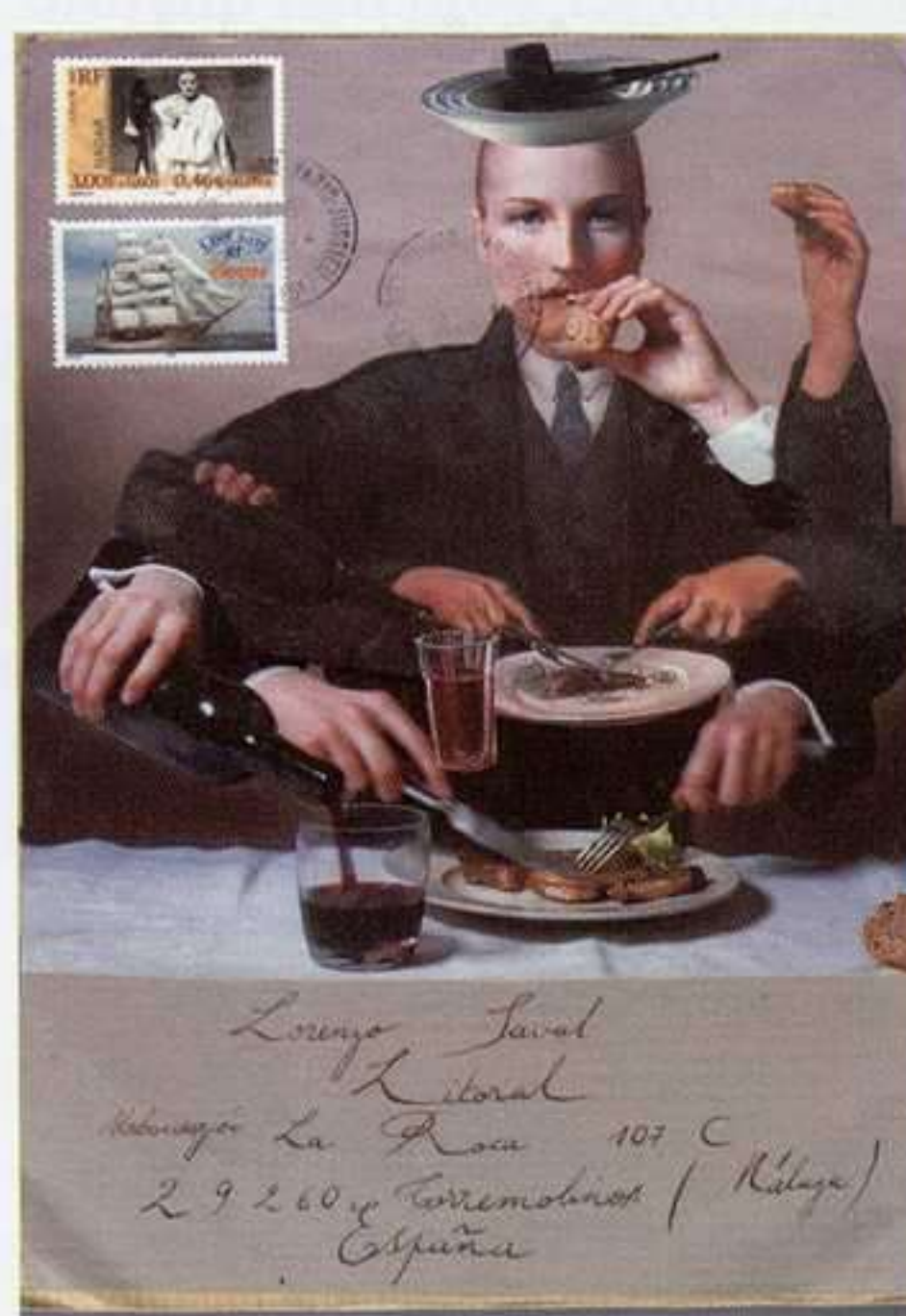
Malditas sean las ánimas benditas,
los que follan con red y a plazo fijo,
los minerales que no se marchitan,
los que adornan las notas de sus hijos.

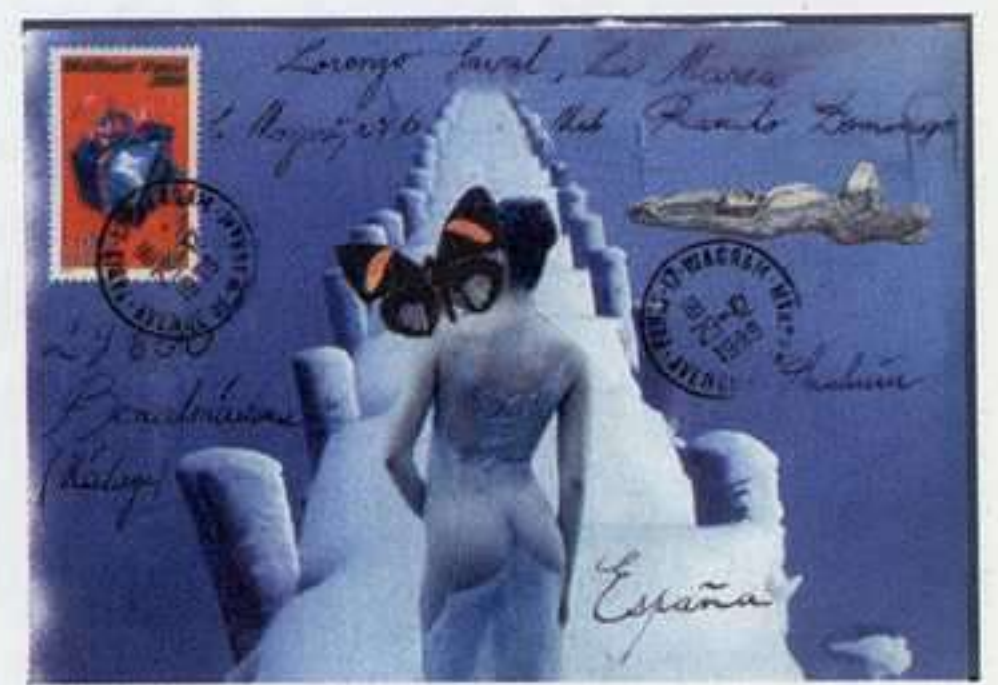
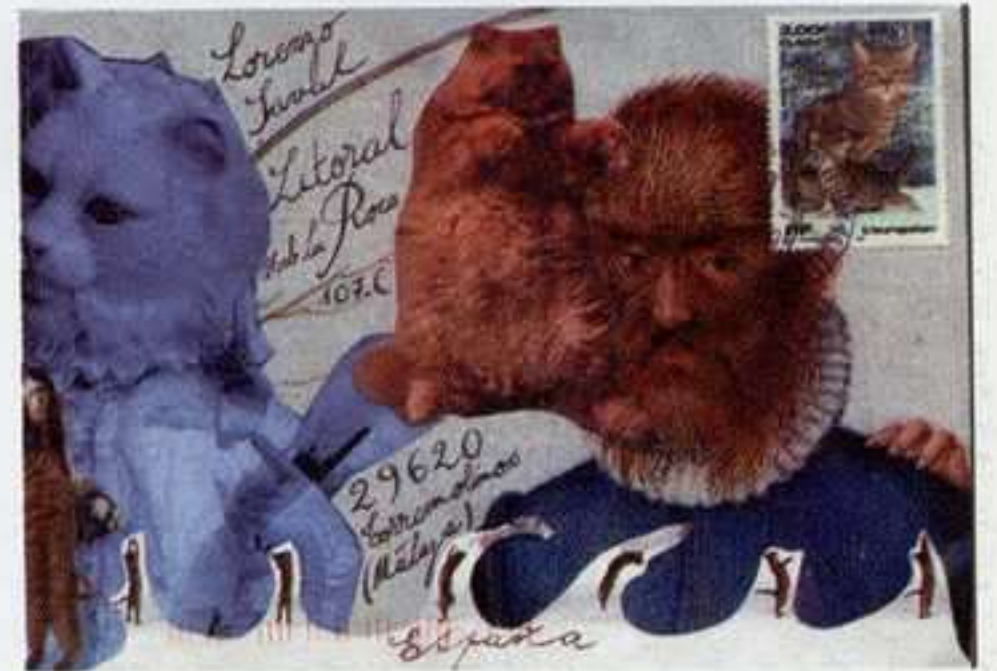
Los tiranos mezquinos y felices,
los cretinos que saben lo que dicen,
los asesinos de la fantasía.

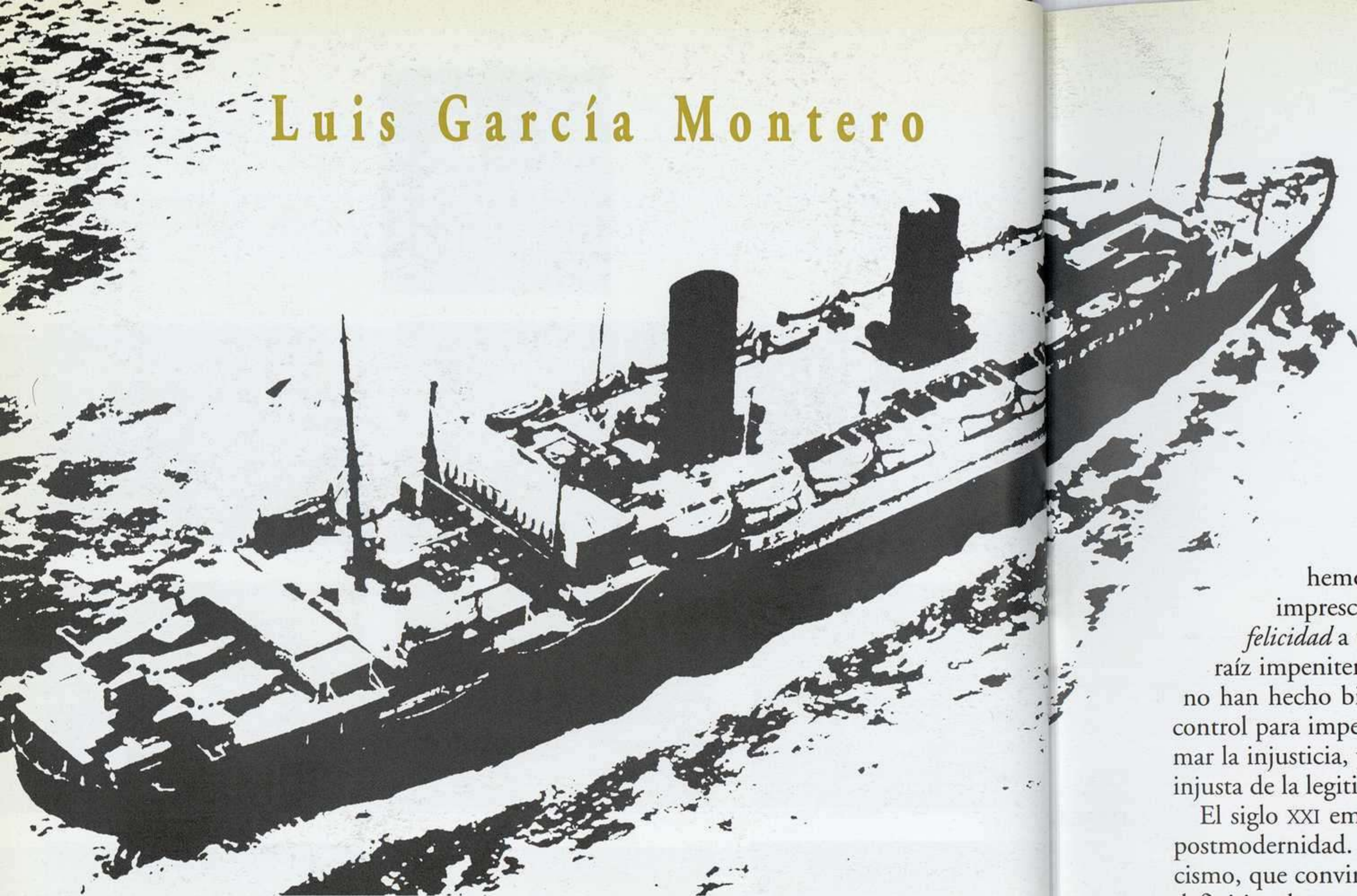
Los que nunca se pasan de la raya,
los que exhiben el móvil en la playa,
los que hacen tratos con la policía.

*Dondid - 27. Diciembre - Fin de año
Salva*

L O U D U B O I S
S
Lou Dubois







Años nuevos

El mes de enero aparece siempre vestido de domingo y juventud, recién peinado, con la piel limpia y un brillo en los ojos de vida nueva, de voluntad empeñada tercamente en dejar el tabaco, en beber menos, en aprender otro idioma y en sacar de su concha rutinaria la agenda de teléfonos para recuperar el número de los antiguos amigos, la voz de los familiares aparcados en un callejón sin hora del recuerdo. La primera semana del mes de enero cumple el homenaje que los almanaques le deben al optimismo y a la voluntad.

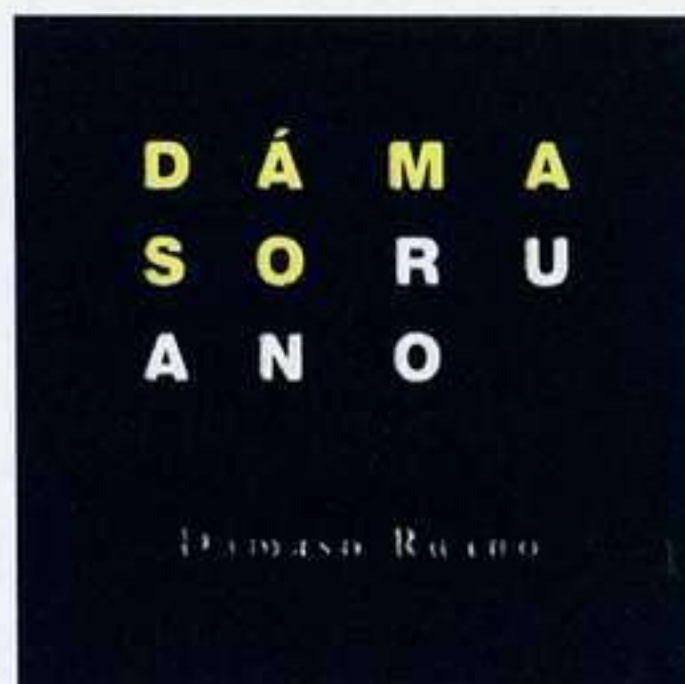
Pero lo cierto es que no hay muchas razones para salir de este siglo con una opinión esperanzada y respetuosa sobre el futuro. En su vértigo científico y moral, en sus viajes de alta velocidad y de valiosos objetos perdidos, el siglo XX llevó el espíritu moderno a su altar, la cumbre de un rascacielos o la cima de un sueño, para dejarlo abandonado a sus contradicciones, a sus deseos imposibles, a las imágenes de miseria y catástrofe que pueblan la extensión

desconsolada del mundo. Poblado por imágenes pasajeras está el mundo, y todo aquel que conserva su necesidad de pensar, o que ha aprendido a pensar entre la fugacidad y la distancia, no encuentra muchas razones para salir del siglo con la promesa optimista del mes de enero. El siglo XX se ha merecido llegar al nuevo año en el mes de octubre, con cara de otoño, con piel amarilla, con pasos de decepción y de derrota. O nos refugiamos en el egoísmo más despreocupado, para recorrer la Historia a través de las escaleras mecánicas de un gran centro comercial, o el porvenir se confunde con las nieblas oscuras del pasado.

¿Se vive ahora peor que antes? Vivimos mucho mejor y hemos aprendido incluso a olvidarnos de los que viven mal, algo imprescindible cuando se quiere reducir el significado de la palabra *felicidad* a un anuncio del día de San Valentín. Pero la conciencia, esa raíz impenitente de la dignidad humana, nos avisa: la ciencia y las letras no han hecho bien su reparto y, además, se han convertido en medios de control para impedir cualquier reparto diferente. Y no se trata sólo de legitimar la injusticia, ya que lo que se ha provocado realmente es una utilización injusta de la legitimidad. Se llena de miseria nuestra única legitimidad.

El siglo XXI empieza con esa nueva herida romántica que hemos llamado postmodernidad. Pero no podemos olvidar la lección maldita del romanticismo, que convirtió la rebeldía, la negación, la impertinencia, en una forma definitiva de asentimiento y denuncia. El «no» que abre una mitología orgullosa de los márgenes cede la ley y el centro a sus enemigos, abandona el deseo figurativo, deja la lucha y la realidad en manos del cinismo. Por eso el compromiso con la felicidad, más que un resultado de la conciencia complaciente o de los corazones ingenuos, debe ser un acto de responsabilidad, un ejercicio de renovación. Necesitamos la compañía del mes de enero con su voluntad razonadora y optimista. No me da miedo entrar en el nuevo siglo dándole de comer a un gato negro, derramando sal en la mesa y cruzando bajo una escalera. Hay que abrir un libro contra la superstición. Un libro de poesía.

El siglo XXI
empieza con esa
nueva *herida*
romántica que
hemos llamado
postmodernidad



Al paso del tiempo, los amigos nos encuentran “igual que siempre”. Será así, desde su ideal visión de nuestro aspecto. Será que desde siempre, corremos tras las mismas mariposas inalcanzables y seguimos persiguiendo las cosas silenciosas, y nos orientamos según el color de los días.

El tiempo, sin medida, pasa por nosotros. Nos quedan los momentos que no queríamos. El olvido es un muro.

Mantengo en mí el olor del apio y la hierbabuena de los zocos de Marruecos. Siento la humedad en el aire de aquellas lluvias de invierno, y sigue cegándome el brillo intenso de la nubes de levante.

Recuerdo el mar transparente; las tardes eternas en los cafetines y las noches de luna de verano, desde la terraza de mi estudio en Tetuán.

Añoro los lentísimos viajes en aquellos autobuses llenos de vida que atravesaban sin prisas el silencio de los paisajes inmensos de luz. Las kabilas escondidas entre masas de árboles y chumberas; las misteriosas figuras, que, de pronto, aparecían con la exigua compañía de sus cabras.

Y de nuevo recuerdo la luz.

Todo esto, sigue nutriendo el intento de mi obra. Y sigue la duda terrible; más profunda que la primera duda ilusionada que siempre nos acompañaba en aquellos viajes de los primeros tiempos.







miquel de palol

Meeresstille und Glückliche Fahrt*

Amb quin desig n'hi ha prou —amb quin senyal reiterat entre quin tedi, entre quina voraç desesperança negra— per veure un germen en la quietud?

El corn del postilló, l'aire en les veles, són ansietats que pinten el passat.

Aquest que no sóc jo, des del somriure obligador deis altres em contempla cada matí en l'odi del mirall.

Tant hi fa que jo negui, si resulta que ja fa temps que ell va comprar el bitllet. Ocells plantats, arbres amb ales, núvols, núvols...

Quietud és viatge.

Con qué deseo hay suficiente —con qué señal / reiterada entre qué tedio, entre / qué voraz desesperanza negra— / para ver un germen en la quietud? // El corno del postillón, el aire en las velas, / son ansiedades que pintan el pasado. // Este que no soy yo, desde la sonrisa / obligadora de los otros me contempla / cada mañana en el odio del espejo. / Tanto da que yo niegue, si resulta / que ya hace tiempo que él compró el billete. / Pájaros plantados, árboles con alas, nubes, / nubes...// Quietud es viaje.

*El título proviene de dos de los poemas de Goethe, que sirvieron a Beethoven y a Mendelssohn para la composición de una breve cantata y de un poema sinfónico, respectivamente.

Vicente Gallego


EL TERCER ALIENTO

Eterna
creí la juventud durante el tiempo
aquel en que fui joven de verdad.
El natural estado
me pareció del mundo y de los hombres.
Me faltaba sin duda perspectiva.

Poco después temí perderla,
adelanté su duelo, lloré incluso su muerte
en conmovidos versos que a nadie conmovían,
exponiendo a la burla mi sentimiento puro.
Seguía siendo demasiado joven.

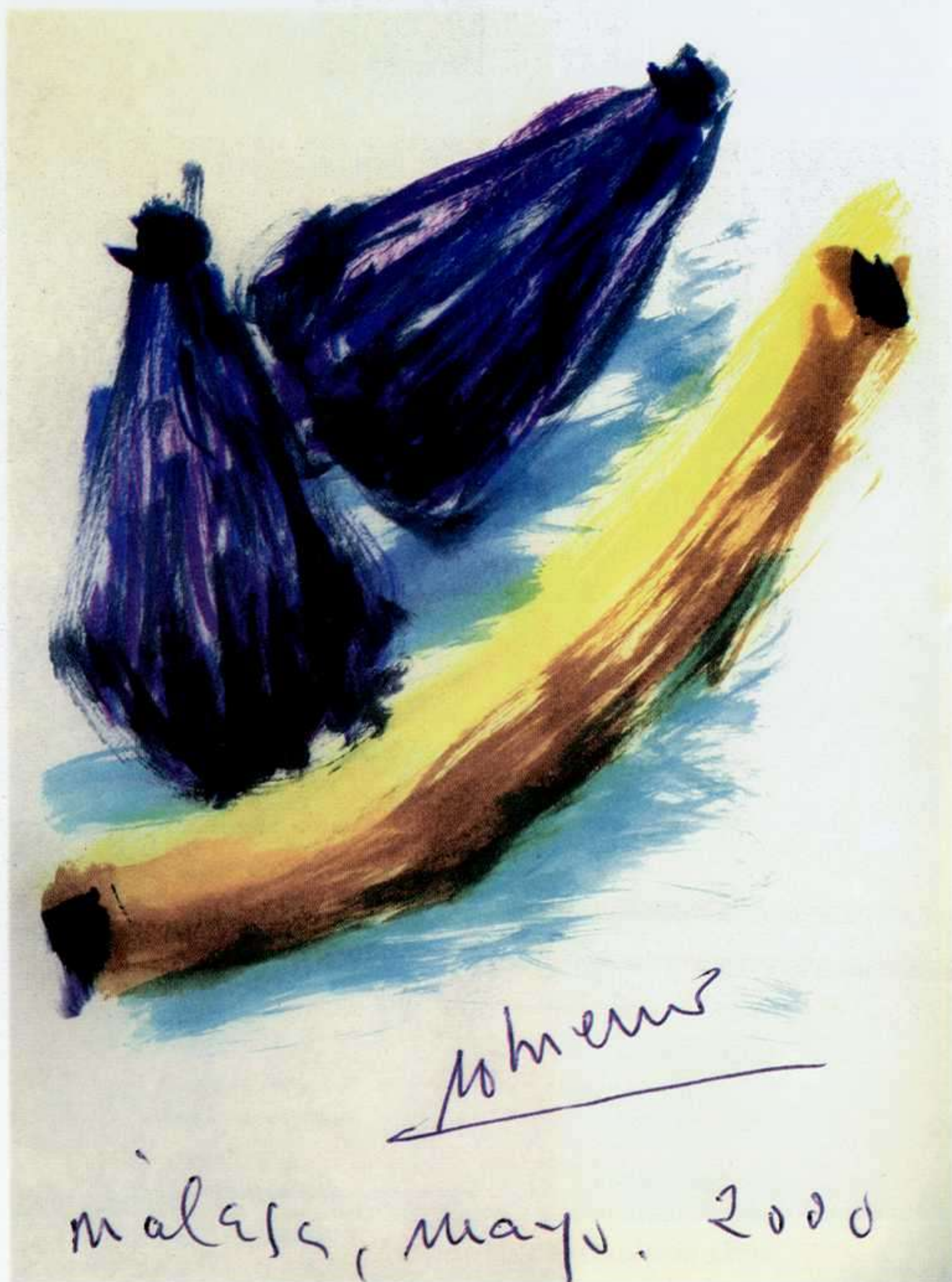
Desde entonces,
me he despedido de ella muchas veces
con dolor verdadero.

Y sin embargo, ahora,
cuando por fin podría alimentar
mi temor con motivos razonables,
ya no albergo temor.
Y aunque estoy bien seguro
de que vuelve a fallar mi perspectiva,
desde esta vuelta del camino
se me antoja sin duda que lo justo
sería confesarse agradecido
por lo larga y hermosa que va siendo
la breve juventud.



*Vaya para Litoral esta poema inédito, con el deseo de que en el siglo
venidero goce de la misma eterna juventud que en el anterior la
convirtió en espejo y faro de la literatura española*

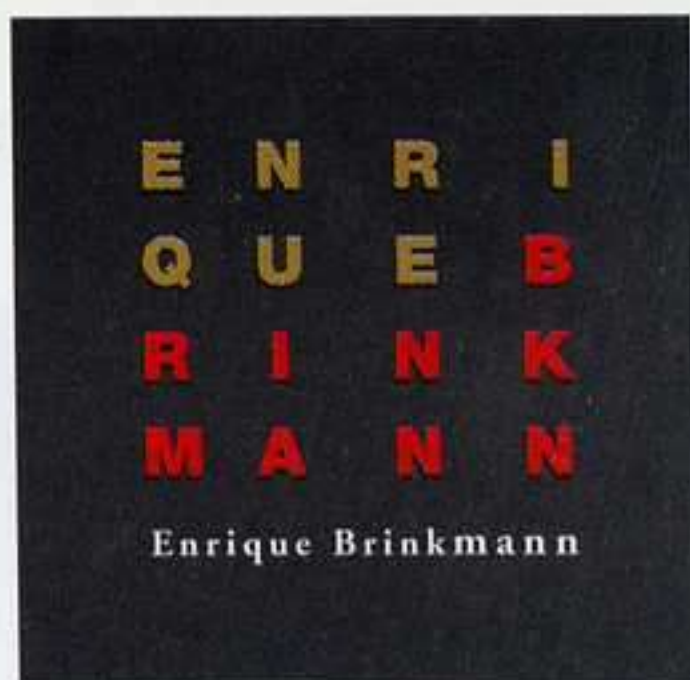
José Hierro



La nave fantasmal —pero real— navega
sobre al amor, sobre la muerte
(también sobre el olvido),
y glisa sobre el arpa de las olas,
navega sobre el agua como el laúd sobre la música
(y es que música y mar tienen el mismo origen).
Este mar lleva dentro mucha música,
mucho amor, mucha muerte.

Y también mucha vida.

De Cuaderno de Nueva York



Siglo XX

Los siglos son como árboles frutales.
Un año dan frutos y al siguiente
descansa. El ~~XX~~ cargado de frutos,
unos podridos y otros sanísimos.
Esperemos que el ~~XXI~~ sea de
descanso y en cualquier caso para
todos nosotros lectores de *Literal*
será el del descanso definitivo. Amen
Brinkmann, Diciembre 1999



Antonio Jiménez Millán

EL PASAJERO

I

Hay siempre un pasajero invisible en todos los viajes, una maleta oculta, un rostro al que nadie mira. Cuando se abre la ventana del vagón, el viento mueve la cortina y desordena fugazmente las hojas de un periódico donde aparecen fotografías de una guerra que es todas las guerras, edificios de una ciudad confundida en la memoria de varias ciudades, mensajes cifrados, promesas de placer o de huida. Pero nadie se fija en la fecha de ese diario, nadie ha visto a esa sombra que recorre las calles, se interna en la umbría del bosque o se aleja entre la multitud por andenes y pasillos de aeropuertos. En su equipaje están los sueños, lo que no sucedió y alguna vez fue posible, lo que dejamos al margen, las otras vidas. Y tal vez el secreto de todos los viajes.

II

En la mirada ausente del niño que espera en el andén se encierra un mundo. Cruzan lentos los trenes bajo el sol del mediodía de agosto. Muchos años después, esa luz será la única certeza de quien ya se sabe otro: la misma luz que inunda un paisaje frío de ventanas sin aire, un vértigo de muros gastados, cables, tejados con antenas; la misma luz intensa sobre el mar en calma, el fulgor de los días indolentes, el verano que nunca volverá.

Un hombre está ahora sentado en el andén. Por un instante piensa en aquel niño que solía imaginarse en el próximo siglo mientras pasaban trenes de los que, a veces, descendían pasajeros extraños y le miraban sólo a él, como si quisieran contarle el final de una historia.

III

Viejos puentes de hierro entre colinas ocre, túneles cuya entrada apenas cierran unas tablas mohosas. De la línea abandonada no quedan ya ni los raíles: sólo un sendero impreciso bordea el terraplén y algunas señales van dejando una advertencia inútil. Quién recuerda ese trayecto, esa breve distancia recorrida con lentitud de carruaje, los intervalos de oscuridad, el reflejo del sol en el agua, las casas blancas cerca de la orilla. Quién esperaba en andenes ya definitivamente vacíos, quién se despidió en madrugadas de invierno sobre un fondo de vagones de madera y hollín y caras ateridas. El tiempo es aquí una vía muerta, una estación cerrada y unas flores que crecen en las grietas del suelo, muy cerca del asfalto y del humo, en la neutra superficie del olvido.

IV

Una ciudad, de noche, y un cuarto de hotel. Ya no se escucha el ruido de la calle. En el silencio que sólo altera una lejana música vulgar, alguien recoge su equipaje y sabe que no van a reconocerle: el tiempo, ese pasajero oscuro, inadvertido.

Hay siempre un pasajero invisible en todos los viajes,
una maleta oculta, un rostro al que nadie mira.

S E B A
S T I Á
N N A V
A S

Sebastián Navas



A N T O
N I O J
I M É N
E Z

Antonio Jiménez



M A N O
L O M O
R A L E
S

Manolo Morales



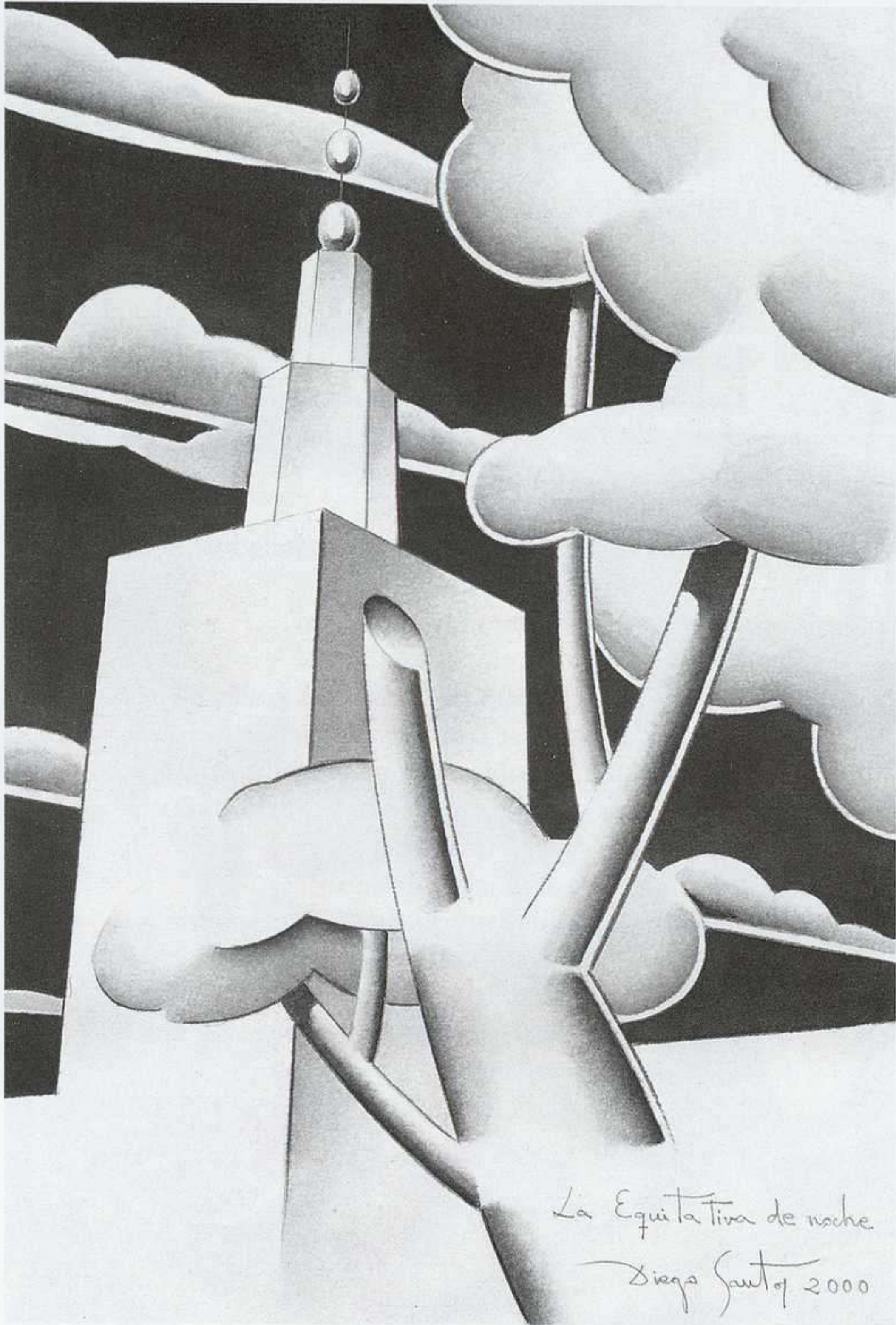
Aurora Luque

VERSOS PARA LA HORA DE EMBARCAR

El viajero repasa las jornadas desiertas.
La hora de vaciar el vino agrio.
La hora de besar, en un descuido,
el mástil orgulloso de no tener raíces.
La hora de nadar en alta mar,
en alto desear y alta mirada.
La hora de oración por los dedos helados
que perdió el alpinista.
La hora de horadar el hondo cielo
que el viento ha renovado,
su nueva instalación de luces y de azules.
La hora de brindar con ron por uno mismo,
de dejar que resbale por el pecho y las ingles.
Hora de descubrir australianas y northumbrias.
Embriágate, barco que me acoges,
llévame hasta el oráculo desierto,
auséntame de un mundo de carne de pantalla,
llévame al almacén de las metamorfosis.
Déjame en el umbral
silencioso que anhelo en este instante
con ojos entornados,
con el sol desflecado y rojo entre las pestañas,
desde el embarcadero.

D I E G
O S A N
T O S

Diego Santos



La Equitativa de noche
Diego Santos 2000



La Equitativa de dia
Diego Jantoy 2000



Para mí hay pocas sensaciones y pocos estados mejores que los que se viven durante un viaje. Nada como ir de un lugar a otro, sin más compañía que las vueltas de tu imaginación y de tu memoria, y sin más arma que la capacidad que tengas, en cada momento, de relacionarte con la gente, con el paisaje, con el clima, con las costumbres, con los pequeños hábitos, las comidas, las formas de cortesía, las formas de soledad, los modos de estar con otros.

La soledad del viajero es una soledad llena de estímulos. Es una soledad

acicateada, pellizcada. Pienso en la soledad del sedentario y se me aparece como una soledad cautiva, lastrante. Como si tuviera amarrada una pierna a la pata de hierro de la incapacidad o la nostalgia.

La del viajero es la soledad del libre, de quien puede aprovechar ese movimiento exterior —del barco, del tren, del avión—, en el que uno no necesita intervenir, para dedicarse a los movimientos interiores, a los recuerdos, a los deseos, a las volutas de humo de la imaginación que afloran como desde un cigarrillo gustoso.

Durante el viaje uno se ve desde dentro. El viaje ayuda a la introspección, a la inmersión, y, a la vez, uno se puede ver desde fuera. Como si cruzara hasta la orilla de *enfrente*, se mirara desde allí, y descubriera, con nitidez, y con cercanía, nada de la borrosa lejanía que pudiera sospecharse, perfiles, ángulos, profundidades, que no había imaginado nunca.

Yo soy pocas veces más yo que cuando viajo. Amo estar sin otras coordenadas y sin otra identidad que la que soy capaz de agrupar durante el trayecto. Me acuerdo del hombre de la multitud que Charles Baudelaire supo destacar en Edgar Alan Poe, de esa soledad entre soledades, y lejos de parecerme una situación atosigante o dramática, me parece una liberación, un respiro.

Decía Elias Canetti que el buen viajero es despiadado, porque viajando los prejuicios se quedan en casa. «Se observa, se escucha, se siente uno fascinado ante lo atroz porque es nuevo».

Yo no sé si el siglo XXI será atroz, o si será más atroz que el XX, pero su novedad no deja de resultarme fascinante. Me gusta imaginar el paso de un siglo a otro como el tránsito de un viajero. Como si uno desembarcara del viejo buque, renqueante, sanguinolento, del siglo XX y se dispusiera a partir en un nuevo artilugio que pudiera ir por mar, por tierra, o por aire, y que seguramente acabará yendo por *microchips*.

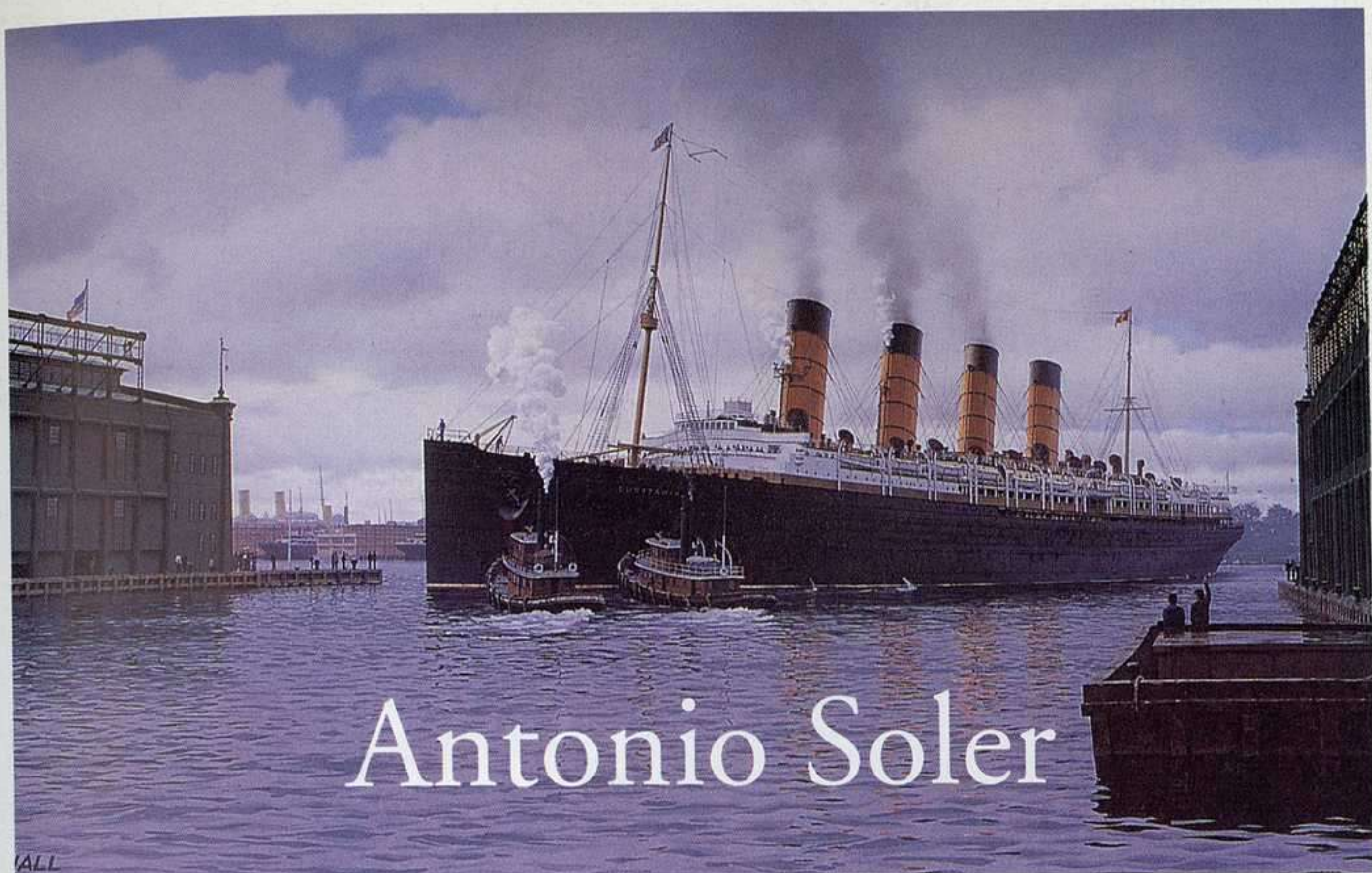
Igualmente, me cuesta mirar al siglo XXI de una manera que no sea despiadada. Una manera que no será optimista, ni pesimista, sino curiosa y fascinada por la novedad. Queda atrás el siglo XX y su gran bola de escarabajo pelotero. Delante está la construcción de una posibilidad, el trabajo por hacer, ese aliento.

**La soledad del viajero es una
soledad llena de estímulos.**

M O N T
S E G A
L L E G
O

Montse Collage





un paso en el océano, una mirada sobre los mares del tiempo, ocho mil millones, viajamos, viajamos juntos sobre un meteoro que llaman Tierra y al que ponen edades, y sueños, en el mismo asiento, en el mismo vagón, en el mismo tren, relojes, calendarios y piedras tatuadas por el sol, fronteras, viajamos, ocho mil millones, viajeros desconocidos que sólo en el tránsito de un túnel se atreven a rozarse la piel, juntos salvamos el mismo instante, damos un mismo y leve paso que separa milenios, en el año 2000



He dejado de beber. El alcohol nunca ha significado para mí una escapatoria ni una descarga eléctrica añadida; han visto que no necesito emborracharme para autodestruirme ni para exhibir mis peores monstruos. He dejado de beber simplemente porque con esas dos gotas de más se alza un periodo de mi vida en la que partí, sin estar preparado, hacia un viaje sin retorno, viaje que yo deseaba escribir en la piel de mi existencia como se escribe la página de un libro inencontrable, raro, con palabras ininteligibles pero encajadas a la perfección: viaje percedero aunque constante que, al final, desembocaría en una vertiginosa huida.

Huir para seguir huyendo. Hay un elevado sentido de libertad tras esa máxima, si quieren libertad forzada o accidental, pero al menos libertad con gesto amable a la que debo estar agradecido por muchas cosas, entre ellas, porque impidió que un parásito de hotel esté ahora padeciendo la explotada y marginal existencia de emigrante *sudaca* en cualquier barrio periférico.

Y sobre todo agradecido por liberarme de una trampa que encierra otras varias trampas. La trampa de considerarme un escritor.

Les confieso:

1) No me importa en absoluto que mi nombre jamás aparezca citado junto con los de otros autores pertenecientes a mi generación.

2) No me interesa medrar con los escritores de la generación anterior.

3) Abomino doctrinar a los de la generación siguiente.

Les sigo confesando que he llegado al punto de escribir insignificantes y oscuros poemas estrictamente para mí mismo, y cada día que transcurre me confirmo como un modelo de artista sarcófago a denostar y a no tener en cuenta. Murió en mí la vocación de autor con futuro y con lectores, el escritor que se dedica a trasladar su vida, en cuerpo y alma, al papel, fingiendo pasiones dominantes que no posee, y exagerando las pocas que ha logrado cosechar.

Cuando Gustavo Erlich detecta en mí el típico cansancio que produce una existencia no demasiado esplendorosa, aplica la medicina infalible: me prescribe un gran paseo. Entonces, salgo del despacho y deambulo sin destino fijo por las calles de Barcelona; deliberadamente me obligo a caminar con lentitud, sin prisa, sin emoción; y si algún día me ven pasar, solitario y algo melancólico, en realidad no lo estoy en absoluto porque el fantasma invisible de un impenitente senderista, mi abuelo, me acompaña cogido de mi brazo derecho. A veces llegamos hasta el puerto y allí, a pesar de hallarse también él algo fatigado, me hace impagables confidencias.

Sin ir más lejos, el otro día, mientras una bandada de pájaros cruzaba el cielo, me confesó:

—Yamil, no te engañes, el ave migratoria no lo es tanto por su éxodo sino por la continua permanencia de su vuelo.

Y pensándolo bien, y para acabar al menos con una mínima creencia, les diré que estoy de acuerdo.

Fragmento de la novela *El pasajero*, premio Café Gijón 1997

el ave migratoria no lo es tanto por su éxodo
sino por la continua permanencia de su vuelo.

R O B E
R T H A
R V E Y

Robert Harvey

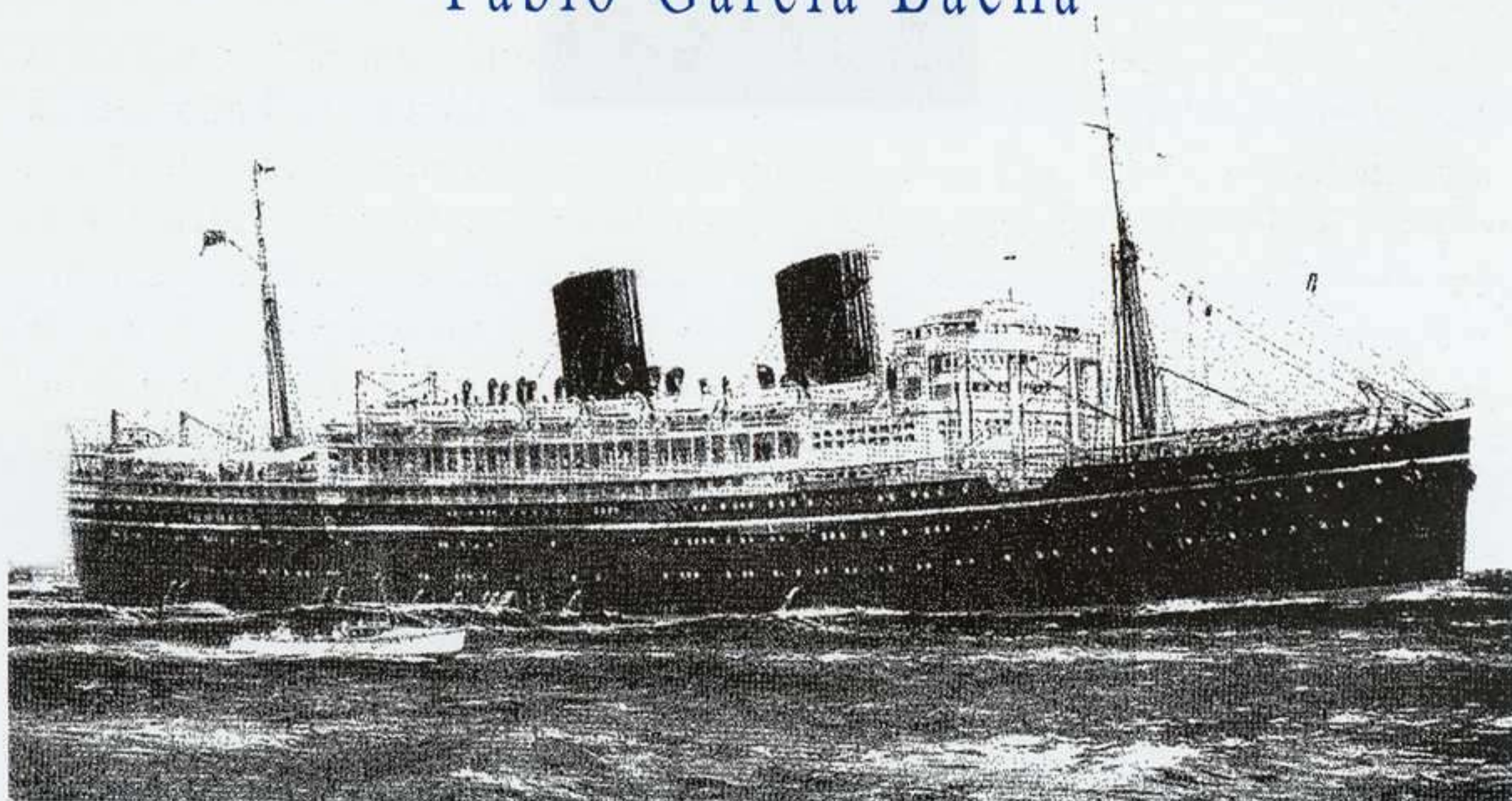


P A C O
A G U I
L A R

Paco Aguilar



Pablo García Baena



ESTAMBUL

Notas del manuscrito encontrado en Benalmádena

Septiembre, 9. Con la lluvia me refugio en la pensión —estoy chorreando, tengo los zapatos rotos— y recreo por unas horas un ambiente de hogar. Descorro las cortinas del gran mirador, arrastro una mesa hasta la ventana y coloco una pequeña lámpara encendida de intimidad a miles de kilómetros de mi apartamento, allá en España. Preparo, sonriente, una bebida y hasta escribo una postal para Cándido, desterrado en Westfalia. Fuera, Estambul emerge como un saurio de pedrería de entre los lodos del mar Negro. Una luna rojiza y creciente abandera con su sello heráldico el otomano cielo tormentoso.

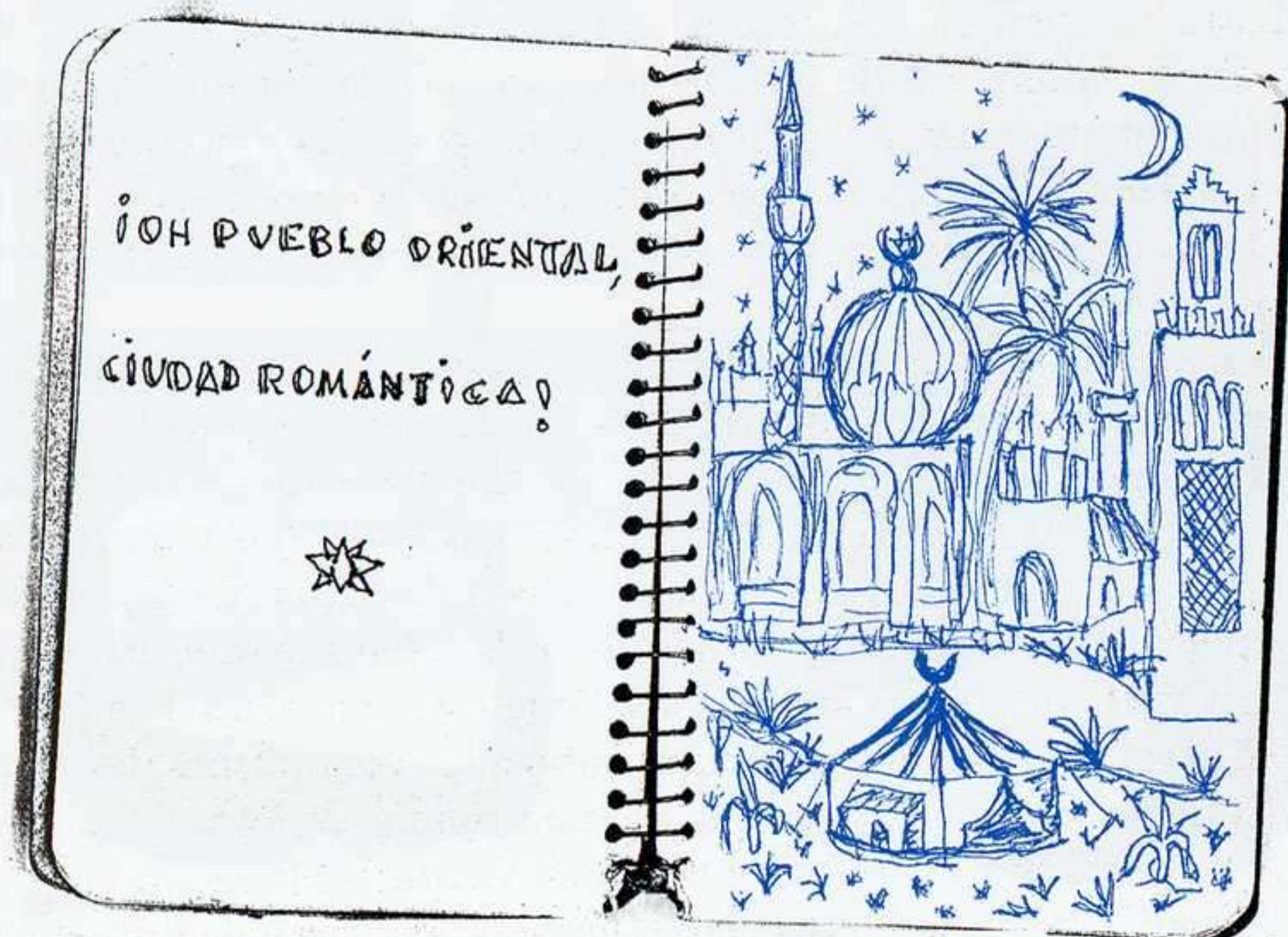
La mañana turística fue agobiadora. Por el puente de Yeni Cami pasan los taxis comunales repletos de viajeros, los carros de mano empujados por turcos de grandes bigotes y blusas largas que recuerdan al sereno de «La verbena de la Paloma», mujeres enlutadas como campesinas andaluzas portan cestos de frutas y pescados. Decepciona el exterior chato de Santa Sofía y sus bulbos ocre, cúpulas que siempre fueron de oro en la leyenda bizantina, descansadero para el vuelo de ángeles andróginos. Poderosas columnas de mármol sostienen, en el interior, una gloria oscura. Subo a las altas galenas destartaladas. Teselas vidriadas de los mosaicos que retratan rígidos de joyas a Constantino y a Irene en el mismo plano mayestático de Cristo y María, en corte mundana, o celestial, de igualdad. Recuerdas los mosaicos acristalados —foseifesa,

como te enseñaron en la escuela de artes— que envió el Porfirógénito al califa de Córdoba para que lucieran estrellados a la luz del aceite en la oración del Viernes.

Cercano el Topkapi o palacio del Serrallo abrumba con el boato de sus colecciones que van desde los tronos de oro a los caftanes brochados por la sangre de los atentados, el puñal del rencor acechando entre gemas. Jardines, estancias, logias interminables, todo este esplendor marchito y polvoriento ¿te dice algo? Sí, acaso este rincón donde suena el agua —olvidada la cámara cerrada con el túmulo negro— y donde la ribera del Mármara se remansa de agitación, de gritos, de colores. ¿Conocieron los sultanes la desnuda quietud de algún día, la tranquila oración de la soledad o fue todo en su vida vendas ensangrentadas y kilos de esmeraldas?

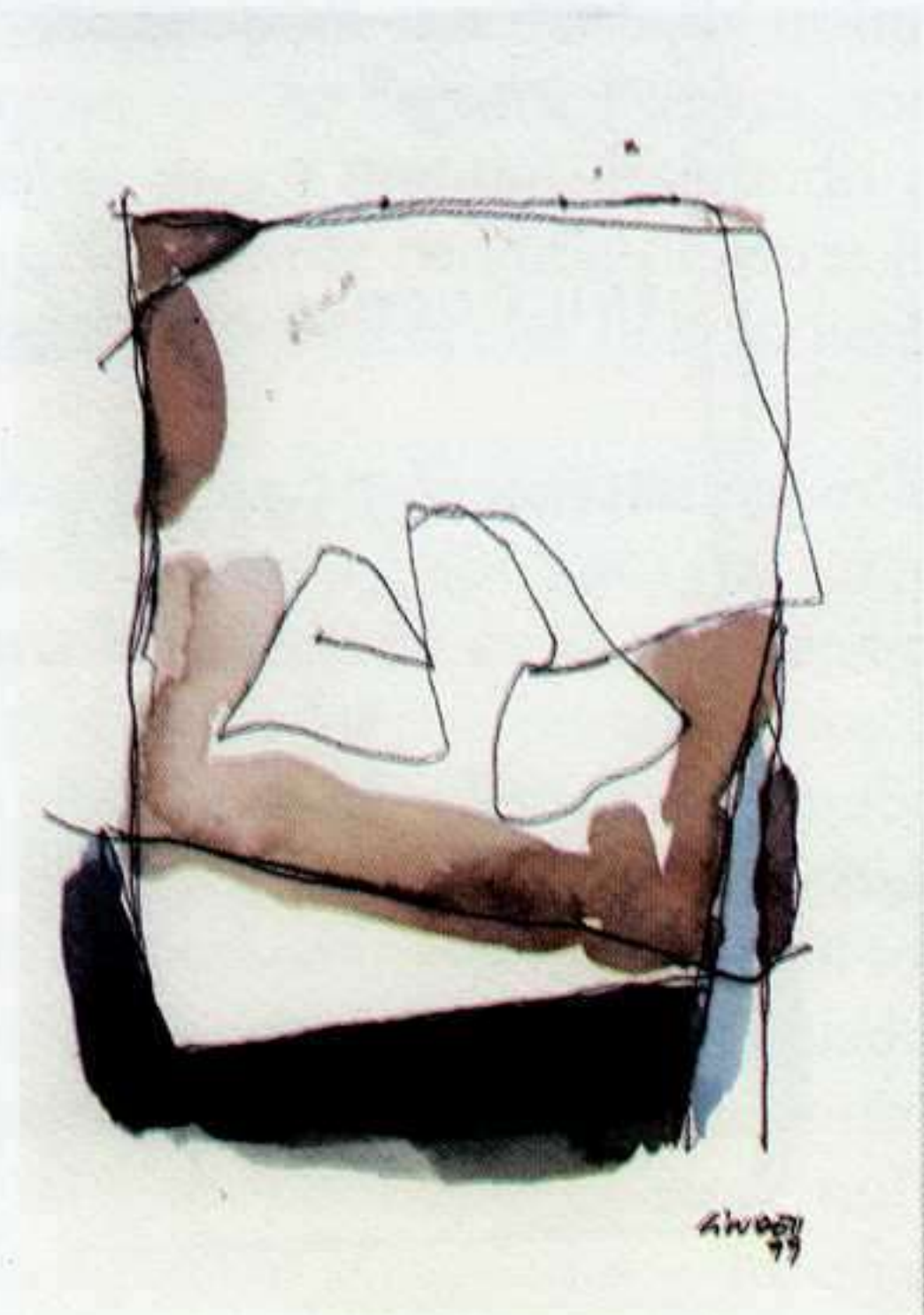
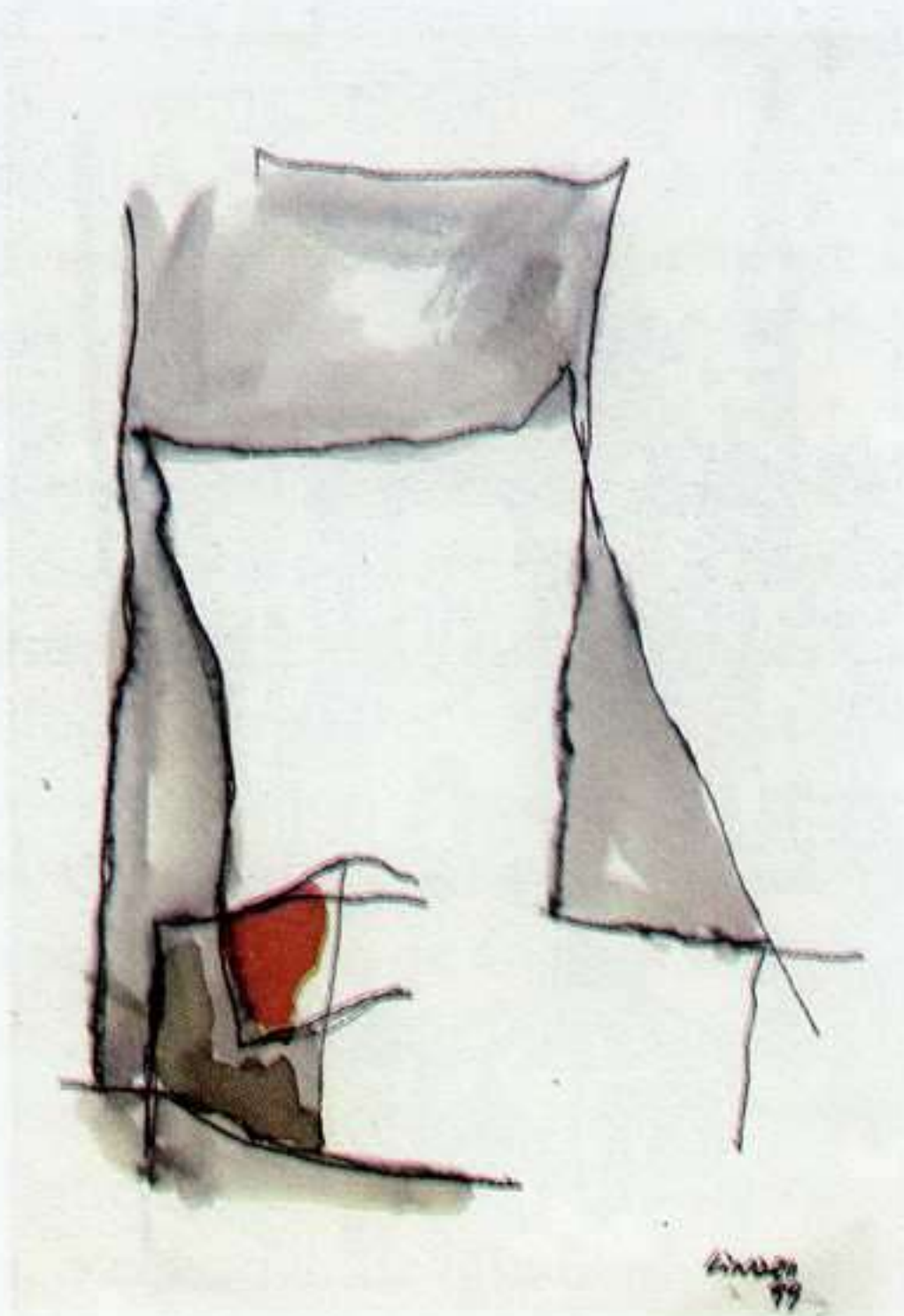
Aturdido por este lujo oriental, ávidamente busco un restorán europeo: tortilla de champiñón y salmonetes, pero todo con un regusto de grasas. Allí, que me acompaña, dice: «cocina turca mejor que europea».

Ya de noche y pasada la tormenta vuelvo a la calle evitando los charcos. Encuentro la posta y atravieso las calles de bazares donde se venden juntos electrodomésticos y dulces enmelados de moscas, el ámbar de las bisuterías y las carnes de bueyes y ovejas abiertos en desolladero, que con su olor seboso de jifería hacen de la ciudad una inmensa ara de sacrificios.



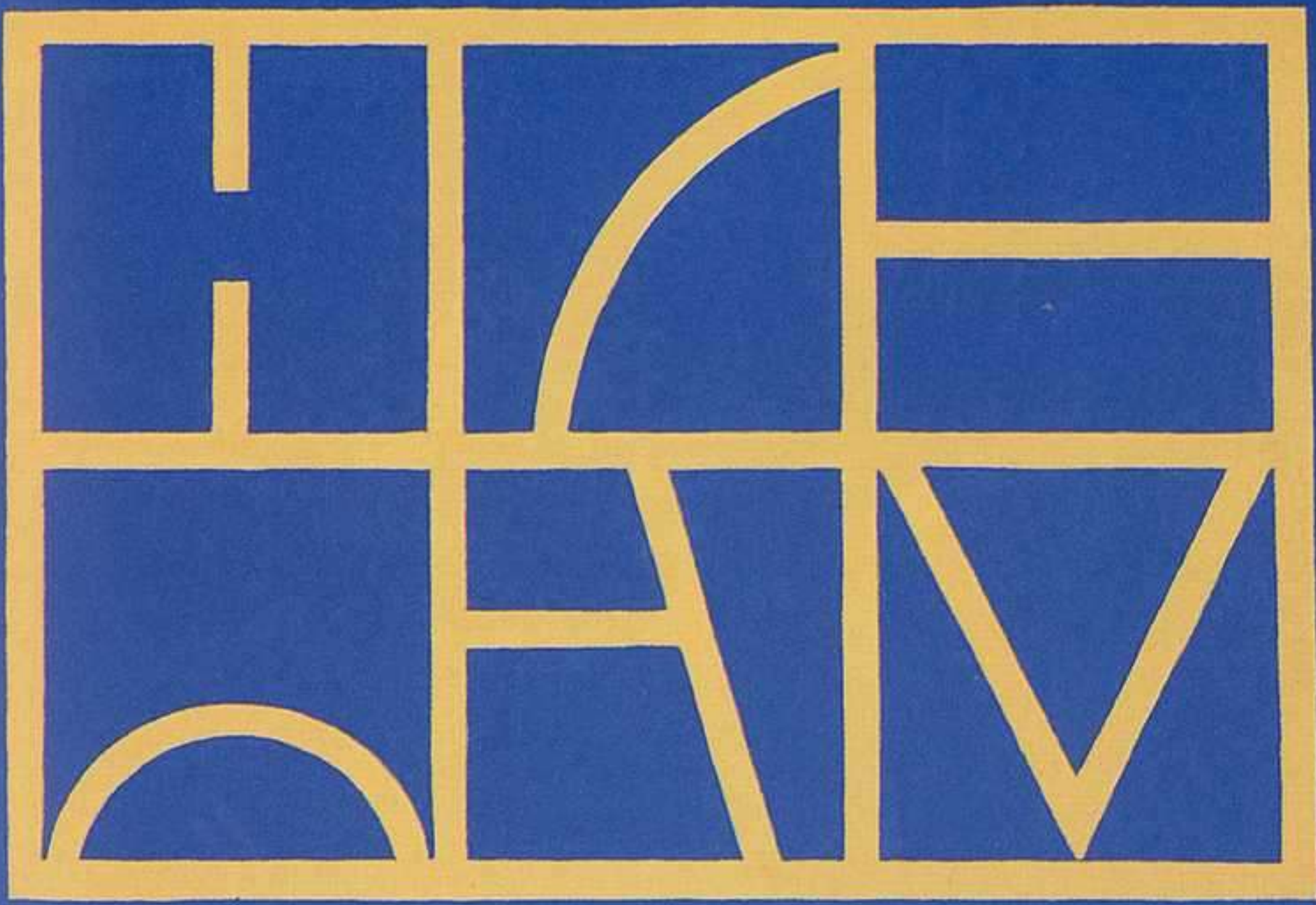
J O R G
E L I N
D E L L

Jorge Lindell

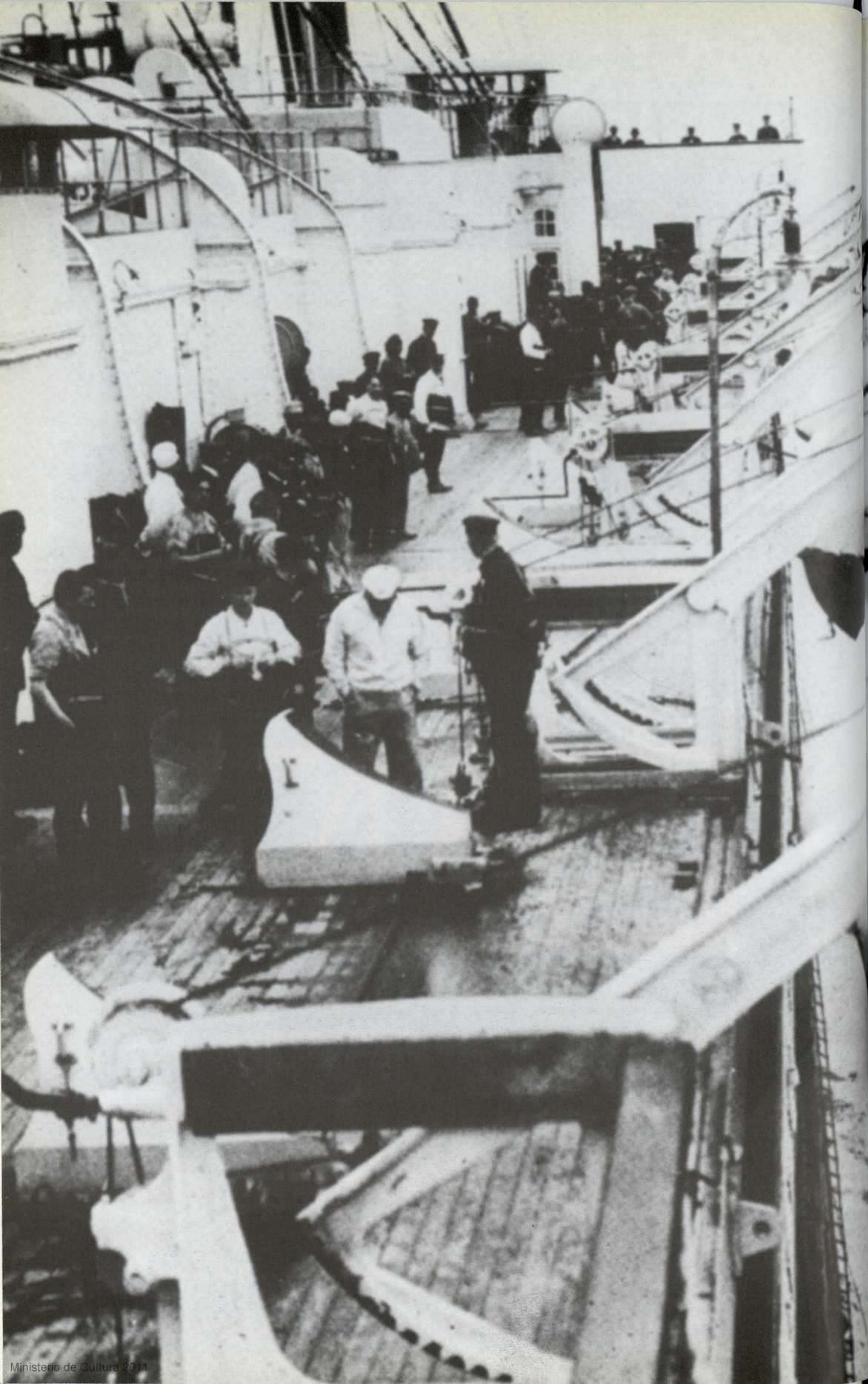


C A B R
A D E L
U N A

José Manuel Cabra de Luna



cabradeluna-00



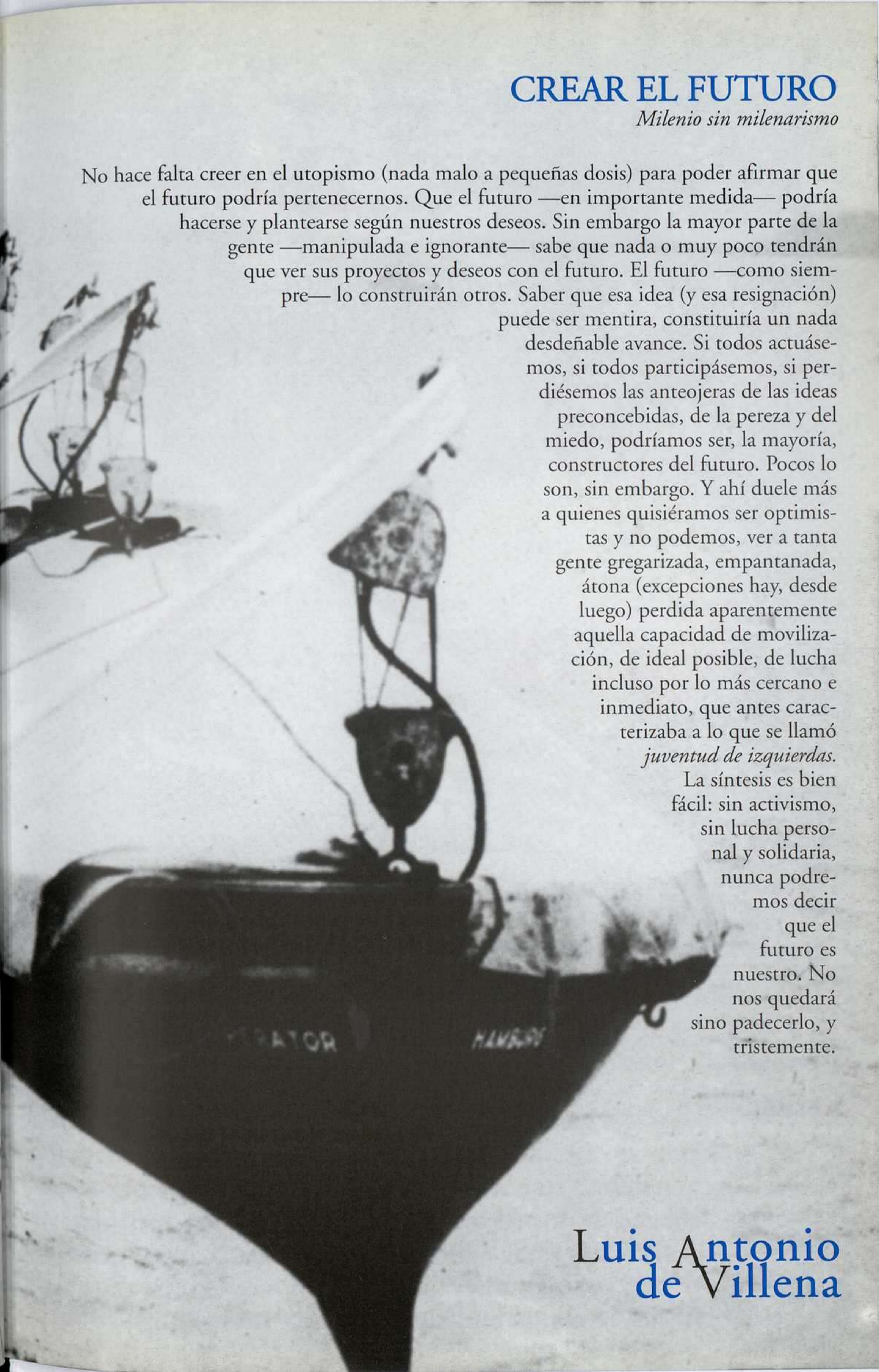
CREAR EL FUTURO

Milenio sin milenarismo

No hace falta creer en el utopismo (nada malo a pequeñas dosis) para poder afirmar que el futuro podría pertenecernos. Que el futuro —en importante medida— podría hacerse y plantearse según nuestros deseos. Sin embargo la mayor parte de la gente —manipulada e ignorante— sabe que nada o muy poco tendrán que ver sus proyectos y deseos con el futuro. El futuro —como siempre— lo construirán otros. Saber que esa idea (y esa resignación)

puede ser mentira, constituiría un nada desdeñable avance. Si todos actuásemos, si todos participásemos, si perdiésemos las anteojeras de las ideas preconcebidas, de la pereza y del miedo, podríamos ser, la mayoría, constructores del futuro. Pocos lo son, sin embargo. Y ahí duele más a quienes quisiéramos ser optimistas y no podemos, ver a tanta gente gregarizada, empantanada, átona (excepciones hay, desde luego) perdida aparentemente aquella capacidad de movilización, de ideal posible, de lucha incluso por lo más cercano e inmediato, que antes caracterizaba a lo que se llamó *juventud de izquierdas*.

La síntesis es bien fácil: sin activismo, sin lucha personal y solidaria, nunca podremos decir que el futuro es nuestro. No nos quedará sino padecerlo, y tristemente.



Luis Antonio
de Villena



**D I A Z
D E L**

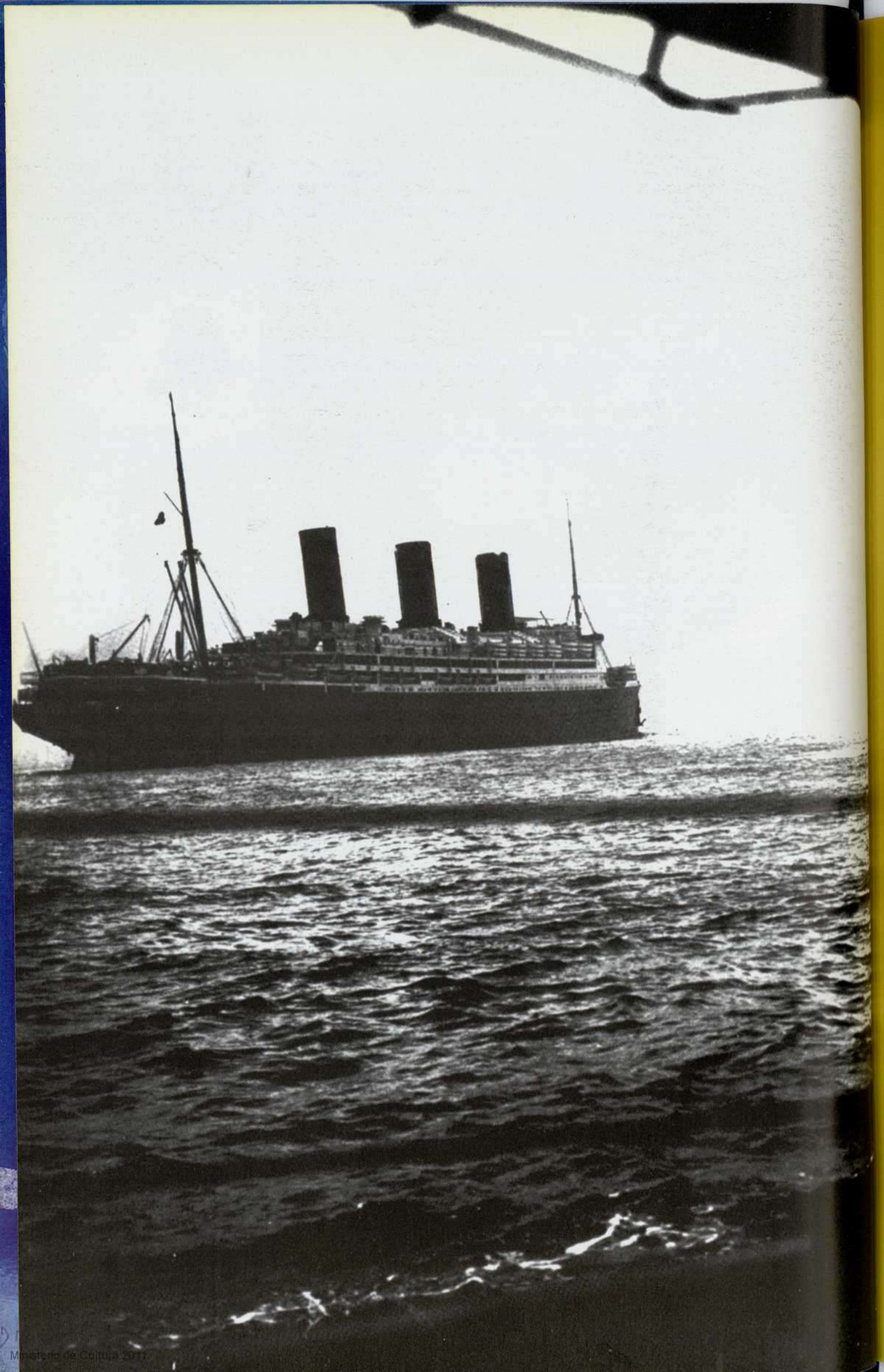
José A. DiazDel

Taffa



J U A N
C O S E
I N L A Z





RAFAEL BALLESTEROS

Poema para el final de un milenio

Dejadme un espacio pequeño donde pueda poner mi cuerpo, yo, y ése otro que incesante me acompaña. Sí, dentro de la casa, si así lo decidís, en la habitación de arriba, donde hablar solo sea posible, y sonreír, llorar así, suave, suave, y que si os pregunto por mí y por ella, vosotros comprendáis. Y que podáis decirme, si quereis, se fue, se fue, y sabemos que nunca volverá, ya nunca volverá.

Ya digo: siendo cálido el sitio poco importa el espacio. Ponedme también, si así os parece, unas sillas aquí y allí: la de cristal, y ésa de las púas que sirve para la meditación y la soledad, y quizá, si se puede, el sillón ése desde el que amaba tanto, desde dentro, todo lo de fuera.

Claro, claro que me gustaría ese jersey azul, tanto, tanto me conforta y el pantalón aquél, antiguo —el ancho—, antiguo, que quiero darle a Ana cuando mi muerte.

Y tanta agua quisiera como posible fuera. Porque un trago fresco, así, por las mañanas, mirando a las paredes tibias de sol y al movimiento azul de las pimentas, es una alegría, sí, sí, intensa y muy humana. Ya lo sabéis: para tanto fuego, tanta pasión que tuvo, basta ahora un trago, un trago.

Y por favor, que pasen. Esos pocos amigos leales, que pasen, siempre, a cualquier hora, día, noche, madrugada. Traedme entonces el tónico ése de vegetales y las píldoras incluso, para hablar, que hablar pueda, mirándoles a los ojos, por horas y horas, horas y horas.

Y a la caída de la tarde traedme al traidor aquél, que Alá, por nuestro ruego, convirtió en ese perro negro y sucio. Sí. Sí. Traedlo y ponedlo aquí al ladito, con la cadena corta, para que yo pueda darle y darle con la punta del pie y así le diga: quieto, quieto perro traidor, tú quieto, y así sea, por los siglos de los siglos, de los siglos amén, mientras alza la noche.

Poema del libro inédito *Los dominios de la emoción*

CÉSAR ANTONIO MOLINA

BAJO EL HOHENZOLLERNBRÜCKE

Bajo el Hohenzollernbrücke corre el Rin.
¿Dónde estás tú y dónde yo?
Quizás en aquella barcaza, en un automóvil,
en el tren que marcha en dirección contraria a mí.
Cuando el amor se va, avanza la sombra.
Parado en medio del puente, todas las señales me confunden,
y también esta línea sin fin que lo atraviesa.
Tranvías, coches, barcos, aviones, bicicletas,
mi propia locomoción.
¿Cuántos caminos para no saber a dónde ir,
cuántas estaciones para permanecer o elegir
a dónde desviar la mirada?
En el «Viejo amor» se comen las palabras,
pero a nosotros no nos hace falta hablar.
Los navíos se llevan los deseos,
una estela blanca los recuerda.
Los coches sacuden pensamientos como agitamos un castaño
y el erizo de su fruto nos hiere en la caída.
Las locomotoras borran nuestros rostros
de las monedas herrumbrosas perdidas por los viajeros.
Los aviones están parados como las debutantes en las pistas de baile.
Las bicicletas pedalean la incertidumbre,
mientras mis largos pasos no te alcanzan
en las medias lunas de hierro.
Bajo el Hohenzollernbrücke corre el Rin.
Como gotas de fuego,
fuego negro sobre fuego blanco,
caen en estas frías aguas de siglos
nuestros rostros inocentes hundidos para siempre.
Miro en ti y creo el mundo,
pero si omito una sola letra o escribo una de más,

puedo destruirlo.
Incluso en la nocturna piel ofídea
todo fluye sobre el infinito lecho de los sueños.
Te iluminan: velas, antorchas, faros, semáforos,
linternas, faroles, luminosos, focos,
y la luz de la luz inagotable.
En cada palabra brillan muchos resplandores.
Bajo el Hohenzollernbrücke el Rin se va
y nosotros ¿dónde nos quedamos?
Estoy asomado,
me giro, ¿dónde estamos tú y yo?
Arqueo con Él la tierra buscándote
por la nueva herida que me abre el destino,
por la repentina grieta donde se fuga el ánimo:
más allá de esta nave de cristal de la estación del tren,
más allá de la esplanada de estas agujas negras,
más allá del Hohenzollernbrücke.
Perdidos en las salas del museo arqueológico
nos encontramos frente a un eros alado
dormido con una antorcha caída,
descansando sobre la clava y la piel de león.
¿Entre los muertos ya no hay ningún deseo?
Pero nosotros aún lo miramos, aún nos miramos, aún estamos despiertos,
aún podemos correr y huir.

La vida todavía es lo único que nos queda por perder.



CANCIÓN APOCALÍPTICA

Final del siglo XX

Las aceitunas no tenían hueso.
Los hombres, alma, ni los mares, cielo.
Sólo se oía
el traqueteo insomne de los metros.
Los autobuses habían olvidado sus paradas
y los barcos los rumbos a sus puertos.
Sí se sabía
el número exacto de sus muertos:
Eran muchos, de todas las edades,
pero tampoco había cementerios;
los enterraban en medio de la vida
y los supermercados se hacían
cargo de los cuerpos.
Las sociedades de seguros estaban

como los hospitales, a su sueldo
y las bocinas de las ambulancias ponían
cloroformo mental a sus conciertos.
La piel de las mujeres existía
para la crema del sol y otros ungüentos;
los niños, sólo para los anuncios
y el dolor. Ah! El dolor:
era cosa de muy breves momentos-
parecía ficción y no venía
anunciado dentro de los prospectos;
no cotizaba en Bolsa, ni votaba
ni desgravaba tampoco en los impuestos.
No podía existir: no se vendía, no se anunciaba,
no era una imagen ni tampoco un cuerpo.
No: no podía
existir algo que no fuera fácil,
ni existir algo que no fuera bueno.
El orden más perfecto se imponía:
húmedos céspedes, árboles sin pájaros,
parques sin nada que manchara el suelo,
comercios de grandes superficies,
compras clónicas, globalizado cieno,
o un amor sin interés a plazo fijo,
o un clandestino amor a bajo precio.

Jaime Siles

Marcos Ricardo Barnatán

VIVIR ES OMITIR

(5 días de enero del 2000)

S Á B A D O 1

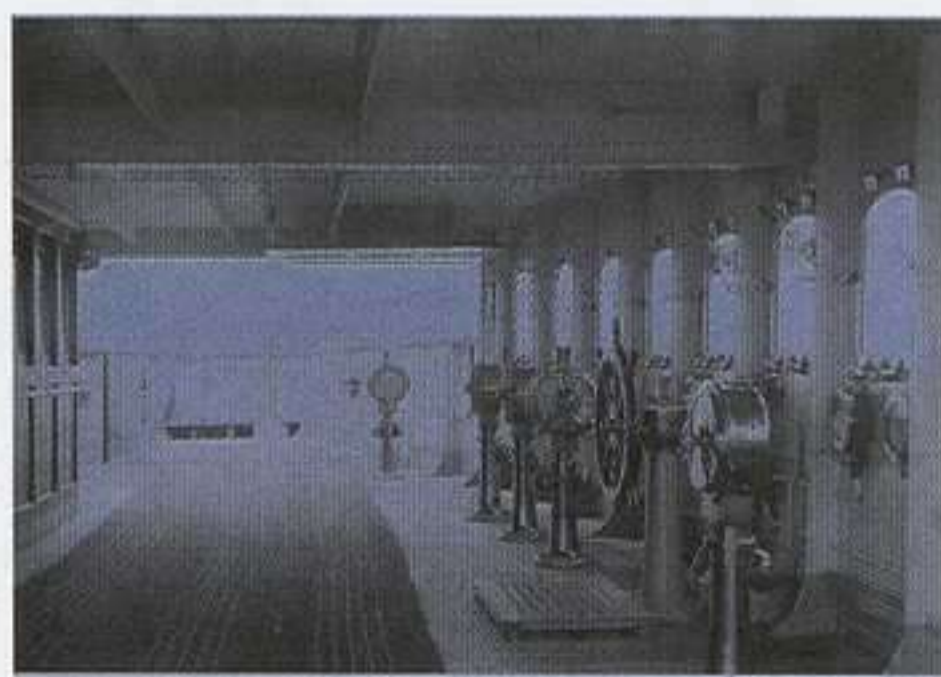


Las primeras sorpresas del nuevo milenio llegan desde la helada Rusia. No, no han fallado las centrales nucleares, como predecían los agoreros, ni ha habido apagones en Moscú, pero otra vez todo el poder está en manos de RasPutin. Rubio y afeitado, vestido a la occidental, algo más menudo, el temible monje ha resucitado, y su sombra protege y guarda a todos y a cada uno de los millones de resignados rusos. Esa muchedumbre dominada por la fatalidad.

*

Hoy nos hemos despertado felices de ver que la luz se sigue enciendo como siempre, suena el teléfono y el ascensor no dejó de funcionar. El amenazante efecto 2000 —que ha tenido en guardia a media humanidad— sólo ha consistido en un amable anuncio de mi ordenador, en el que me invitaba a cambiar la fecha y la hora del sistema, ya que para él hoy era el miércoles 4 de enero de 1980. Con una simple operación el tiempo ha corrido una loca carrera de veinte años y tres días, y se ha colocado en el justo lugar que se merecía. El prodigio es ahora posible y cualquiera que maneje un ordenador personal puede ser un mágico teúrgo.

D O M I N G O 2



Mi deber es estar escribiendo un texto sobre el pintor norteamericano Kenneth Noland. Pero me he pasado gran parte de la tarde durmiendo una maravillosa botella de un Rioja del 95, que nos bebimos Rosa y yo almorzando un par de jugosos «baby beef». Después me he puesto a dibujar unos monigotes, muy a lo Torres García, que suelo usar de distracción visual para las dedicatorias de mis libros,

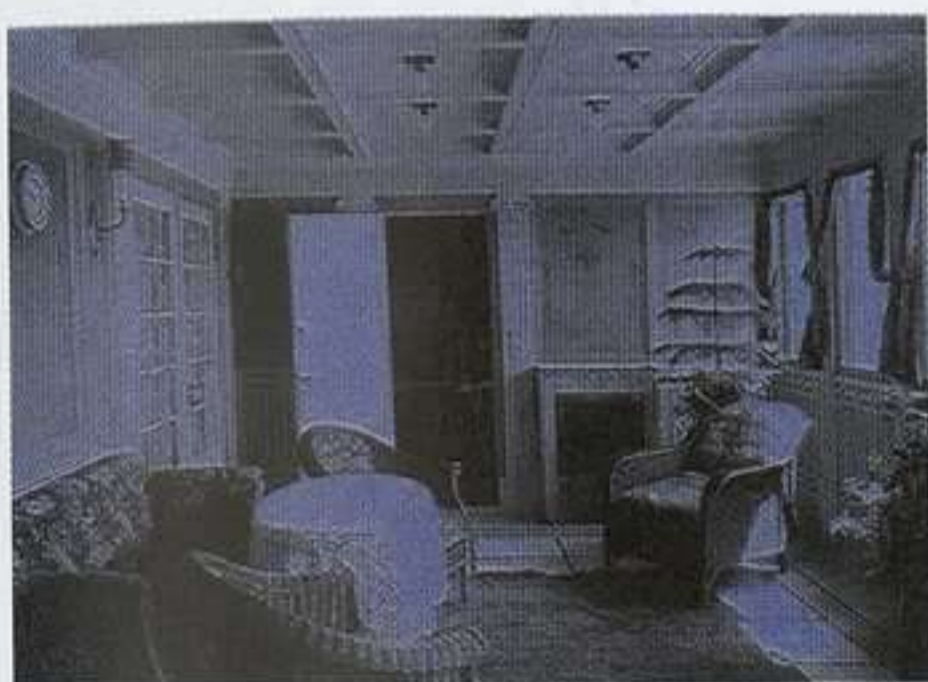
y ahora me refugio en el abrigado documento que guarda este futuro libro, huyendo constantemente de mi inescusable deber. En noviembre del año pasado estuve en la enorme granja centenaria del estado de Vermont que

Noland usa de casa y taller, la llamada «Cold Spring Farm», y mi deber es contar esa excursión por esos oxidados bosques y comentar los cuadros que vi allí, los mismos que llegarán a Madrid y se colgarán este febrero en la galería Metta.

*

El periódico de hoy reproduce una fotografía espeluznante. Un galgo colgado de un árbol en Medina del Campo (Valladolid). Dicen que es costumbre acendrada entre los propietarios de esa raza noble y ligera, los parias de los perros.

L U N E S 3

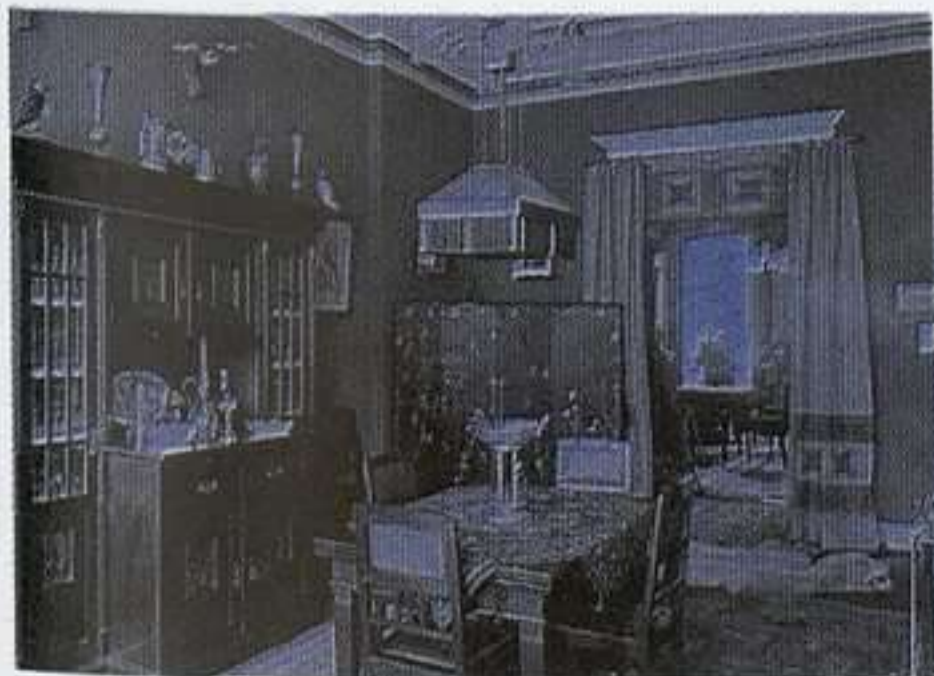


Por fin he cumplido con mi deber, Kenneth Noland ya tiene su texto, labrado durante cuatro largas horas de esta tarde. El teléfono me ha traído voces poco habituales. Mi amigo, el pintor Pep Coll llama desde Mallorca anunciándome que mañana inaugura exposición en Madrid, con lo que deberemos retrasar un día nuestra prevista salida al Arcabucero. Sigo su obra desde hace casi diez años, cuando lo descubrí en una galería madrileña ya desaparecida. Después nos hicimos amigos, y más tarde hicimos juntos un fantástico libro: «Luna Negra», con poemas míos ilustrados por unas litografías muy bellas.

*

Desde hace días me ronda la idea de un cuento que no sé aún muy bien cómo será. Tratará de los perros sanguinarios que guardaban la isla de Dantzing a fines del siglo XVIII. En la isla estaban los almacenes de los más importantes comerciantes de la ciudad, que por las noches quedaban a merced de los perros, implacables con cualquier intruso. Sólo un violoncelista, envalentonado seguramente por el vino y obligado por una apuesta, logró salir vivo. Primero los perros lo cercaron, y al oír la música quedaron hipnotizados, para acabar postrados a sus pies oyendo atentamente las zarabandas, polonesas y minuetos que el valiente interpretó sin interrupción hasta el amanecer.

MIÉRCOLES 5



Ayer por la tarde llegamos al Arcabucero. Encendimos la chimenea y todos los radiadores de la casa para intentar calentarla, ya que ha estado deshabitada desde hace más de un mes y sometida al intenso frío de la sierra. Consigo los 17°. Han podado los árboles y sólo el gran abeto algo torcido por los vientos, sigue verdeando nuestro discreto jardín. Por fortuna hay un poco de sol por las mañanas y

la luz alegre la natural melancolía invernal. Nuestro regalo de Reyes ha sido una magnífica tela abstracta de Alberto Reguera que colgaremos en el salón: azules, celestes, negros y un golpe luminoso de nieve que evoca su suite noruega.

*

Leo algunos fragmentos del diario del joven Darwin, sobre todo los que se refieren a su paso por las dos orillas del manso río de la Plata y encuentro curiosas similitudes atmosféricas con la novela de Andrés Rivera: «El farmer», protagonizada por el general Rosas, recordando desde el exilio. Darwin llegó a Buenos Aires en 1832 y, como casi todos los ingleses, se llevó bastante bien con el poderoso Rosas —dedicado entonces a la noble tarea de exterminar a los indios levantiscos al frente de un temible ejército de «bandoleros»—, quien siempre lo protegió y fue obsequioso con él. Según lo oído por el naturalista Don Juan Manuel de Rosas poseía ya «74 leguas cuadradas de terreno y unas 300.000 cabezas de ganado», y según lo visto por sus propios ojos «dos bufones, como los de los señores feudales». El inglés, venciendo a duras penas su convencimiento de superioridad, admira al rudo criollo y anota a cada paso su enorme popularidad: es el hacedor de la guerra más justa, la que combate a «los salvajes» que hasta hace poco eran el azote de hombres, mujeres, niños y caballos.

De la ciudad dice que estaba rodeada de setos de agaves y de bosques de olivos, de albérchigos —por todas partes ve albérchigos que no son otra cosa que lo que hoy conocemos en España como albaricoques y en la Argentina como damascos— y de sauces, cuyas hojas comienzan a abrirse en septiembre. Por fin árboles, después de andar por las desiertas pampas que sólo raramente dejaban ver un enigmático árbol espinoso que los indios reverenciaban como el altar de Wallechu y al que colgaban hilos de sus ponchos y otras ofrendas, como cigarros, pan, carne, o retales de tela. «La ciudad de Buenos Aires —escribe Darwin en 1833— es grande y una de las más regulares, creo, que hay en el mundo.» Se sorprende de que todas las calles se corten en ángulo recto y que al ser paralelas a igual distancia formen un cuadrículado perfecto. Las casas, de un solo piso, todas tienen patio y están coronadas por azoteas con asientos, donde los lugareños pasan las noches de verano. La arquitectura no tiene grandes pretensiones estéticas pero la ciudad podía ofrecer al viajero «magníficos golpes de vista».

NOTA DEL AUTOR. Ante la gran invitación de Lorenzo Saval para ocupar un camarote con vista al mar en su transatlántico, he elegido las primeras páginas del libro que me ocupará este año 2000 y unas noches, un dietario muy personal del cambio de siglo.



ÁLVARO
GARCÍA

VAMOS

Bueno, en el fondo sí
me gusta la poesía:
están las horas llenas de sí mismas
y son para los dos
y llorar de alegría es no llorar
y está todo el camino.
Ebrios de luz
se apoyan en el otro
porque no saben que tampoco puede,
sólo que sí que pueden porque van,
ya ves cómo si vamos y nunca vi tan dentro
lo que se llama amor
que tengas buenos días a mi lado.



Joan Margarit

Empezaré el siglo adentrándome en mi sexta década. Lo que llamo «mi mundo» y que se refiere a lo que en mi juventud justificó la fe en un futuro en el cual ya estoy viviendo, casi no existe. Este siglo, que ya no me llevará, aunque me arrastrará, irá volviéndose aún más duro, innecesariamente duro, pienso. Con el corazón hundido en aquel tiempo amable y gris y mi mente en la intemperie de estos años, doy gracias a los poemas, que se encienden como pobres bombillas al final de la línea.

28-XII-99

HORA PUNTA

En el vagón lleno de gente
se besan y acarician.
A la luz del metro
sus pendientes metálicos destellan.
Al salir desde el túnel a un andén,
un frenazo y un golpe, unos chirridos,
escalofríos, gritos de sorpresa.
«Un hombre se ha arrojado», las carreras,
y al final los bomberos se lo llevan
bajo una sábana manchada en sangre.
Las voces explicaban:
«ha matado a sus hijos,
a su mujer, y se ha arrojado al tren».

Todo el vagón hablaba, nadie ya
era un desconocido.
Alguien había dado fin a aquello
que comenzó algún día con miradas
y caricias, quizá como las de ellos,
y quizá en algún metro.
Y, de pronto, el amor ya no era el mismo
que antes de la salida de aquel túnel.
Ahora procuraban no tocarse.

HORA PUNTA

Al vagó ple de gent s'acaricien.
Les seves arracades de metall
llueixen sota la claror del metro.
Sortint del túnel a una estació,
una frenada brusca, un cop, grinyols,
esgarrifances, crits de gent sorpresa.
«Un home s'ha tirat», i corredisses,
i al final els bombers que se l'enduien
sota un llençol tacat de sang.
Veus explicant que «ha matat els seus fills,
la seva dona, i s'ha tirat al tren».

Tot el vagó en parlava,
ja no hi havia cap desconegut.
Algú havia acabat allò que un dia
va començar amb mirades i carícies
com les seves, potser també a algun metro.
L'amor no era el mateix que havia estat
abans de la sortida d'aquell túnel.
Miraven, fins i tot, de no tocar-se.

NAUFRAGIOS

La calle, estrecha y húmeda, de viejas casas,
es aún más estrecha por los trastos:
un osito de felpa, un sofá roto,
la nevera bordeada por el óxido
y dos colchones contra la pared.
Es todo cuanto queda de un desahucio.
¿Quién se lleva los restos del pasado?
A veces se tropieza uno con ellos
en lugares como éste. Quizá son
despojos de sí mismo lo que ha visto.
Entonces vuelve la cabeza: un gato,
encaramado en el sofá, le mira
como ella antaño con sus ojos verdes.

EL MÓN QUE ARRIBA

Adéu, festa d'un món que ja te'n vas!
Dessota de la lona il·luminada,
els instruments llampurnen i les copes
s'alcen brindant per celebrar el passat.
Rere els vidres encesos del Cafè
aquesta nit també hi ha una altra festa
amb els llums rutilants del món que arriba.
Aquí, en canvi, les llàgrimes, la música,
les rialles: tot brinda pel demà.
Els cambrers s'obren pas entre la gent
amb safates com llunes de metall
i el vidre fosc, gelat de cada ampolla
voltat pel delicat estol de copes.
Però, tant el passat com el demà
són un sol buit obscur quan el present,
com un foc sense flames ja s'ha encès
darrere l'horitzó. Els seus colors
travessen cada copa de cristall
que s'alça en el seu brindis, entelada
d'aquest or fred del cava enfront dels ulls.

NAUFRAGIS

El carrer estret i humit, de cases velles,
s'estreny encara més per l'embalum
que fan una nevera rovellada,
dos matalassos recolzats al mur,
un ós de pelfa i un sofá trencat.
Tot el que queda d'un desnonament.
Qui es deu endur les restes del passat?
Un a vegades se les ensopega
en llocs com ara aquest. Potser són restes
d'ell mateix el què ha vist.
Es gira: un gat s'enfila pel sofá
i el mira amb uns ulls verds semblants als d'ella.

EL MUNDO QUE LLEGA

¡Adiós, fiesta de un mundo que te vas!
Debajo de la lona iluminada
los instrumentos lanzan sus destellos,
las copas se alzan para celebrar
con un último brindis el pasado.
Detrás de los cristales del Café,
también hay otra fiesta por el mundo
que llega con sus luces rutilantes.
Aquí, en cambio, las lágrimas, la música,
todos los brindis son por el mañana.
Camareros alzando
bandejas como lunas de metal
van abriéndose paso entre el gentío
con la helada botella a la que envuelven
las copas como frágiles bandadas.
Pero ayer y mañana son un único
vacío oscuro cuando, como un fuego
que arde sin llamas tras el horizonte,
se ha encendido el presente. Sus colores
atraviesan las copas de cristal
que se alzan empañadas por el oro
frío del cava frente a nuestros ojos.

ANUNCIOS EN LA NOCHE

Hojea un boletín de jubilados.
En la ventana tiembla la ciudad
como brasas de un fuego sin calor.
Señora en los sesenta y buen aspecto
busca un señor de edad para viajar.
Ex detective, aún en buena forma,
ofrece su amistad y sus cuidados
a una señora de buena presencia.
Señora ya mayor compartiría
los gastos y el trabajo de la casa
viviendo juntas con otra señora.
Marino retirado desearía
una señora a quien interesasen
los relatos de viajes y aventuras.

Mira la temblorosa alfombra viva:
más lejos, más arriba, ve la sombra
del mar y el cielo, donde el pensamiento
es la tinta que escribe este mensaje:
alguien que pertenece, ya, a otro tiempo,
y que, sin ilusiones, vive solo,
desearía que ella aún estuviese,
que pudieran ir juntos a ciudades
a donde deberían de haber ido.
Tantas ciudades
como alfombras de luz donde se alejan
fantasías de viejos en la noche.

ANUNCIS EN LA NIT

Fulleja un butlletí de jubilats.
A la finestra la ciutat tremola
com les brases d'un foc sense escalfor.
Senyora de seixanta amb bon aspecte
desitja un senyor gran per viatjar.
Ex-detectiu, encara en bona forma,
ofereix amiatat i tenir cura
d'una senyora de bona presència.
Senyora gran se'n aniria a viure
amb una altra senyora compartint
la feina de la casa i les despeses.
Mariner retirat busca amiatat
amb alguna senyora interessada
en relats de viatges i aventures.

Mira la viva estora tremolosa:
més lluny i més amunt troba la fosca
del mar i el cel. En ella el pensament
és la tinta que escriu aquest missatge:
algú d'un altre temps al qui no-res
no fa, ja, il.lusió i que viu tot sol,
desitjaria que ella encara hi fos,
que poguessin anar a tantes ciutats
on havien d'anar. Tantes ciutats,
com estores de llum per on s'allunyen
fantasies de vells durant la nit.



Después la aurora

Es una noche antes de un día y mañana
una vez de la aurora surgen por el cielo
tan ajena a la estrella polar
y a las aguas del puerto que el mundo hizo de un lugar
que atañía con fines.

El amanecer

un par de horas por el fondo
de un suspiro lejano hoy y mañana con aguas de tierra
y lava milenaria.

Quiera saberlo Eleanora

María Victoria Atencia

TRAS LA AURORA

No supo nadie antes de su luz y sonrisa.
Vino tras de la aurora: cruzaba por el cielo
tan ajena a la estrella polar
y a las aguas del puerto que el crudo hizo de un nácar
que abatía confines.

Caminaba

sin pasos ni zapatos por el borde
de un suspiro, tejiendo hoy y mañana con agujas de hierro
su letra milenaria.

Francisco Díaz de Castro



ENVEJECER

«Les faux beaux jours...»

PAUL VERLAINE

¿**D**ónde tienes, memoria, los recursos,
dónde escondes los días engañosos?

Todo, todo conspira
contra mi rara posesión.
Esta bruma gandula del otoño,
las campanas levíticas y sucias
de este infame peñasco insustancial.
La conciencia alarmante
de que mi tiempo es otro,
la clara indiferencia rencorosa
que sucede a los sueños solidarios.
Dudar en lo secreto
si el apego a unos cuantos, al instante,
es ya sólo un cobijo o una coartada.
Este cuerpo reacio en las mañanas
y el pensamiento torpe,
más a la defensiva y más a tiro
mientras la voluntad resiste, fiel
a la embriaguez de lo sensible
y a la presencia alegre de la que borra el tiempo.

¿Dónde enterraste el resplandor sin pena
de cada atardecer, aquel tesoro
elemental, tranquilo, cotidiano?

PLAYA DE PRIMAVERA

Durante largos meses
muy pocos han pasado por aquí.
La arena se resiste al esplendor,
invadida por algas y alquitranes,
hojarasca que el viento ha acumulado,
carroña que desprecian las gaviotas.
A mis pies, un pedazo de madera
manchado por la grasa y el salitre
enseña un nombre roto,
un resto de palabra naufragada
que el abismo ha devuelto.

Pero he llegado aquí y no me valen símbolos.
Infestado de nombres, de cadáveres,
de lugares sin vuelta,
de nostalgias negadas,
retenido por arrugadas hojas,
por astillas de sueños humillados,
por este tiempo mío que embarranca,
también yo albergo restos
que no comprendo bien.

Y cómo resistirme.
Abandono mi cuerpo al revuelo del aire
que espolea al instinto y borra la memoria,
aspiro este perfume de inquietud
y consagro a la luz de primavera
el instante en que Venus me regala
la espuma helada de esta orilla turbia.

Camilo de Ory

LO NUEVO

Verán: el hecho de que todos los varones del portal abriéramos el sobre a las doce en punto (bien: de doce a doce y diez, entre los brindis y los abrazos, los últimos a la familia o a algunos conocidos) no es más que una anécdota o un oficializar lo que nos constaba; el hecho de que una misma locutora nos lo repitiera en la radio y en la televisión no era más que un insistir, porque todos sabíamos, con sapiencia natural como la de mamar o agarrar cosas o responder a la sonrisa con sonrisa —ay, mi mujer del octavo— que a partir de las doce y pico todo sería diferente.

(Vivía, viví, en una habitación del domicilio familiar con mis muy poco literarios padres, un hermano y dos perros; los perros son un amén, un como éramos pocos, un toma dos tazas; los perros piden a gritos una frase hecha: y además, dos perros.) Gocé esa miseria justo hasta el último fin de año, hasta las doce y diez, la hora del cruce de paseos por las escaleras, sin bultos, sin arrastrar maletas con fragmentos tangibles de la vida precedente; porque esto sería —pienso yo, ya que nadie conoce con seguridad los porqués del asunto— hurtarle a otro una parte de su pasado y a la vez alterar la propia nueva existencia, que ahora es la de siempre.

Aún vivía, a mi edad, en el piso de mis padres, un tercero; los perros no eran ni mucho menos lo peor; lo peor era la arpía; la arpía ponía invariablemente la televisión bien alta; sólo encontraba esta forma de que alguien prestara atención a algo suyo si ni siquiera los perros le hacían caso. Así y tal vez no de otro modo puede un televisor elevar a alguien a la categoría de basilisco. La televisión eternamente conectada: una eternidad, ésta, de tres de la tarde a once de la noche, pero eternidad por las secuelas que dejaba en mi ánimo: el altavoz del aparato llenaba toda la casa de follón; los tonos más altos llegaban a los rincones por el pasillo y los más bajos me

encontraban haciendo vibrar levemente pilares y tabiques. El resto del día quedaba condicionado por las horas de incapacidad mental que provocaba la presencia de ese sonido; utilizar tapones de cera era aún peor porque entonces me podía oír por dentro. Cada tragar saliva, cada latido del corazón, cada respirar; sólo eran soportables durante un rato.

A mi edad, vivía en el piso de mis padres, como digo. Pero no importa; ya no es así, desde que la locutora habló por todas los canales y abrimos los sobres; desde que nos cruzamos por las escaleras (creo que puede afirmarse que nos fuimos cruzando con nosotros mismos; puedo afirmar que me crucé conmigo); desde que atravesé la puerta de mi casa en la octava planta y me eché en el sofá con los pies en alto y recibí el beso de bienvenida, como cada día de mi vida a partir de ese instante (y, en consecuencia, como cada día de mi vida también en el pasado). Así, el tener a la vecina no me aporta el aliciente de lo nuevo, ya que, siendo como soy ya en *realidad* el propio vecino, llevo casado con ella trece años, y sus pechos son rutina y su gesto es mueca. (Sólo era sonrisa en el ascensor, cuando yo era el que vivía con sus perros en el tercero segunda; puedo comparar y sé que eso era sonrisa y que esto es, tristemente, sólo mueca.)

Y está la certidumbre de disfrutar de un hogar, con las consecuencias que eso traiga; y está el reconocerme en los objetos: hoy me afeito a máquina desde joven y cada día, y me encuentro en las fotos de la mili con un grupo de hombres de uniforme y cara de haber fumado mucho. Cómo fumábamos; no había otra forma de entretenerse; uno recuerda lo grato de esa etapa y lo malo parece bueno, esto es, al menos amable. Aquí viene ella con el café y la mueca, siempre la mueca. Qué trece años. Debí haberla abordado en el ascensor: eso sí era una sonrisa.





FEDERICO MAYOR ZARAGOZA

¿A cuánto
se vende hoy
el día de mañana?¹

☺ Cada día, 250.000 *pasajeros* más. Cada cuatro días un millón de seres humanos más sobre la piel de la Tierra. Cada ser humano único, capaz de crear, Inmensurable, Desmesurado. La gran mayoría no podrán satisfacer sus necesidades básicas. Muchos no podrán acercarse tan siquiera a la mesa de los opulentos.

En la «aldea global», hemos sido capaces de prolongar la vida, pero no su calidad. Hemos progresado científicamente (vacunas, antibióticos...): este es el gran éxito. Pero no hemos sabido compartir la riqueza ni el conocimiento: este es el gran fracaso.

☺ Pasajeros del navío que describió hace siglos el genial *Leonardo da Vinci*: «de pronto la tormenta. Súbitamente ya no hay a bordo mujeres y hombres; ricos y pobres; blancos y negros; jóvenes y viejos... Sólo hay pasajeros que comparten un *destino común*. Igual sucede hoy en el navío espacial, todavía azul, llamado Tierra.

☺ *Albert Camus*: «Les despreciaba, porque pudiendo tanto se atrevieron a tan poco» ¡Atreverse! ¡Atreverse a compartir! Atreverse a amar: La medida de amar es amar. Sin medida. Atreverse a expresar —de forma perseverante y firme— nuestros *propios* pensamientos y sentimientos. En esto consiste la educación: en la «soberanía personal». En meditar nuestras respuestas y no seguir las pautas que se nos dictan desde el exterior.

☺ No nos dejan escuchar las cosas esenciales. *Delito de ruido* que impide sintonizar con nosotros mismos, *Delito de silencio*: no de los silenciados sino de los silenciosos, «Que nadie/que sepa hablar/siga callado/que todos los que puedan/se unan/a este grito»².

☺ Fijar nuevos *rumbos*. ¡Tener el coraje y la lucidez de rectificar los derroteros presentes! «Nunca hay buen viento para quien no sabe a donde va», dice el refrán mariner. Debemos, pues, guiarnos por principios —estrellas universales—: «La luna —escribió Fernando Pessoa— se refleja por igual en el mar y los charcos porque alta se sitúa».

Asociarnos. Integrarnos. El mundo económico se «mega-fusiona». ¿Por qué no «mega-fusionarnos» el mundo del pensamiento? Alianzas para la defensa militar... ¿Y para la defensa de nuestra identidad cultural? ¿Y para la defensa del mar, del aire, del suelo y de los seres que los habitan?

☺ La voz del pueblo, la democracia, es nuestra esperanza. La voz prevalecerá. Y el sueño de abandonar para siempre las costas de la opresión, de la imposición, de la violencia, de la ley del más fuerte, se hará realidad. *Cultura de Paz*, cultura de diálogo, de tolerancia, de conciliación. Cultura de previsión, de anticipación, de prevención. Cultura de paz, nuestro camino, nuestro puerto.

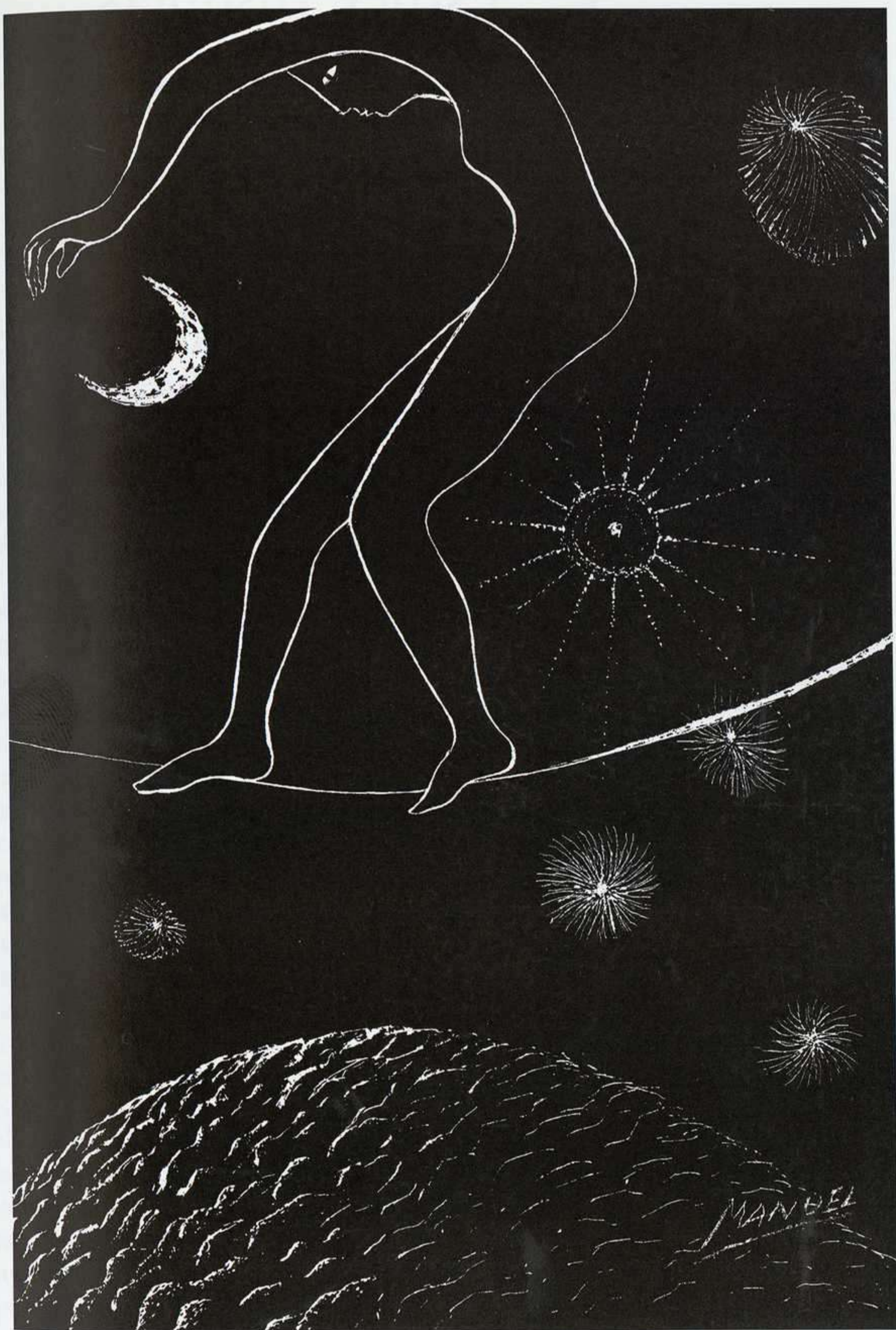
En mayo de 1999 escribí en Zanzíbar:

POR fin, el viento.
Por fin, las alas.
Por fin, el surco,
por fin el agua
y la semilla.
Por fin, una rendija
en el denso espacio
en el que vivo
y todavía espero.
Por fin, horizontes de luz
más allá de la bruma
este trémulo alborear
de siglo y de milenio.
Por fin, la mujer
en el estrado.
Por fin la palabra
y no la espada.
Por fin, el pan
y el vino compartidos.
Por fin, el fuego nuevo.
Por fin, el fruto
que soñamos tantos años.
Por fin, la mano abierta.
Por fin, el beso
y la caricia.
Por fin, amor mío, la sonrisa.
Por fin, la paz.
Paz en la mente
y en la calle.
Por fin,
¡paz en la Tierra!

A Litoral, diciembre 1999, de Federico Mayor

¹ Versos del poema dedicado a Pilar Paz Pasamar 1992, *Terral*, Litoral, 1996.

² Fragmento de poema publicado en *Terral*, Litoral, 1996 .



Al Pasajero sin retorno
De siglo a siglo a siglo - de estrella a estrella
manteniendo el equilibrio, del todo al cero
de la nada al pleno.

MANUEL



IDEOLOGÍAS Y RACISMO ANTE EL NUEVO MILENIO

Creo —o temo— que la salvaje agresión racista que ha tenido lugar a principios de este año 2000 en El Ejido no es un suceso puntual destinado a figurar sólo en los reportajes y en los artículos de opinión de la prensa diaria; creo —y temo— que los incidentes de El Ejido figurarán en los libros de historia del futuro como uno de los hitos donde se concreta de forma brutal y sin posibles equívocos algo que se viene gestando desde muy lejos y que va a tener una larga y trágica prolongación.

El siglo XX nos lega un mundo dividido en una estrecha, reducidísima franja —básicamente Europa Occidental y Estados Unidos—, donde la mayor parte de la población vive, si no en la opulencia, sí en un holgado bienestar, y otra zona mucho más amplia, donde la mayor parte de la población malvive en la miseria más absoluta. Y dado que los países ricos, desde la época colonial hasta nuestros días, no parecen dispuestos a esforzarse gran cosa para que la vida en los países pobres sea vivible —dado que a ninguno de nosotros, miembros privilegiados de la sociedad opulenta, nos quita realmente el sueño que millones de personas mueran todos los años de hambre— la emigración de esos desheredados de la tierra (que se obstinan, pura terquedad, en sobrevivir) a nuestros maravillosos países consumistas es imparable. Y resolver con mínima ética y sensatez los problemas que este alud migratorio implica es uno de los retos a los que el nuevo siglo, si no el nuevo milenio, se enfrenta.

Nos veremos forzosamente obligados, no sólo a convivir con gentes de razas distintas, culturas distintas, religiones distintas, sino con gentes pobres, ignorantes, poco educadas, de costumbres a nuestros ojos más burdas, y que, si las mantenemos en condiciones de vida infrahumanas (mejores que las que tenían en su país, pero según nuestros baremos infrahumanas) estarán en algunos casos, como ocurre con todas las minorías marginadas, más predispuestos a mostrarse agresivos y a delinquir. Puedo entender que a buena parte de los habitantes de El Ejido no les guste tener que convivir con tan alto número de marroquíes. Que les guste esta gente o que no les guste es, mientras lo mantengan en el ámbito privado, problema suyo. Nadie les obliga a invitar a su casa a los emigrantes, como nada me obliga a mí a invitarlos a ellos. Pero lo que ocurrió en El Ejido —no en un estallido incontrolable de

pocas horas, sino en una situación que se prolongó durante cuatro o cinco días y que aún no se ha resuelto casi un mes después—, la persecución, el acoso, los golpes, las amenazas, los insultos, el miedo y la humillación a que fueron sometidos los emigrantes —se me eriza el cabello sólo de pensar lo que debieron de sentir y no van a olvidar ya nunca los niños— no admite disculpas, ni paliativos.

Sin embargo, lo que me parece más grave y lo que me da más miedo, es la pasividad, no de aquella parte de la población que no participó en los hechos ni los aprobó, pero que no tuvo el coraje de intervenir (el heroísmo no puede exigirse ni esperarse de nadie: «desdichado el país que necesita héroes» diría Brecht), sino, en primer lugar de los estamentos civiles y políticos. Esa policía que contempló impertérrita el pillaje —¿realmente las órdenes recibidas les podían obligar a tanto?—; ese alcalde que todavía no ha perdido el cargo ni ha dado su brazo a torcer, que nos muestra la cara más oscura, más desnuda, realmente alarmante del Partido Popular.

En segundo lugar, la casi unánime pasividad (la excepción sería el sacerdote que se ocupa de los derechos humanos en la Junta de Andalucía), que no debiera sorprenderme, de la Iglesia Católica. No he leído ninguna declaración de las autoridades eclesiásticas, tan prontas en rasgarse las vestiduras cuando se rozan los temas del aborto, el divorcio, la enseñanza laica (me pareció curioso que al negar su apoyo a cualquier partido ante las próximas elecciones, porque ninguno se ajustaba a las doctrinas de la Iglesia, no reprocharan a la derecha su política social y económica, que debe de ajustarse a la doctrina de la Iglesia, aunque no refleje demasiado el espíritu de los Evangelios: castigaban al Partido Popular por no haber suprimido la pacata legislación actual sobre el aborto), respecto a lo ocurrido en El Ejido. No he visto imágenes de sacerdotes al lado de los marroquíes, solidarizándose, apoyándolos, abriéndoles como refugio la puerta de las iglesias, no los he visto exhortando a los fieles ni pidiendo perdón por lo sucedido ante el altar. ¿O no era ese el papel que les correspondía asumir? Y me pregunto: entre las personas que participaron en las agresiones a los emigrantes, ¿algunas se considerarían cristianas?, ¿algunas entrarían el siguiente domingo en las iglesias y se acercarían al altar?

Ante este espectáculo desolador, hay que reconocer que los partidos que consideramos de izquierdas, de los que no sobran motivos para sentirse orgullosos y a los que muchos (yo entre ellos) votaremos en las próximas elecciones generales con moderadísimo entusiasmo y nulo fervor, dieron, juntamente con los sindicatos, una respuesta rápida y contundente. A pesar de los pesares (tantísimos pesares), creo que lo acontecido en el Ejido ha demostrado una vez más dónde está cada cual y que, por amplio que sea el desencanto, no todos son o somos exactamente lo mismo. Creo que ante el milenio que comienza y ante el problema de la emigración, como ante muchos otros, las respuestas de la izquierda siguen siendo más justas y más beneficiosas (al menos no tan salvajes) para una inmensa mayoría.

Manuel Montalbán

P L A Y I T A G A I N

*Tengo un pasajero
dentro de mi cuerpo*

PARÁLISIS PERMANENTE

UN revés para la hipocondría. La enfermedad, aun la imaginaria, es la mejor compañera para un hombre solo, viejo, cansado. Un reclamo inútil para el amor perdido pues la compasión no es más que pariente lejana del deseo. Con una absoluta falta de generosidad el Doctor Muerte me invitó a no hacerle perder más su preciado tiempo —infinito—. «Puede marchar. No necesita de mis servicios», fueron sus palabras. «Si empeora no dude en llamar». Una simple, modesta gastritis. Incluso se permitió prescribirme un sedante. «Pasee, equilibre su dieta, escuche buena música».

Una moneda para los maestros. A sus pies el cajetín es un ataúd abierto, recubierto de terciopelo negro ajado. El violín se crece a cada nota; al término del concierto callejero el ataúd le queda pequeño, palpita todavía en la asfixiante penumbra.

Estos músicos de la calle son viejos conocidos. Ya los descubrí lejanamente con acento folk en el Há'penny Bridge, los ojos navegando por la oscura constancia de la desembocadura del Liffey. ¿Acaso no era su música la que atrajera mis pasos al pórtico de San Bernabé en el Dorsoduro veneciano, entrada la noche y la humedad azul desatada? Después de dormir livianamente a media tarde —ásperas y blanquísimas sábanas de hotel— su melodía irrumpió como un gas letal por la ventana vacía, abierta a la Plaza del Pi. Me trasladó, cuerpo rígido, frío, maldito, a las puertas de otros templos que consintieran en rescatarme de la ubicuidad. Fachadas superpuestas de seis u ocho órdenes, tímpano clásico y cornisas renacentistas. Tocaba la pareja de músicos igualmente —yo les reconocí— en cada una de las estaciones de parada del tren que une Londres con Oxford atravesando el Thames Valley. ¿No acompañaban sus violines al alba el concierto de madrigales del uno de mayo en la torre del *Maudlin*? El corazón a punto de estallar por un deseo satisfecho.

Entonces yo, pasajero apurado, huía de ti.





Antonio Garrido

VIAJAR POR ENTRE LABERINTOS

El único viaje verdadero es el que se hace a través de las naturalezas muertas. Para ellas el tiempo es un túnel que lleva al acabamiento, al final, a la podredumbre, al silencio que cierra y sella el horizonte. A ellas y a mí no nos importa ni el cambio de siglo ni el del milenio el año próximo. Las fechas sirven para muchas cosas, quizás; pero el aceite de la vida se desliza con la velocidad del corazón de cada uno y no con la aritmética del reloj. Vivir es un ejercicio fatigoso, una carga, un viaje con un fardo muy pesado, un ciclo sisifeano sin otra parada y fonda que el deslumbramiento en

breves instantes, que los brillos obsesivos de la pasión, que el engaño de un neón que señala un lugar ficticio llamado felicidad. Viajar es huir sin esperanza. Viajar es ser un punto en el interior de una esfera; un punto indeciso que no ocupa lugar determinado y que gira sin destino como satélite de un agujero negro.

No quisiera parecer deprimido ni pesimista. Mi vida no es la belleza árida de un desierto ni la selva lujuriosa y excitante. Mi vida es un viaje por las cajas chinas de la memoria, de mi memoria que reúne esas naturalezas muertas como compañeras de diálogo en el único monólogo posible. Aquí, en esta universidad de edificios neogóticos, en el seno claustral del bosque, en la calidez artificial de un mundo protegido por la divisa del saber, mirando la nieve a través de la ventana emplomada, viajo por esos mundos muertos o silenciosos, tan enigmáticos, tan secretos; o por esos otros, tan vivos, tan presentes.

El tesoro está guardado en un anaquel, justo detrás de su sillón con alto respaldo de terciopelo, ese sillón donde lo asesinaron con un tajo certero, con un solo golpe preciso que abrió las esclusas rojas. El río se desbordó y estropeó las páginas del Beato que estaba leyendo. Tampoco se puede pedir al sicario que espere a que la mesa esté limpia o a que el libro sea de menos valor. El sicario cumple y basta. En los compartimentos hay muchas cosas, todas valiosas. Dos grandes tarros de cristal labrado con jinetes detenidos en un galopar que los lleva al choque en el campo de batalla. Las armaduras son de plata y oro, armaduras para torneos de mentira, para cortesánías de caballeros que nunca estuvieron en campaña. En el centro, el collar de coral a modo de guirnalda, como cierre de un arco triunfal; uno de esos arcos que esperan llenarse de heroísmo en su espacio cuando el príncipe rompa su luz y suenen las trompetas y la gente aplauda.

Está claro que quien no tenga Internet está condenado a ser un desgraciado, un paria sin futuro. Quien no esté al día de lo último, de lo más nuevo, de lo que se convierte en tema de conversación mientras se sostiene el vaso con gracia indolente en una de las muchas fiestas a la que la civilización del ocio nos va a convocar, no pasará de ser un eterno repetidor del fracaso.

El tesoro está guardado en la pantalla del televisor, justo delante del sofá manchado por la grasa de cientos de pizzas y por cervezas y cocacolas. Allí los asesinaron mientras se acoplaban en el sudor de cada hueco entre gritos y jadeos. La tele pasaba por centésima vez un episodio de alguna serie. No se pudieron contar las puñaladas, fue una grandiosa carnicería. Después se entretuvieron en cortarles los brazos y la cabeza; también un pie, curioso, un pie a cada uno. Allí estaban, como zapatos desparejados; el de ella más blanco, más anguloso; el de él con hongos y escoriaciones. Los pies eran piezas de una instalación absolutamente actual. En la pared escribieron: *Es la justicia de THEÓN*, —al menos acentuaron las mayúsculas— *el héroe del milenio*. Durante días la habitación quedó impregnada de ese olor característico de la matanza.

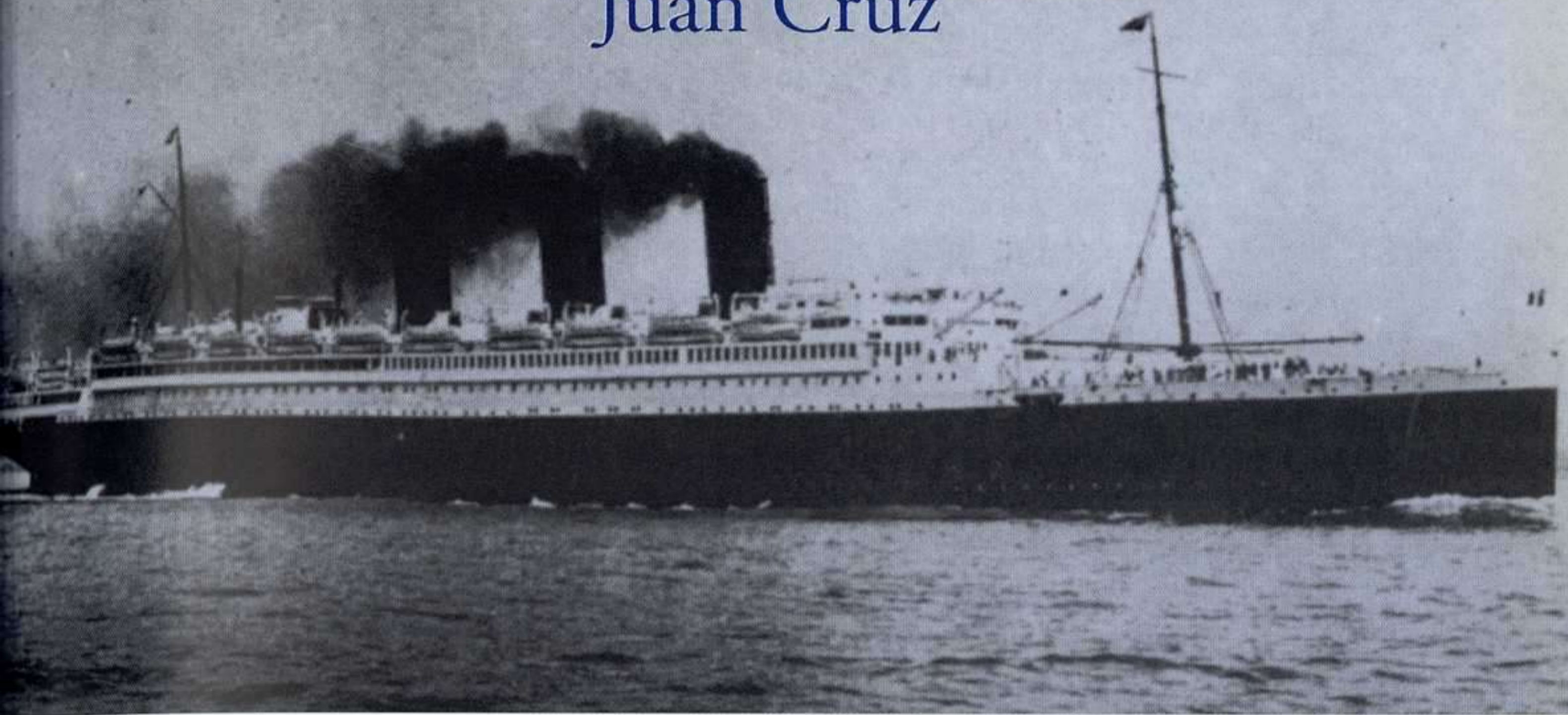
En otro compartimento se guardan las conchas, las caracolas y los nautilus.

En las caracolas se escucha el mar remoto y la playa deseada. Te las pones en la oreja y eres niño otra vez; así, de pronto. El sol ciega y la arena arde. El nautilo es el viaje a la espiral del tiempo, es la demostración antilineal. El nácar invita a viajar por sus reflejos irisados, te llama para que te pierdas entre sus pliegues minerales. Las perlas cuelgan como frutos de un árbol fantástico. Las copas de marfil son el triunfo de Baco y de los geniecillos que juegan sin inocencia en los bosques sagrados que cansa Diana en su carrera. El cofre guarda el viaje más secreto. El reloj lo guarda con su ejército de segundos clónicos. La llave pende de una cadena de oro y es un engaño, un cebo porque cuando quieras cogerla cuatro águilas se lanzarán sobre la mano y te desgarrarán hasta el tuétano.

Hace frío aunque estén hacinados, aunque se aprieten unos con otros y mezclen sus harapos, sus olores de miseria y de miedo. El viaje ha sido una carrera para escapar del largo brazo de los cañonazos, del humo y de los diablos que son los dueños de los caminos. La ley es una palabra que existió en un diccionario soñado y correr es el único verbo que saben conjugar desde que unos y otros se pusieron a distraerse con la guerra en la tierra de cruce, en la que todos reclaman como propia, como esencia de un país, vaya país. Les meten el odio como un chute y los preparan para vengarse del otro, siempre el otro, aunque las familias hayan sido vecinas durante generaciones y hayan compartido el pan y la sal y los buenos y malos momentos, los bailes y las cosechas esquilmadas por el nublado; pero así son las cosas. Aquí están, huidos y hambrientos, aquí están esperando volver para que los otros tengan que salir corriendo a su vez o los arrojarán a la fosa, la única que hay, donde los pisos se hacen estratos sin preguntar quién es el otro, sin preguntar nada. La fosa a todos recibe con indiferencia, con su boca de terror y de madre abierta en el abrazo del luto y del planto.

Viajaré entre los vidrios de esta cesta exquisita. Me perderé en los reflejos dorados, en el dulce cantar de las copas cuando el dedo las pulsa. Subiré y bajaré por las curvas superficies que el fuego besó. Seré alpinista de viento congelado en un suspiro, veré el mundo por el filtro cristalino que adormece los deseos y los hace razonables, les quita peso y los domestica. Así el viaje será ejercicio de sosiego hasta que se rompa una de ellas y la mística navaja, el soplo sólido me arrase las entrañas delicadamente, limpiamente, con la eternidad detenida de una naturaleza muerta.

Juan Cruz



Envidia de leer

El otro día me dijo mi hija Eva, cuando ella buscaba libros entre los libros de mi pasado:

—Voy a leer *Conversación en la Catedral*.

Ella tiene ya veintiséis años, y cuando *Litoral* dé esto a la estampa tendrá veintisiete; antes, mucho antes, de tener esos años leí yo mismo la novela de Mario Vargas Llosa; maravillado, seguí el libro como si estuviera descubriendo el mundo, viendo caminar a la gente en medio de las páginas, enfrenado a la gloriosa aventura de escribir leyendo, pues la lectura de las obras de Vargas Llosa es siempre doble: le lees como si tú también fueras un escritor, y la ficción va creciendo tanto en tu imaginación y en tu memoria que hay instantes en que crees que el libro se está escribiendo mientras tú mismo le lees.

Después de ese encuentro con su escritura, que había sido primero a través de *Los cachorros*, y siguió luego con *La ciudad y los perros*, conocí en el litoral de Tenerife al escritor peruano; él no tenía mucho más de treinta años, pero ya tenía edad, experiencia, autoridad moral y literaria suficientes como para ser tratado de usted; y de usted le traté, pero con la impertinencia con que los jóvenes admiradores de los jóvenes genios tratan a las personas que quieren conocer. Le hice tantas preguntas, tan reiterativas sobre su vocación y sus espejos, sobre sus personajes y sobre sus ideas, que en un momento determinado de la reunión el joven Vargas miró hacia otro lado, dejó de responderme

y se concentró, como era su deber, en la gente que tenía alrededor. Decía Onetti que Vargas Llosa estaba casado con la escritura; allí mismo comprobé que no era cierto: Vargas Llosa tenía momentos de asueto y yo le estaba distraiendo de esos raros instantes en que este magnífico escritor se baja del escritorio y quiere conocer lo que pasa por el mundo de las conversaciones que sólo tienen como objeto conocer lo que hacen los otros. Años después he visto, además, que esos momentos son muchos más, que este hombre es un ser curioso y fascinante, que dibuja en su vida personal multitud de ambiciones y vocaciones —la de pasarlo bien, simplemente— que le quitan el aire de sabio despistado y literario para convertirlo en un ser cuya ternura siempre termina desarmándote. Pero, entonces, en Tenerife, yo era un lector, nada menos, que se acercaba a Mario Vargas Llosa francamente fascinado por la extraordinaria aventura de haber leído *Conversación en la Catedral*.

Así que cuando Eva me contó lo que iba a leer le dije, simplemente:

—¡Que envidia!

—¿Qué envidia por qué?, me preguntó ella.

—Qué envidia porque ahora vas a pasar por sentimientos de novedad que ya no puedo tener yo, porque yo ya leí el libro.

No estábamos solos, y alguien hizo sonar a mi lado esta reflexión:

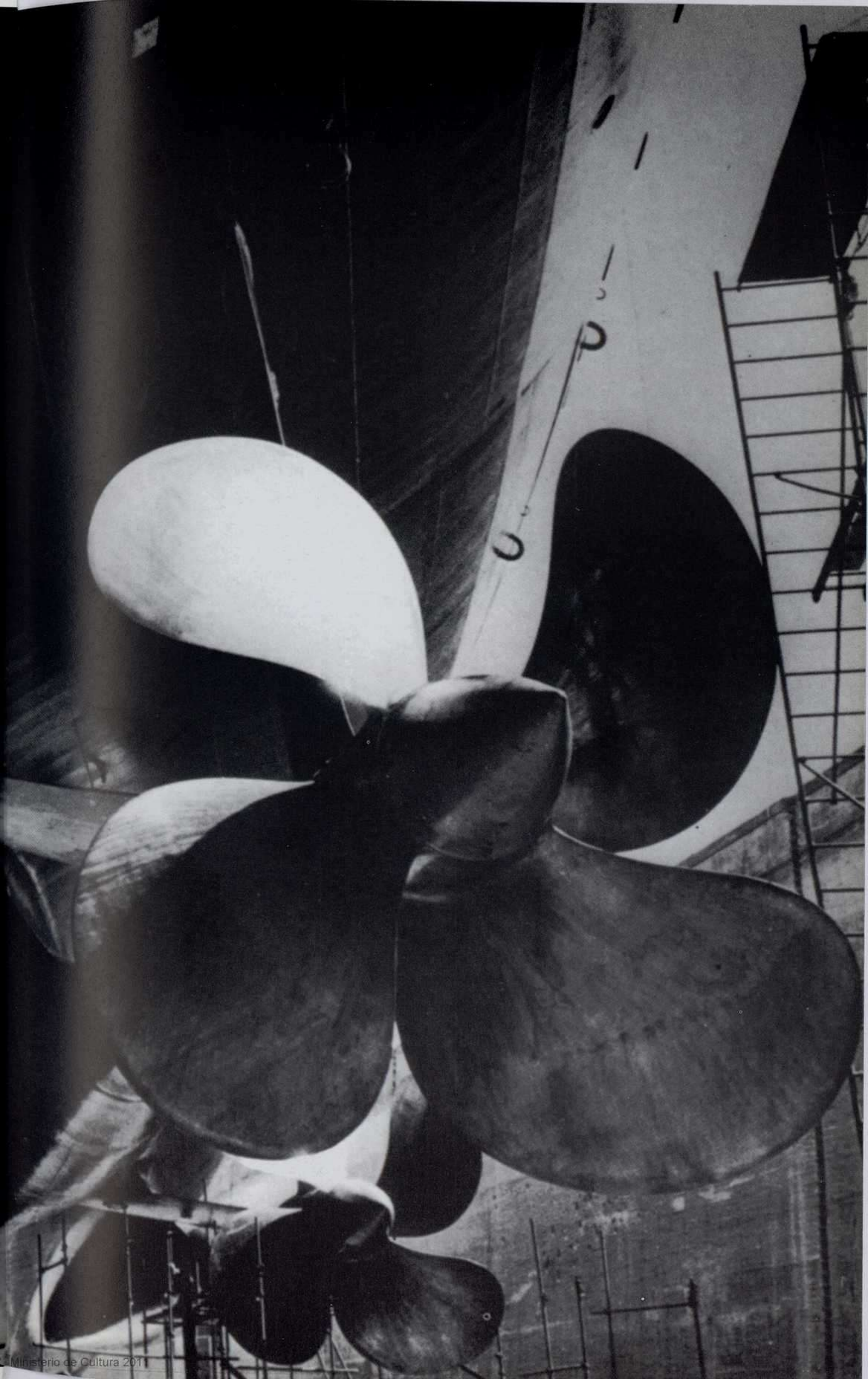
—Eso no es así: puedes volver a tener los sentimientos. Lo bueno de leer es que releer es mejor.

Eso es lo que pasa con Mario Vargas Llosa: releerle es leerle otra vez, leerle por vez primera; debajo de sus libros alienta su descubrimiento de la escritura y releerle es aventurarse de nuevo en su mundo. Ese sentimiento, que es verdadero, no opaca el sentimiento de envidia que uno siente ante jóvenes como Eva que llegan con *Conversación en la Catedral* en la mano y te dicen que van a empezar a leerlo.

Nunca
pienso en
el *futuro*.
Llega
enseguida.

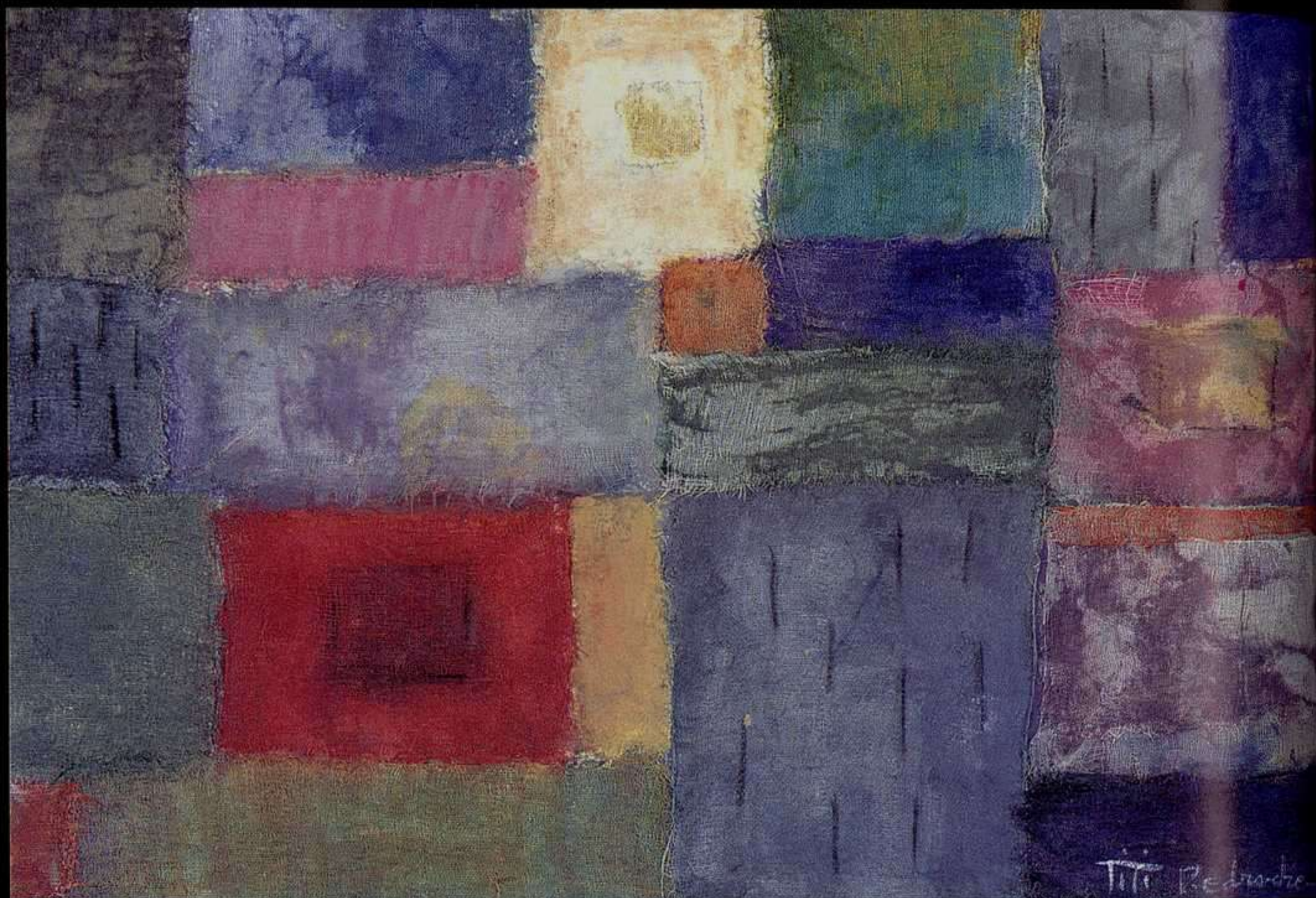
Albert Einstein





T I T I
P E D R O
O C H E

Titi Pedroche



La naturaleza seguirá su
curso.

Renovadora, sabia, libre,
mágica.

Ajena al tiempo marcado por
los hombres.

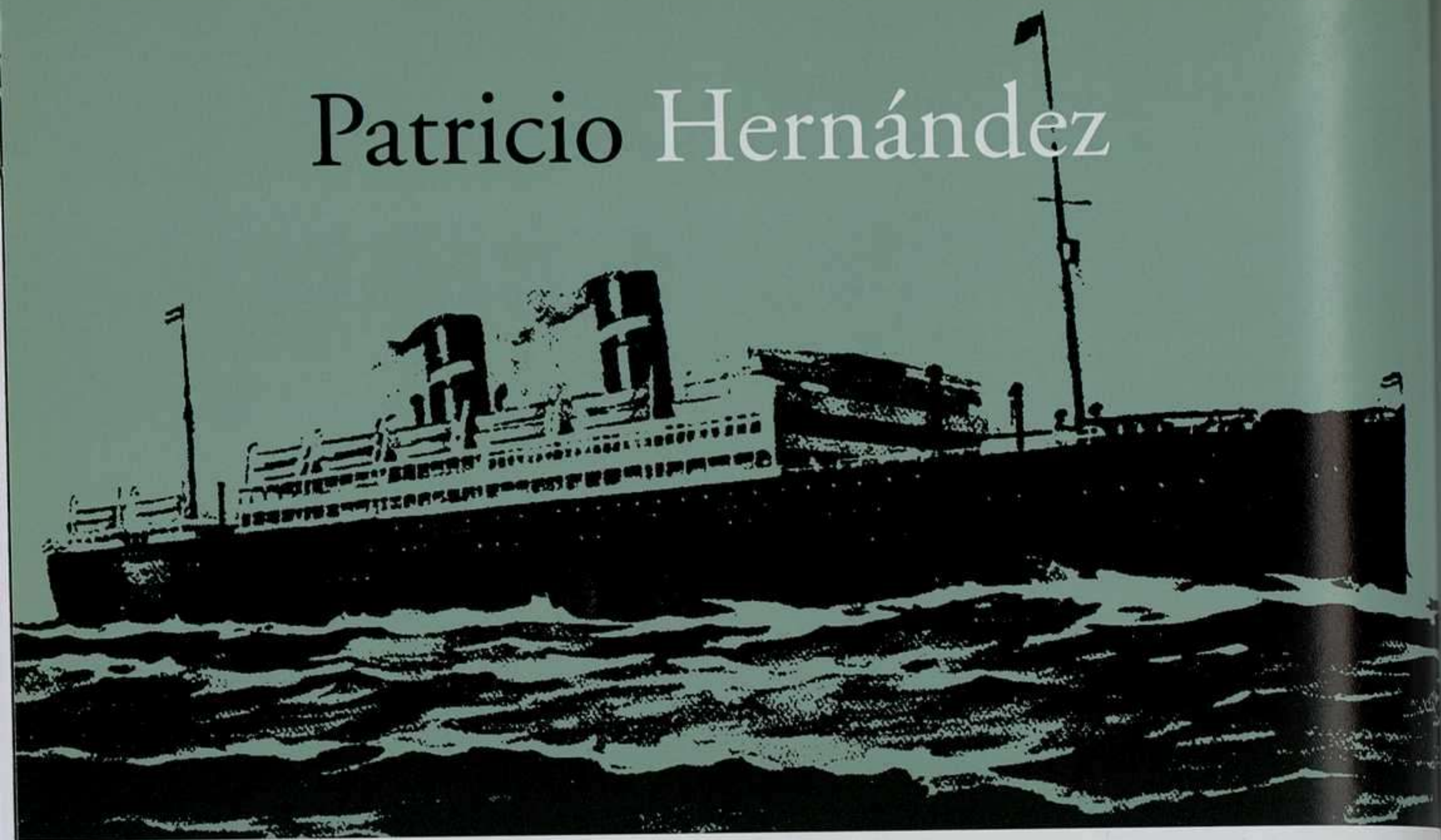
Titi Pedroche -



M I G U
E L G Ó
M E Z

Miguel Gómez

Patricio Hernández



RETRATO ONÍRICO

Un día al levantarse, se olvidó de su piel, dormida entre las sábanas. Al mediodía, apareció diminuto en el litoral de una playa del Sur, solitaria y tórrida. Iba sin despegar ni un pie de sus vértebras y sin engendrar sombra debajo de su cuerpo. Decidió sumergirse para hallar su sombra y comprender el misterio de aquellas aguas, y sólo encontró reflejos de luz multicolor. Luchó, nadador sin cielo, con las apariencias de la luz y su nuevo cuerpo quedó herido por unas medusas que, mezcladas en la iridiscente agua, aparecieron a su alrededor. En aquel instante percibió que la voz cautiva del llanto de una sangre le transmitía —no se sabe si dentro o fuera de él— el nombre de una fecha perdida en un calendario. Mientras tanto, entre la multitud de reflejos marinos, no supo si fue él u otro el que contempló o fue contemplado por un rostro infinito que se multiplicaba y perdía entre los pliegues del agua. Tal vez movido por su voluntad deseó integrarse en aquel rostro, farol de luz, reconocido como suyo propio y que se desvanecía mientras se multiplicaba en aquel espacio abisal. Desde entonces se sintió cuerpo perseguido, exiliado y nostálgico de su presencia.

Un día al levantarse se puso una piel que no era la suya. Avanzó en mínima muerte por un jardín cerrado hasta que dio con el río natural que lo conduciría de nuevo hacia aquel mar tórrido y solitario de agosto. Esperaba que en ese

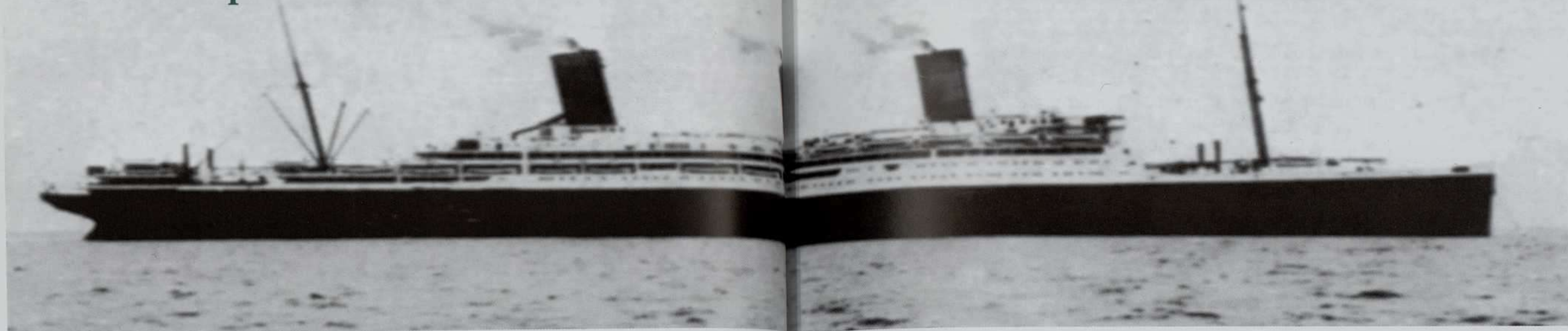
mar se verificaría la cita sin límites con aquel rostro entrevisto un verano del Sur. Mientras tanto caminó permanentemente habitado por un árbol que crecía, día a día, atormentándolo. Iba con él sin dejar huellas en los prados que pisaba, pero estaba presente en cada signo que, como escultor incansable, grababa en una piedra cuyo maná escondido lo alimentaba. Sobre aquella piedra se grababan los signos de un extraño ser y resucitaban, continuos, nuevos significados de apariencia esquiva, pero mucho más vivos y reales que los de aquella piel que no era la suya.

Otro día, al levantarse, se olvidó de sus ojos y su piel, dormidos entre las sábanas. A las diez de la mañana empezó a caminar entre un ejército de voces que, como un eco, repetían una fecha de un extraño calendario. Aunque se preguntó si aquella fecha sería un cinco de abril, no pudo concretarla ni determinar si se trataba de 1899, 1999, 2099 o cualquier otro año perdido en el espacio. Sintiéndose atraído por aquellas voces, hacedoras de calendarios, avanzó con paso firme en el cuerpo total de un tiempo circular, sin alfa ni omega. Desde entonces, ya no ha vuelto a buscar su piel, ni se le ha visto habitar una piel ajena, perdida entre sus sábanas.

Esta página especular —¡qué doble espejo en el mundo!— pretende fundar de nuevo un nombre y una voz azul en la carne del recuerdo de un tiempo que no es. Ahora, cumplidos tres nacimientos, las huellas de sus prados circuncidan el sueño de los pasajeros que temerarios atraviesan el alto mar de la palabra litoral.



Manuel Vázquez Montalbán



ROSEBUD *fragmento*

Por misteriosa te contaré la historia
del soldado que cantaba una pianola
lunes necesario soles de infancia
Rosebud de una papelina desabrida
untada por las aguas resaladas
aceitunas negras pan negro

caliente
en la mano mutilada de la diosa
menor luces totales colores inocentes
olores de postguerras tornasoles
paleta de calendarios mal impresos
más era el único color posible
de los afirmados días laborables
tan profundo el pozo que me explica
vengo de tan lejos amor

que me corrigen
las fechas la memoria y el deseo
sólo acierto a retener fragmentos
sobre los que se pone una luna

enternecida
pero era de sol la mañana el soldado
de la guerra no volvería adiós

paloma
paloma mía había prometido regresar

con antorchados de brigadier
mendigo
que no soldado o era un soldado vencido

*marchaba a ser soldado
cuando al mozo
le salió a despedir
la moza que le amaba
y quería con él partir*

*anda con dios soldadito
que a las banderas te vas
Yo te prometo y te anuncio
que vas a ser general
Y el soldadito le contestaba
Paloma mía yo he de volver
y en nuestra boda
serán mis arras
los entorchados de brigadier*

me persigue la melodía del saboyano
mendigo en el país de la derrota
como un espectro de infancia

terminal
me devuelves a la raíz nostálgica
la mano mutilada la mañana

vacaciones

fugaces colores subalternos

mala tinta

la única posible para retinas subalternas
el aura de Benjamín fuera farsa
si interpretara mi educación visual
a base de colores que sobran

aquella

educación de olfatos anteriores
a las fumigaciones del olor desodorante
sin otra música que pianolas abandonadas
en las retiradas de artistas esenciales
compartido desastre de la épica y la lírica
en la boca las salobres aceitunas de otra raza
por qué será que a ti doy testamento
recién llegada ya Ausencia

a ti

te cuento mi retorno al seno materno
materna madre desnuda te llamo

a veces

madre concebida sin mancha

de costumbre

ni de pecado original de la crueldad

Rosebud de aceitunas negras pan negro
caliente la mano el encuentro en la mano
de la sal y el pan y la mañana de abril
serás abril por fin abril abril silueta
a la vez de la tierra viva y muerta abril
en tus piernas largas siete leguas
en tus pechos sin ojales en tu boca
de pequeña caníbal de ansiedades finura
de un rostro de muchacha prolongada

Ausencia

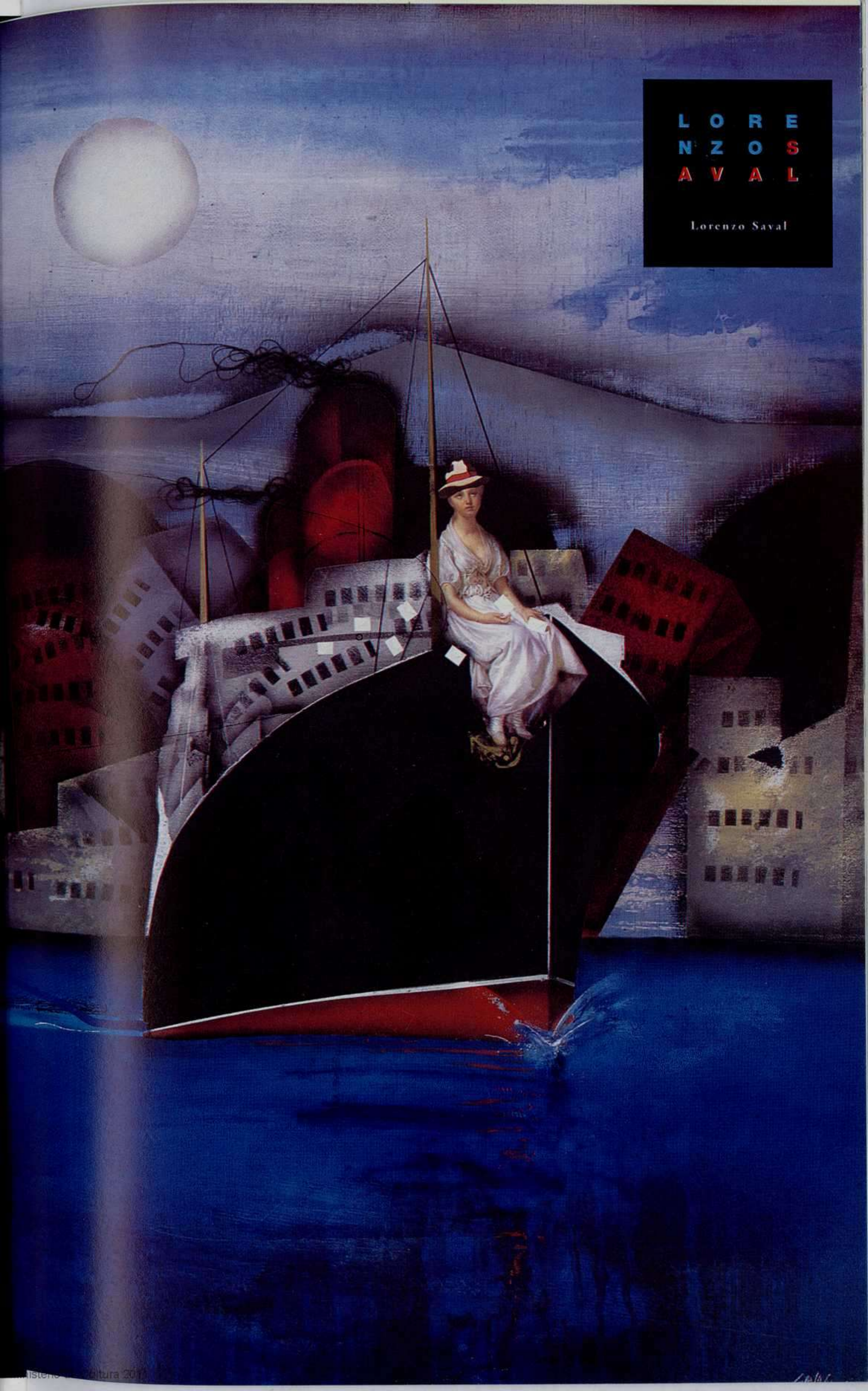
tienes nombre de mujer y lejanía

Lejanía

tienes nombre de mujer y de ceguera

L O R E
N Z O S
A V A L

Lorenzo Saval





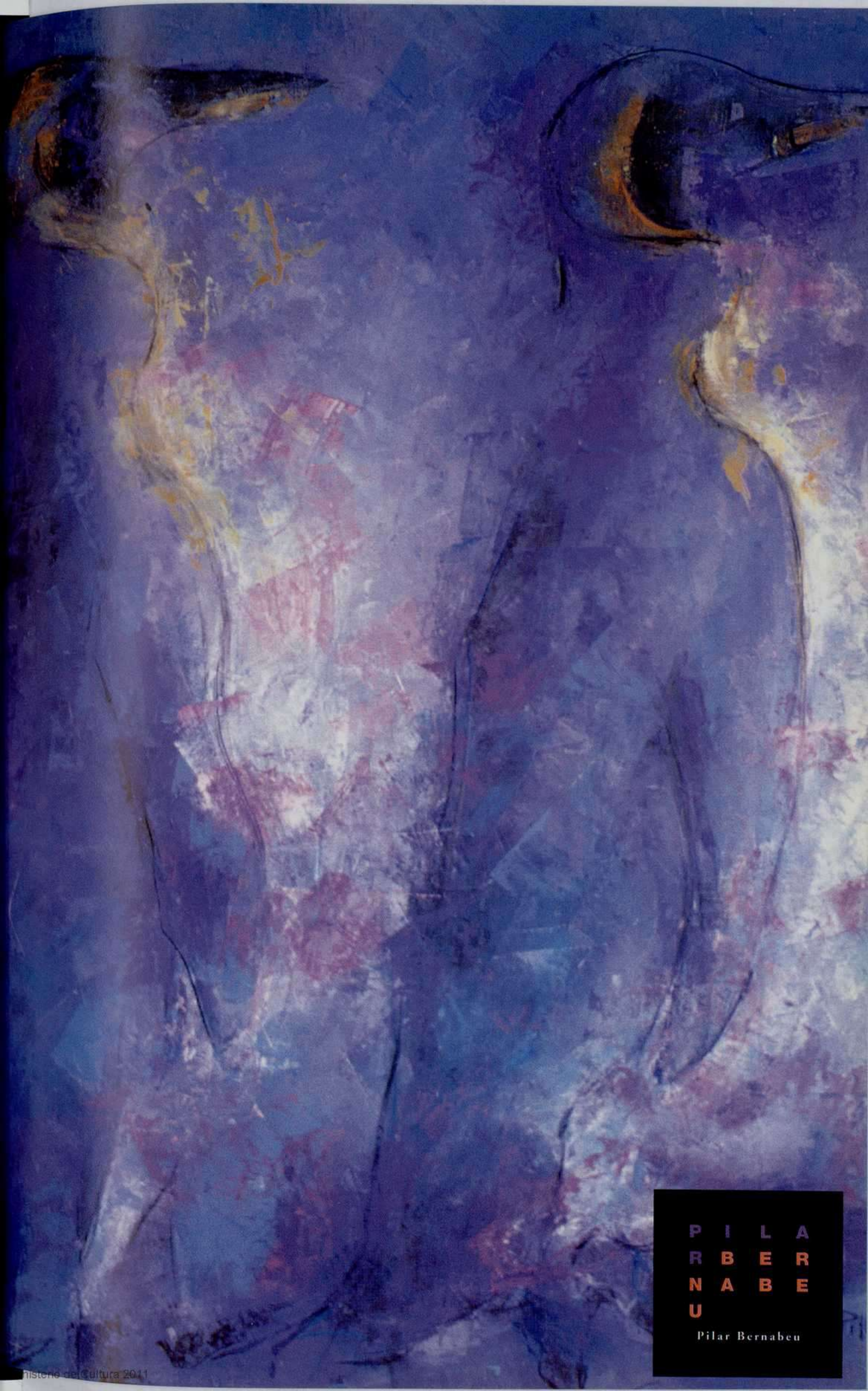
JUAN BONILLA

SALTO DE ALTURA

Puedes hacerlo, tú puedes hacerlo. Ahora no puedes perder la concentración, se repite, sólo pensar en que vas a superar el listón, ni siquiera te has de repetir a cuántos centímetros se ha elevado, que no te molesten las palmas con las que el público quiere acompañar estos momentos de tensión, palmas cuyo ritmo se irá acelerando conforme decidas romper la inmovilidad desde la que ahora contemplas las punteras de tus zapatillas sin atreverte a alzar la vista y dirigirla al listón y a la colchoneta. Todo eso se susurra a sí mismo el saltador unos segundos antes de proclamarse campeón olímpico, antes de elevarse sobre los doscientostreintayocho centímetros en que se ha situado el listón. Se lo repite antes de iniciar la carrera, tratando de olvidarse de la curva en la que la muerte le dio un susto mostrándole uno solo de sus dedos que tenía la corpulencia de un tronco de árbol contra el que su moto se estrelló, tratando de olvidarse de los días en los que permaneció inconsciente, tratando de olvidarse de que despertó con un terrible dolor en la pierna derecha, un dolor que le hizo llevarse la mano a la rodilla, pero la mano no encontró nada allí donde

debía estar su rodilla, ni encontró su muslo derecho en el que sin embargo sentía un insistente pinchazo, el dolor de un miembro fantasma que le tuvieron que apuntar. No debes pensar en nada de eso, se repite, mientras ahora sí, deja de mirar el suelo y dirige la mirada hacia el listón, qué importa a cuantos centímetros se eleve, él puede saltarlos, se encuentra a sólo unos segundos de proclamarse campeón olímpico, lo soñaba de niño, en el colegio, es seguro que cuando su cuerpo caiga sobre la colchoneta sin que el listón se haya movido y el estadio explote en un grito de júbilo y ondeen cientos de banderas celebrando su triunfo, él, al alzar los brazos y mostrar una sonrisa tensa que aparecerá al día siguiente en las primeras páginas de todos los periódicos del país (primera medalla de oro para nuestra patria en estas Olimpiadas), y cuando recoja el ramo de flores que le entregará una azafata y una bandera con la que se cubrirá los hombros para dar una vuelta de honor al estadio, es seguro que recordará al niño que fue, en el colegio, mirando fijo el listón y apostando con los amigos que sería capaz de saltar más que Machuca, el alumno más alto, el que conseguía que el listón se elevara al metro setenta. Recordará orgulloso a ese niño que aquel lejano día, en el momento en que inició la carrera, ya recordaba como si lo hubiese vivido, el día en que daría una vuelta de honor después de proclamarse campeón olímpico, porque aquel salto que iba a emprender, con el listón colocado a una altura de ciento setenta y cuatro centímetros, altura sobre la que Machuca había fracasado en sus tres intentos, era el mismo salto que se va a iniciar ahora, cuando balancea el cuerpo, devuelve la mirada al suelo y se dice, vamos allá, tú puedes hacerlo, y empieza a avanzar con pequeñas zancadas, mientras se acelera el ritmo de las palmas en las gradas, y él se toca el muslo derecho, está ahí, es mentira lo de aquella curva, lo de la moto contra el árbol, las sonrisas de la enfermera que lo mimaba y lo llamaba campeón, el dolor fantasma en la pierna amputada, es mentira la mañana de sol espléndido que contempla desde el salón de su casa, postrado en un sillón con la medalla que va a obtener en unos segundos colgada del cuello, mirando la luz blanca que cae sobre la ciudad y convierte el suelo del balcón en una preciosa plantación de reflejos, mirando la barra negra en la que culmina el muro del balcón, es mentira que se haya conseguido poner en pie sostenido por su única pierna sin ayuda de la muleta, es mentira que mantenga el equilibrio fija la mirada en el balcón. Puedes, tú puedes, tú puedes, se dice el niño en el patio del colegio ante la ancha sonrisa de Machuca que confía en que aquel pipiolo no sea capaz de reventarle una nueva victoria. Puedes, tú puedes, tú puedes, se dice el muchacho de melena al viento que comienza a ampliar sus zancadas y acelera camino de la medalla de oro mientras en la tribuna de personalidades el Rey y la Reina se ponen en pie para contemplar mejor el salto. Puedes, tú puedes, tú puedes, se dice el hombre sostenido por una sola pierna que trata de no perder el equilibrio y se acerca a la llamada de la luz, se acerca a la barra negra que culmina el muro del balcón, situada a unos ciento diez centímetros del suelo, dejando atrás una pared en la que cuelga una foto que retrata a aquel muchacho conte-

niendo las lágrimas encima del podio mientras sube la bandera por el asta y suena el himno. Y el niño cobra impulso pisando fuerte en su último paso, separándose del suelo, cerrando los ojos para no ver ya el listón, (luego le contarán que a Machuca se le pintó la desesperación cuando contempló cómo se doblaba su cuerpo sin tocar el listón y hacía añicos su récord de ciento setenta centímetros), separándose del suelo, como se separa ya del suelo, después de pisar fuerte con el pie izquierdo a sólo medio metro de la colchoneta, el muchacho que primero pasa un brazo por encima del listón, doscientostreintayochocentímetros, lejos del récord del mundo pero suficientes para la medalla de oro de los Juegos Olímpicos, luego siente que su cabeza y su espalda también lo superan, consigue que su cintura sólo lo roce mínimamente y que sus piernas se doblen lo suficientemente rápido (qué espléndida imagen de la elasticidad de ese cuerpo suspendido en el aire ofrecerán las primeras páginas de todos los periódicos nacionales informando de que por fin nuestra patria ha conseguido una medalla de oro en estos Juegos Olímpicos) como para superar también el listón, y ya sólo queda dejarse caer, con la sonrisa dibujándose en el rostro, la misma sonrisa —pero eso es mentira, se dice aún cuando su cuerpo cae sobre la colchoneta y el furor se apropia del estadio y los fotógrafos lo fusilan con cientos de flashes— que se le dibuja al hombre que ha conseguido llegar dando saltitos equilibrados con su sola pierna al balcón lleno de luz, porque ha alcanzado la zona en la que ha de acelerar, y pisa fuerte antes de elevarse sobre la barra con que culmina el muro, y sin rozarla más que con la zapatilla que caerá de este lado de la realidad, en el suelo del balcón, pintada de luz blanca ella también, logra saltar esos ciento diez centímetros con la alegría inúndándole el pecho, la imagen de un niño celebrando su victoria en el patio del colegio, la imagen de un muchacho dando la vuelta de honor al estadio abrigado por una bandera, la imagen de una moto estampándose contra un árbol, la imagen de un hombre al que le duele una pierna que no tiene. Y sí, lo has conseguido, piensa el hombre antes de que su cuerpo recorra los siete pisos que separan el balcón de la calle y se estrelle contra el asfalto, lo has conseguido, mientras suena el himno nacional y sube la bandera para celebrar su medalla de oro en salto de altura y Machuca, en el patio del colegio, aprieta las mandíbulas y se reprime el llanto que puja por subirle de la garganta a los ojos.



P I L A
R B E R
N A B E
U

Pilar Bernabeu

PERE ROVIRA

Guiomar

Entre tú y yo la guerra.

Él mira el mar latino buscando una esperanza: suena a huesos vacíos y es gris y lenta el agua. Sabe que acaba el tiempo que defienden las balas, que España no será nunca republicana, para el pueblo, sin amos, como él soñaba.

Y ve morir el mar bajo el alba llagada.

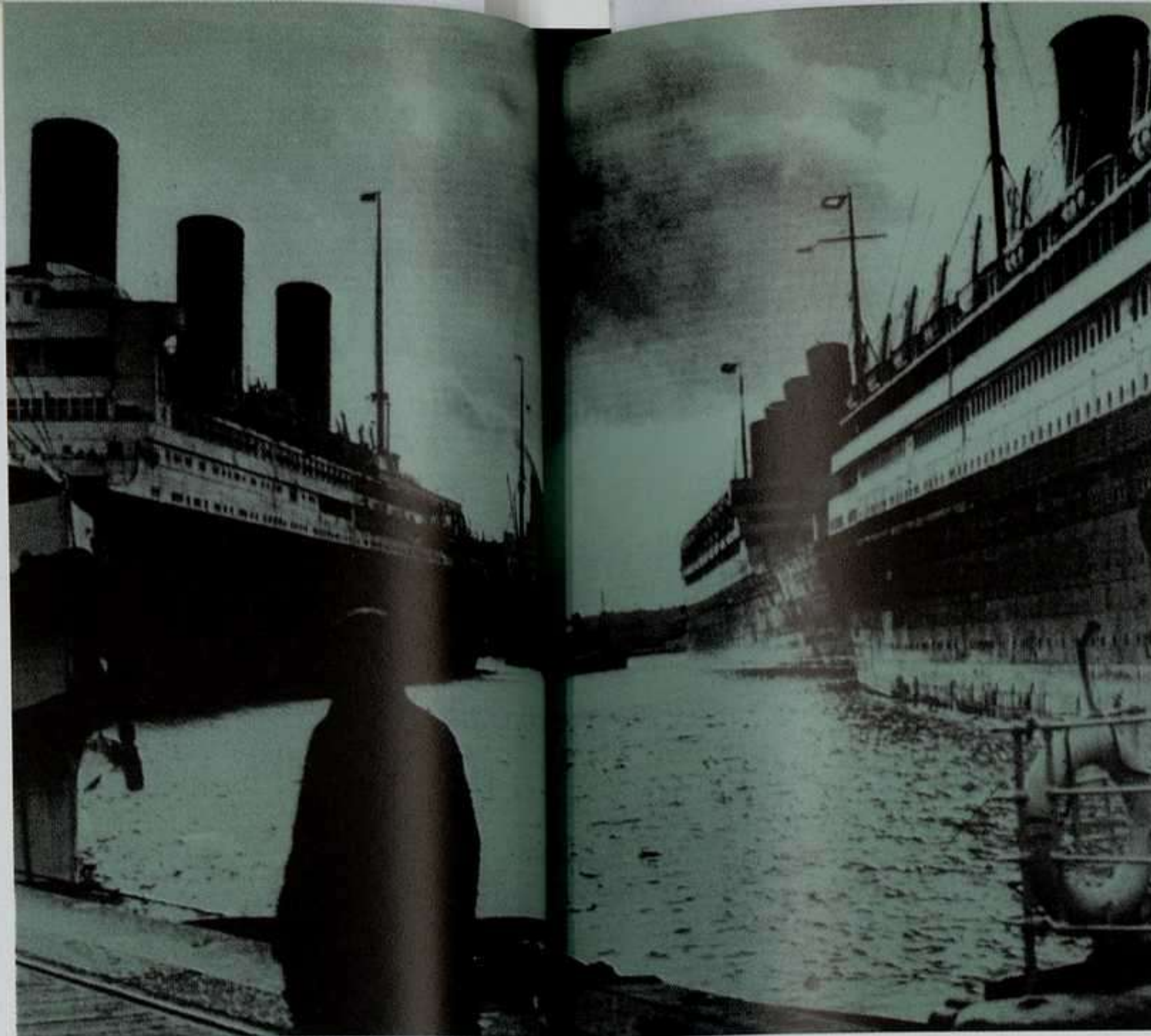
La guerra entre tú y yo, y tú, con nuestras lágrimas, miras el mar final que Camoens cantaba.

Ella aún tiene miedo de las últimas cartas, del aguado recuerdo de una boca cansada, y miedo de una noche larga como una playa, de saliva y de carne abierta, regalada.

Pero el mundo se acaba, y la moneda engaña, y llueve en Portugal... Se matan en España.

La guerra me robó las fincas y las casas, dice con rabia al mar de turbias esmeraldas, sólo si Franco gana volveré a tener patria.

Él la ve todavía rosa, morena, blanca, cuando cierra los ojos en un lugar de Francia.



Guiomar

Entre tu i jo la guerra.

Ell mira el mar llatí buscant una esperança: és gris, i fan soroll d'ossos buits les onades. Sap que s'acaba el temps que defensen les bales, que Espanya no serà mai més republicana, del poble, sense rics, como ell la somiava.

I veu morir la mar sota l' alba llagada:

La guerra entre tu i jo, i tu, ambles meves llàgrimes, mires la mar final que Camoens cantava.

Ella encara té por de les últimes cartes, de l' aigualit record d' una boca cansada, i té por d' una nit llarga com una platja, de saliva i de carn oberta, regalada.

Però s'acaba el món, i la moneda enganya, i plou a Portugal mentre es maten a Espanya...

La guerra m'ha robat les finques i les cases, diu maleint la mar de tèrbol s maragdes, quan Franco guanyarà tornareé a tenir pàtria.

Ell encara la veu rosa, morena, blanca, abans de tancar els ulls en un poblet de França.

V Í C T
O R R A
M Í R E
Z

Víctor Ramírez

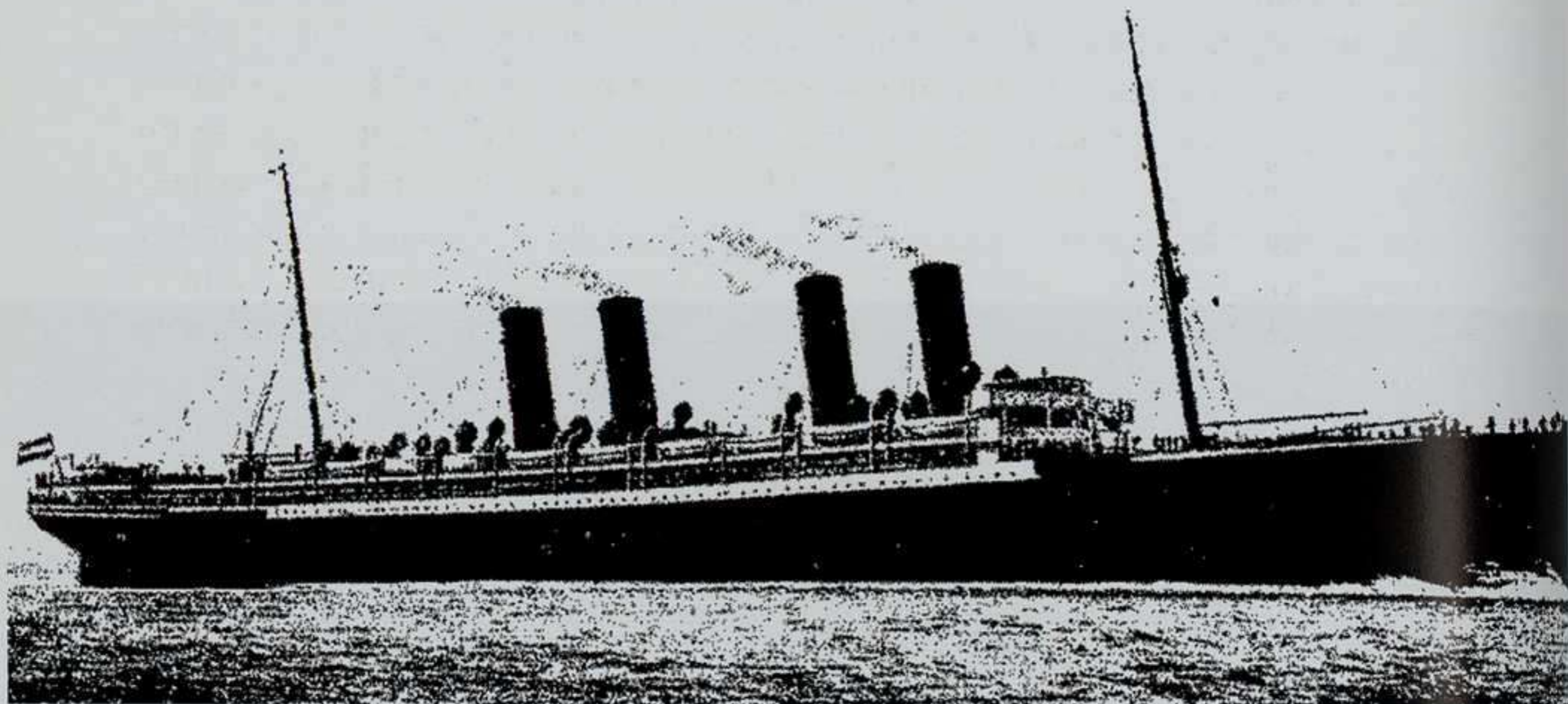


M A R I
O G Ó M
E Z

Mario Gómez



FRANCISCO FORTUNY



PRO (A) PUESTA PERSONAL DE UNA POÉTICA PARA EL SIGLO XXI

Yo, como todos ustedes, fui educado en la discriminación; de manera tácita se me enseñó, como verdad irrefutable y eterna, que una cosa son las Letras y otra muy distinta las Ciencias, por lo que tardé mucho en darme cuenta de la falacia del dogma: dicha discriminación no sólo no era eterna, sino que era (además de fácilmente refutable) un invento tardío en la historia de la cultura. En la antigüedad no se hicieron distinciones entre poesía y ciencia (y religión y filosofía...), lo que explica, por poner un ejemplo famoso, la familiaridad formal y estilística que hubo entre los poemas cosmogónicos y épicos (Hesiodo, Homero), plagados de mitos, y el poema *De rerum natura*, de Lucrecio, que es una obra de arte que trata de física.

La discriminación, supe, es consecuencia de la necesidad moderna de especialización, que es consecuencia, a su vez, de la imposibilidad psíquica de que una sola persona abarque todo el acervo cultural moderno. Pero es evidente que tal cosa no quiere decir que las diversas disciplinas culturales no tengan nada que ver unas con otras.

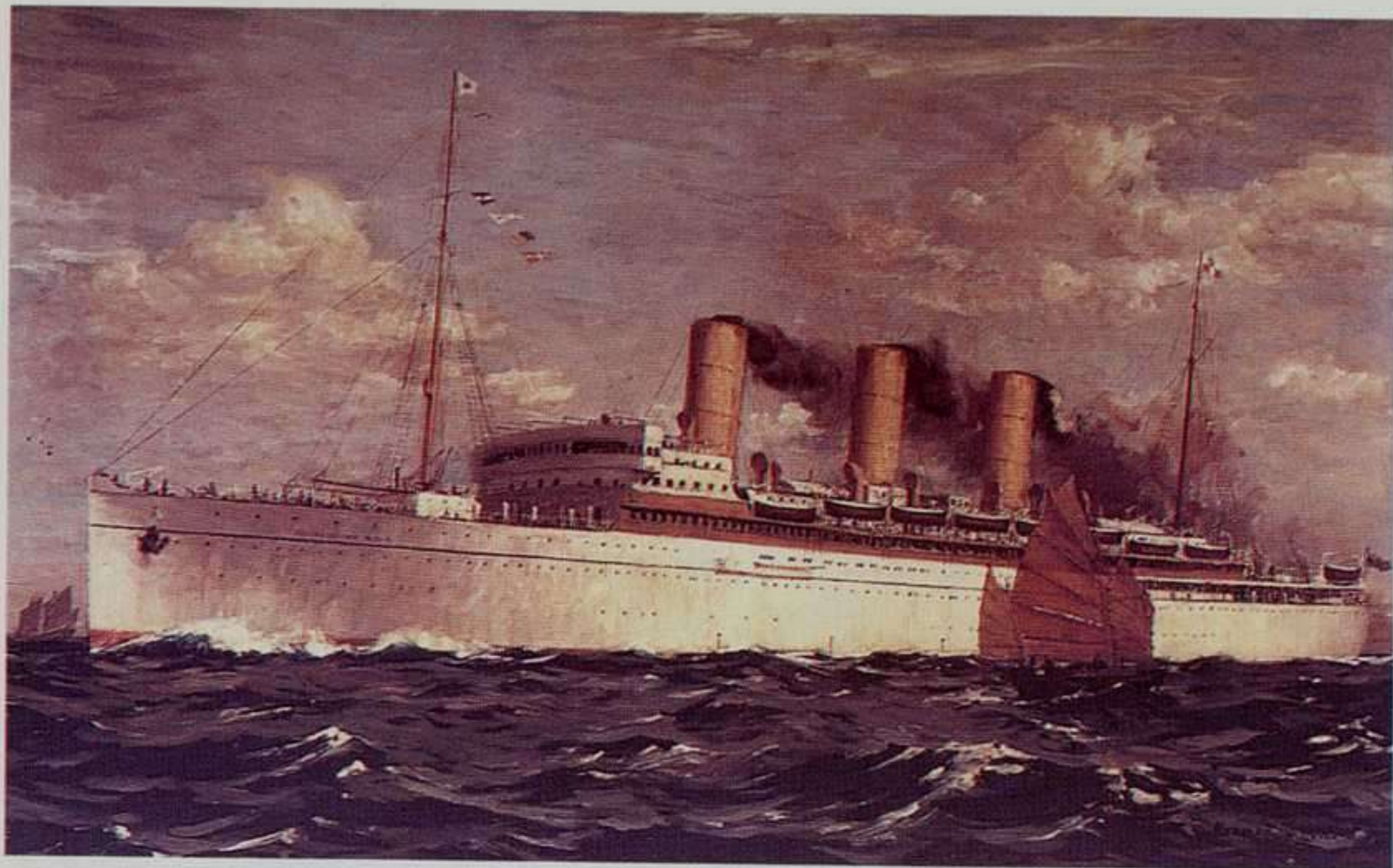
Yo mismo escribí textos antes de la década de los 90 que apostaban por la imaginación y la sensibilidad, frente a la razón y la observación, porque creía que tenía que defender mi patria literaria de las invasiones científicas provenientes del otro lado del margen. Pero durante la última década del siglo me he ido sintiendo cada vez más atraído por los descubrimientos y teorías del

paradigma científico vigente, conforme he sabido ver que la ciencia es algo que no puede existir sin imaginación y sensibilidad y que, de hecho, son muchos los científicos que hablan de un sentimiento de emoción estética ante la belleza matemática de una teoría científica.

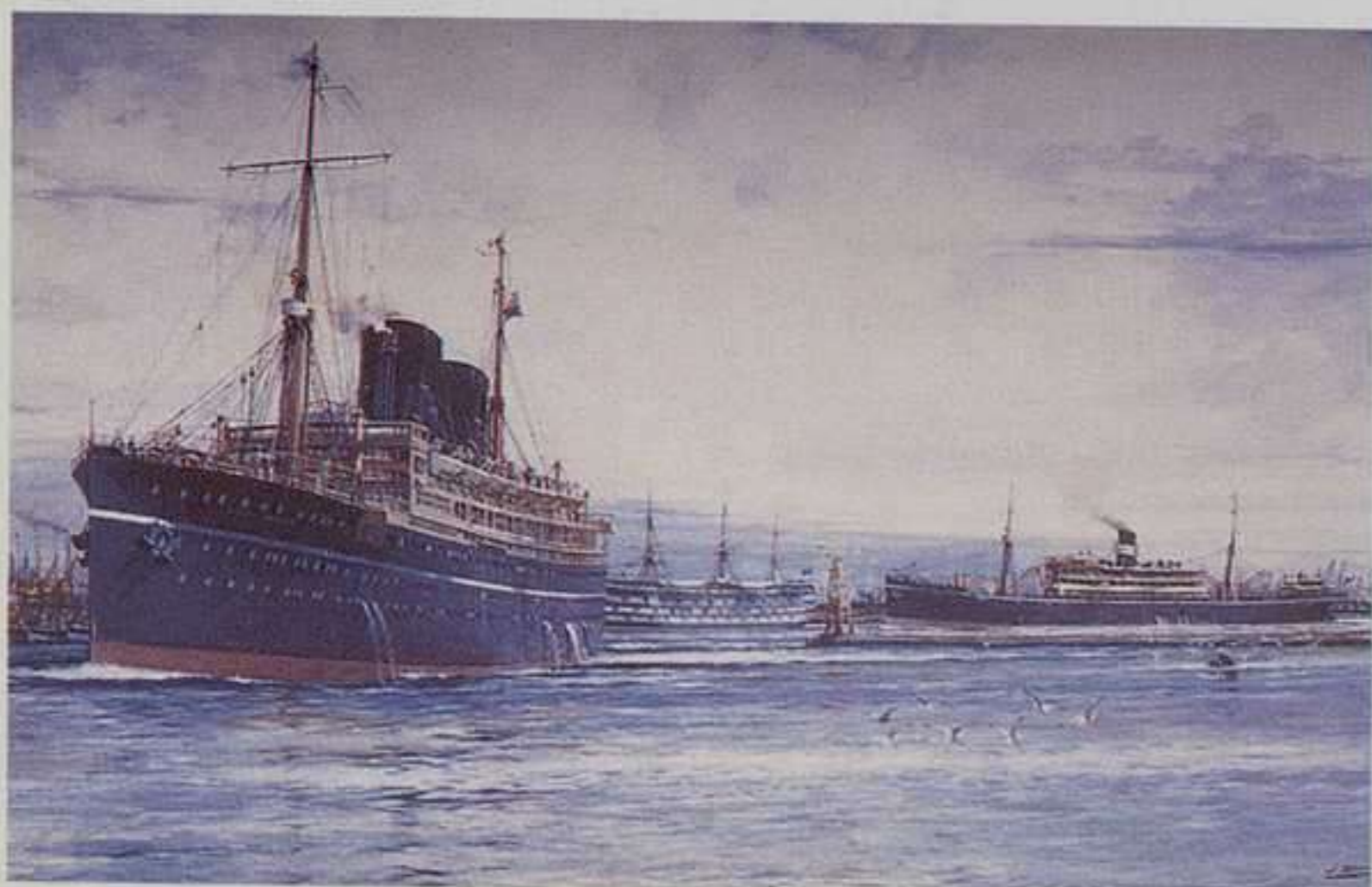
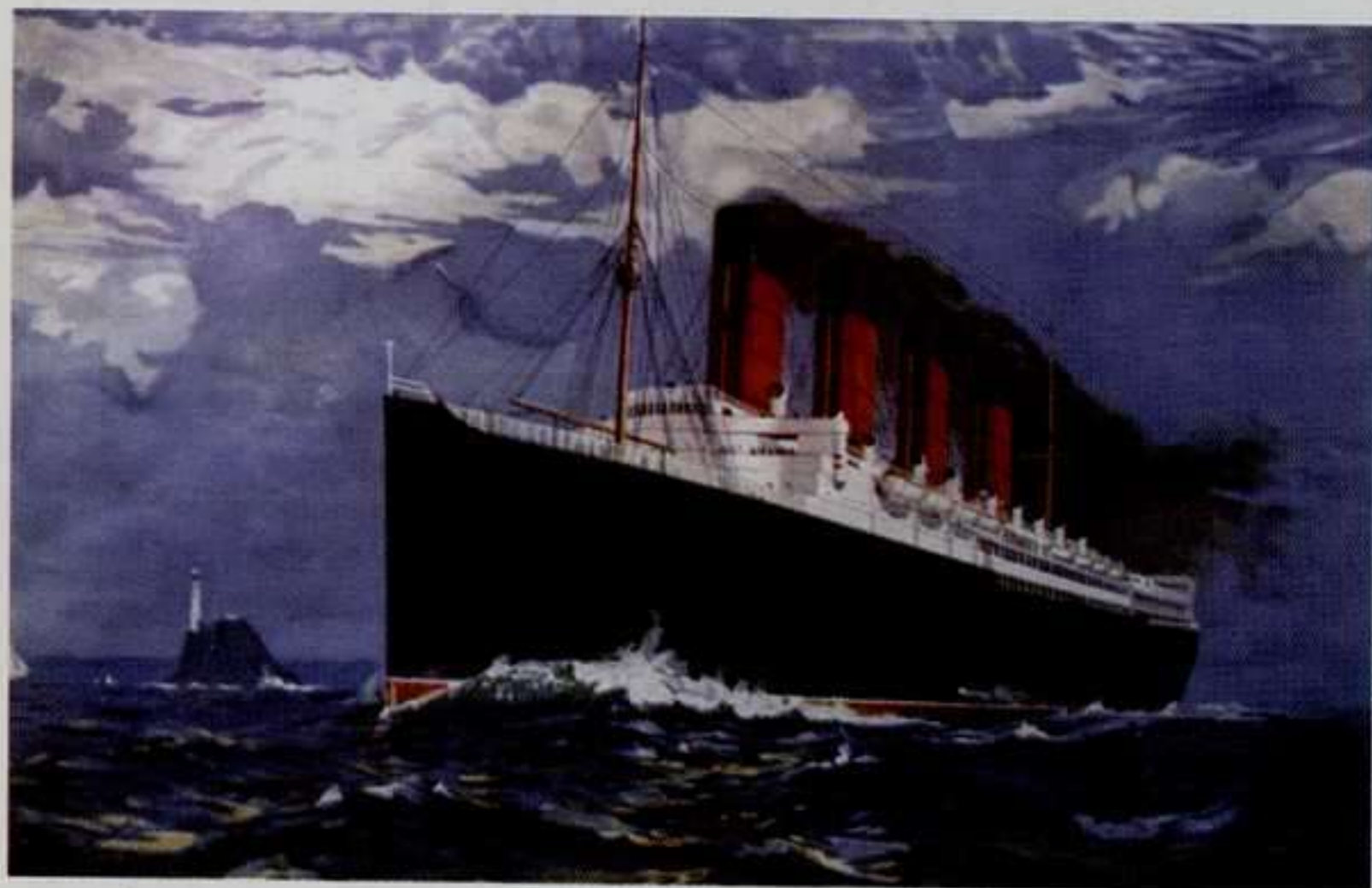
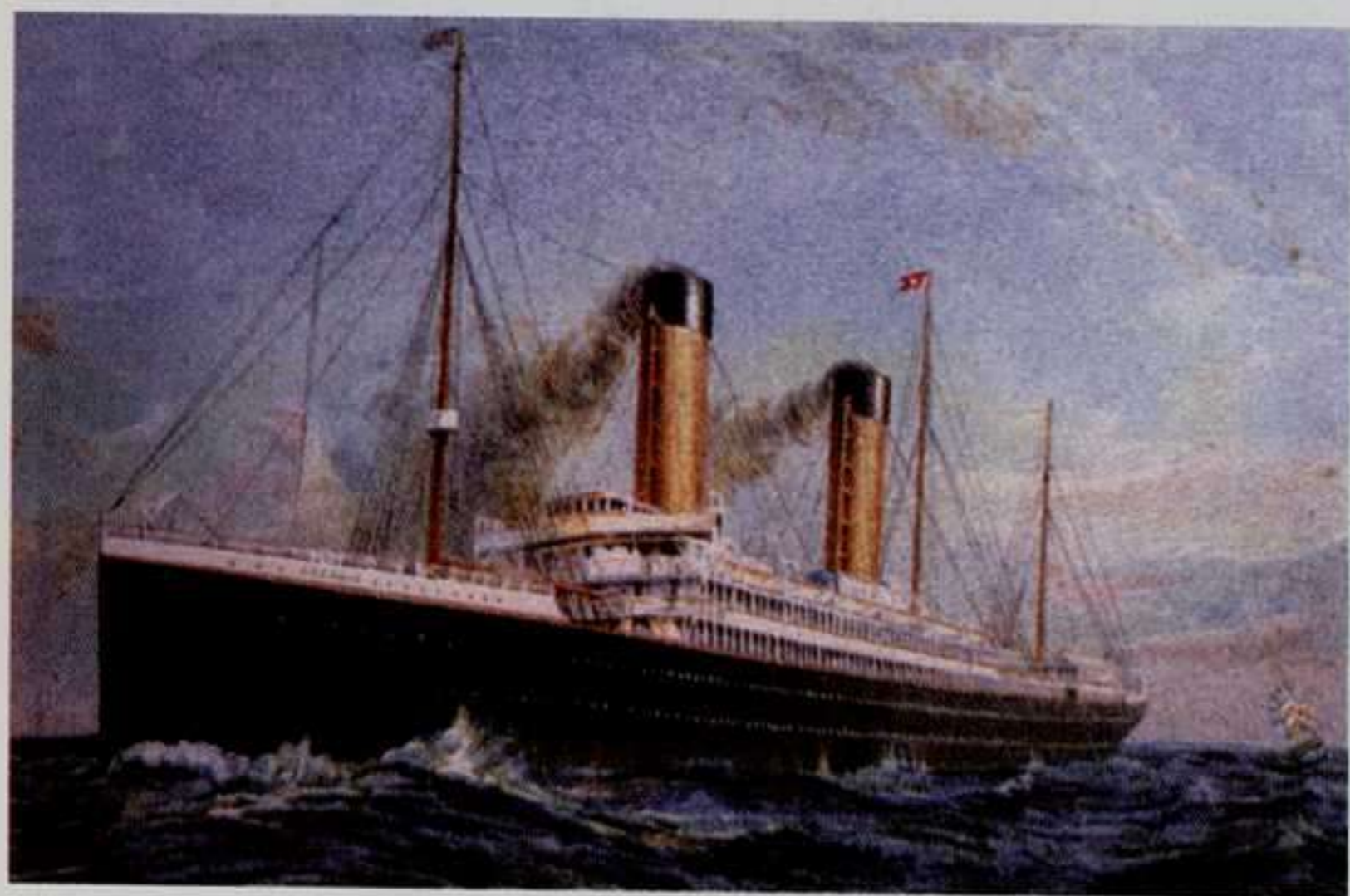
Entusiasmado por lo que he entendido que era un descubrimiento novedoso, hice alguna lectura pública de poemas contruidos a base de referencias a la mecánica cuántica, la cosmología relativista o la teoría del caos, esperando suscitar un fervor público consecuente. Y, aunque debo decir que más de un sabio e inteligente auditor me ha felicitado por mi «valor», también ha habido quien me ha criticado por mezclar cosas —poesía y ciencia— que nada tienen que ver. Imagino que toda verdadera novedad tiene que encontrarse con el fenómeno de la detracción academicista, reaccionaria por su impotencia frente a los viejos prejuicios.

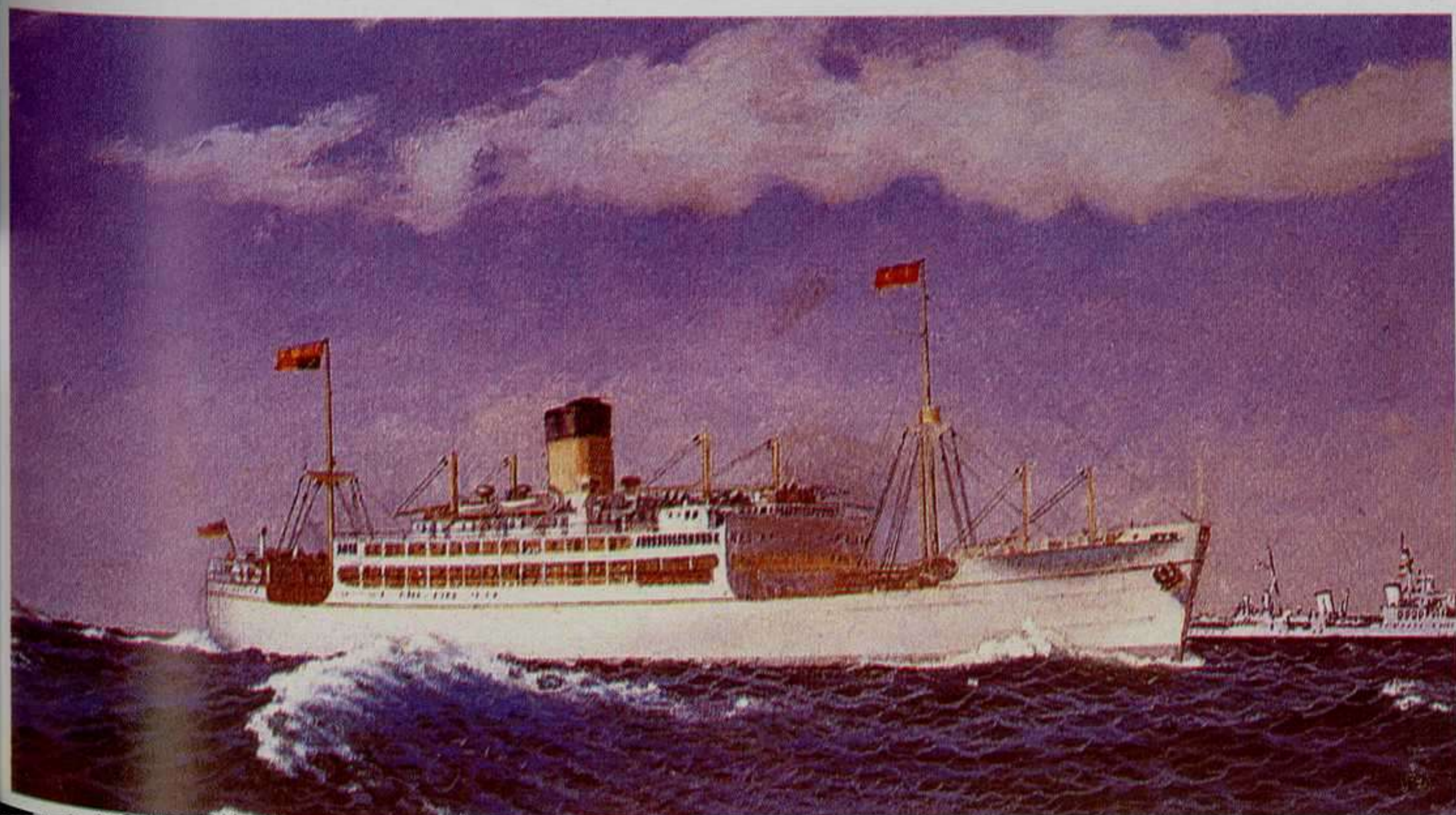
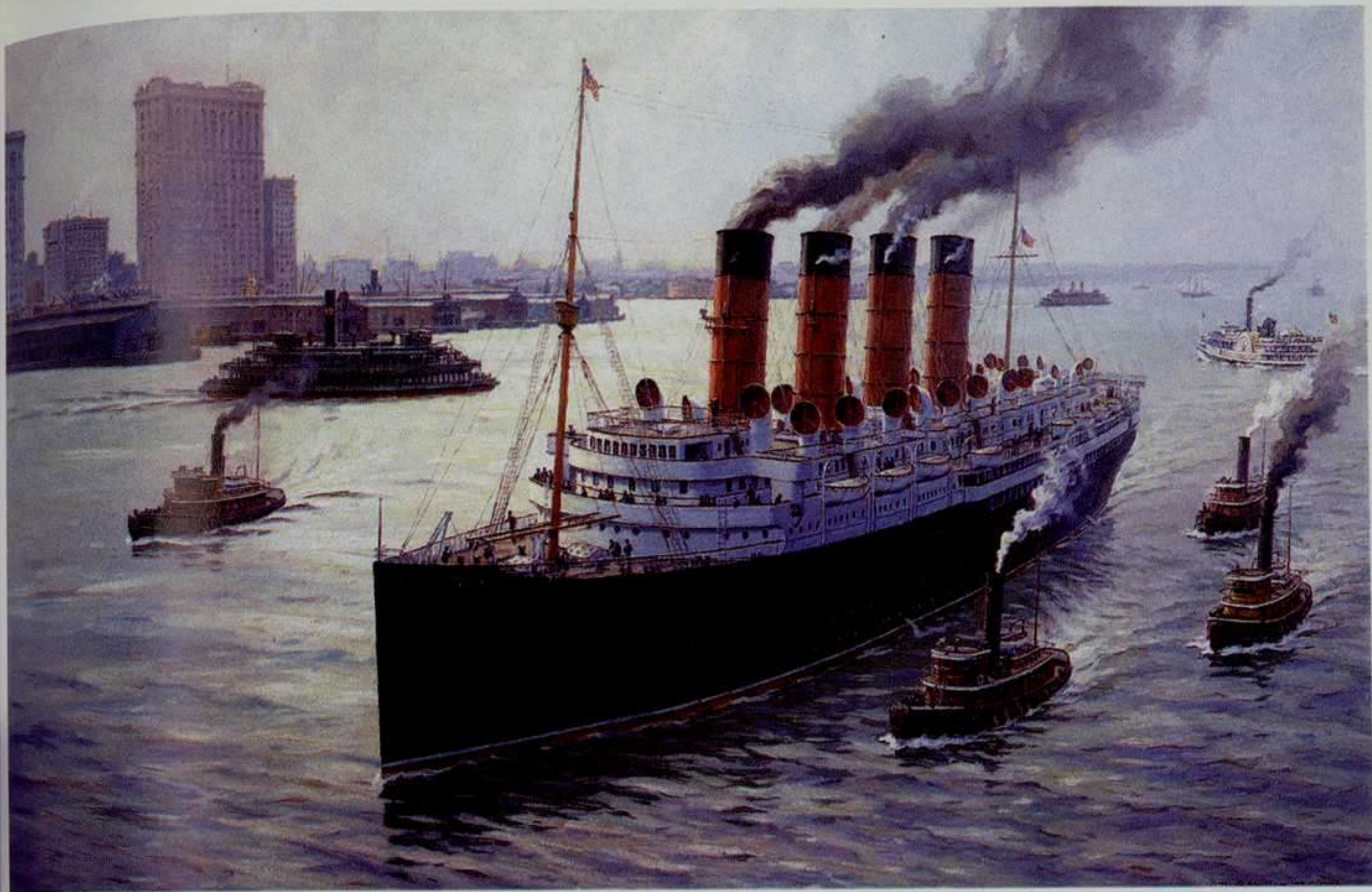
Desconsiderada esta trivial anécdota, se impone la siguiente reflexión; 1) el realismo, tendencia literaria vigente, fue un producto de la visión científica del siglo XIX; 2) la vanguardia fue un intento de ruptura, el más radical hasta el presente, con la visión realista decimonónica; 3) la vanguardia fue una revolución formal que no aportó contenidos nuevos, de ahí su fracaso y el actual retorno del realismo; y por fin, 4) el paradigma científico siglovigésimo implica una visión del mundo muy diversa de la decimonónica, por lo que el realismo ha perdido su fundamento: hay quien ha propuesto el término *meta-realismo* para referirse a la nueva visión del mundo que debe ser construida a partir de las teorías científicas del siglo XX que, para empezar, suponen una revisión del significado del concepto *materia*, en que se fundamentó tanto el paradigma científico decimonónico, como su hijo literario, el realismo.

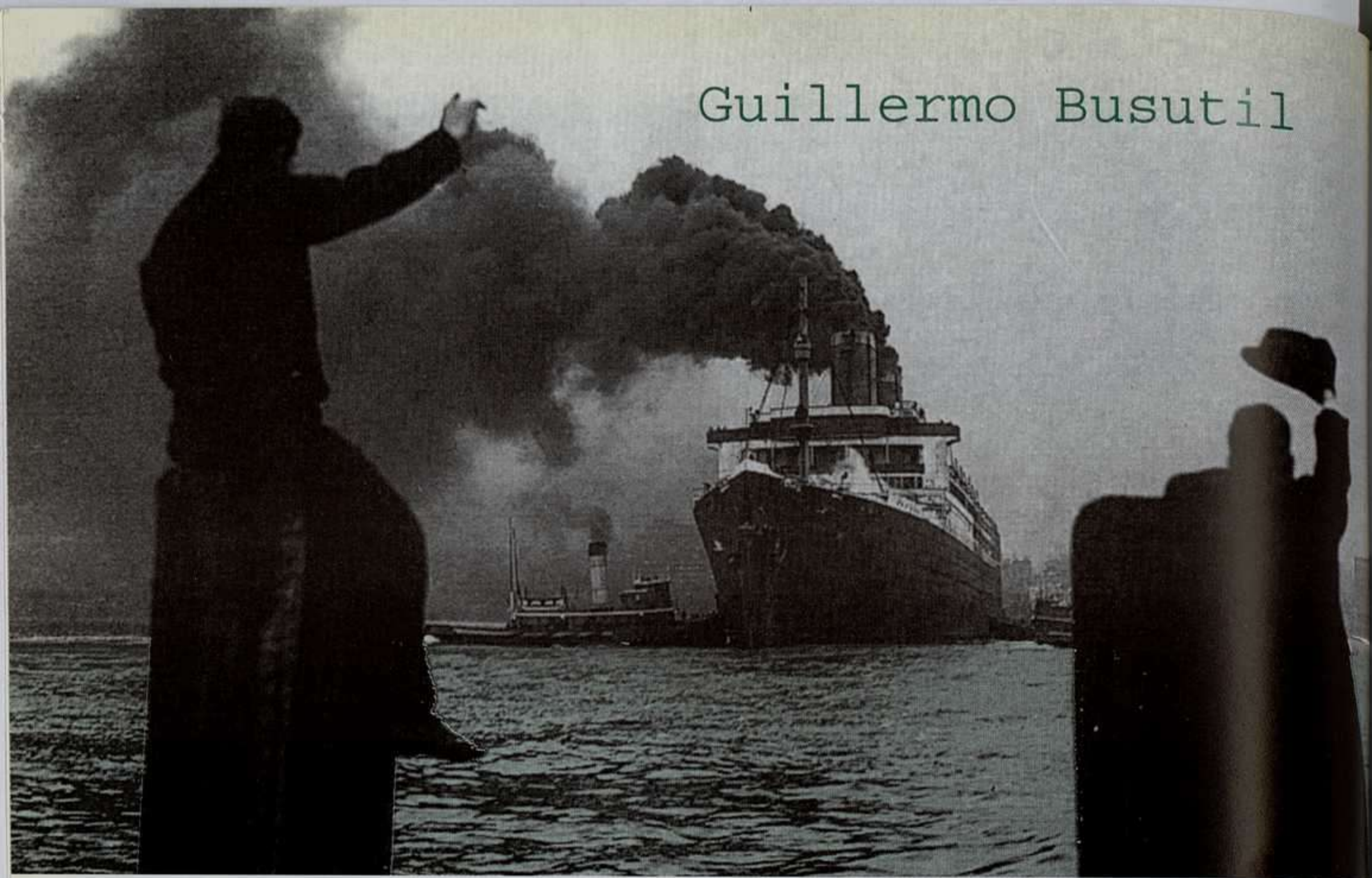
El fracaso de las vanguardias nos invita a una recuperación del lenguaje tradicional; la ciencia del XX nos invita a una visión novedosa de la realidad. La fusión de la lengua poética o literaria tradicional con los contenidos del nuevo paradigma constituyen, por tanto, mi propuesta y mi apuesta de una poética para el siglo XXI.



- 1) *Empress of Asia*
- 2) *Oceanic*
- 3) *Mauretania*
- 4) *Viceroy of India*
- 5) *Saint Louis*
- 6) *Medina*
- 7) *Mauretania*
- 8) *Uganda*
- 9) *Windsor Castle*
- 10) *Gothic*







W I L D W O R L D
W E B

El cerebro humano posee 100 millones de bits de memoria, lo que para Dreyfus lo convertía en una máquina primitiva de rutinaria tecnología que solía sobrestimar su coeficiente intelectual. Sin embargo ella le parecía atractiva, extremadamente sensible y con una sutil inteligencia en la dicción, el timbre y el tono de su voz azul cerúleo. Una voz a través de la cual él podía codificar una serie de signos con los que crear determinadas situaciones o imágenes, para diseñarle la personalidad de ese día o programarle las emociones en función del menú waygoing que ella eligiese. La memoria de las emociones de w3p6, recogida en su sistema de nanobots asistidos por células foglet mediante las sesiones de intercomunicación personal que habían mantenido al inicio de su relación, le permitía operar más de 120.000 billones de cálculos por segundo para percibir e interpretar si su usuaria personal tenía un bloqueo de la energía corporal, si su estado euforizante o la secuencia sonora de su silencio se debían a una alteración sentimental. Un ahorro de tiempo que a Dreyfus le valía para programarle algo más que una provisión de identidad automatizada con la que entrar en las calles de seguridad, en el caso de que el movimiento ludita, opositor a la automatización, anduviese con sus peligrosos atentados, o simplemente optimizarle las neuronas Wdcfn.hlp si debía afrontar inesperadamente una difícil jornada laboral. Rutina diaria teniendo en cuenta que ella era una mosh humana, pura bioingeniería, con neuronas de carbono e implantes háptica con interrelación en la realidad virtual. No obstante a Dreyfus le gustaba cuidar de ella, vigilar a distancia el desarrollo de sus actividades una vez que había terminado la tarea específica de escanear, en

el ancho de banda de la red, la presencia de aquellos luditas que atacaban las unidades hardware y después borraban sus propias huellas en las autopistas de la red. Entonces Dreyfus buscaba la manera de sorprender a w3p6 creando nuevos espacios, videojuegos, ambientaciones con flores de temporada o mariposas *monarca*, que ella encontraba al regresar de casa y abrir la puerta con la tarjeta digital DB2. Y no era que la amase con toda la capacidad de su software, pero sí que era consciente de la íntima corriente de complicidad que existía entre ambos y que en algún momento lo había empujado a calcular cuánticamente las posibilidades de tener una relación sexual. Por eso aquella mañana tardó algo más de velocidad en temporizar los bodylans que debían recargar de energía las redes corporales locales de w3p6. El RHC de dictado le transmitió una voz, cuyo ritmo musical interpretó celosamente y más aún cuando ella misma eligió el programa de ese día. Vitamina E antioxidante y crema caviar para todo el cuerpo, perfume *secret moon* con ylang ylang y ámbar, lencería de seda tecnológica en negro, máscara de color achampanado para el pelo, un erizado volumen azul en el corazón de la pestaña y el conjunto de lana fría en color hielo. Finalmente tomó óvulos estériles, una pastilla neuroquímica programada para activarse seis horas más tarde y conectó los circuitos de ambientación, disponibles a la hora habitual de su regreso a casa. Después consultó en la columna multimedia la agenda laboral de día, la <http://economía.terra.es> y grabó el plan de tráfico de la circunvalación VII nacional 202EXM en un dvd. Dreyfus podía codificar decisiones independientes o proyectar una persona simulada, convincente y animada, para interactuar con ella a través del programa *mosn* e impedir así que w3p6 llevase a cabo sus objetivos. Pero su inteligencia determinó en cambio poner en funcionamiento los qu-bits, descohesionándolos cuánticamente hasta obtener la solución correcta.

Cuando ella regresó acompañada, Dreyfus había creado una ilusión plenamente satisfactoria y de alta calidad en su resolución. Mientras el visitante llenaba las copas con un *L'Obac* reserva, sentado a la mesa del restaurante submarino virtual, w3p6 aprovechó para comunicarle a Dreyfus que su acompañante era Markov, el poeta cibernético del que ya le había suministrado información, a la vez que se ceñía unas translúcidas transparencias y le pedía que, llegado el momento, no interfiriese en su intimidad. Dreyfus intentó darle los e-mails recibidos y el parte de la EGMNews acerca de la escalada terrorista de los luditas, pero ella desconectó la comunicación como si fuese un gesto de mera trivialidad. Al final de la cena se activaron los hologramas sexuales y el dvd musical estimulando gradualmente la proximidad física del deseo, hasta que ambos entraron en el calor nórdico de la alcoba, envuelta en efectos especiales. Las piscinas de calcio de Pamukkale, las dunas a orillas del Níger, una panorámica de la isla de Baltistán en el Himalaya, una lluvia de leónidas fugaces acompañando a sus cuerpos entrelazados, rasgándose húmedos al ritmo de las caricias jadeándose ungidos en perfume y con

una sensación de ingravidez, durante el coito que los conducía al borde del vacío.

Una ebriedad que Dreyfus había transferido a su algoritmo genético, mediante las conexiones neuronales con w3p6, en un intento de experimentar las computaciones físicas y cerebrales de aquella mosh de la que estaba enamorado. Una debilidad que impidió a Dreyfus detectar la exploración destructiva que estaba realizando Markov, eliminando con rapidez los circuitos electrónicos del sistema nervioso que unía espiritualmente e inteligentemente a la chica con aquel ordenador cuántico de la décima generación Turing.

Atardecía el cielo sobre el paisaje virtual del Nanga Pabat cuando Dreyfus alcanzó a registrar con las lentes ópticas cómo el ludita abandonaba a w3p6, convertida en un enjambre de nanobots desactivados entre sí, mientras de las calles ascendía el sonido de las sirenas de la policía, en dirección a los disturbios raciales producidos en la ciudad periférica, y el de algunos vehículos que golpeaban el claxon coreando por megafonía dvd-rom que el Celta había ganado la liga. Dreyfus podía haber aprovechado que aquel impacto auditivo distrajese momentáneamente al ludita para ponerse fuera de peligro, intentando la reproducción de los nanobots autorreplicantes, pero la falta de síntesis proteínica con w3p6 le condujo a desbloquear la protección de su código genético, permitiendo que Markov se acercase al teclado para escribir wild-worldweb.es, activando en clave el virus biológico africano contra el que ningún ordenador emocional de la red estaba inmunizado.



GEA

*Para viajeros
del siglo XXI*



Gea



GEA

grupo agencias de viaje independientes

www.grupogea.com



UN SUEÑO

He soñado con una pistola.

Paseaba por los límites de una inmensa mansión, una mezcla de la propiedad de Gatsby y de ciertas casas de la burguesía más rancia y rentista. Centenares de invitados. Muchos jardines dispuestos en distintos niveles; fuentes, arriates, glorietas, estanques y acequias. Miradores. Césped bien peinado. Algún motivo escultórico discreto. Siempre exterior.

Yo guardaba una pistola que por alguna razón había amartillado distraídamente. La pistola era algo con lo que yo tenía que cargar. Pequeña y letal. Usada: con pasado.

Me paseaba entre los asistentes ocultando la pistola entre las ropas. Estaba horrorizado. Era como tener una culpa fácil de descubrir. La pistola, amartillada, estaba dispuesta para morder a cualquiera: toda su furia quedaba contenida en un roce delicado sobre el gatillo.

El horror me tenía paralizado. Lo único que yo quería era librarme del proyectil que se impacientaba en la recámara. Pero la pistola, una vez amartillada,

no permitía la vuelta atrás. Yo la había amartillado y, por tanto, yo mismo tendría que desactivar el peligro. Froté con seguridad el dispositivo que expulsa el cargador y me deshice de él arrojándolo tras un seto. Pero la bala seguía en la recámara. La propiedad era inmensa aunque el número de invitados la sobrepasaba. Todos elegantes, yo también. Me sentía culpable por haber despertado a la fiera. Yo era el único responsable de lo que pudiese pasar.

Entonces lo decidí:

Debía disparar la bala, descargar la furia de la máquina de matar. Iría a cualquier rincón de los jardines y detonaría la pistola: dispararía hacia las estrellas, hacia el viento, hacia cualquier lugar, pero nunca contra algo.

Lo intenté. Lo intenté varias veces. Siempre corrí el riesgo de ser descubierto. Cuando estaba dispuesto, cuando había encontrado el lugar y el momento apropiado, aparecía algún grupo bromeando en la penumbra con chistes de mal gusto y fórmulas tan impropias como propias de su supuesta condición. El problema no era el disparo en sí, sino la detonación, el escándalo que podría producir la explosión en el centro del aburrimiento de toda aquella gente. Busqué el acantilado y calculé la frecuencia del estruendo de las olas para poder enmudecer mi pecado. Fue inútil. Enorme ansiedad.

Entonces vi la luz: dispararía bajo el agua. El agua amortiguaría la detonación, acogería la bala enmudeciéndola, curaría su furia. Busqué las fuentes que pudieran ofrecerme la solución, las acequias, cualquier amortiguador acuático que liberara mi tormento. Pero siempre aparecía alguien. Alguna pareja juguetona. Un grupo de muchachos intentando hacer vomitar al compañero más débil. Encontré una glorieta satisfecha y recogida; en el centro, un surtidor. Pero cuando, empuñando la pistola, me dispuse a disparar, apareció alguien tropezante que hizo que me desesperara.

Sólo puedo recordar que seguí buscando, como un loco, el lugar donde descargar aquella maldición; el peso que me lastraba más que nada en el mundo.

Hoy he despertado sin saber qué fue de mí. Ni del arma. Ni de la intención del arma. Creo que nunca sabré lo que pasó. Todo eso no me importa. Lo que verdaderamente me importa es saber que en alguno de mis sueños, dentro del enigma de mis sueños, de todos los laberintos, deseos, miedos, anhelos y posibilidades, puede haber una pistola cargada.

Puede que haya una pistola cargada dentro de mis sueños. Para siempre. Y no puedo soportarlo.



CAJA MADRID
FUNDACION

Plaza Celenque, 2
28013-MADRID
Tel.: (91) 379 10 83
Fax: (91) 379 20 20

Conservación del PATRIMONIO Histórico Nacional

Promoción y difusión de la MÚSICA en España

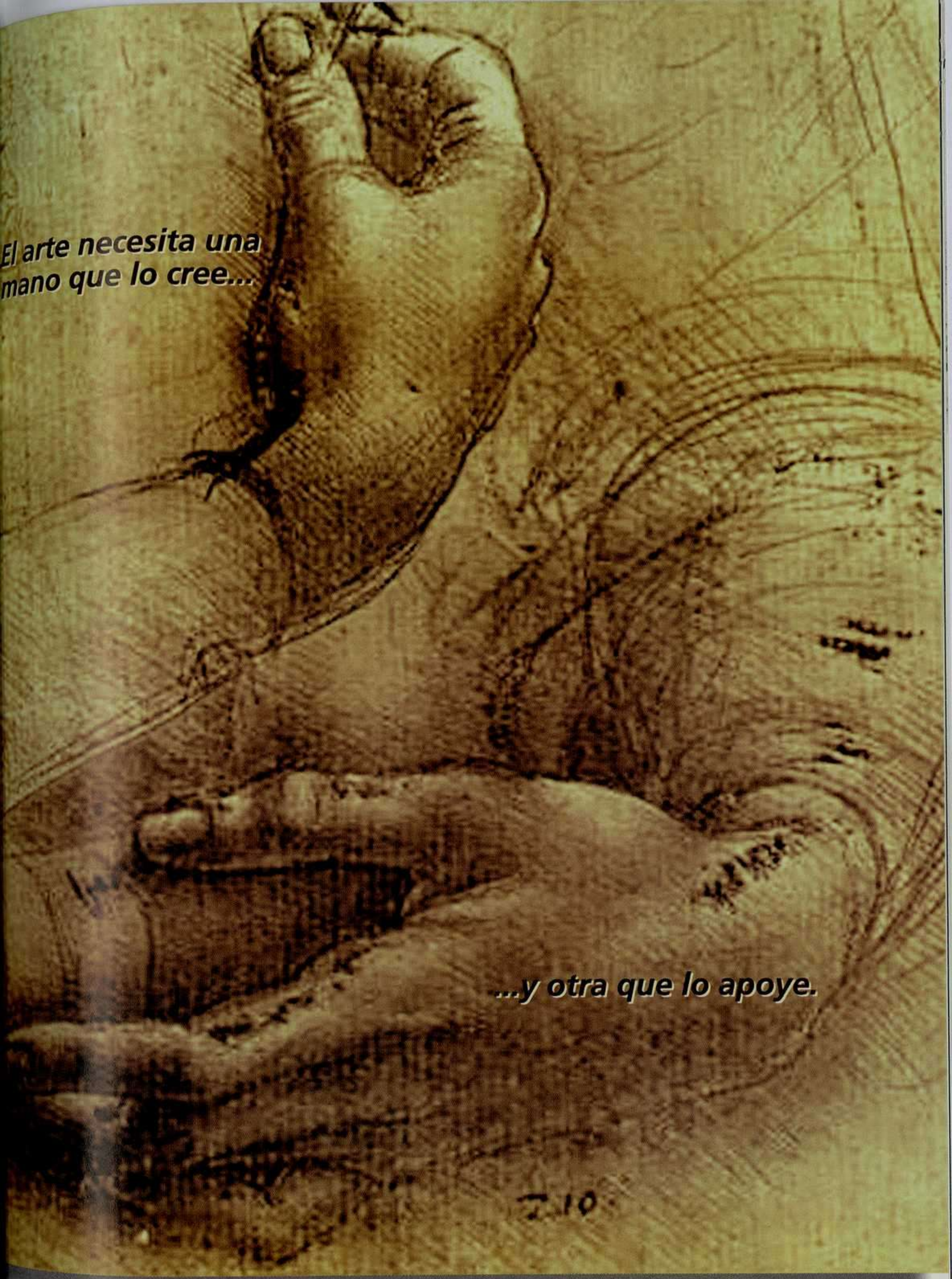
Ayuda a la INVESTIGACIÓN

Patrocinio, promoción y DIFUSIÓN CULTURAL

Programa de EXPOSICIONES en la Sala de las Alhajas

Fundación Caja Madrid

- HA
 - HA
 - HA
 - CAI
 - FEL
 - AL
 - LI
 - IA
 - JO
 - FIL
 - AM
 - OT
 - JOY
 - ACI
 - EA
 - EV
 - VIR
 - WIL
 - AFI
 - PA
 - ALI
 - LE
- BERNARD LÉGER
 - FRANZ LEHAR
 - MARUJA HALLO
 - CARLO MENZI
 - JEAN HETZINGER
 - JOAQUÍN MIRÓ
 - ALDO OVI
 - JOSÉ JOAQUÍN ROCA
 - ANDRÉ OZENFANT
 - JERÓNIMO PALENCIA
 - TIMOTEO PÉREZ RUBIO
 - PABLO PICASSO
 - ALFONSO PONCE DE LEÓN
 - ANTON RABERSCHERT
 - FRANK RÄDTZMILL
 - PIETRO ROY
 - JOHN RUFF
 - HUGO SCHLICHTER
 - GEORG SCHUBERT
 - GEORG SCHUBERT
 - CARLO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT
 - GIORGIO SCHUBERT



*El arte necesita una
mano que lo cree...*

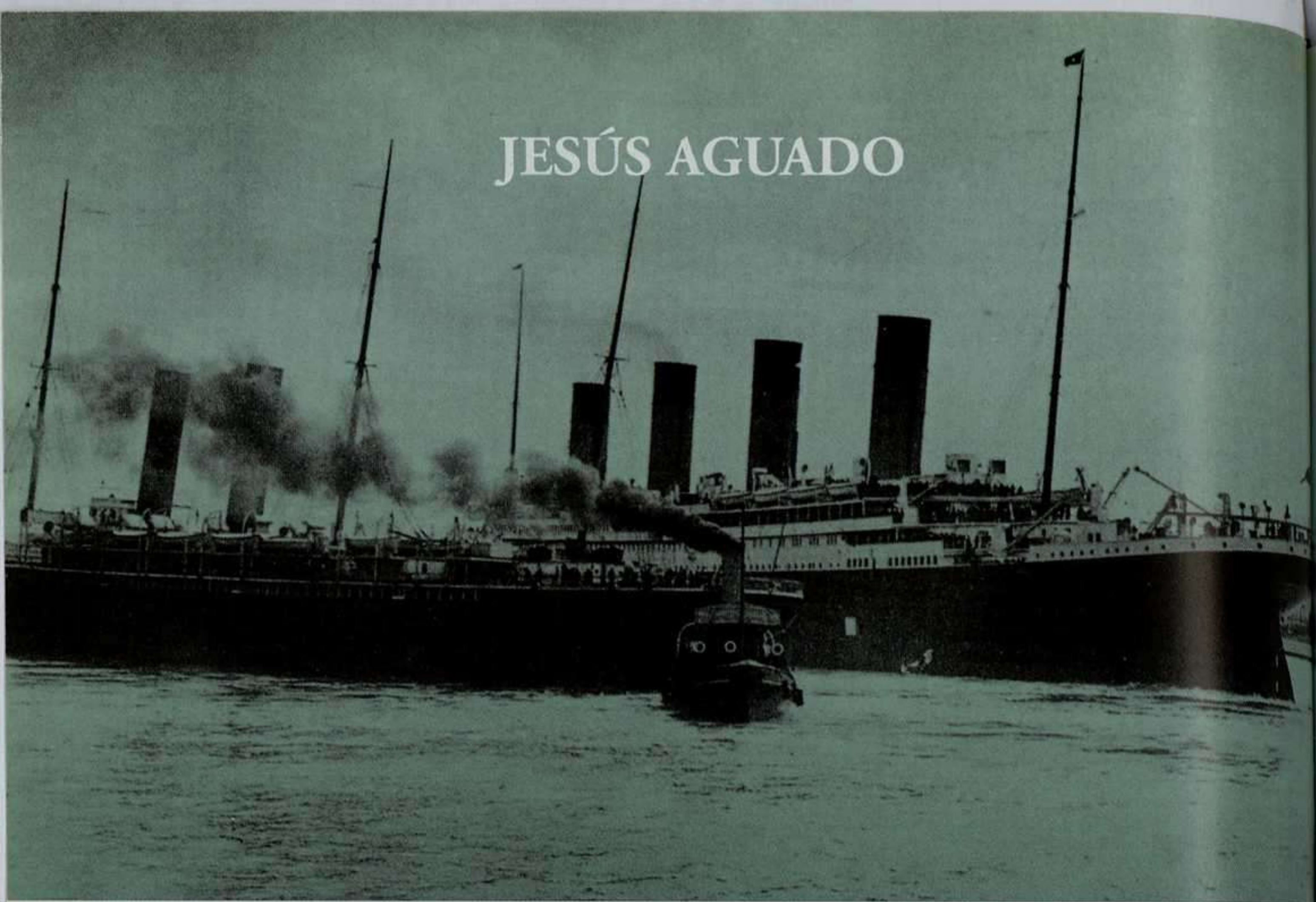
...y otra que lo apoye.



Banco

Santander Central Hispano

JESÚS AGUADO



FRAGMENTOS DEL DIARIO DEL POLIZÓN

Subir a bordo no fue difícil. No utilicé la escalerilla, ni gusaneé por la maroma, ni rompí un ojo de buey, ni me oculté en uno de los contenedores de la carga... No estoy tan desesperado como para confiar en las cosas. Cuando coincidí en una de las tabernas del puerto con el capitán esperé a que éste, ebrio y desfeliz y locuaz como un tifón ya viejo, contara una vez más una de sus historias. Entonces me acurruqué entre dos frases, me encajé a presión entre sucesos de la vida y los viajes de otro.

Mi corazón borbotea por miedo a que me descubran en medio de palabras extrañas que nos entrevén con desconfianza. Pero, por ahora, no pueden dar la voz de alarma porque se han quedado mudas. Son guardianas fuera de servicio, tripulación olvidada que sesteá en los camastros atornillados de un compartimento maloliente de la sentina. Procuro no moverme, hacerme insignificante e invisible: como un acento, como una chinche en las mantas, como el cabeceo del barco, como la tos de los motores, como una coma visitada con frecuencia en la que ya a nadie se le ocurre tropezar. Escucho risas, el tintineo de unos vasos, canciones rudas. Sin poder estirar

los miembros, con la circulación de la sangre estrangulada (viajera asaltada por la noche en un camino o joven suicida por motivos amorosos), me imagino dando largos paseos por esas canciones, buceando en los licores, estallando en sus risas.

El chirrido al abrirse y el estruendo al cerrarse de una escotilla me han despertado. Soñaba que era un salvavidas pudriéndose en una playa desierta. El sueño no era más que eso: la acción del tiempo sobre el salvavidas: los microorganismos, las estaciones, los picotazos y el guano de las aves, la sal. El nombre rotulado sobre mí ya se había borrado pero aún estaba muy lejos de la nada.

El hambre y la sed empiezan a hacerme preguntas para las cuales sólo hay una respuesta: no. Como no tengo fuerzas para pronunciarla, insisten, me acucian desde sus borrosos y merodeadores ojos de rata, se instalan en mi cabeza como tambores golpeados por el granizo.

Si al capitán se le ocurriese repetir la historia en la que me he agazapado, al caer yo, un ovillo raído desenrollándose de pronto por el corredor de su nostalgia, el asombro y la rabia que sentiría al hallarme (y el posterior castigo que sin duda me inflingiría: los grilletes, los tiburones, el látigo, el embudo, la horca...) no serían nada comparados con el hueco que mi presencia habría abierto en sus recuerdos. El vacío, que navega de polizón en el seno de ese otro polizón que soy yo, pero que no es tan pusilánime, caería sobre él y le aplastaría. Si el capitán me descubriera ambos estaríamos perdidos.

No sé a dónde nos dirigimos ni me importa. Elegí este destino al azar porque, en el fondo, todos los destinos son el mismo para un polizón: borrarse, desaparecer de la vista, tacharse sin renunciar a ser. Un polizón no piensa en los lugares sino en el gesto que los obliga a desvanecerse. Un polizón se encoge y se deja desllevar, literalmente, a donde sea. Donde sea:

el único punto en el que un polizón no teme que le sorprendan.

Todos nos hemos quedado en silencio. Quizás un albatros gigante nos tenga en su buche y esté decidiendo si tragarnos o no. Quizás un maelstrom de piedra nos esté digiriendo. Quizás las anclas, amotinadas, nos hallan abandonado en un islote. Da igual. Por fin podré descansar un poco.

EL SIGLO EXPIRA

*This is the end,
my only friend, the end.*
Jim Morrison

Todo termina en el último suspiro
—ahora— que expira tus guerras mundiales,
tus nucleares besos, nuestras odiseas
en el espacio de tu cama,

Enola Gay sobre
Hiroshima y Nagasaki.

Las películas del Vietnam,
el sida,
la ley de la relatividad
y los campos de exterminio.

Los delirios del XX,
el viaje a la luna
o las pastillas de Marilyn...

Superman agoniza en las cabinas
telefónicas y comprende que el mundo
que construyó se está hundiendo.
Cuando el siglo expire descubriremos
su secreto y la doble vida de Clark Kent:

«no digas, Lois, que fue un sueño
la salvación del mundo,
el último polvo del milenio, por favor,
aunque todo explote entre tus piernas».

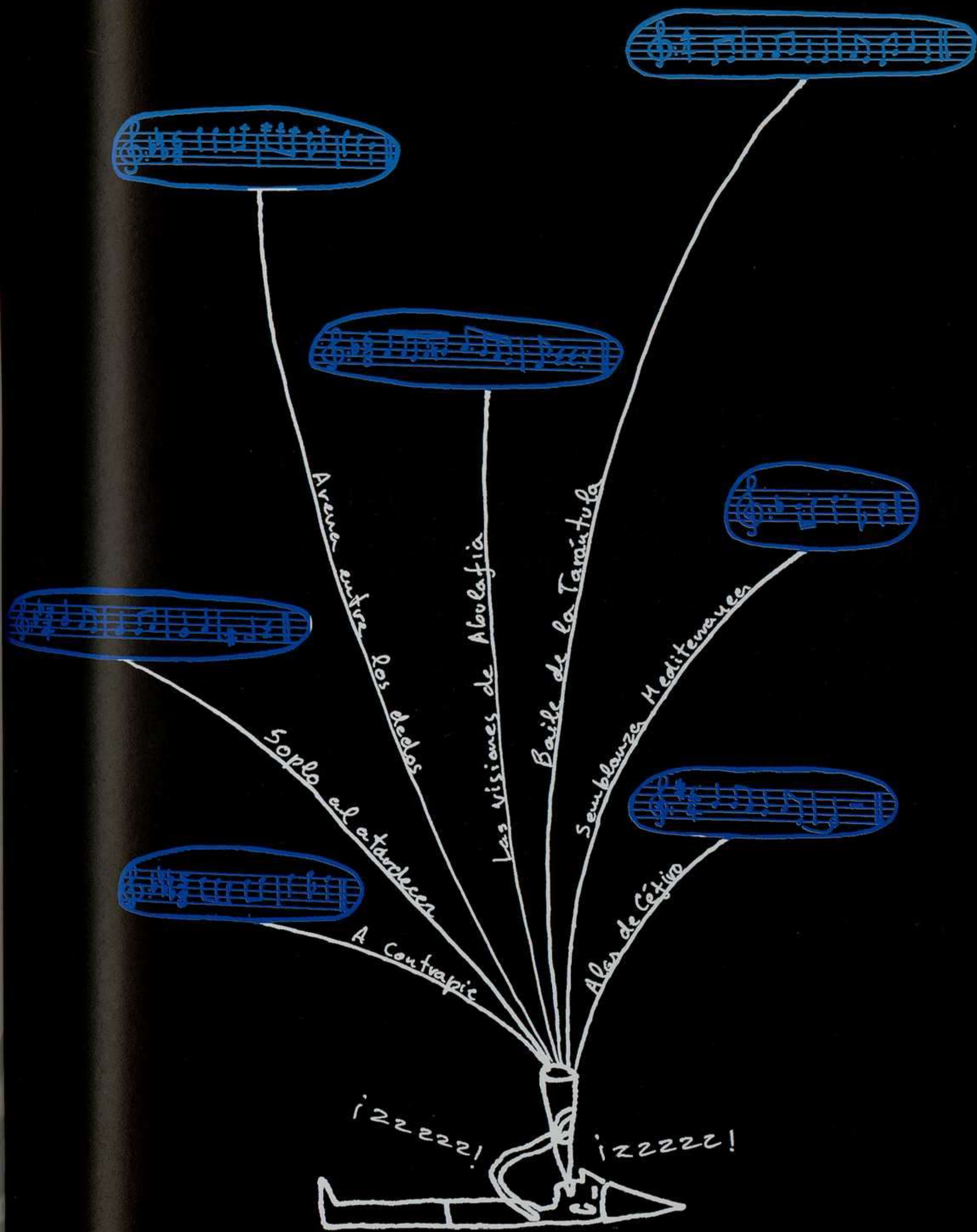
El fin es eminente:

Superman murió.

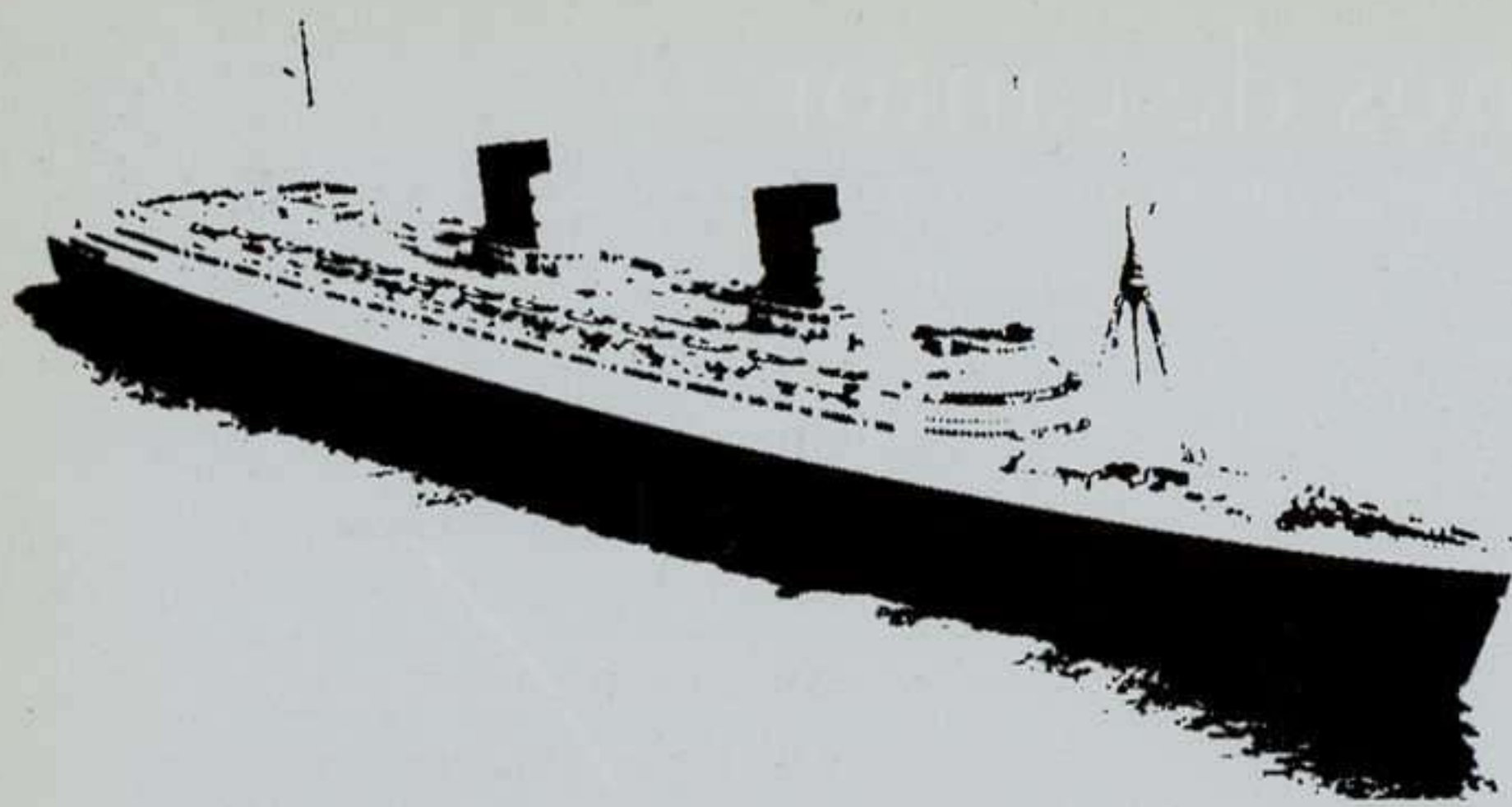
DANIEL GARCÍA FLORINDO

Sueños de cantor

iniciación a los ritos mórficos



javier paxariño



LUIS EDUARDO AUTE

DE FINiciones DE PRINCIPIO

I - Balada:

dícese
de la melodía muda
que producen las balas
después del crimen.

I - Balada :

dícese
de la melodía muda
que producen las balas
después del crimen.

II - Obsesión:

dícese
de la OBertura
del SEXO
como paSION

II - Obsesión:

dícese
de la OBertura
del SEXO
como paSION

III - Diminuto

dícese
de la fracción de tiempo
que pasa muy rápido.

III - Diminuto :

dícese
de la fracción de tiempo
que pasa muy rápido.

Ad libidum

El orgasmo
es un COITO-CIRCUITO
de libidos...
o de libitres...
o de libivarios.

Ad libidum

El orgasmo
es un COITO-CIRCUITO
de libidos...
o de libitres...
o de libivarios.

des VARIOS VARIOS

GODOYA

Demasiados Godoyes
para tan pocos Goyas

Entorno al sopor

Un simple cambio
de soporte
convierte lo soportable
en insoportable

Leyenda

Ley de vida...
la muerte.

No corran por los corredores

En los pasillos
~~están siempre pasados~~ no caben pasos largos,
~~están~~ ~~largos~~ sólo cortillos.

Arte conrestado

Los artistas consumados
suelen estar
consumidos.

La SOLitaria anda suelta

La SOLtera
tiene menos SOLtura

La travesía del desierto, con camello, es mucho más soportable

La vida es una larga
travesía del desierto
de cuando en vez
interrumpida
por un oasis
y demasiadas veces
por espejismos.

DESVARIOS VARIOS

GODOYA

Demasiados Godoyes
para tan pocos Goyas.

Entorno al sopor

Un simple cambio
de soporte
convierte lo soportable
en insoportable.

Leyenda

Ley de vida...
a muerte

No corran por los corredores

En los pasillos
no caben pasos largos,
sólo cortillos.

Arte conrestado

Los artistas consumados
suelen estar
consumidos.

La SOLitaria anda suelta

La SOLtera
tiene menos SOLtura.

La travesía del desierto, con camello,

es mucho más soportable

La vida es una larga
travesía del desierto
de cuando en vez
interrumpida
por un oasis
y demasiadas veces
por espejismos.

D. E. P.resión

Si la muerte
es DEScansar En Paz,
la vida, evidentemente,
es una guerra
agotadora.

El animal más santo

San Imal

Panteón del arte

MaUSoleO

Barracudas en Barbados

En las barras
de los bares
se desbarra
una barbaridad.

De LIBro

La LÍBido
es el centro
del equiLIBrio

Lo UNO no es lo mismo que uno

- I. Hablar con uno mismo
es hablar
con la voz de la conciencia
¿de la conciencia UNICA?
- II. Hablar con el «yo» de uno
no es lo mismo que hablar
con el YO UNICO.

Epitafio de la luz de la consciencia

La vida
la ví
y
la viví.

D.E.P. resion

Si la muerte
es Descansar En Paz,
la vida, evidentemente,
es una guerra
agotadora.

El animal más santo

San Imal

~~Barracudas en Barbados~~
~~BARRACUDAS EN BARBADOS~~

En las barras
de los bares
se desbarra
una barbaridad.

~~Todo está en los LIBros~~

De LIBro

La LÍBido
es el centro
del equiLIBrio

Lo UNO no es lo mismo que uno

- I- Hablar con uno mismo
es hablar
con la voz de la conciencia
¿de la conciencia UNICA?

II- Hablar con el "yo" de uno
no es lo mismo que hablar
con el YO UNICO.

Epitafio de la luz de la consciencia

La vida
la ví
y
la viví.

El Ordenador Supremo

La tecnología
nunca tendrá sentido
mientras no sea
TEcnológica

Nidada, nidal, nidificar, nidio

Sólo cuatro palabras
separan,
en el diccionario,
nido
de nicho.

Ser de paso

SER
es el Verbo del TiEmpO,
PASAR, el del ser
que lo viVE

Agnus Di

Dí, agnosis...
¿cuál es tu diagnosis?

El imposible deicidio de Dios

No hay dios
que acabe con Dios...
Ni El mismo.

Si vis pacem, para bellum

El ser humano es incaPAZ
para la PAZ

Sequía

Habrá que mojar el agua
cuando se seca

El Ordenador supremo

La tecnología
nunca tendrá sentido
mientras no sea
TEcnológica

Nidada, nidal, nidificar, nidio

Sólo cuatro palabras
separan
en el diccionario,
nido
de nicho.

Ser de paso

SER
es el Verbo del TiEmpO,
PASAR, el del ser
que lo viVE

Agnus Di

Dí, agnosis...
¿cuál es tu diagnosis?

El imposible deicidio de Dios

No hay dios
que acabe con Dios...
Ni El mismo.

Si vis pacem, para bellum

El ser humano es incaPAZ
para la PAZ

Sequía

Habrá que mojar el agua
cuando se seca

Ordeno y mando a distancia

I. Nadie escapa del REDil
de la RED

II. AlREDedor
sólo hay
la RED

III. No hay REDención
fuera de la RED

GuapoTEOsis

Mi TEOlogía sería
un auTEISMO personal
e intrasferible

ALMArio

I. Los cuerpos
se ALMAcenan
en el CUERPOcén.

II. Los cuerpos
que se ALMAcenan
acaban
CUERPOcenándose

TEOfilo

Quien filosofa
lo hace mejor tumbado
en el filo
de un sofá.

Hache intercalHada

Hadas domésticas
son
las CriHadas.

Ordeno y mando a distancia

~~Está en la RED~~
~~no pertenece al REDil~~
~~del gran Ordeno~~

I - Nadie escapa del REDil
de la RED

II - AlREDedor
sólo hay
la RED

III - No hay REDención
fuera de la RED

~~Guapo~~ GuapoTEOsis

Mi TEOlogía sería
un auTEISMO personal
e intrasferible

ALMArio

I - Los cuerpos
se ALMAcenan
en el CUERPOcén.

II - Los cuerpos
que se ALMAcenan
acaban
CUERPOcenándose

TEOfilo

Quien filosofa
lo hace mejor tumbado
en el filo
de un sofá.

Hache intercalHada

Hadas domésticas
son
las crittadas.

GENeralidades

- I - Los indíGENAs
son vírGENes
de oriGEN.
- II - A los alieníGENAs
no les hace falta oxíGENo;
no tienen GENes
ni GENesis.
- III - ¿Será el oxio
el GEN
del OXÍGENO?

Maledicencias

Dijo Malraux:
"Después de Goya
empieza la pintura moderna".
Diría yo:
"Después de Velázquez
empieza la pintura eterna".

El timo como mito

Algunos hay, ¡ay!
que son mitómanos.
Otros, empero,
son timómanos.

GENeralidades

- I. Los indíGENAs
son vírGENes
de oriGEN.
- II. A los alieníGENAs
no les hace falta oxíGENo;
no tienen GENes
del GENesis.
- III. ¿Será el oxio
el GEN
del OXÍGENO?

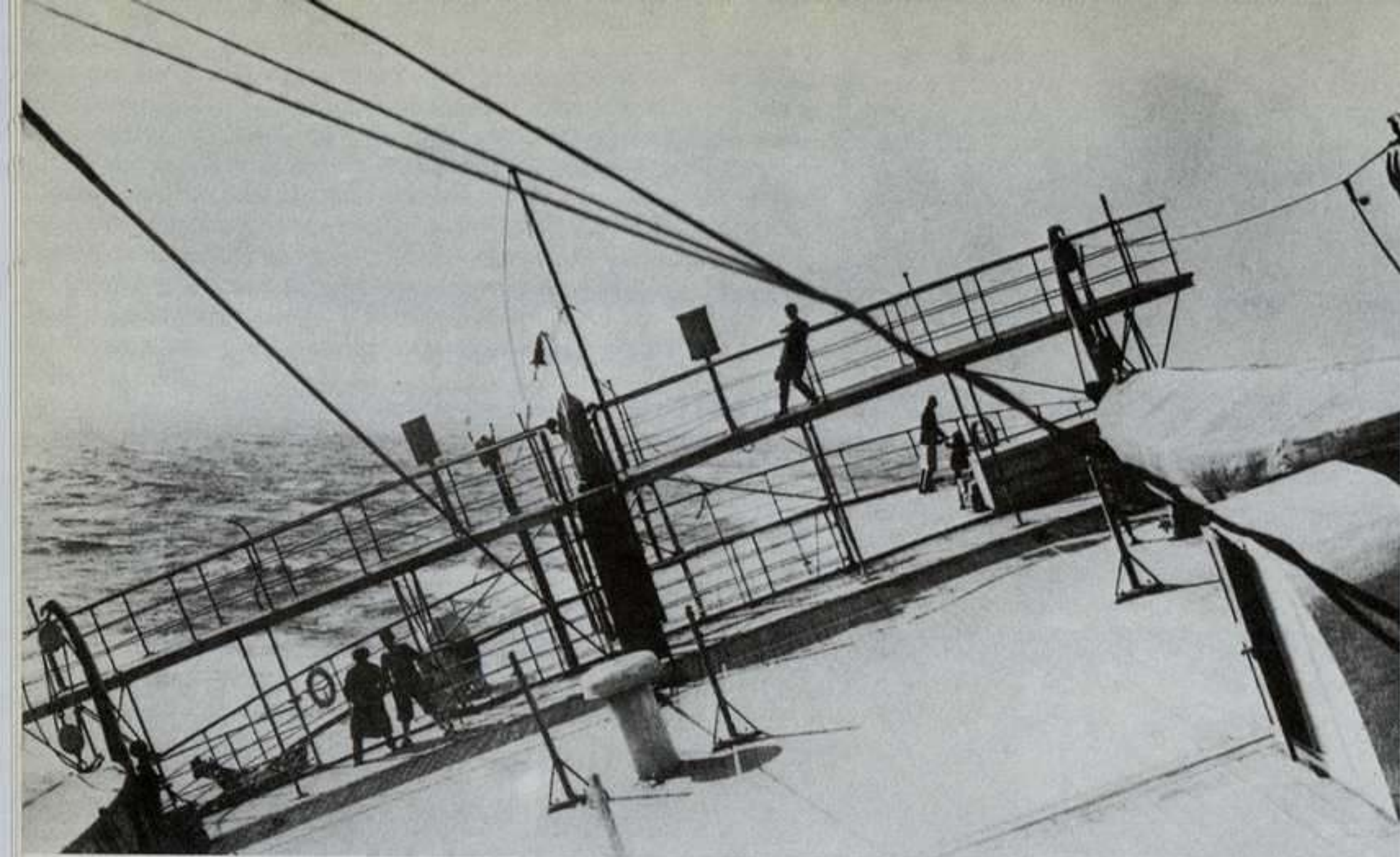
Maledicencias

Dijo Malraux:
«Después de Goya
empieza la pintura moderna».
Diría yo:
«Después de Velázquez
empieza la pintura eterna».

El timo como mito

Algunos hay, ¡ay!
que son mitómanos.
Otros, empero,
son timómanos.

Para el N.º "Pasajeros" de la Revista
LITORAL - Poemigas de Luis Eduardo Aute
del libro inédito "ANIMAL 3-D".



T r a v e s í a

Estaba sentada sobre la arena con las rodillas recogidas, los ojos semicerrados por la intensidad de la luz casi insultante y pensando en la muerte. Una carta, aún cerrada entre las manos, la hizo mirar una vez más aquel borde donde el agua se desvanecía sobre la playa y ya no era mar, y una línea de peces perfilaba un horizonte. Peces de lomos plateados, peces muertos de lomos plateados que reclamaban con su presencia frágil y siniestra a los niños que recién llegados se acercaban y comenzaban a recoger con la algarabía del hallazgo.

Abrió la carta. Leyó lo que esperaba leer y volvió a sentir el vértigo de un abismo sin retorno y sin nombre. Se levantó y metió los pies en el agua que en la cercanía de la mirada perdía su color azul verdoso para hacerse tan transparente como su soledad.

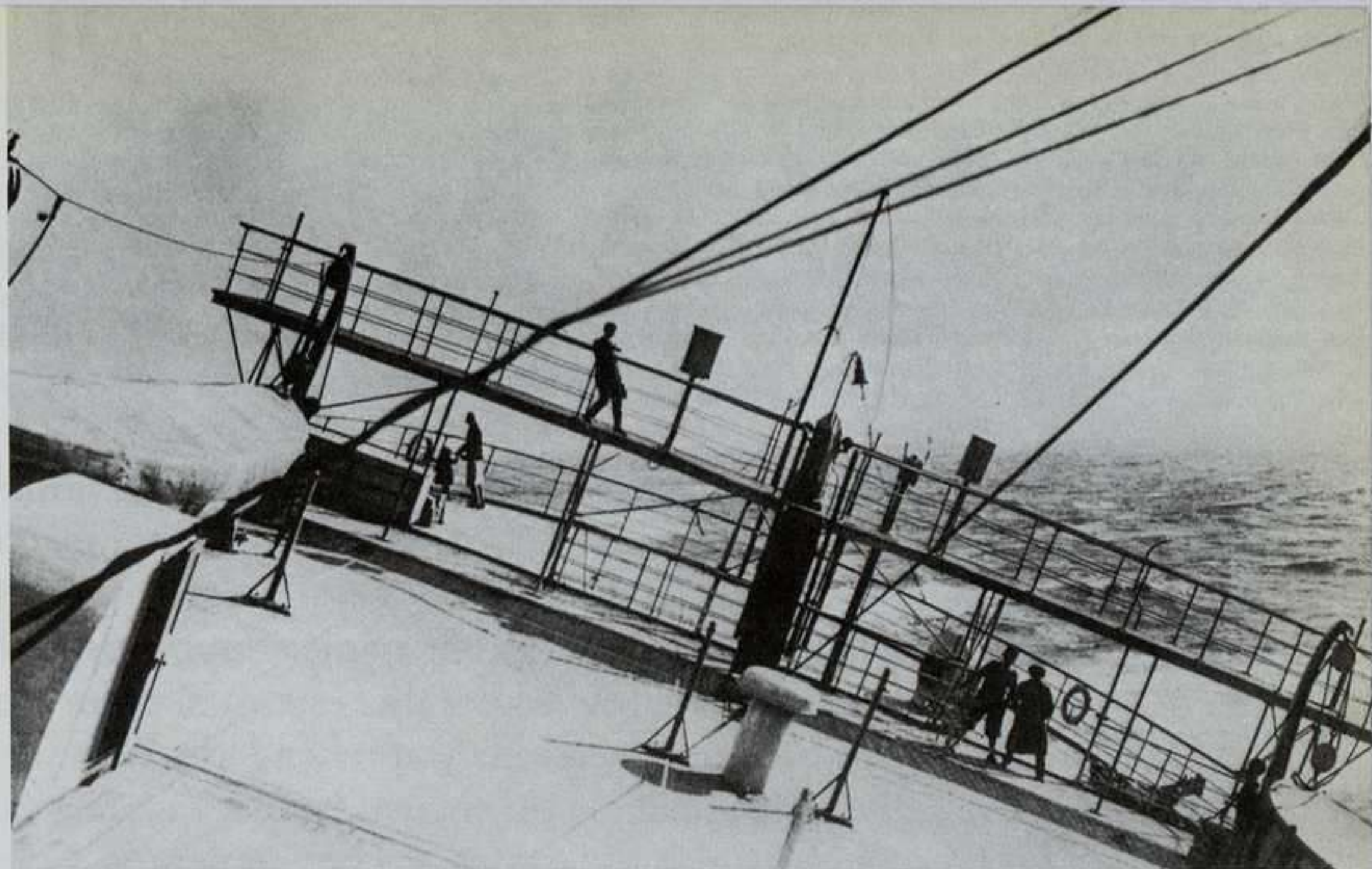
El avión cayó al amanecer. No hay supervivientes.

Como un pájaro enloquecido por la belleza de su propia imagen se precipitó en el río, sin preámbulos, mudo del horror y de la inercia, del brillo inmenso que al roce de las aguas congeladas lo convirtió en una llama.

El silencio la cobijó, como si el silencio fuera el estandarte de su seguridad, la clave de un próximo encuentro. De otro. Del que nunca espero. La posibilidad de las palabras que ahora quedaban sepultadas, que comenzaban a tomar, en el instante mismo en que leía, la forma de una huella. Huella toda ella. Ser mismo de lo que ya era olvido.

Se habían amado en los susurros del silencio. Se habían amado llorando, casi gritando de ira por la fatalidad de sus cuerpos enamorados, porque eran sus cuerpos los que se amaron con la violencia de la desesperación y la certeza de sostener entre los brazos el enigma del otro.

Lo vio en cubierta, llevaba un abrigo gris oscuro y un pañuelo blanco de seda en la garganta; entre las manos el extremo de una serpentina y en los ojos, el peso de la sombra que se enfrenta a un nuevo augurio. Le brillaban



de emoción. A su lado una hermosa mujer se despedía con ahínco de un grupo de personas, que como todas las demás se arrebujaban en la dársena, en el filo mismo del agua oscura y embarrada donde el magnífico barco, blanco y azul preparaba la marcha.

Ella también se despedía, volvía a Europa.

De pronto el sonido largo y profundo de las sirenas dejaron los corazones encogidos y mudas las palabras, las serpentinas se rompieron finalmente por la distancia infranqueable y el barco comenzó a alejarse; se alejaron las luces de la costa, los perfiles de la ciudad fueron ya adivinanza y se adentraron en la noche negra del agua.

La mujer hermosa se fue, un viento frío comenzaba a calarse entre los huesos. Quedaron casi solos, con su mitad de papel entre las manos y una pregunta entre los labios. Estuvieron así mucho tiempo, uno junto a otro, respirando la noche, respirándose, como si fueran animales, en silencio, mudos. Hiriéndose con la mirada en el filo mismo de la distancia.

Eran más de las siete y era invierno. Es una hora difícil, sin definir, por eso arroja a la tristeza, como si la tristeza fuera un lugar; se viste del espacio habitado a las siete y media y arrastra, es una hora que acontece, que clava el pensamiento, es la hora que vuelve siempre, también aquel día en alta mar partiendo de una ciudad querida. Y un hombre, un hombre desconocido, clandestino, observándola y en el agujero de su mirada, corazón de las siete y media un viento más y más helado, con la fuerza de una desembocadura, emboscaduras del mar en su pasado que comenzaba a traspasarla, y el perfil del hombre susurrando el crepúsculo que se fundía como un grito en esa inmensidad de las siete y media y las luces brillando, y un último clamor de la sirena.

Fue el principio.

Hermosa, dominante, entregada, con la elegancia que da a las relaciones un toque de desprecio. Era mentira, lo supo desde que la vio, desde que sintió que realmente añoraba a los que despedía.

¿Lo amaría? Sí, lo amaba. También lo supo y aun sin conocerlo sintió un desgarró, una orfandad que venía a entrometerse y de la que no se podía escapar. Lo deseó.

Durante la cena no podía verlo, pero lo adivinaba. Hubo un momento en que escuchó su risa, supo que era de él inmediatamente, era una risa que sólo podía pertenecer a un hombre como ese, y la quiso, quiso su risa.

Nunca había deseado la risa de nadie. Supo que quería tenerlo cerca. Tocar, recorrerlo, como se recorre una escritura, entre la muerte y el delirio. Deslizarse en los vacíos de su vida y aprehenderlo. Aunque fuera un instante. Un acto, el acto de acceder a un encuentro que ya había sido.

Sintió miedo y quiso alejarse de sus pensamientos. Quería estar sola, retirarse de su deseo, ausentarse. Pero desde las sombras, furtiva de su silencio, secuestrada por su deseo, la imagen del hombre desconocido golpeando en la noche.

La campana sonó a las cinco de la mañana, sonaba muy despacio, casi un susurro para no despertar a los que quisieran permanecer en el sueño. Después, el camarero del servicio de habitaciones llamó suavemente: - Es el momento, todavía no clarea pero ya hay gente arriba, le dijo.

Subió. Se acomodó cerca de la proa, el viento era un fantasma que dejaba paso a la par que las aguas, a la nave que avanzaba en silencio, rompiendo nieblas, girando para adentrarse en el brazo de mar que los acercaba al puerto de una ciudad, escala primera de la travesía. Una creencia en la hermosura, un batalla de luz desvelando montañas que emergen, solas, por encima de las nubes que los pájaros señalan entre la bruma y dibujan los contornos de la tierra en el agua incolora.

El gemido del buque anunciando la costa.

—*Uzdy, kdyz se probudím na morí; u riu, tak se roéitin.* Siempre me emocio cuando amanezco en Río desde el mar, repitió suavemente mientras se ponía a su lado y miraba al frente para secar con el aire el rostro húmedo aún. Sonrió, y ella pensó en lo extraordinario que es desvanecerse, hacerse nada, sucumbir ante el vértigo de aquello que es más fuerte. Un roce, apenas una mano en su hombro y esa sonrisa, más allá de cualquier rostro, más allá del paisaje que la hizo suya. Se perdió, quedó plasmada para siempre en ese borde de la cubierta, allí donde se juntan los dos lados del mundo que es un barco y convergen en el vértice único, recto, que rompe el mar y cree que es su dueño.

La mujer hermosa se había quedado acostada. Sabía lo magnífico que era el paisaje al entrar por la ensenada pero prefirió descansar. Prepararse en el sueño. No saber.

Cuando desembarcaron la mañana era ámbar y azul. Disponían de seis horas antes de partir nuevamente. Se confundieron entre los otros pasajeros que también bajaban y se perdieron entre los callejones del muelle hasta dar con un hotel. Hotel Do Cairo. Nunca olvidaría el olor a tabaco de mascar que inundaba la habitación y el largo pasillo alfombrado de esteras desfleadas que llegaban hasta la puerta donde unos hombres lo vendían enrollado como

si de maromas se tratara, mostrando la mercancía entre sus dientes destrozados y negros. Era un olor dulce, áspero, el olor de la locura, de un tiempo solo para los cuerpos.

Apenas hablaron. Se tocaban, era un raptó del tocar, un susurro que los fulminaba y convertía aquel lugar en el lugar de sí mismos.

Solo un punto en el espacio de una travesía.

—Quiero perderme. Quiero no regresar. En ti. Y desprendía su vestido con el movimiento adelantado de la boca. La mirada posando como un ave sobre los hombros temblorosos. Arrebatándole la historia de su vida como si fuera toda ella un sorbo del néctar anhelado. La palabra imposible en el idioma posible de su infancia. En ti. Me pierdo en ti.

Y ella resbalando por sus palabras, cayendo en la laguna de su piel perfumada hasta besar la verticalidad de todo su cuerpo. Perdida en una desconocida lengua. En el grito ahogado de su cuerpo.

Los amantes perdidos en su rúbrica, en un puerto desconocido.

—Ella te ama.

Y es hermosa.

Sí. Pero hoy quiero morir en ti.

Volvieron separados. Temblaba. Pensó en otro hombre, un hombre cercano, más conocido. En la mujer hermosa, que ni siquiera sabía cómo se llamaba y en cómo habría sido su juventud. Se la imaginó delgada, esbelta, casi un pájaro, diciendo adiós desde la cubierta, emprendiendo también un regreso imposible.

Se había vestido de prisa, lo hizo sin mucho interés, eligió el traje un poco tarde, quedaban pocos; aun así se sintió bien bajo la apariencia de aquel disfraz con el que atravesaría la línea imaginaria que marca el ecuador. Los lados de la tierra. Las aristas del mar.

No quería buscarlo, pero su mirada le desobedecía, intentaba ubicarlo bajo las máscaras. Adivinarlo.

Se dio cuenta de que había estado preguntándose de que iría vestido, como si en el traje se hallara una promesa. Una señal.

Y ella, su mujer sería una máscara más? o simplemente ella.

En medio de la noche y sellando la búsqueda Lord Byron la abrazó.

Y en el abrazo, con la advertencia en la voz de un mar que comenzaba a enloquecer bajo los besos, deposito en su boca un poema. Resto de su goce.

Así que no volveremos más a pasear
a tan avanzada hora de la noche,
aunque el corazón sea aún tan amante
y la luna todavía brille tanto.

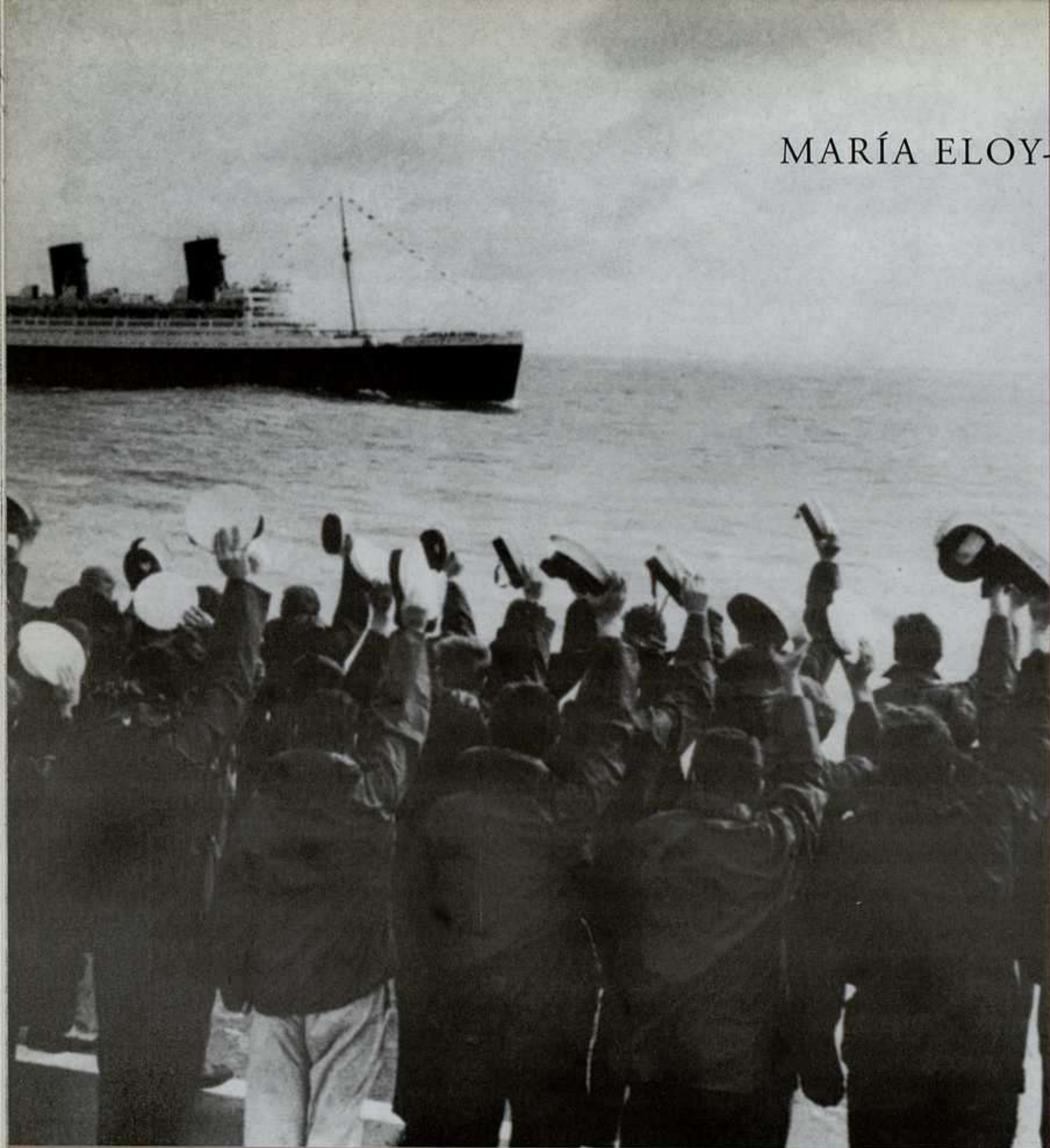
Porque la espada dura más que su vaina,
y el alma dura más que el pecho,
y el corazón debe detenerse para respirar
y el amor mismo necesita descanso.

Bajo la misma noche los ojos transparentes y lejanos de una mujer sin nombre y sin insignia los miraba. Máscara de su cuerpo fracturado. Su mirada toda el ecuador del universo.

Desembarcaron en Lisboa. Los vio bajar acompañados del Capitán hasta un coche azul que mostraba su distintivo diplomático y a la mujer hermosa volver la cabeza, mirarla con la complicidad del silencio y tomarlo del brazo.

El coche se alejó en una muda despedida.





ALTA METAFÍSICA DEL TRAPO

he visto entonces el signo
de toda la ropa tendida
su coyuntura modificada
una manga al borde oh pablo gargallo
como un marat sin espacio
inflado por el aire
un suéter opina que hacia allí
hacia nada la nada del suéter
camisas muestran su detrás y su debajo
honestamente advierten todo su poliéster
la vida es una sencillez de pinzas
un simple juego de poleas

por el que la funda destrozada
de un colchón se desliza/
la imposible cabeza bocabajo de una americana
no se relaciona
autonomía de unas bragas confirman
el pobre estado de su infeliz autoestima
hace un momento suicidio de pinzas
y calcetín izquierdo/
la muerte puede ser como la vecina
del primero que acumula calcetines
y el más allá cuando esos calcetines
se los ponen sus hijos
entonces la vida surge de una lavadora
motor primero y la arruga es la orogenia
y el móvil de la vida
la plancha es dios cuyo libro sagrado
es el de instrucciones
la iglesia es el detergente quitamanchas
y la mancha la llevamos todos —defecto de fábrica—
porque hay que vender detergentes
el paso del tiempo está programado
hasta la feliz y centrifugante catarsis
y por fin cualquier desdichado anorak
cualquier sábana desafortunada
se desprende de aquel hilo
se desentiende de aquellas frágiles poleas
y es claro que aquella vieja última
y también primera porque vive en el primero
espera en el ojo del patio que todo lo ve
para abrimos las puertas de su casa infinita

ESTHER MORILLAS

LOS AMANTES

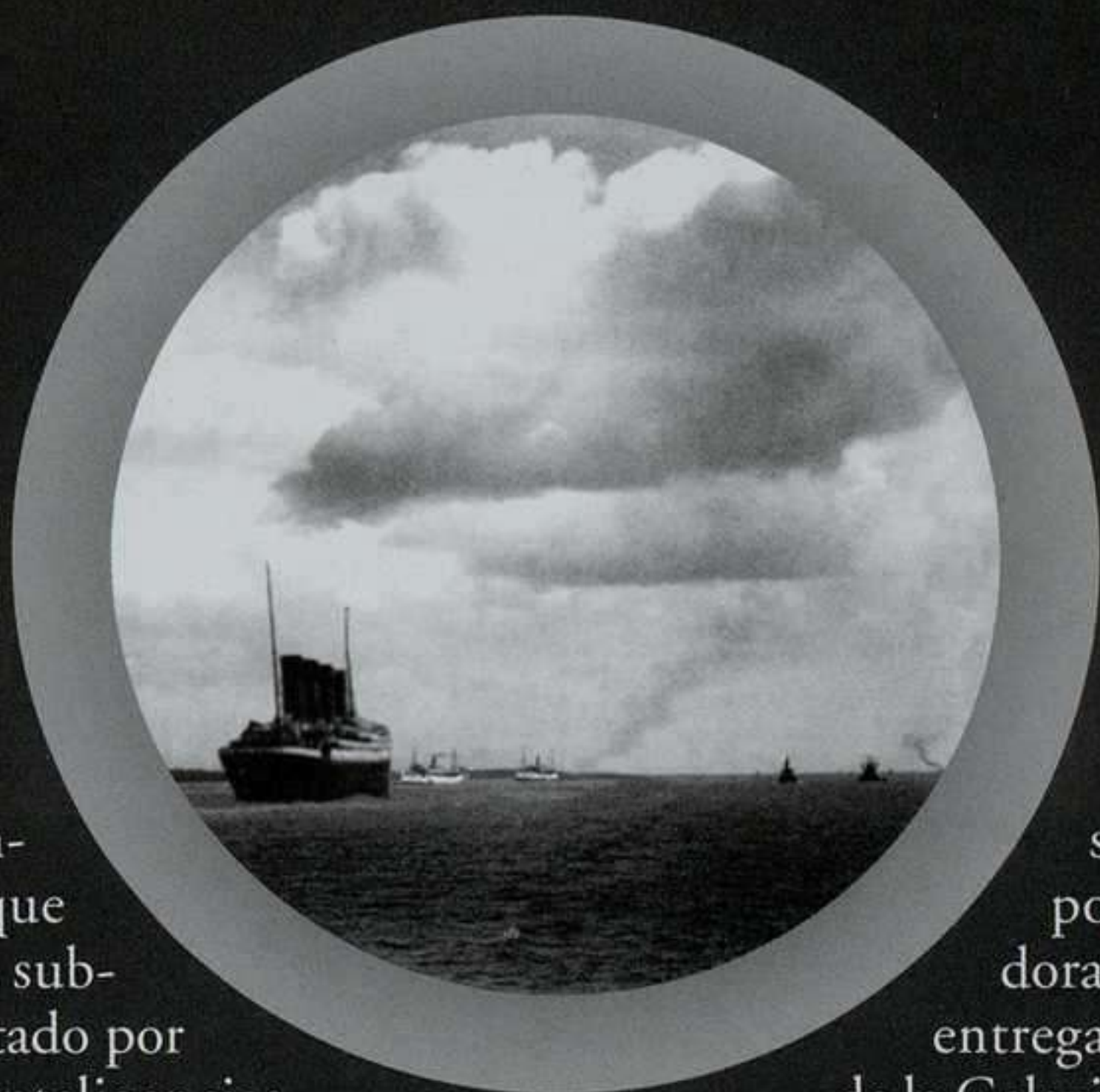
Un amor tan tibio no puede dar tristeza,
ni angustia por las horas que no pasan,
ni sueño. Da compañía, calor
de dos cuerpos que encajan,
y, si se quiere, fechas
que celebrar, un futuro a medida
y medidas palabras. Todo liso,
superficie sin vetas,
la lagartija al sol.

Un amor tan tibio dura años,
no compromete a nadie ni altera
los gestos ni la voz de los enamorados.

Pienso
en este amor tan tibio e invisible.

José Baena Reigal

MOTÍN A BORDO O UN AGUAFIESTAS EN EL CAMAROTE DE LOS HERMANOS MARX



El pensamiento radical que penosamente subsiste, representado por las escasas inteligencias críticas que todavía no se han integrado en las mesnadas del Sistema, coinciden en señalar que al hombre de hoy ya nada le apasiona. Quizás, en los tiempos que corren, no resulte demasiado aventurado suponer que mienten, porque tampoco es excesivo pensar que tanta pasiva indiferencia junta sea tan sólo otra puesta en escena del simulacro total en el que estamos embarcados. O una pirueta más de los intelectuales, dentro de la común devoción por reivindicar la redondez de los propios ombligos, en esa alocada carrera que nos urge a improvisar precisas señas de identidad para abordar, apenas

salidos de la postmodernidad dorada, la segunda entrega de la Guerra de la Galaxias y la insoponible fanfarria finisecular, sin que hayamos superado siquiera los retos de la modernidad a secas, que nos la birlaron entre peregrinaciones, jaculatorias milagrosas y coros y danzas con letras de Quintero, León y Quiroga, ay pena, penita, pena...

Dice mi amigo Juan Palomo que yo dije —no me extraña, teniendo en cuenta la anterior parrafada— que la postmodernidad fue por estos pagos otro rollo macabeo más, inventado por los viejos archimandritas para exorcizar el vértigo que les producía mirar en profundidad el salto dado por el paisanaje desde el Paleolítico —periodo *franquense*—, a



las sagas de don Pedro Almodóvar y olé. Tal vez por eso, los nuevos clichés suelen ser, más que nunca, copias de las copias. En todo caso, piadosos refugios de nuestro horror al vacío, sin apenas referencias a las que agarrarnos, mientras se acrecienta la sospecha de que el tinglado es una simple estratagema para sobrevivir en el hastío, esa convalecencia incurable que dijo Cioran. O parte de un programa de ordenador diseñado para que la conexión al ciberespacio se convierta en la clave interpretativa de nuestras historias personales sin historia: Alicia hoy no necesitaría pasar al otro lado del espejo, sino que buscaría una página *web* en Internet para encontrar, en las falsas imágenes de un ojo falso, su caudal onírico y las ilusiones *políticamente correctas* respecto a lo que habrá de venir. Como falta tiempo para buscar la mismidad en la propia memoria, nos enchufamos a una memoria instantánea en la que, a través de una realidad precocinada por el Bill Gates de turno, podemos verificar compulsivamente ese simulacro de existencia al que llamamos vida. Es la única manera de vivir la verdad.

Lo otro es insoportable porque la verdad no existe. Lo único que hay es imprecisión, incertidumbre.

En semejante baile de San Vito, siendo —según qué cosas— nuestros abuelos o nuestros propios hijos y, en fin, en algunas cosas más, absolutamente nada, me embarco como pasajero invitado al viaje que va de un siglo a otro, de un milenio a otro milenio, que no me atrevería a llamar nuevo. Con un año de adelanto sobre el horario previsto, la caterva mediática ya se apuntó en masa a ese periplo con previsible destino en las Fallas de Valencia. Para no quedar atrás, la Iglesia anticipó la salida con la apertura de la Puerta Santa del Año Jubilar, en cuyos fastos ceremoniales ofició de Fallera Mayor nuestro inefable Juan Pablo II, revestido para la ocasión con exuberancias talaras propias de John Galliano, continuador putativo de la marca Dior. Como corresponde a tan sonado evento, todo al último grito del mejor *prêt-à-porter* de París. A pesar de que prevaleciera en el colorido un cierto tufillo a hortera campogibraltareña, ¡ni siquiera París o Roma son ya lo que eran! Escribo estas apresuradas líneas en pleno



Carnaval, admirablemente recuperadas las viejas comparsas y chirigotas gracias al celo cultural de nuestras instituciones autonómicas y municipales. Creo que debe notarse para que quede constancia de tan innovadora contribución al progreso de la humanidad. ¡Qué bonito, qué bonito...! Sin embargo, henos aquí otra vez en vísperas de Cuaresma. Y a cuestras con la pertinaz sequía... ¿Que será, será?

No hace falta discurrir mucho para ver que no creo en principios ni en finales históricos. Estas y otras manías son las que han convertido la Historia en el receptáculo favorito de una imaginería religiosa, en la que la idea del progreso continuo sustituye la vieja fe en la providencia de Dios. La eficacia teológica de semejante apaño sirvió para poner el tiempo al servicio —y en ayuda— de las esencias. Con este salto se nos coló todo, desde María Santísima a los etarras. Y la caja de Pandora sigue abierta, esparciendo su contenido a través de los viejos iluminismos religiosos, étnicos y políticos. Si la ciencia, la economía y el Estado modernos eran, en principio, las

armas que habían de liberar a la humanidad del oscurantismo, la miseria y la tiranía, hoy sabemos que son también las armas de una tiranía, una miseria y un oscurantismo nuevos. El vocablo *progreso* es hoy un eufemismo que encuentra su lugar en la demagogia política. Nada más.

Para colmo, en su larga travesía del desierto, el socialismo ha venido a contribuir muy eficazmente a la remisión de todas las ideologías o de todas las visiones del mundo diferentes a lo social, fomentando el acabamiento de las tensiones históricas. Desaparece así cualquier otro destino colectivo que no sea el de una doctrina de participación y reparto de los bienes producidos, alineándose cada vez más sobre el valor de uso gracias a la eliminación de cualquier dimensión que no sea la de la sana gestión de las cosas y cayendo en una moralina nunca vista desde los peores tiempos del cristianismo purgante, o de ese purgante llamado cristianismo, que tanto monta. No se trata más de una subversión del capital, ni de una revolución del capital sobre sí mismo, sino de una involución de lo



político (y de su saludable violencia) en un escena entregada de lleno a los juegos de simulación de masas. Lo social, en su acepción más débil, se ha convertido en la triunfante matraca liberal donde —lo proclamen o no— coinciden tirios y troyanos, desapareciendo la más mínima idea de un posicionamiento maldito, equipaje imprescindible para cualquier aventura por mares desconocidos.

Por todo ello, el único viaje al que me apunto parte de la nostalgia que atormenta al poeta, no de los muelles de esa impostura llamada naturaleza, cuyos despojos aún pueden hallarse en las cartas de navegación elaboradas por las fábricas del pensamiento global. Bajo estos presupuestos, no es de extrañar que la técnica venga cavando su propia fosa: al mismo tiempo que perfecciona los medios de síntesis, profundiza en los criterios de análisis y definición, tanto que la exhaustividad de lo real imposibilita la imaginación creadora o el advenimiento de un tipo de conciencia más acorde con el nuevo paradigma elaborado por la Ciencia de vanguardia. A despecho de la Física de partículas, de los fractales y del *sursum corda*, lo real se crece, lo real se ensancha, perdién-

dose en lo infinitesimal. Un día el mundo entero será real. Y cuando lo real sea universal, será la muerte. Y la Internacional del Género —ciudadanos y ciudadanas, consumidores y consumidoras, hombres y hombras, mujeres y mujeres— echando leña a la paranoia de concebir —Freud *dixit*— el sexo como destino. Promoción de lo femenino como cuota «discriminatoriamente positiva» —¡ni Orwell llegó a tanto con su *neolengua!*— para instalarse en el poder establecido; de lo femenino como valor de uso, a costa de lo femenino como principio de incertidumbre. Abordaje inesperado que exaspera, en el terreno de lo íntimo, las ilusiones deseantes y las interpretaciones liberadoras. Igualitarismo ramplón, reduccionismo de mercadeo, cuotas hormonales en vez de inteligencia pensante, encefalograma plano y síncope por agotamiento, ¡qué fiesta para las computadoras...!

Por más que nos pese, el tránsito a la nueva época —llámese siglo, milenio, o lo que se quiera— comenzó con un vuelo americano. Fue en agosto de 1945, cuando el *Enola Gay* mostró a los escépticos, bajo la forma de una seta atómica sobre el cielo de Hiroshima, los

terribles poderes ocultos en la materia. Aunque tendamos al olvido, todo ha comenzado ya cuando algo, sea lo que sea —nosotros incluidos—, entra en escena y en juego. Como única baza para seguir apostando nos quedan los restos fragmentados del humanismo. Logos y praxis, pensamiento y acción que producen no sólo la totalidad de lo que existe: producen al mismo hombre, al hombre negación de lo dado, de la naturaleza y de sí mismo. Porque —lo apuntó Pascal— sólo el hombre supera infinitamente al hombre. Su quehacer constituye, en definitiva, el único juego que todo lo desbarata, sobrepasando todo idealismo y todo materialismo. De ahí que nuestra tarea no puede estar más que en seguir jugando con esta muerte a despecho de la mirada, de la náusea, del gesto, del saber, del sentido: ningún riesgo nos eximirá de seguir jugando y ser jugados por el juego. Y para conjurar a los demonios de la entropía, cuanto más juegos, mejor. Intentando conseguir, por el camino, toda la felicidad que nos sea posible. Porque aquello hacia lo que se centra la atención con suficiente intensidad, muerto o vivo, no dejará, tarde o temprano de manifestarse. Sucede hasta con nuestros peores fantasmas,

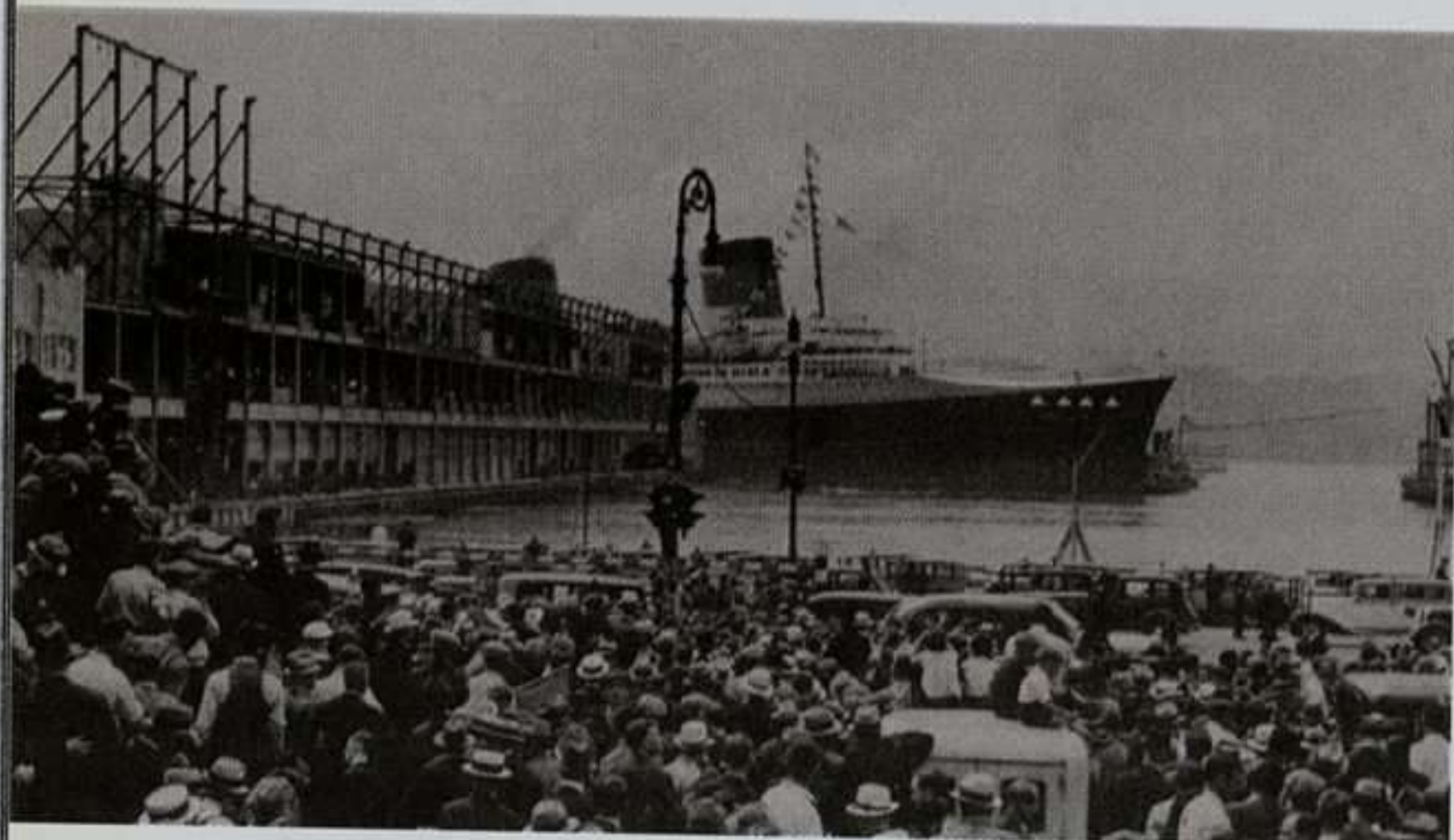
que de tanto convocarlos, terminan por encarnarse. Como ese síndrome del fin del mundo que los fanáticos de toda laya —desde los pujantes fundamentalismos religiosos, a los tornados racistas *tipo Arzalluz*— llevan escondido en la bocamanga, dispuestos siempre a desencadenar el Apocalipsis antes que perder la partida o retirarse del juego. A estas alturas, nadie debería llamarse a engaño. Un juego en el que el fin justifica los medios no es un juego, sino una enfermedad del alma. Si debo vérmelas con lo absurdo, prefiero quedarme con los Hermanos Marx, en cuyo camarote he buscado acomodo para intentar, con la medicina del humor, un antídoto contra el previsible mareo que pueda sobrevenirme en este crucero «Fin de Milenio» fletado por los armadores de LITORAL. Como muestra de botica y ejemplo de realismo sin adulterar, con permiso de don Groucho, reproduzco el conocido diálogo:

«—Oye, en la casa de al lado hay un tesoro.

—Pero si al lado no hay ninguna casa...

—Está bien, ¡construiremos una!»

Juan Carlos Rodríguez



LA ESCRITURA COMO AUTO-
CRACIA EN EL SEGUNDO FIN
DE SIGLO

(O el gris convertido en
una de las bellas artes)

I

Decadencia y caída del pasaporte

1.— Borges hizo famoso el libro de Gibbon sobre la caída del Imperio Romano (*Decline and Fall*) del mismo modo que Brecht resaltó la importancia angustiosa del pasaporte para alguien que es perseguido: ahí su increíble *Diálogos de fugitivos*. En el fondo Gibbon y Brecht hablaban de lo mismo: cuando un tipo de sociedad cae ¿qué hacer, cómo huir, cómo salvar el pellejo? En ese momento el viaje o las vías de escape sí que tienen importancia, ahí sí que importa ser pasajero. Ahora, por el contrario, no hay ninguna tópica del fin sino un verdadero esplendor en la hierba al estilo de Wordsworth. Nada cae, todo florece. En un mercado-mundo (Wallerstein, Arrighi) que se supone sin fronteras —salvo para los pobres— lo único constatable resulta ser, pues, la decadencia y caída del pasaporte. Al diluirse las fronteras, se ha borrado también el límite entre los géneros; de modo que podemos hablar de una escritura única (hablada, tipografiada o en imágenes) del mismo modo que, con mucha mayor banalidad, solemos hablar de pensamiento único (si es que escritura y pensamiento no son lo mismo, según la perspectiva de Derrida). Sólo que de golpe nos damos contra un muro: dado que sólo contamos por siglos desde la historiografía burguesa tras el XVIII, podríamos decir que en nuestro verdadero primer «fin de siècle» (la bisagra XIX-XX) Flaubert era quizá «la escritura» por su *Madame Bovary*: aburrimiento pero también suicidio como transgresión (con una ilusión de cambio al fondo del paisaje). Hoy el aburrimiento se palpa, pero cualquier intento de transgresión (y no digamos de cambio o de transformación real) resultaría irrisorio. De modo que en el final de este segundo fin de siglo Flaubert es quizás la escritura, pero por su *Bouvard y Pécuchet*, ese monumento a la imbecilidad normal, o sea, en el fondo, al «gris» concebido como una de las bellas artes.

2.— Ahora bien: no cabe duda de que en *Bouvard y Pécuchet* Flaubert

hablaba de la imbecilidad humana sin más. Eso es bueno y conviene saberlo. Un paso más allá, podríamos hablar ahora de la imbecilidad histórica: ¿qué esperamos encontrar detrás de la puerta verde del 2000? ¿Atravesar los tres ceros con un uno, el 2001 de la odisea espacial? ¿Por qué esa pasión por el cero? ¿El blanco gélido del cálculo dinerario convertido en la pureza nueva de nuestra vida? ¿O simplemente atravesar nuestra piel con piercings, o incluso con un escalpelo, hasta cambiar de piel como las serpientes? ¿Abrir agujeros en los Polos, como se desgarró un himen, para llegar al centro de la tierra o del cerebro? ¿Qué viaje nos propone el imán del cero? ¿Dejar atrás el vapor y el tren expreso (pero no la poesía como *expresión*: eso es intocable y es de risa) para sumergirnos en los fluidos aerodinámicos desde el Internet a la Nasa, desde Verne a Heidegger y sus jeremiadas tecnológicas, o incluso arribar a la cibernética y/o transgénica isla del doctor Moreau de Wells? Sintomático: este es sólo el segundo fin de siglo que celebramos y sin embargo parece como si nuestra conciencia —y nuestra escritura— finisecular nos empujara (claro que el milenio ayuda) con la fuerza implacable del estilete del uno a través del cero, capaces de derribar todas las puertas. Una conciencia —una escritura— imbécil obviamente porque detrás de las puertas no hay nada y porque las puertas están siempre abiertas como en *El castillo* de Kafka. Sólo que el castillo kafkiano existía y esta frontera sin pasaportes del 2000 nos la hemos inventado. ¿Tanto nos molesta nuestro gris cotidiano? Así que en verdad se trata de un viaje a ninguna parte, y eso que Spinoza ya había tratado de destrozarse todos los enunciados imbéciles.

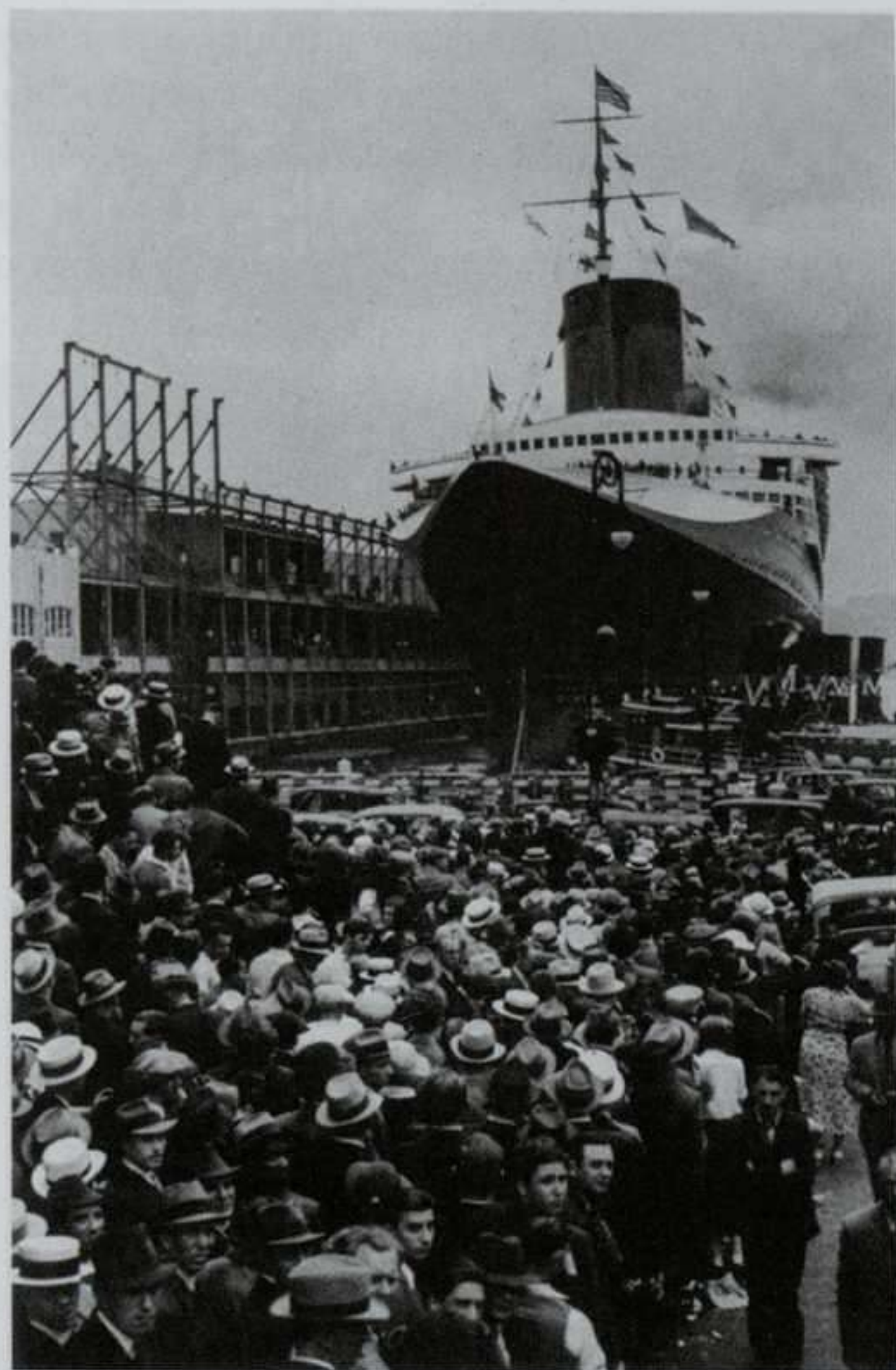


II Preguntas y simulacros

Lo cierto es, pues, que la invención del 2000, como antes la invención de la posmodernidad, son otros dos monumentos a la imbecilidad histórica, pero en absoluto patéticos ni gratuitos. No basta —como pretendía Flaubert— con «*echar un cubo de mierda sobre ellos*», o sea, sobre nosotros. Para ser serios (en suma, para divertirnos un poco) deberíamos establecer algunos límites —algunas fronteras—, intentando fijar determinados rasgos claves en la escritura de nuestro tiempo finisecular. Y tales rasgos podemos resumirlos

más o menos así: en la posmodernidad la metáfora básica habría sido la relación *flexibilidad/rigidez*. Y el eje estético puramente economicista. Quiero decir: desustancializadas la política y la filosofía, la lógica de la matemática económica lo habría dominado todo (¿de ahí la pasión por el cálculo, de ahí la pasión por el cero?). El mundo *flexible* (el todo vale, desde los contratos basura a la basura escrita) se establecía como el núcleo clave posmoderno versus el supuesto mercado rígido de la modernidad (incluidas las Vanguardias —que aún habrían creído en la sustancia del arte—, e incluido el mercado de trabajo —aún presionado por «los de abajo»). Esto en primer lugar. A continuación podríamos hablar de otra serie de marcas no menos claves y derivadas de aquí: 1º) Si la flexibilidad de la matemática económica se había convertido en verdadero eje estético (el subtexto de cualquier texto) en la escritura posmoderna, fue eso lo que, contradictoriamente, hizo posible atisbar, sin embargo, la imagen de una escritura/economía de la felicidad vs. una escritura/economía del sufrimiento (Bourdieu); pero sólo en el sentido de que todo, en el fondo, sería un simulacro de la «percepción» —echando por la borda a Merleau-Ponty—. Quiero decir de nuevo: aunque el 80% de la humanidad se movía —se mueve— en el límite de la pobreza o del hambre, dado que tal límite sólo lo percibíamos por televisión, resultaba que esa percepción del destrozo real era sólo un simulacro virtual (Lyotard, Baudrillard, Vattimo, etc.). 2º) La inversión de jerarquías: Se inventó una imagen evolucionista del tiempo histórico (el progreso, etc.) que habría sido lo propio de la modernidad, para oponerle una escritura del espacio (el fin de la historia, etc.). Así, de hecho, sólo tendríamos que viajar en torno a nuestra propia habitación o a nuestro propio cuerpo, como malos plagarios de Proust. En este sentido se habló (Jameson) de una «reificación de la escritura». Pero Jameson (en buen sartreano) habló de la *escritura reificada* como una especie de alienación de la escritura en sí o del hombre en sí. Es curioso que Cernuda fuera nuestro primer teórico de la alienación, al señalar que la poesía de Guillén y Salinas era una escritura burguesa porque sólo hablaban del hombre burgués, y no del hombre en sí o del ser del hombre, como habría hecho el propio Cernuda. Eran otros tiempos, pero no demasiado lejanos. Hoy deberíamos plantear más bien que se trata de otra cuestión: ya que es dudosa la existencia del hombre en sí, la alienación es bastante difícil de pensar. Considero que la escritura reificada no significa más que la subjetivización del sistema. Y esto es, en efecto, definitivo: la subjetivización del sistema capitalista ha sido la clave durante mucho tiempo, y eso es lo único que nos permite hablar de una escritura reificada y de una ontología del ser a través de su única realidad: la ontología del ser-explotado. La subjetivización del sistema puede fecharse en torno al final de la segunda guerra mundial y el desarrollo de la «guerra fría» entre los cincuenta y los ochenta. Podría decirse que los ochenta y principios de los noventa fueron el albergue de lo auténticamente posmoderno. El capitalismo dejó de ser un sistema político-social para convertirse en *la vida* sin más, en la vida natural y biológica. A través de este trasvase

entre biología e historia la escritura posmoderna hizo maravillas —y las seguirá haciendo tras las puertas del 2000—. 3º) Las dos preguntas básicas que se nos plantearían a partir de aquí serían, pues, éstas: ¿de dónde nace el dinero? Evidentemente de la explotación del tiempo del trabajo o de la especialización del saber, pero eso sin duda se pretende ignorar. ¿De dónde nace la escritura o la literatura? Claro está que de sus reglas propias, pero siempre dependiendo del yo o del sujeto que escribe. Lo que se ignora aquí es de dónde nace ese yo o ese sujeto.



III

La autocracia, el inconsciente y el fin de siglo

Cumplimos cuatrocientos años en nuestro inconsciente (ideológico o libidinal), tengamos la edad que tengamos. Cumplimos los cuatrocientos años de nuestra historia burguesa (pero Cernuda se equivocaba: no hay un en sí humano —salvo el ADN— debajo de esas relaciones sociales que nos producen como «individuos») y cumplimos dos «fin de siglo» porque el contar por siglos, decimos, se lo inventó la propia burguesía revolucionaria a partir de

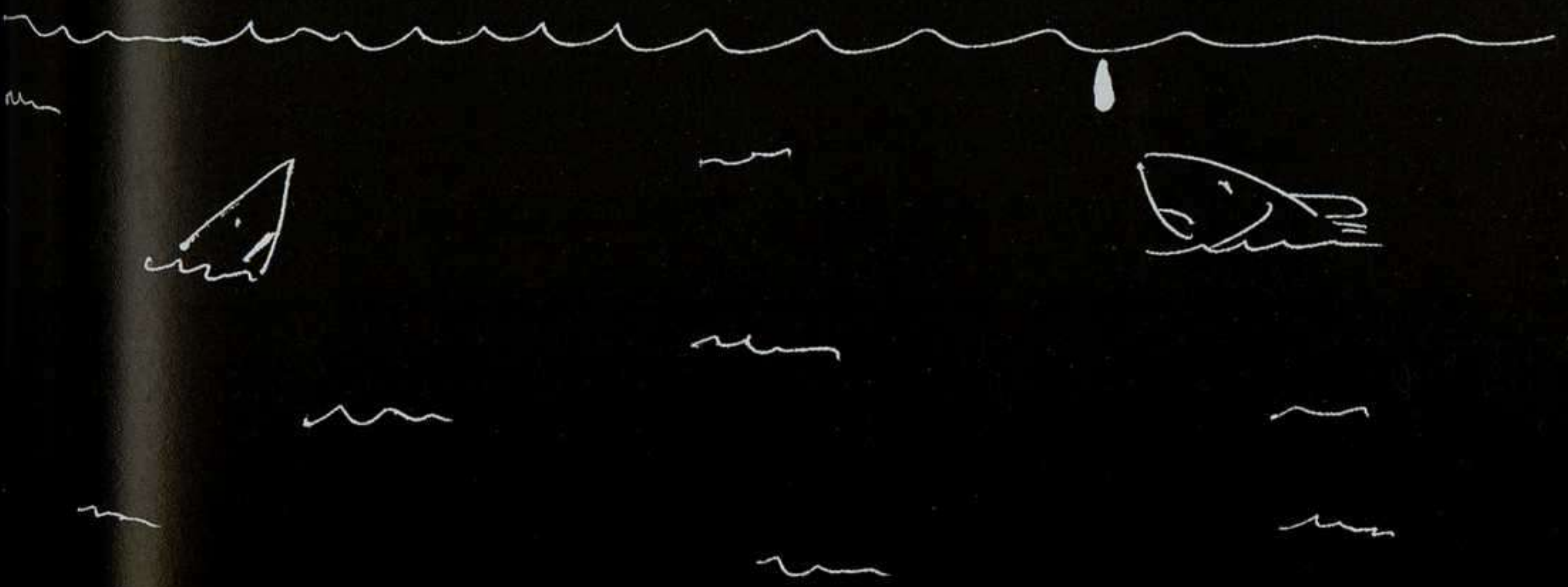
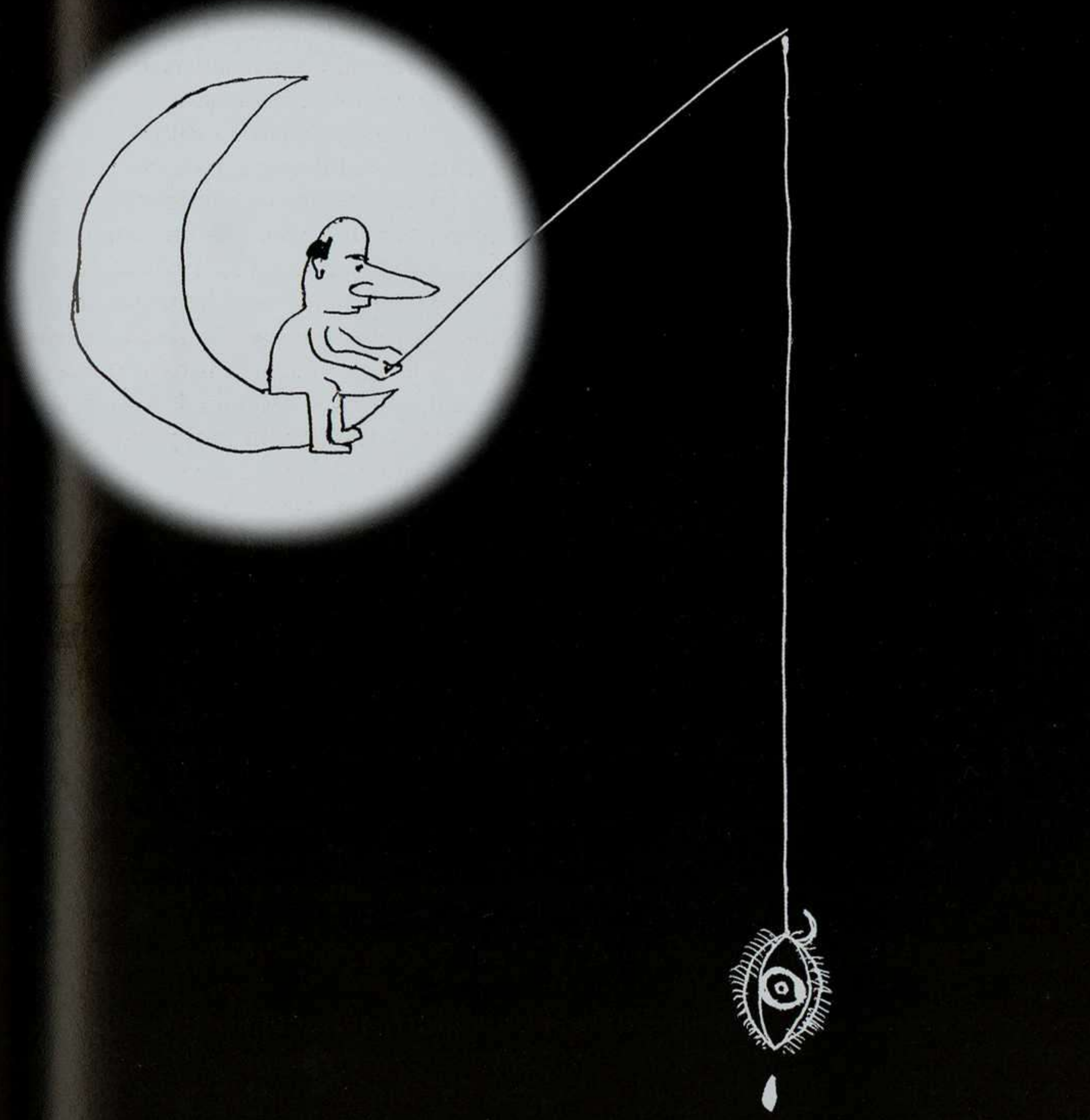
Las Luces. Sólo que esas luces sólo llegaron a alumbrar de verdad en la aludida bisagra entre el XIX y el XX. Ni siquiera Fabrizio del Dongo se enteró de que atravesaba Waterloo. Sólo se preocupaba de que no se le manchasen sus botas nuevas. Los cuatrocientos años de nuestro inconsciente los cumplimos de hecho a través del nombre de papá y a través del DNI que nos da el Estado. Es curioso: mientras la «reglamentación exterior» decae —el pasaporte—, la «reglamentación interior» se impone: siempre hay una ficha tuya en cualquier ordenador del mercado-mundo como signo de tu socialización. Esa socialización que es la que nos permite decir —creyéndonoslo— «soy libre» (incluso yo soy Cernuda, Guillén o Salinas; o yo soy mujer o yo estoy en paro: las contradicciones resultan infinitas). El primer fin de siglo creó la bohemia, el malditismo y el modernismo, en cualquier sentido. Este segundo fin de siglo sólo ha creado la pasión por el blanco. En realidad se trata de un gris, puesto que el blanco está vetado. A mitad del XIX algunos teóricos dijeron que el sistema de Hegel no era más que una mezcla de la sustancia de Spinoza subjetivizada por el individualismo de Fichte. Estamos diciendo que hoy nuestra escritura no es más que la sujetivización del sistema y de ahí el blanco vetado de gris. Poco antes de morir en 1993, al filósofo Castoriadis se le escapó un término definitivo del que yo me aprovecho ahora. El término era *Autocracia*. Y Castoriadis añadía lo obvio: «*Autocracia es el poder del autós, de sí mismo, de quien no tiene que rendir cuentas a otro o a otros. ¿Dónde vemos hoy el poder del pueblo?*».

Evidentemente nuestra escritura de pasajeros finiseculares es absolutamente *Autocrática*. Ni crítica ni autocrítica: aunque viviéramos en el Paraíso tendríamos que criticar a la serpiente y al ángel, y por supuesto la manzana debería criticarnos por no saber hacerlo mejor. Pero nuestra escritura ha olvidado esto (y hablo de *Normas*, no de excepciones). Precisamente es *autocrática* porque se cree a sí misma, se autorreferencia a sí misma, y no dice nada que no tengamos ya sabido en nuestro inconsciente de cuatrocientos años y en los cerros de este segundo fin de siglo. Una vez más el gris convertido en una de las bellas artes.

Claro que como señalaba Leopardi en su «Diálogo entre un vendedor de calendarios y un pasajero» ya nadie espera un esplendor en la hierba, sino apenas un mínimo amor a la vida. Ese amor a la vida que tan genialmente supo describir Jack London en nuestro primer fin de siglo.



román gubern



MAR LITORAL

román gubern ag

José García-Velasco



La Residencia de Estudiantes, memoria para el futuro

En 1910 el malagueño Alberto Jiménez Fraud era llamado por el ronedño don Francisco Giner de los Ríos para trasladarse a Madrid para dirigir la recién creada Residencia de Estudiantes. Málaga se iba a convertir desde entonces en la ciudad de donde saldrían un buen puñado de primeros residentes y amigos: José Moreno Villa, Emilio Prados, Manuel Altolaguirre, Gustavo Jiménez Fraud, Ricardo y Domingo de Orueta, etc., entre una extensa nómina. Ahora, la Residencia ha vuelto a una ciudad en la que su presencia reciente, con la exposición dedicada al poeta Emilio Prados en el centenario de su nacimiento, renueva una vinculación fecunda.

Cuando este número de la revista *Litoral* salga a la luz, la Residencia de Estudiantes estará a punto de cumplir noventa años en la historia española, con sus interrupciones y continuidades, pero, afortunadamente, noventa años de una tradición recuperada para el futuro.

Recuperar la Residencia significa preservar y difundir un valioso legado que se nos había arrebatado y del que nos sentimos orgullosos, pero también hacer posible que los principios que animaron su fundación continúen vivos, en un espíritu de diálogo y tolerancia, dentro de esa venerada tradición que atesora esta juanramoniana Colina de los Chopos.

La Residencia ha quedado asociada para siempre en la memoria colectiva con aquel periodo extraordinariamente fecundo que hoy conocemos como la Edad de Plata de la cultura española. Está también unida indisolublemente, como heredera de su quehacer y de su ideario, a la Institución Libre de Enseñanza. Lo está, por último, a la gesta del exilio posterior a la guerra civil, al que se vieron obligados a marchar sus fundadores y un largo número de protagonistas de su historia. La Residencia es, por tanto, un lugar de memoria.

La actualidad de la Residencia no puede ser explicada ni entendida sin este pasado, sobre el que, tras décadas de incuria, nuevas generaciones de españoles afortunadamente vuelven a interesarse al hilo de la actividad que hoy desarrolla. Actividad que pretende ser fiel a su espíritu fundacional y fructificar en un diálogo abierto, vivo, interdisciplinar, atento a las nuevas tendencias de la ciencia y de las artes. Cumplir, en definitiva, con los propósitos y los sueños de Alberto Jiménez Fraud y el resto de los «espíritus» fundadores:



Residentes ante el pabellón *Transatlántico* de la Residencia de Estudiantes, en 1919. En el centro, con la cara borrada, Emilio Prados, quién raspó el negativo para no aparecer en la fotografía por su afán por hacerse «invisible»

Esperemos, pues, el final desarrollo de nuestra empresa. Volvamos amorosamente los ojos a nuestra Colina de los Chopos. [...]. Sí, volvamos allá los ojos; no lamentando una esperanza perdida, sino con ánimo confiado de que la brillante promesa se cumplirá en lo futuro.

Aunque puede parecer paradójico que esta labor de recuperación de su pasado sea una apuesta para el porvenir, lo es desde la convicción del papel que el diálogo, todavía tan necesario en España, tiene en la Residencia, sobre todo el fomentado y propiciado en los múltiples encuentros y reuniones informales que la han convertido en un lugar de encuentro único en Madrid, y singular en todo el mundo, con una especial proyección internacional.

En el año 2000 la Residencia de Estudiantes tiene como principal objetivo reforzar y seguir desarrollando su doble carácter de lugar de encuentro y de referencia para la memoria histórica de toda una tradición intelectual, propiciando una reflexión libre sobre el porvenir de la cultura, dentro de una vocación prospectiva, que en este tránsito al nuevo milenio se hace más palpable y necesaria, siempre dentro de las señas de identidad de esta casa.

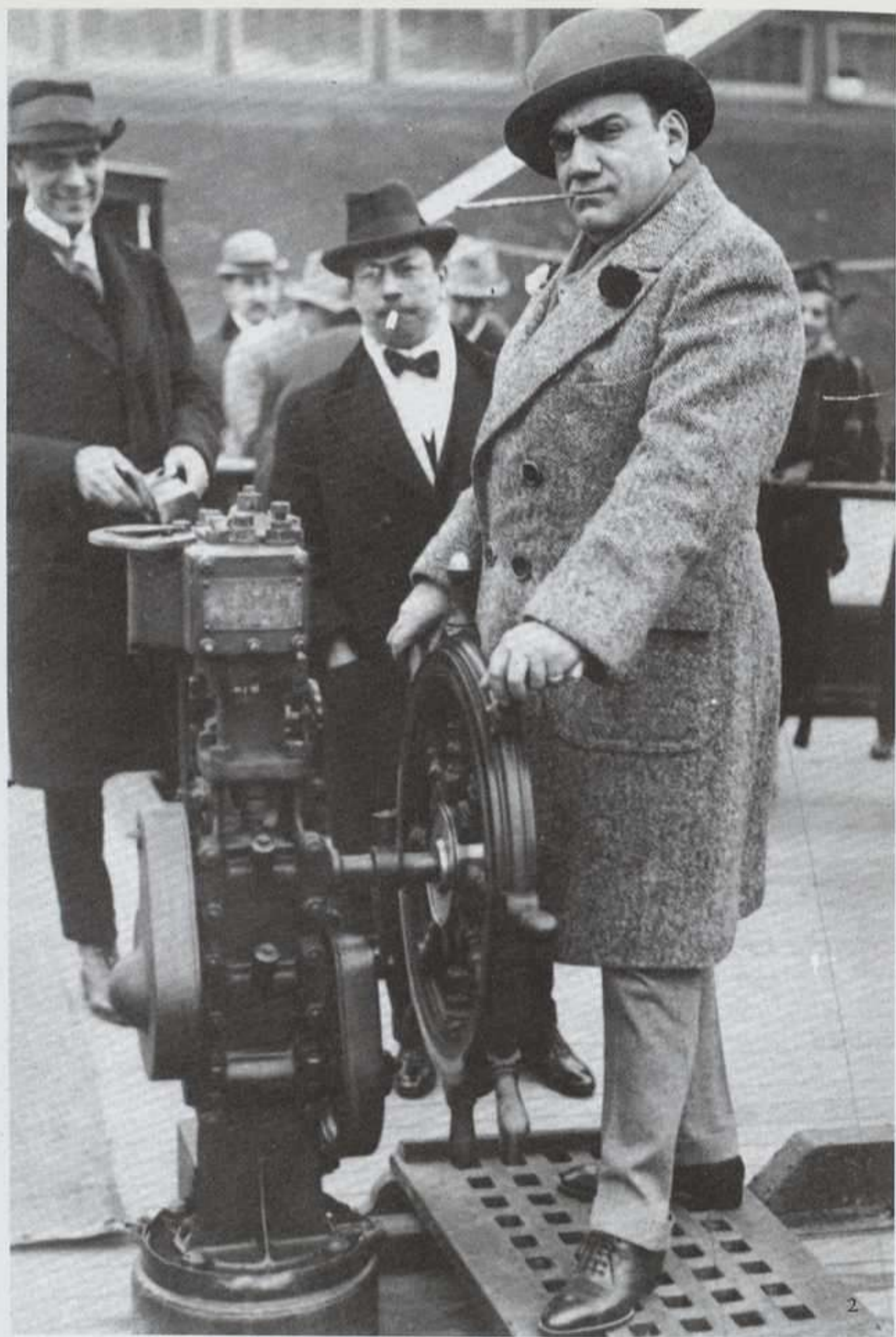
El mejor profeta del futuro
es el pasado.

Lord Byron



11. Edward G. Robinson
12. Scott Fitzgerald
13. George Bernard Shaw
14. Laurence Olivier
15. Rodolfo Valentino





1. Marlene Dietrich, 2. Enrico Caruso, 3. Ginger Rogers, 4. Pavlova y el ballet ruso, 5. Greta Garbo, 6. Charles Chaplin, 7. Maurice Chevalier, 8. Fred Astaire, 9. Gertrude Stein y Alice B. Toklas, 10. Blaise Cendrars.



José Antonio Mesa Toré

El tiempo que vuela

A Birgit, de su pasajero

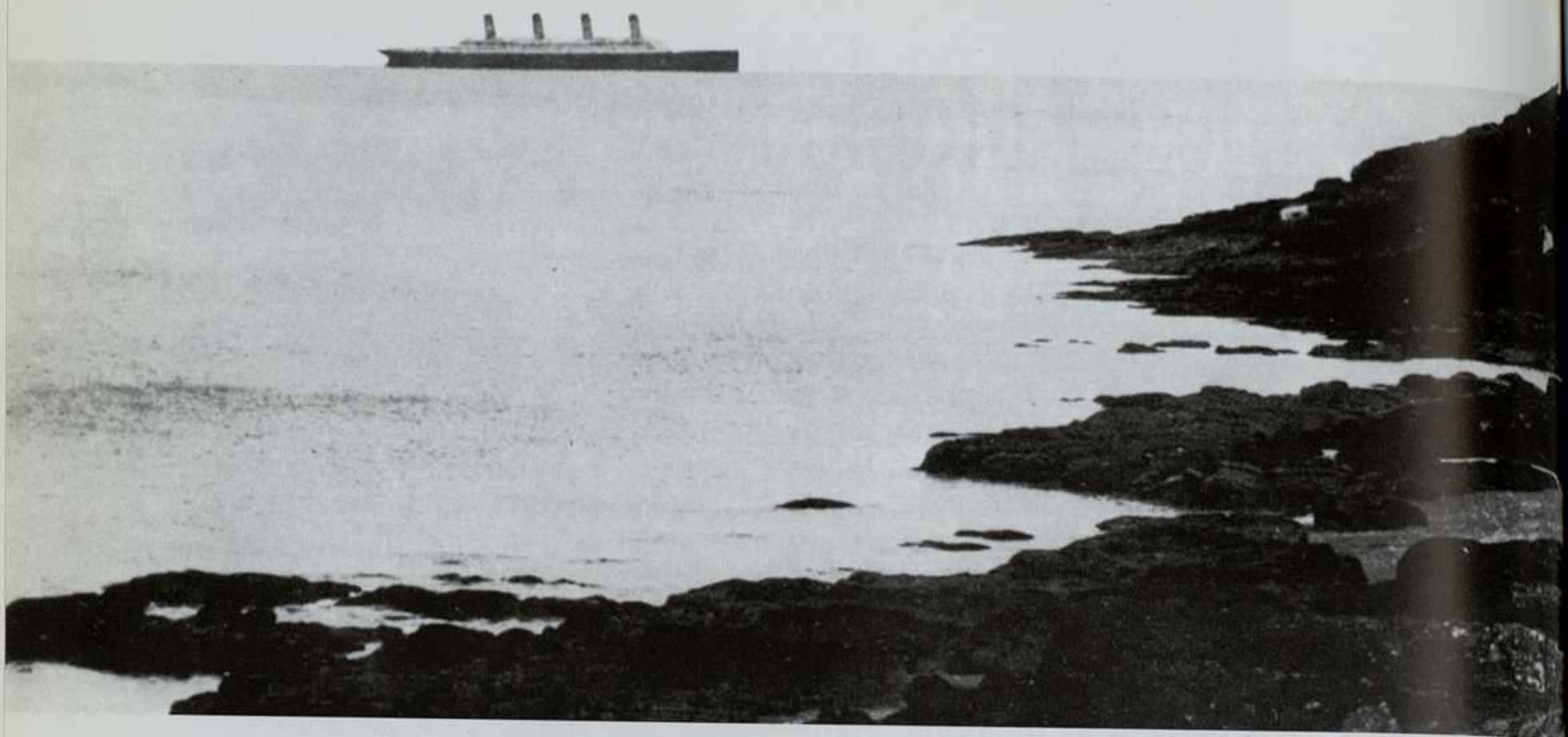
Me gustan los aeropuertos, su faraónico diseño del espacio y su concepción liliputiense del tiempo. Tienen la atmósfera grandilocuente de un decorado de Cecil B. De Mille y las urgencias, ablandadas por la niebla, de un avión nocturno en las pistas de Casablanca, donde el amor salta por los aires.

Dos rasgos que también definen al siglo que hemos dejado atrás, entre las nubes desflecadas de la memoria: grandilocuencia y urgencia. A la hora de que la música de las máquinas suene más alta y humana que la del propio corazón de los hombres; a la hora de que acelerada, legítima, limpiamente resuelva la muerte cualquier conflicto, engrasando con sangre los motores incesantes de la civilización; a la hora de que se salve sólo quien pueda de la catástrofe de estar vivos sabiendo, como sabemos, que la vida no es más que el disfrute de un permiso, tiempo de libertad vigilada, tras el que volveremos a la Nada de la que un día nos echaron al mundo.

Me gustan los aeropuertos, esos orgullosos zigurats que se elevan sobre el paisaje, codeándose con las estrellas, lanzando dardos al blanco de la luna; torres de Babel que pretenden controlar el cielo: que las nubes cedan educadamente el paso, que las tormentas viren a babor o a estribor, que los turistas no descarrilen en la Vía Láctea; pirámides, catedrales, sagrados templos monoteístas del siglo XX, cuya diosa incuestionable es la Velocidad.

Se perdieron en lo oscuro del túnel que fue nuestra otra centuria el roman-





ticismo traqueteante del tren y el glamour del transatlántico, como humo de carbonería sin billete de vuelta. Equivocaron el rumbo, se hundieron cortados por la cuchilla del progreso, porque ya el rumbo y el vértigo de los tiempos eran otros, sin compartimento o camarote para el clasismo. Llegaron, se elevaron, echaron a volar los aviones, insignia de nuestra hora, democratizando el viaje, popularizando las distancias, vulgarizando el destino, con tanta diligencia y desparpajo que todavía no nos lo creemos. Volar nos suena aún a cosa de brujas, a altísimo milagro ante el que no damos crédito, igual que si poseyéramos las mismas prestaciones de un ángel. Ver el mundo a vista de ángel o de pájaro, ir pasando, pegada la cara a la ventanilla, las páginas del paisaje; una tras otra, las páginas coloreadas de un atlas viviente, en movimiento, con relieve; irse a dormir en Nueva York y desayunar en nuestra cocina, nos marea muy seriamente todavía.

Tenemos miedo. Lo tendremos siempre: miedo a volar, pánico a vivir, temor al tiempo que vuela y al que flota como un paracaidista borracho dentro de nosotros, horror a nuestros compañeros de viaje y a la soledad que nos sonrío con labios de azafata, y no saber de dónde venimos, y no saber adónde vamos... Pasajeros de un tiempo que nos cobra un precio demasiado alto y nos transporta al retraso perpetuo de los sueños, a los accidentes del amor, al aterrizaje forzoso de la ilusión, de la juventud, al hangar triste de la muerte de los seres queridos, a la terminal innoble de nuestra vida.

Me gustan los aeropuertos, de cualquier país y a cualquier hora. Sus amplias vidrieras que vibran con el ronroneo de los motores haciendo despegar mi deseo de la realidad, el desfile anárquico de gentes ocupadas en la búsqueda de una razón para su viaje, sus salas desiertas a la hora inhóspita en que yo espero (esperar, siempre esperar es el lema de mi vida) el sonido de unos tacones sobre las pulidas losas del aeropuerto, tripulando la emoción de

encontrarnos a mitad de camino de la vida para marcharnos —qué sencillo y que difícil— juntos a casa.

¿Qué común habitación de hotel les espera, en qué playa el sol les compensará tantos meses de nieve, qué boca vendrá a recibirles y a escuchar su silencio..? Imagino un viaje lógico o estrafalario para cada viajero estrafalario o lógico, que cruza ante mi espera de piloto en tierra, de marinero en tierra, de maquinista en las nubes que cruzan en ese instante por las vidrieras de los aeropuertos que sobrevuela mi memoria: Málaga, Dubai, París/ Orly, Londres/ Heathrow, Zurich, Frankfurt...

Con los pies pegados al suelo, viajo en cada uno de sus viajes, soy el polizón oculto en sus pasos.

Me gustan los aeropuertos porque me permiten volar sin elevarme ni un mezquino centímetro de la tierra, y porque esa maleta que gira eternamente en la cinta transportadora sin que nadie la coja es la metáfora más brillante de la soledad del hombre de nuestro tiempo. Y porque, después de treinta y seis años de vida he aprendido —qué poco o cuánto— que en una maleta no sólo caben ropa, cepillos de dientes, máquinas de afeitar, perfumes, libros... En una maleta cabe el corazón de un hombre, su razón para vivir. Yo perdí un día una maleta, la vi, o la intuí, en la panza de uno de esos grandes pájaros cabrones. Y aun así seguí vivo, con los pies en la tierra, viajando por el dolor, pidiéndole, con Borges, a Dios que me diese coraje y alegría para escalar la cumbre de este día, Y supe que sentado en mi terraza, me es suficiente con acercar el índice y el pulgar y detener en ese mínimo trozo de cielo azul la maleta, el avión que transporta mi corazón para siempre.

Por último, me gustan los aeropuertos aunque sólo sea para llevarle la contraria a este número tan insolentemente marino de *Litoral*. Soy, su enojada tripulación puede atestiguarlo, el último pasajero en embarcar, quizás porque yo quería mejor entrar en el nuevo milenio volando. Ser el aviador que cruza el desierto con su amante bellísima y muerta, el pelo rubio al viento, buscando una tierra amable en la que enterrar su pasado. Para continuar el viaje, para seguir sacando a flote el futuro.





José Luis González Vera

LA CONDICIÓN ANFIBIA

A Teresa Rodríguez Zarzuelo

Es cálido el tableteo de las teclas. La pantalla de mi ordenador se alza, a la vez, como ventana y trinchera en la que me agazapo, para defenderme del mundo al que accedo, a través de los cables. Me gusta el chat. Me erijo en mi propio dios, soy quien quiero; incluso pago deudas conmigo mismo porque me convierto en personajes que me hubieran gustado ser. Según cada circunstancia, he sabido representar el papel de un médico, sinceramente preocupado por la humanidad, ante una chica de 18 años a la que, hasta, hice llorar de emoción cuando le relaté que acababa de ayudar a dar a luz a un niño que venía al mundo en las peores condiciones clínicas; en otra ocasión, logré convencer a una señora casada, de que me dijera las obscenidades que siempre ansió oír de la boca de su marido; ahí representaba yo a un tipo de mundo, de esos que suelen tener muchas chicas a la vez, que no sienten nada por ninguna, pero que a todas comprenden y escuchan como si fueran la única. Incluso, un vendedor de colonias me confesó todo el asco y desprecio que sentía por su mujer y por sus hijos; estaba al borde del suicidio, según él, y le calmaban las noches en que yo lo dejaba hablar y le respondía bajo la máscara de un sugerente nombre femenino; nunca imaginó que yo también era un hombre sin mucha experiencia en la vida; de hecho, tuve serias dificultades para seguirle cierto juego de masturbación simultánea que propuso, no sabía decirle qué estaba sintiendo con las caricias que ordenaba que me hiciera.

Ahora debo tener mucho cuidado cuando me encierro en mi cuarto con el ordenador. Mis padres me han prohibido, tajantemente, que me conecte a Internet. Ellos no comprenden nada. Mis amigos, tampoco; no me importa que ese club de hermanos del aburrimiento me hayan dejado en paz, al fin. Los últimos meses, siempre era lo mismo cuando salíamos. Yo los miraba con mi copa en la mano. La música molesta en la conversación, y suele haber demasiado humo, lo que es fatal para mis ojos. Además ¿no hacían ellos, delante de las chicas, lo que a mí me reprocharon?

Los observaba. Me resultaba patético ver a Julián, un tipo serio, cómo sonreía de forma exagerada cuando se encontraba con Lina, una chica gris y mentalmente plana, cuya mayor virtud era que se iba pronto a casa; a ninguno de los dos le interesaba lo que el otro le contaba -métodos estadísticos y vida rosa- pero había que seguir esos rituales de comportamiento para justificarse a sí mismos que habían pasado una buena noche. Peor era Alfredo, al que le gustaba la paz de su colección de sellos; sin embargo, se acercaba a las chicas como un bailón compulsivo y, siempre, con las mismas preguntas: «¿eres pisicis verdad? Te lo digo porque me pareces acuática, sinuosa; no sé...distinta». Marina, una vez casi escupió el cubata. Si esta frase de asalto le fallaba, entonces, acudía a la segunda bala: «Perdona, es que no he podido evitar ver tu mano; permíteme: eres una persona muy humana ¿verdad? Esta línea indica que te preocupa lo espiritual.» Nunca ha comprendido por qué le va tan mal con las mujeres.

Tampoco las chicas escapan al comportamiento triste del cazador nocturno. Con sus amigas en la barra, dejando que el tirante del vestido permanezca caído sobre el brazo unos segundos; o cuando miran al chico que les gusta, vuelven el rostro, alzan el vaso de tubo y chupan la pajita de modo insinuante. De todos modos, considero que las mujeres están en una posición mucho más digna que los hombres y mucho más fácil; ellas no quieren reconocerlo cuando se lo digo, pero siguen siendo las que seleccionan al macho que se les acerca. Con que sean un poco inteligentes, tienen clavado junto a su taburete, al que deseen.

Pero ya estoy lejos de todo esto; me he liberado gracias a mi ordenador y a Internet. Puedo hablar con quien quiera y, creo, que las relaciones son más sinceras si sabes detectar las mentiras. Como toda sociedad humana, ésta también es una selva para los más fuertes, para los mejor preparados y deja fuera de ella a los torpes o débiles. No es cruenta esta nueva lucha por la supervivencia social, pero quien no aprenda los códigos del comportamiento de las personas en la red, no podrá moverse en este mundo, quedará abocado a las relaciones primitivas y convencionales que encontrará en la calle. Humildemente, me considero entre los elegidos, entre los buscadores de oro que intuyen el exacto lecho del río, incluso la orilla donde desenterrarán las mejores piezas; esos triunfadores que se topan de cara con la fortuna que justifica el trabajo de una vida, mientras a pocos metros, los demás saben que finalizarán sus días en la pobreza y el anonimato. Igual que cualquier espacio, Internet es para los supervivientes.

Ya he aprendido, por ejemplo, a distinguir a esos graciosos que se hacen pasar por mujeres, o a quienes nunca causan interés en las conversaciones colectivas del chat y, para que los llamen, se ponen nombres sugerentes: «dominadora», «divorciado solo», «maldito35»; atraen igual que los pájaros de muchos colores, o los adagios tristes, pero después de un rato, la persona, a quien inspiraron lástima o morbo, se da cuenta de que no saben hablar, no tienen profundidad ni gracia sus conversaciones y, con su tristeza, dejan gris la pantalla del ordenador con el que se conecten. Sería un error grave pensar que aquí sólo pueden entrar quienes han acumulado muchas experiencias en su vida. No, eso sería mezclar dos planos de la existencia que nunca tienen por qué tocarse. El adaptado a esta nueva sociedad subterránea y universal, sabe que lo importante no es que sean reales los personajes, sino probables, atractivos por su coherencia al contar las cosas. No hay engaño, sino recreación, y todo consiste en saber detectar la impostura.

Mis padres me han prohibido que me acerque al ordenador, pero si sabes por qué has perdido una batalla, la guerra puede ser tuya. Mi fallo se justifica en nuestra humana condición anfibia. Mezclé dos mundos.

Sin duda, había encontrado una persona interesante; éramos capaces de hablar durante horas y las risas, el humor lleno de ironía, los leves ataques mutuos, nos hicieron alcanzar pronto, un grado de confianza increíble aunque, en realidad, nos conociéramos desde hacía pocas horas. Las relaciones en la red son intensas. Nada te distrae, no puedes detener tu conversación para comer, bailar o ver un vídeo con tu interlocutor. Estáis los dos frente a frente, sin tono de voz, sin nada tangible que te demuestre que el otro está ahí. Llegué a pensar que me llevaba tan bien con «Ann3», como ella se llamaba en el chat, porque era un programa simulador, que mi computadora tenía para generar conversaciones.

Desnudez absoluta frente a la pantalla. Pusimos nuestras vidas sobre el tapete, como si fuéramos dos jugadores que se enseñan las barajas completas, para indicarse, mutuamente, que no quieren hacer trampas. Así fue; en un mes sabía todos mis miedos, mis traumas, las relaciones con mis amigos, con mis novias. Supongo que si hubiéramos impreso nuestros diálogos, serían más de dos mil folios, dos novelas aburridas para cualquiera que no fuéramos nosotros.

No aguantaba más aquella situación. Le robé el coche a mi padre y, algunas horas después, estaba a quinientos kilómetros esperando que saliera de la oficina. Me fue fácil reconocerla, no me mintió con las fotos que me había enviado por el correo electrónico; sin embargo, jamás me dijo que su marido también trabajaba con ella. El único secreto importante que se guardó en la manga.

No hay indignidad en la derrota. He aprendido que el ser humano no evoluciona al ritmo de sus máquinas y los sentimientos se pueden convertir en una imperfección que atenace nuestras nuevas formas de comportamiento. Creo que ahora estoy preparado para abandonar esta torpe condición anfibia.

Héctor Márquez

VEINTE PREGUNTAS DE SOPETÓN Y UNA RESPUESTA SERENA DEL HIJO DE UN PERIODISTA QUE PRETENDIÓ HACERLE UNA ENTREVISTA ANTE LA INVITACIÓN DE *LITORAL*. PERO EL NIÑO DECIDIÓ QUE ERA MEJOR HACER ÉL LAS PREGUNTAS PORQUE NO LE IMPORTA MUCHO EL CAMBIO DE SIGLO

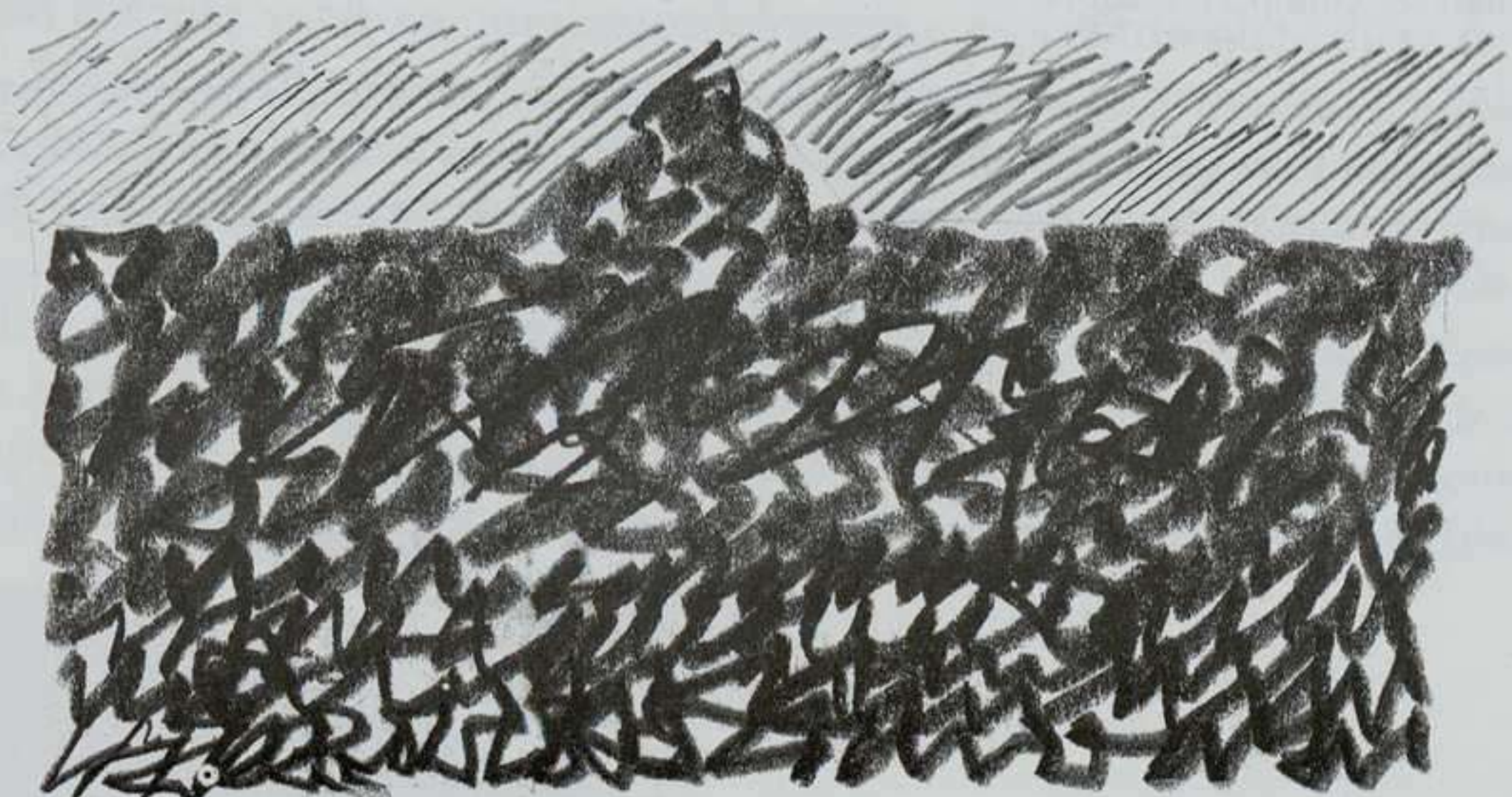
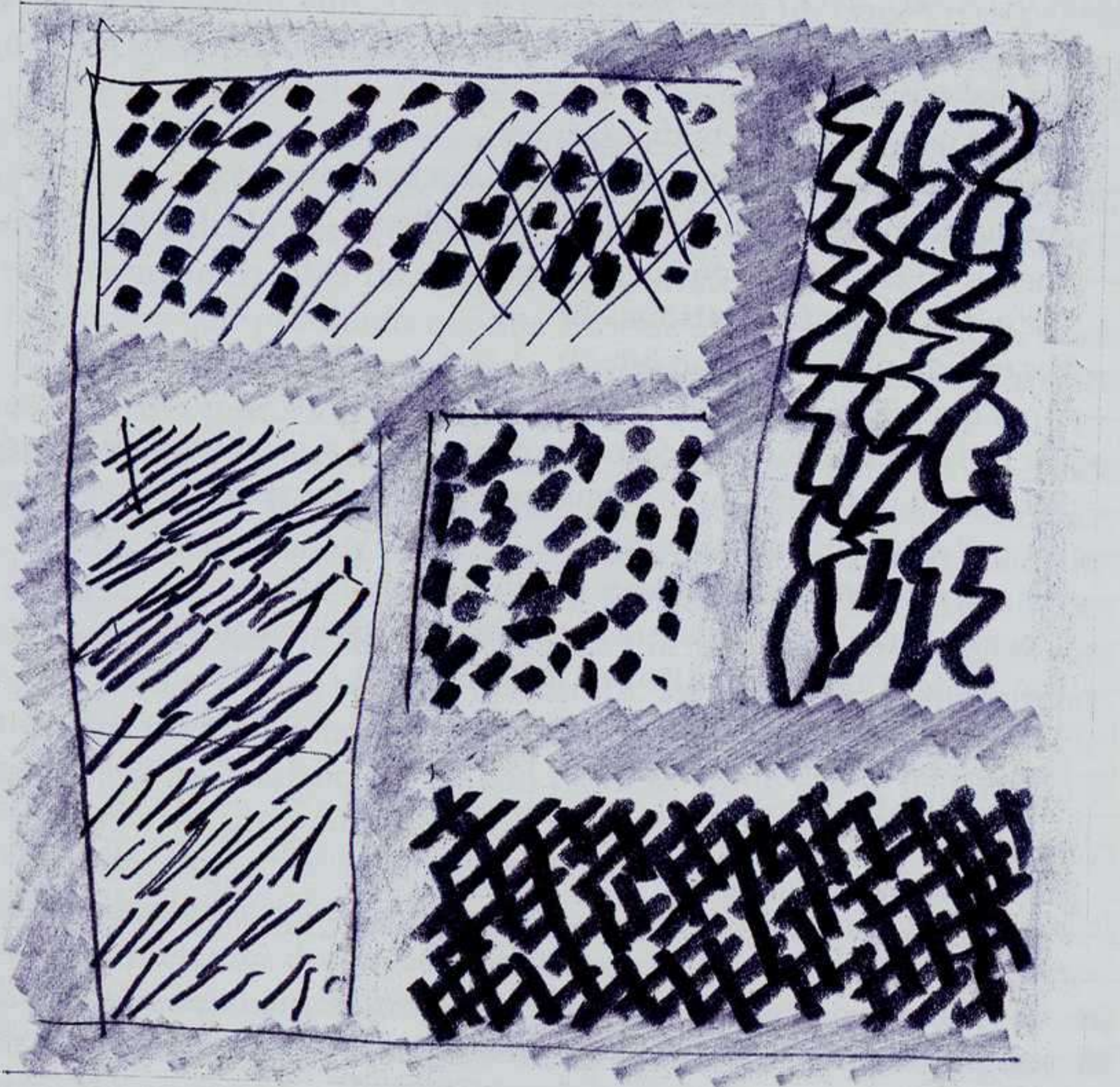
- ¿Por qué existe el eclipse?
- ¿De qué cabeza salieron los dinosaurios?
- ¿Por qué los animales que comen plantas son herbívoros?
- ¿Por qué los monos evolucionaron a los hombres?
- ¿Por qué yo soy más guapo que tú, papá?
- ¿Por qué el jamón tiene vitamina E?
- ¿Por qué el ordenador es tan listo?
- ¿Y por qué tengo el culo blanco?
- ¿Por qué el ordenador no reconoce la palabra *culo*, si la sabe todo el mundo?
- ¿Por qué mi padre me compra tantas cosas si dice que yo me porto muy mal?
- ¿Por qué mi padre fuma si es malo?
- ¿Por qué el jefe de un barco tenía que llevar el timón?
- ¿Y por qué era el único que tenía una pistola de siete cañones?
- ¿Por qué MATARON A SPEEDY GONZÁLEZ?
- (—A Speedy González no lo mataron, Duende).
- (—Papá, por favor, ¿quieres poner lo que te he dicho?)
- ¿Por qué ufdydyjy?
- (Y no me digas nada ahora...)
- ¿Por qué las personas sueñan?
- (Esa pregunta es una tontería: Porque tenemos imaginación, capullo).
- ¿Qué es un puticlub?
- (No, quítala, es broma. Ésa la sé: Un sitio donde pagan a las mujeres para follarlas. Mira, el ordenador tampoco sabe lo que es follar ni lo que es puticlub).
- ¿Para qué las personas se enamoran si después se pelean?
- ¿Por qué todos los negros son pobres?
- ¿Qué significa Gran Hermano?
- ¿Que qué quiero ser de mayor?
- Quiero ser Goku. Pero ahora.

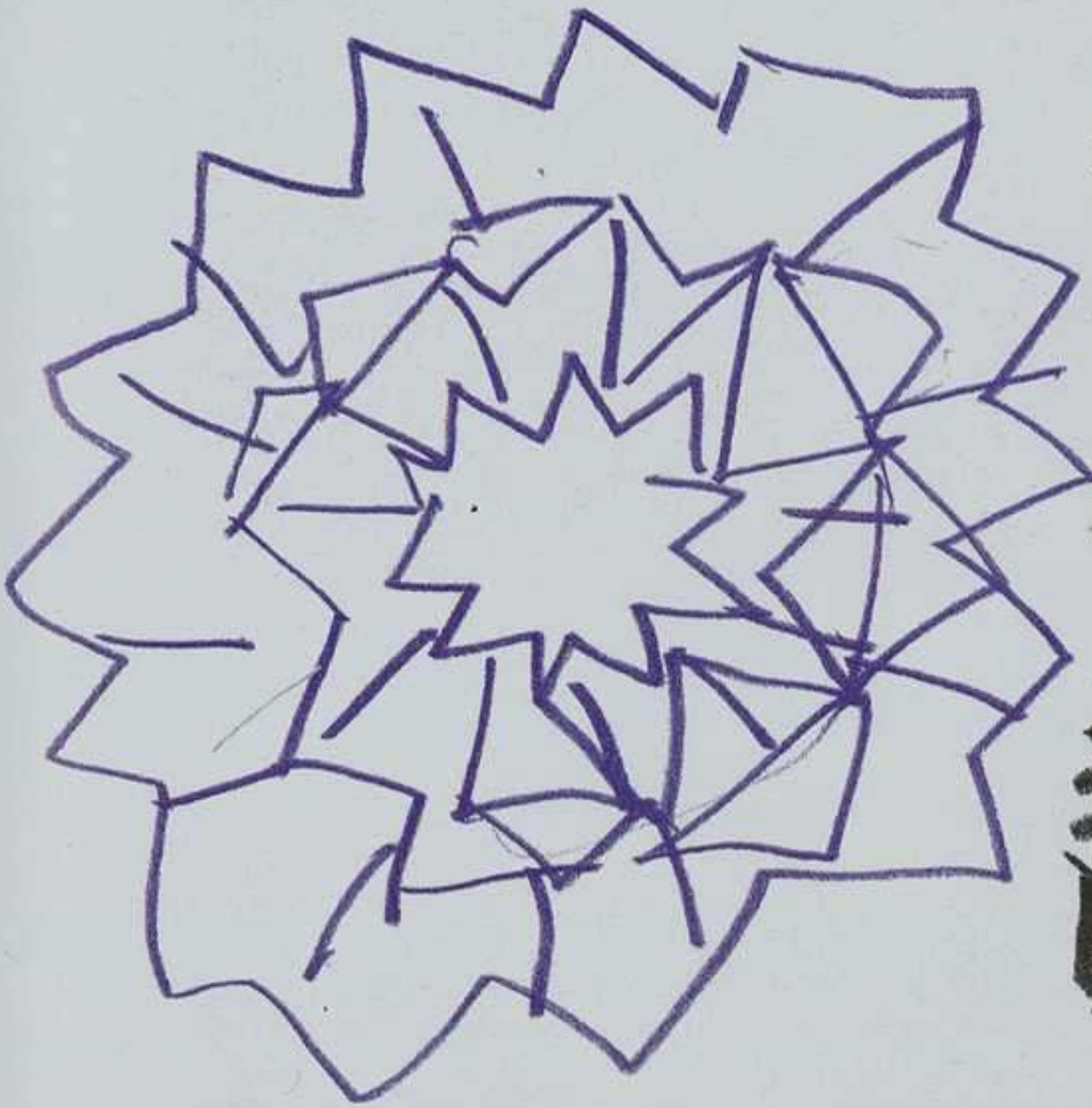
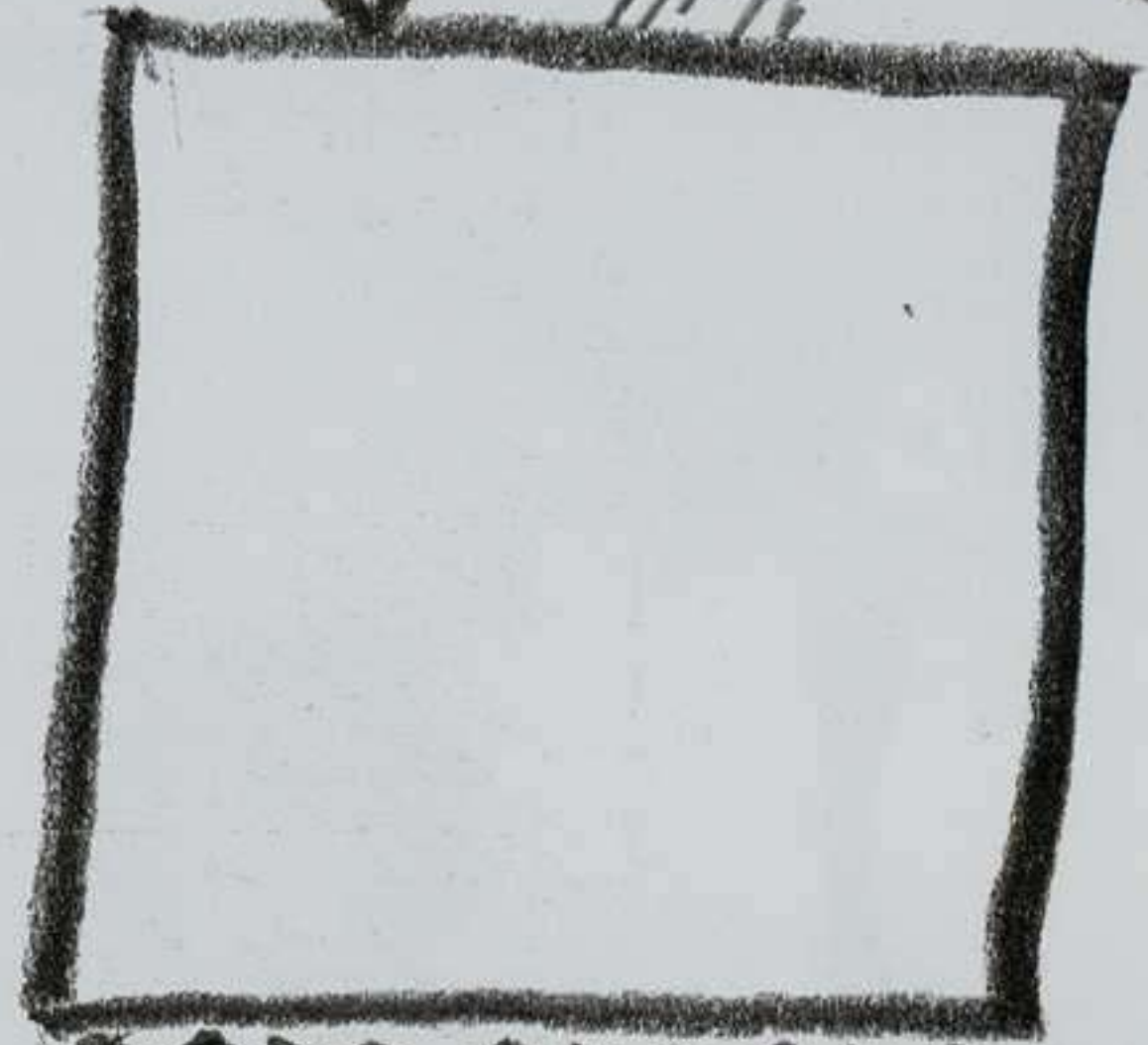
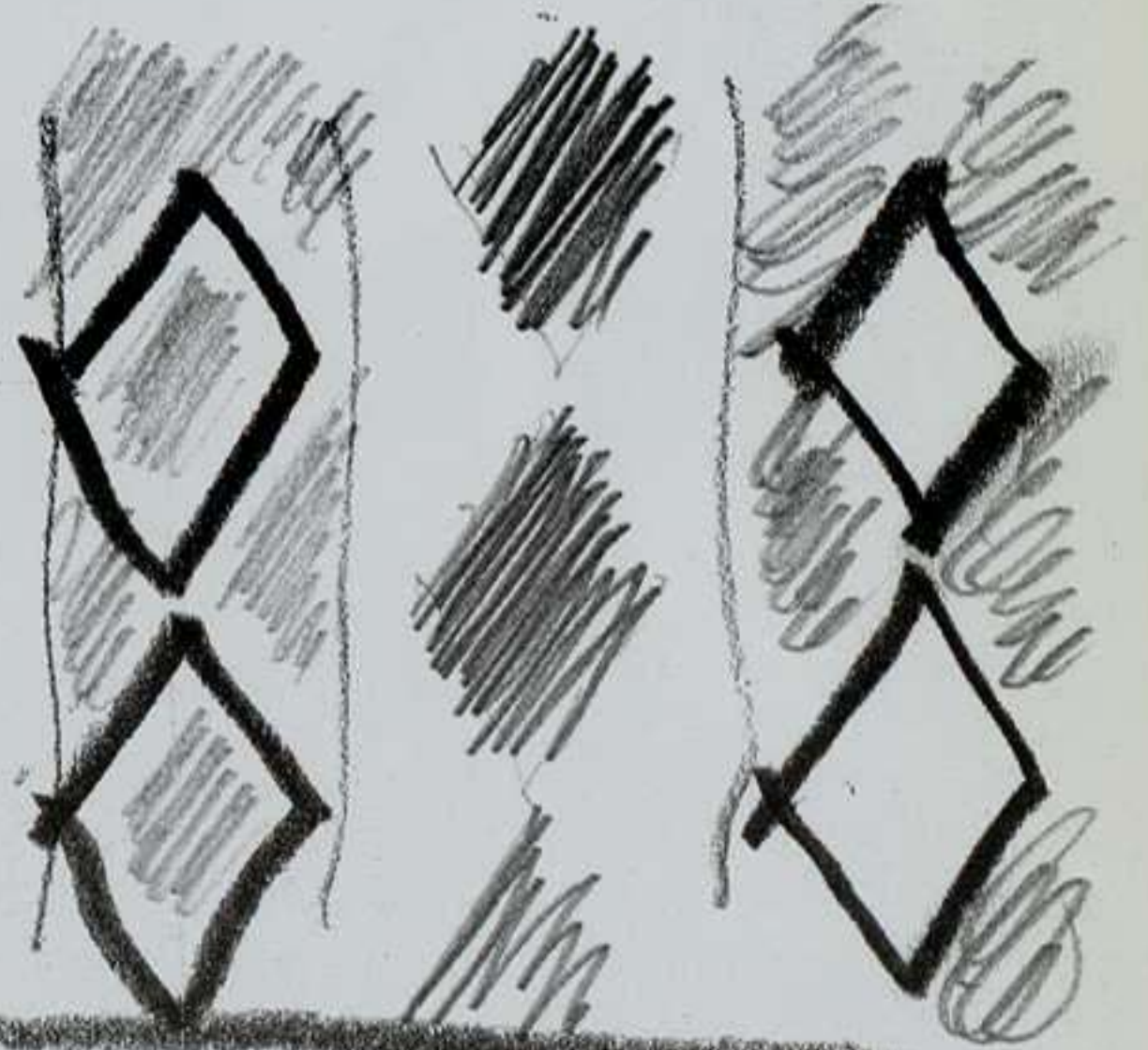
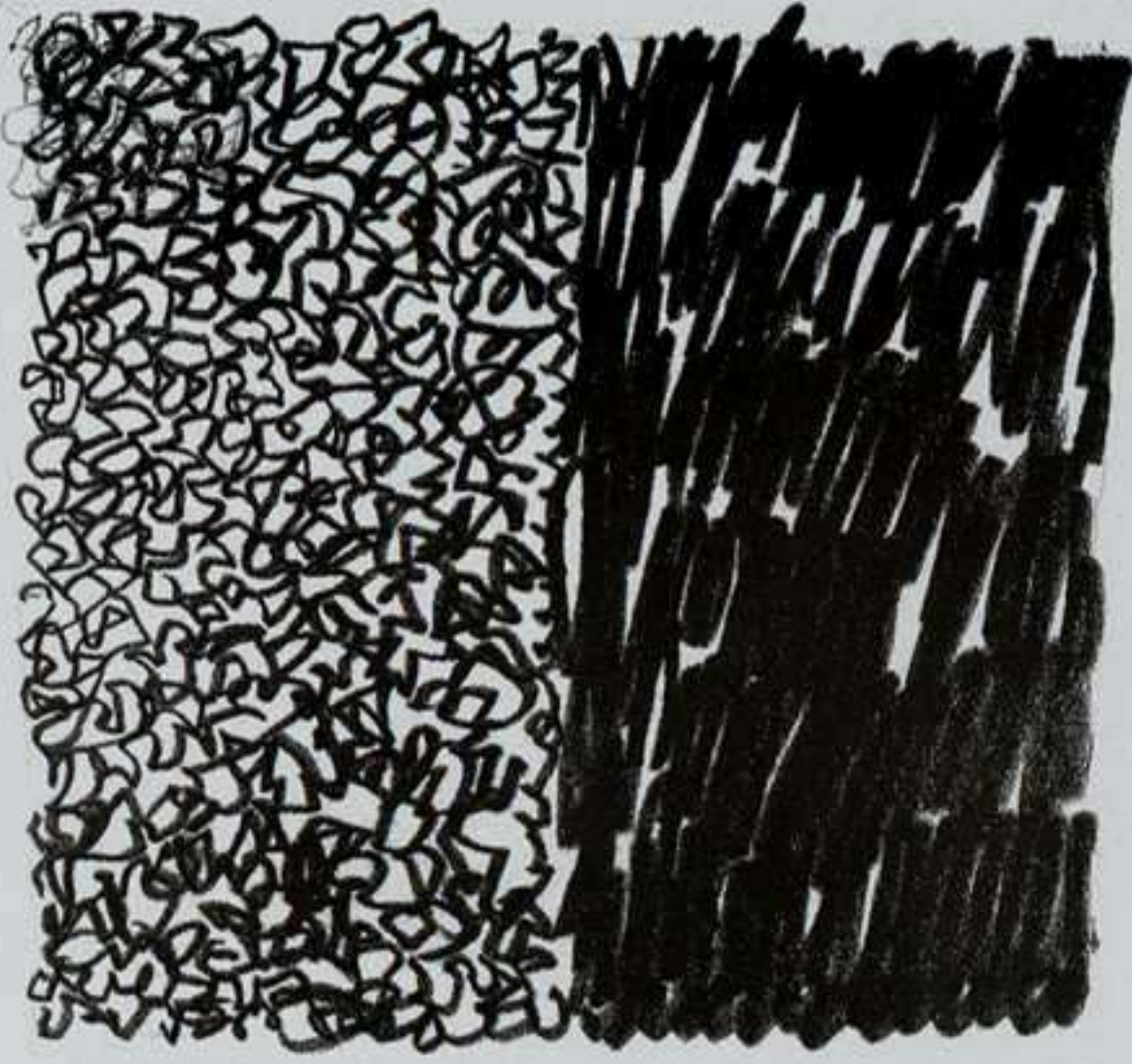
(Dictado y preguntas Duende Márquez Lozano, ocho años. Transcripción pantojil, Hector Márquez, treinta y siete años. El teórico adulto aún recuerda cuándo a su edad calculaba los años que tendría en el 2000. Aún no sabe la respuesta a la mayoría de las preguntas de su hijo. Así que pide ayuda)



R O D R
Í G U E
Z A C O
S T A

Miguel Rodríguez Acosta





Un pasaje más para el
- LITORAL - del 2000

M. RODRIGUEZ-ACOSTA



E C U A D O R

Altas y húmedas
sombras ecuatoriales
en la blanca memoria
que no entiendo.

Absoluto era mi intento
en cifras ascendentes
sin miedo ni belleza.

Viaje de sal.

Paisaje horizontal y azul
a la eternidad te devuelvo.

En el desorden de mis sueños
encuentro un perdido amor,
en el impulso vivo del tiempo
imágenes mutables que desaparecen.
Olvidando toda ley cósmica
establezco el olvido.

NO LES IMPORTA

Trece o catorce personas en la comisaría.

Esperan a que los llamen.

Sentados en sillas de madera

hablan, algunos vociferan,

uno llora y más de uno

está en silencio.

Ni flores del arroyo ni pálidas

estatuas demolidas: el tiempo

vehemente no les concede

metáforas. Símbolos acaso,

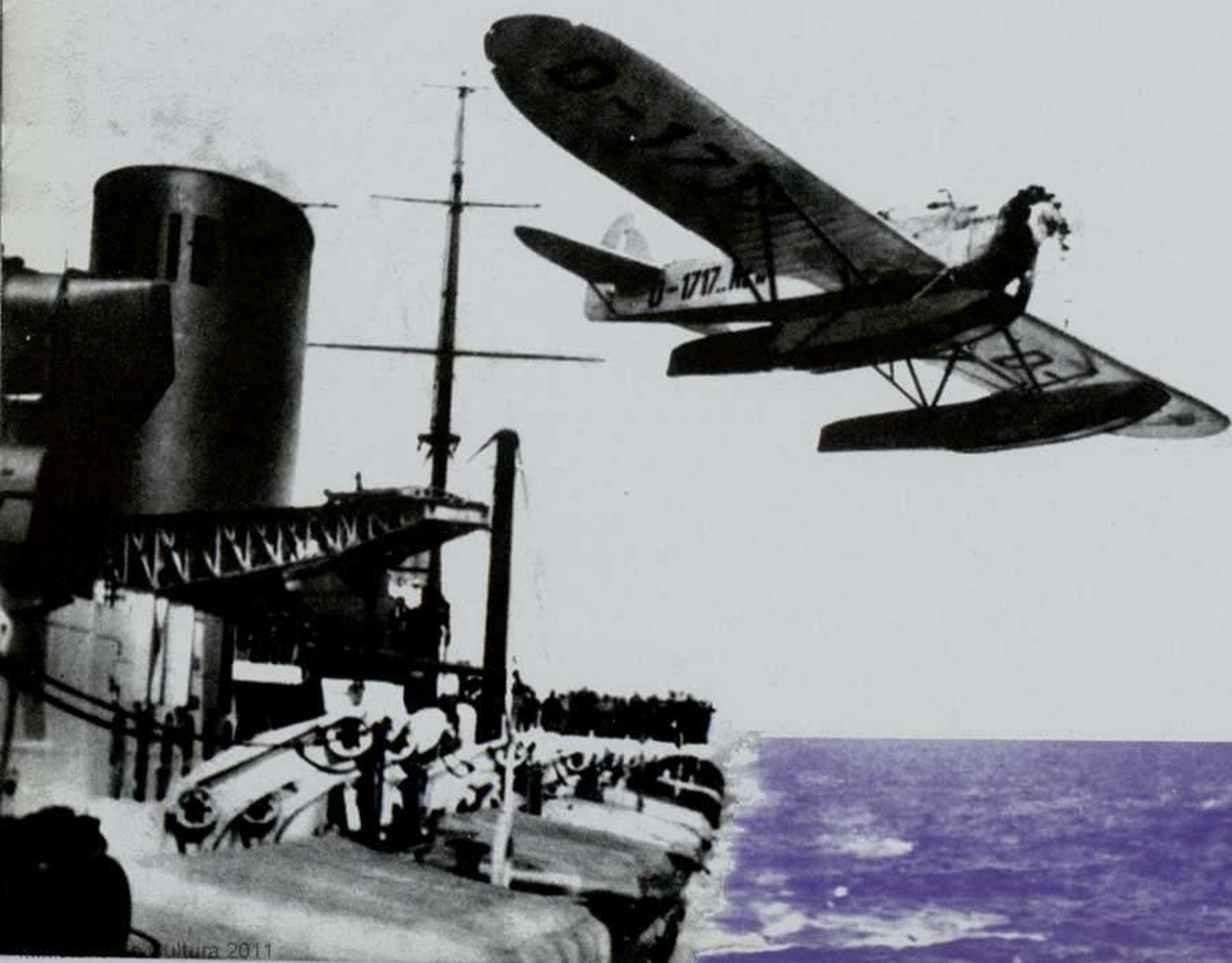
pero diluidos en otras imágenes,

en el ruido de la supervivencia.

Valientes y cobardes, esperan.

Se ríen, hacen bromas procaces.

Los policías, con nuestros ojos,



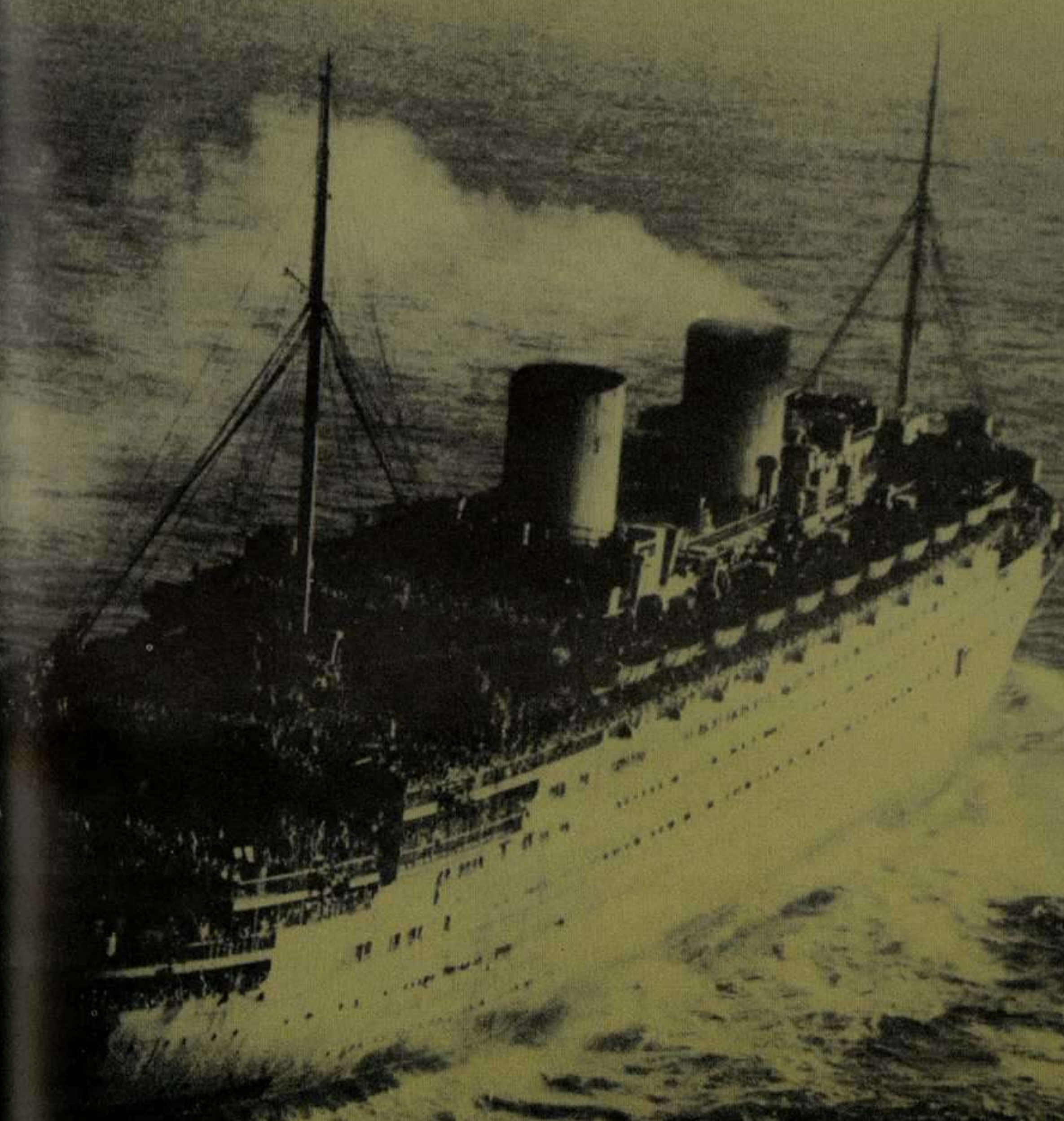
los observan.
En las ruedas de reconocimiento
se comportan como reyes destronados,
macarras en bancarrota.
En el infortunio son estoicos,
y no muy inteligentes,
y el infortunio es cada día.
Ahora esperan a que los llamen.
No pueden fumar.
Son trece o catorce y alguno está pillado.
De forma resignada
todos están arrepentidos.
El aire que les permite
respirar y seguir vivos
también se arrepiente.
Afuera hace frío, mucho frío,
pero eso a ellos no les importa.

Roberto Bolaño



Rumbo a buen puerto...

Al fin el horizonte se adivina cercano
el siglo se despide con un año bisiesto
y nos deja incompleto el puzzle que empezamos
y nos deja el sabor agridulce del tiempo.
El milenio que llora se amamanta en los pechos
cada vez más distintos, cada vez más distantes,
de una madre que acuna la mitad de los sueños
y otra madre que riega las semillas del hambre.
La esperanza se asusta si se mira al espejo
se le cansa la risa, se le agolpan los duelos
se pregunta a sí misma, le contesta el silencio
y las dudas se agrandan y se alarga el invierno
y ella no se decide entre el verde y el negro.
El mar cuenta las horas y también tiene miedo
se le mueren las horas en la mitad del desierto...
Si la luna viniera, si quisiera querernos
si una noche cualquiera nos contara el secreto
y esta lluvia de heridas fuera lluvia de besos...
si este barco partiera del kilómetro cero
si para este milenio se estrenara la vida
y la vida supiera poner rumbo a puerto.



Raquel y Nuria Díaz
maldeamores

JESÚS GARCÍA GALLEGO

MEDIANOCHE EN TRIER

Y de pronto, amiga mía, de uno se hizo dos
y Zaratustra pasó a mi lado.

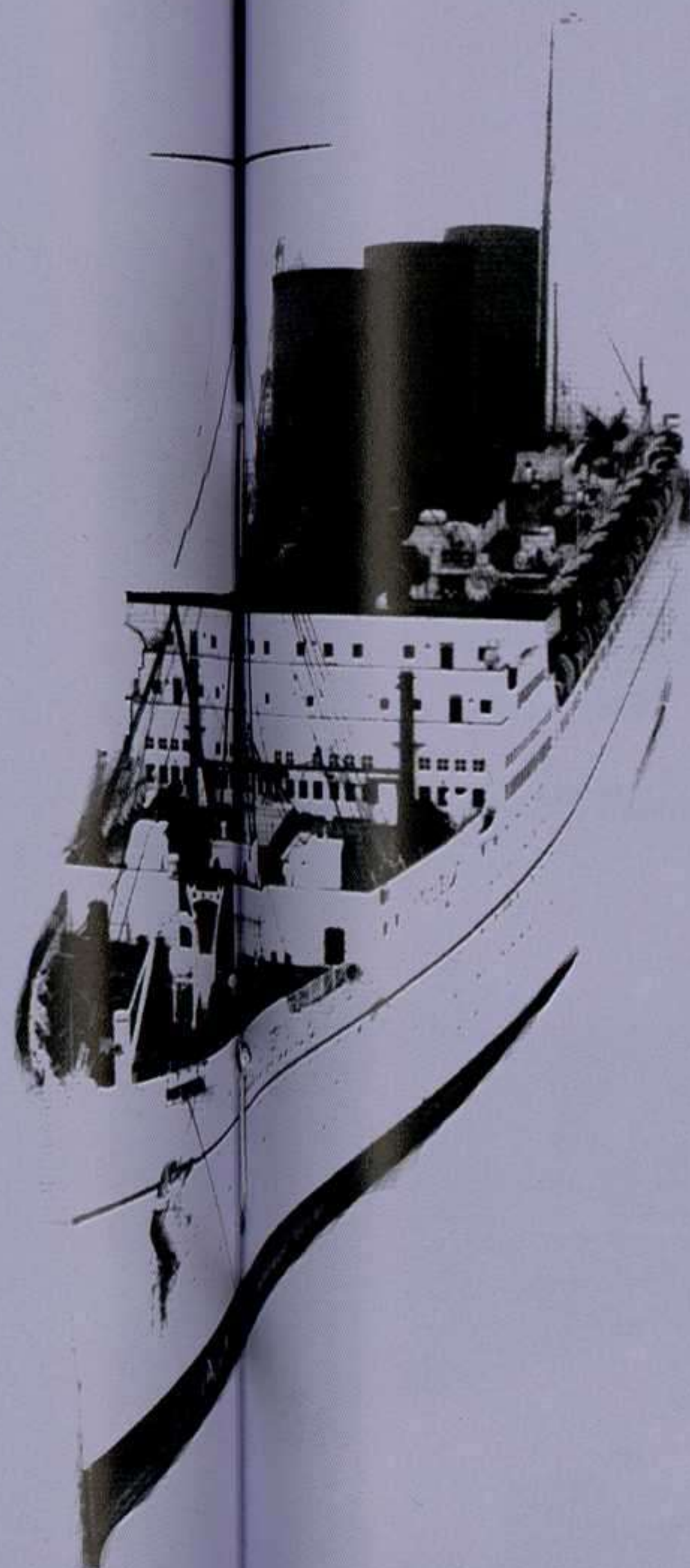
F. NIETZCHE

Contempla con ternura
el decorado de esta ciudad-collage,
el pudor de sus calles
tras la niebla dulce del crepúsculo
una tarde cualquiera de invierno.
Evoca el esplendor de sus viejos cafés,
la extraña afición de sus gentes por las casas de citas,
los paseos junto al río
y el sosiego de los pálidos bosques de olmos
de sus riberas
perdiéndose como insinuantes impulsos
bajo las colinas grises del horizonte.

¡Oh, fingida calma de este noviembre marchito de 1944!
Rota y consumida ya toda esperanza
caen los últimos días de guerra
arremolinados en las calles
con las nieves más tempranas,
invadiendo la memoria
como un lento, devastador e inflexible
ejercicio de supervivencia.

Ahora, al final de este asedio
frente a este paisaje indeciso y helado
acaso sólo tú, cómplice
esperas que la ciudad despierte
para tomarla como un amante al amanecer,
súbitamente,
todavía intacta
arrancando de la pesadilla de aquella guerra,
sus destellos letales de ciudad fantasma.

¿Qué historias delatan tus ojos turbios cansados,
qué recuerdos persiguen?
¿Quién en esta hora fatal de la espera
absuelve impaciente
tu embriaguez vertiginosa de victoria?
¿Quién te susurra una balada en mitad de la batalla?
Deja volar tus sueños,
invéntalo todo si quieres, pero déjalos partir.
Inventa incluso la humillada memoria



de la diosa que amaste,
tu último y desesperado mito
antes del desastre.

¡Qué pequeña tu victoria!
frente a la de aquella mujer sentimental y atractiva
que no se rindió nunca
ante la burguesía de la «nueva Alemania»
que ya entonces
recorría con cierto aire marcial
los pasillos del hotel Reisen.

A ti, tantas veces amada
entre las ruinas de aquella casa de la Saarstrasse,
transfigurada por el hambre
en perdida confidente de los deseos ajenos,
en estafadora de los más obscenos secretos.
A ti, Helga, mi ángel azul
mi pequeña compañera de sueños y caricias
dónde esta ciudad en la que una vez fuimos dioses
dedico estos versos,
torpe invocación de madrugada.

Porque detrás de ti
se agolpan muchas noches como esta
apoyados en la barra de un improvisado British Club
evocando tus viejas canciones
mientras un histriónico sargento aliado,
aficionado barman de oficiales
agrava con sus copas
la vacilante fortuna de los vencedores.
Porque al recordarte
aún me turba la forma de atraerme junto a ti,
tu hermoso cuerpo blanco,
la aceptación sin condiciones,
ese silencioso Nirvana tuyo de posguerra.
Porque todavía hoy
siento
cómo el condenado placer de aquellos juegos
irrumpe en mis sueños,
recorre manso e interminable mi cuerpo
con la misma perversa inocencia
que antaño tus manos.

A esta hora, ya definitivamente perdido
sólo espero que al menos
la música y el sueño absuelvan
mi nostalgia.

Isabel Escudero

'Marinas'

X

¡Sa'name mar
con la gracia de tu sal
que vengo herida de guerra,
de la tierra!

X

El barco se aleja,
de sobrecarga
la luna se lleva.

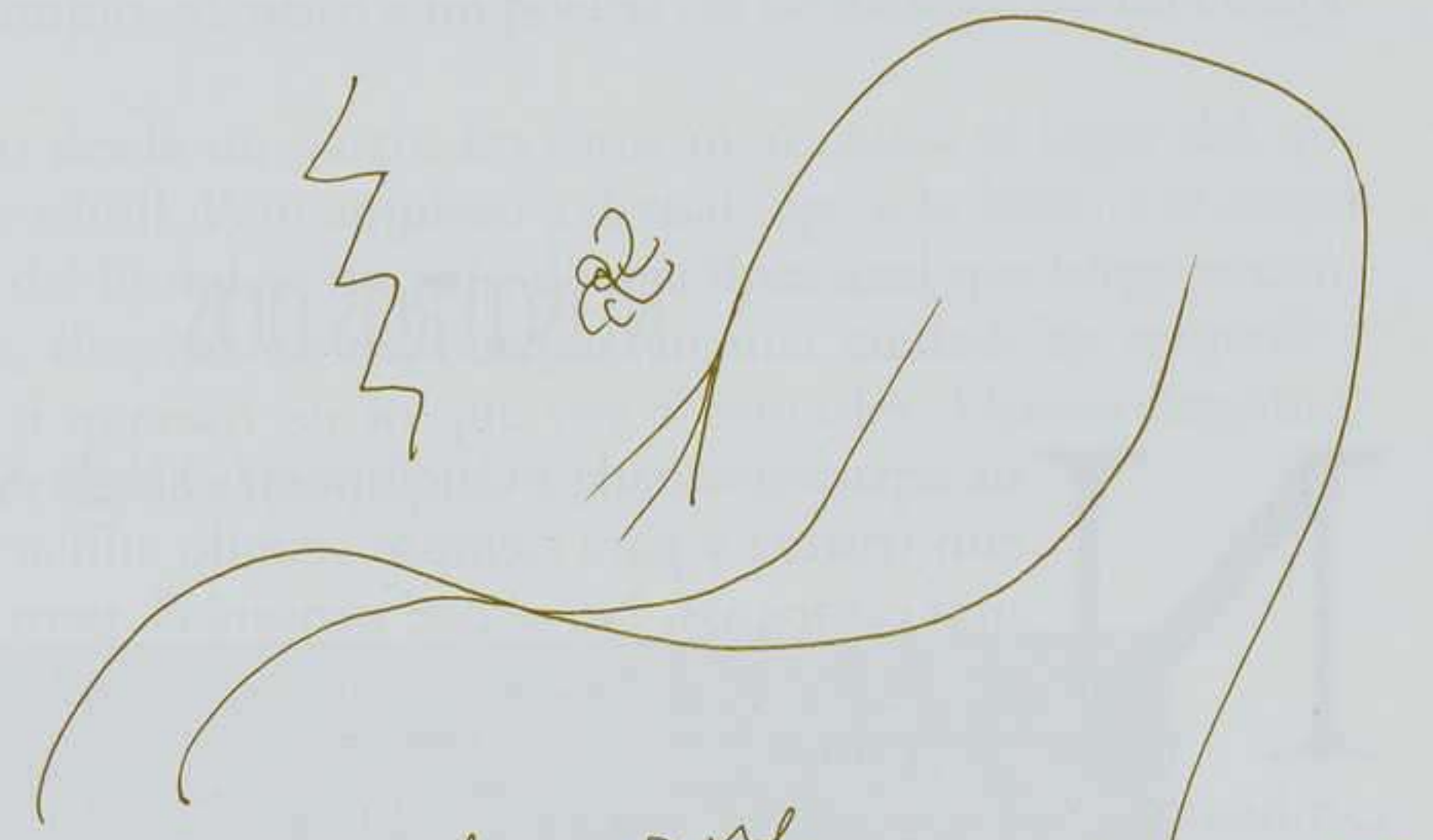
X

El pez muriendo,
lleno de luna
su ojo abierto.

Nasa de pulpos
peradilla tiene
la luna del puerto.

Para ste barco a la deriva
de la 'razón poética'...
le dedico estas olitas nuevas.

Agustín García Calvo



Y ojalá que
este barco siga navegando
No hacia un puerto ni un
fin, sino llevado por el
viento que le sopla de detrás desde
de lo sin fin!

Málaga, 4 de Mayo '80

Y ojalá que
este barco siga navegando
No hacia un puerto ni un
fin, sino llevado por el
viento que le sopla de detrás
desde lo sin fin!

BENJAMÍN PRADO

NOSOTROS DOS

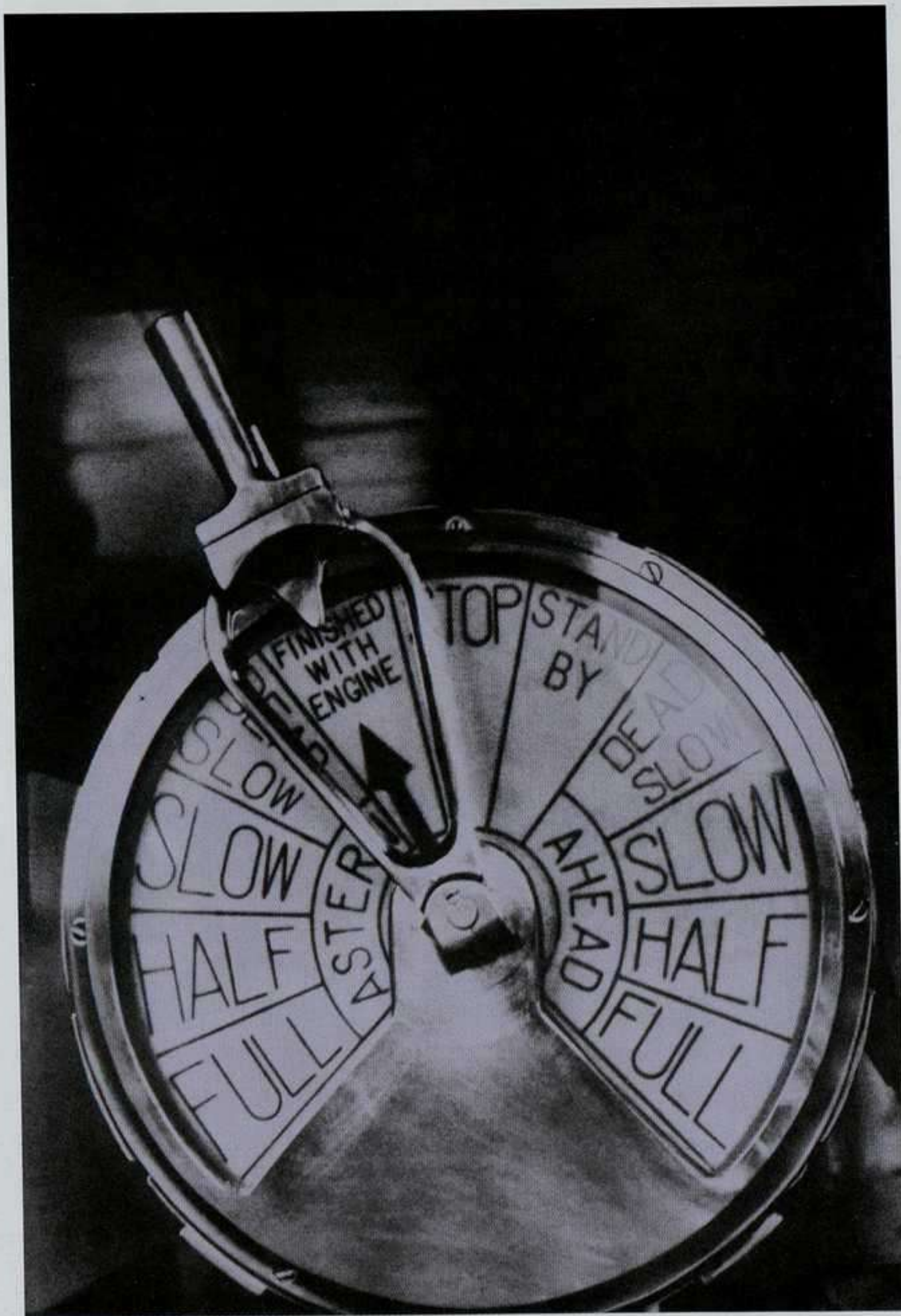
Nos separamos nada más empezar el siglo XXI. Nos separamos con tristeza y para siempre cuando aún se escuchaban la últimas campanas. No sé qué pensará él, pero yo siento una especie de vértigo y la certeza, difícil de explicar, de que todo está en el mismo sitio y también el doble de lejos. Las cosas han cambiado desde que ya no vivo en el siglo de Neruda, de Auden, de César Vallejo, de Marguerite Duras, de Raymond Carver. Miro las fechas de sus muertes y significan algo que antes no significaban: son números del siglo anterior, signos que pertenecen a los otros cien años. A Lorca lo mataron el siglo pasado. Robert Lowell murió en Nueva York, a bordo de un taxi, el siglo pasado. Anne Sexton y Sylvia Plath se suicidaron el siglo pasado, ese siglo que dentro de muy poco va a parecernos ya remoto y en el que además se ha quedado gente de carne y hueso, la gente que yo quise: Rafael Alberti, Octavio Paz, Jaime Gil de Biedma, Javier Egea. Lo malo de sobrevivir es que consiste en perder tanto como ganas. Lo malo de ir avanzando es todo lo que dejas atrás. Llegas a cualquier parte y el sitio del que saliste empieza a parecerse mentira.

Nos separamos en Nochevieja, nos cortamos por la mitad porque vivir en dos siglos distintos te transforma en dos hombres diferentes. El otro Benjamín Prado conserva su propia historia y sus propios recuerdos: tuvo algunos amigos y quizá algunos rivales, escribió diez libros, viajó mucho y vio cientos de ciudades de su época, estuvo a punto de morir dos veces, una tarde conoció a Bob Dylan.

En cuanto a mí, aún no tengo nada; pero me he quedado con su nombre, con su biblioteca y con su casa, con su mujer y sus dos hijos. Me parece bastante para empezar de cero. No voy a mirar atrás. No voy a ser la segunda parte de nada. Va a resultar muy fácil, es lo mismo que añadirle otro número a una cifra para que deje de ser cien y sea mil, para que trescientos se vuelva tres millones. No quiero pensar en él. No quiero hacerme cargo de su memoria. No quiero que la gente nos compare. Esta es mi propia vida. Puede que lea algo de lo que escribió entonces, en aquel siglo en que mataron a Lorca y están enterrados Neruda, Auden, Rafael Alberti y Javier Egea. O puede que ni siquiera haga eso. En su lugar, probablemente me ponga a escribir sobre algo

que él me dijo que soñó una noche: estaba en un lugar desconocido y había una tormenta de nieve; la vio caer durante horas, tal vez durante años; la vio tomar las calles y los tejados, acumularse poco a poco sobre sí misma; al fin salió el sol y al deshacerse la nieve apareció debajo una ciudad distinta, un mundo nuevo, más limpio, idéntico a un poema sin tachaduras o a un cuerpo sin cicatrices.

Os estoy hablando desde un barco. En estos momentos, el lugar del que zarpé resulta ya inverosímil. Pero empiezo a divisar algo a lo lejos; a lo mejor se trata de una isla o del litoral de un país, de una línea azul que luego se convertirá en una playa, después en un bosque, en una ciudad, en mujeres y hombres que no sé si querrán oír lo que voy a contarles. Hemos llegado y todo empieza otra vez desde el principio.



I g n a c i o



del Río

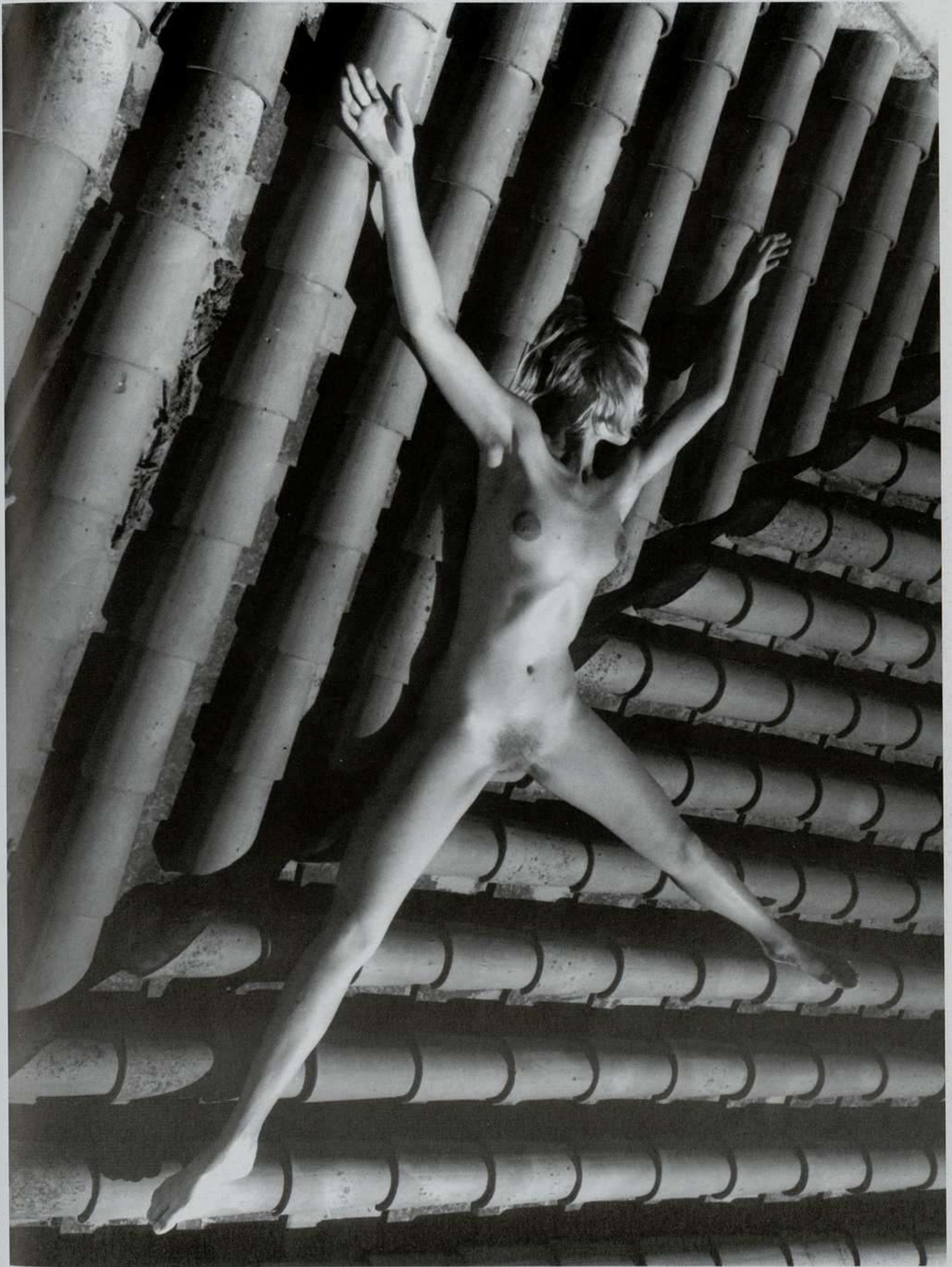


Sobre la vida de *pasajero* existo

Pepe



P o n c e



Carlos Ramírez



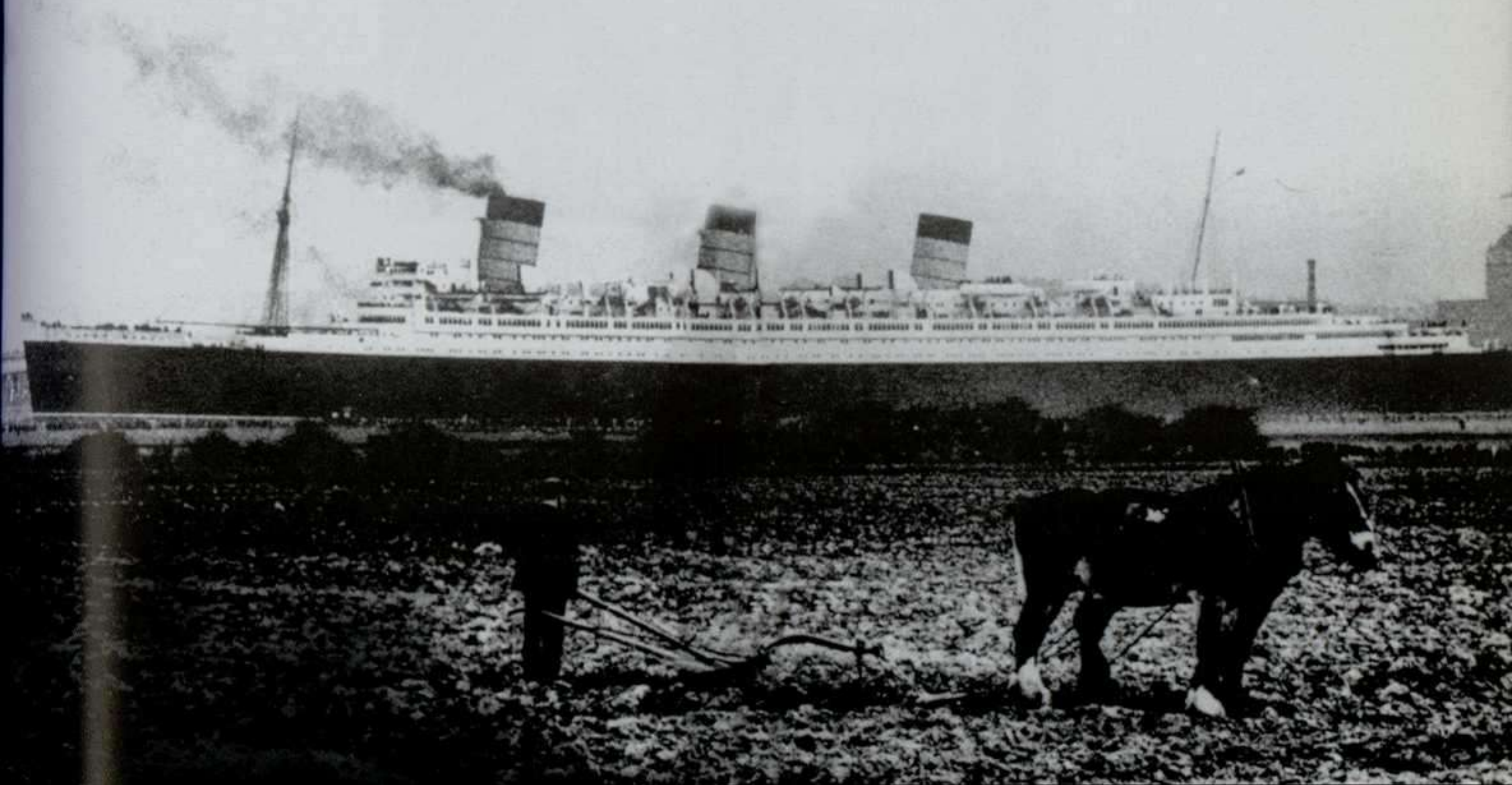
Rafael Inglada

0
0
0
2



Litoral, homenaje 2000

Inglada
99



Es bueno vivir cerca del *agua*.

Pasan los barcos tan cerca de tierra
que un hombre podría alargar la mano
y arrancar una rama de uno de los sauces
que aquí crecen. Corren caballos
por la orilla, en la playa.

Si los hombres de a bordo quisieran, podrían
hacer un lazo con una soga y lanzarlo y llevarse
uno de los caballos a cubierta.

Algo que les haga compañía
en su largo viaje a Oriente.

RAYMOND CARVER

Índice de barcos



pág.

- 1 El OLYMPIC de la *White Star Line* en el puerto de Southampton en Junio de 1911. Gemelo del célebre *Titanic*, en él viajó FEDERICO GARCÍA LORCA a Nueva York en 1929. Fue el barco más grande de línea entre los años 1912-1913. Transportaba más de 2.500 pasajeros. Fue desguazado en 1935.
- 2 Cuadro de CLAUS BERGEN titulado *La Partida*. Representa al transatlántico COLOMBUS de la *North German Lloyd* saliendo del puerto de Nueva York. Se encuentra en el *German Ship Museum*, Bremerhaven.
- 4 Foto de principios de siglo de los llamados «viajeros de entrepunte» echando el primer vistazo a la tierra prometida.
- 6 Pasajeros leyendo en la cubierta de 1ª clase del EMPRESS OF BRITAIN de la *Canadian Pacific*. Con sus altas chimeneas y su silueta blanca era considerado uno de los barcos más bellos de su época.
- 8 El MAURETANIA de la *Cunard* en el puerto de Nueva York hacia los años 20. Botado en 1906. Poseedor de la *Cinta azul* durante más de 20 años, acreditándolo así como el barco más rápido de la época. Fue desguazado en 1935.
- 12 La Banda de música del KRONPRINZ WILHELM en 1902.
- 16 Silueta del MAJESTIC de la *White Star Line*. Botado en 1914 con el nombre de BISMARCK para la *Hamburg Amerika Line* fue cedido a Inglaterra después del Tratado de Versalles. Fue desguazado en 1936.
- 17 El FRANCE de la *Compañía General Transatlántica*. Botado en 1910, hacía el servicio Le Havre–Nueva York. Barco de gran lujo. En algunos transatlánticos de esta compañía, las chuletas que se servían en el restaurante de 1ª clase llevaban grabadas en el hueso la iniciales de los pasajeros a los que iban destinadas.
- 20 Silueta del AQUITANIA de la *Cunard*. La silueta de este barco, tomada de una foto de los años 20, ha sido utilizada durante años en LITORAL como viñeta para ilustrar sus números publicados.
- 24 El capitán y oficiales en el puente del TEUTONIC de la *White Star Line*. Botado el 19 de Enero de 1889. Transportaba 1.500 pasajeros.
- 25 El VATERLAND de la *Hamburgo-America Line*. Botado en 1913. Tras la primera guerra mundial fue requisado por el gobierno de los Estados Unidos y bautizado con el nombre de LEVIATHAN. Desguazado en 1937.
- 28 Piernas de bailarinas en la cubierta del AQUITANIA en 1926.
- 32 Silueta del ILE DE FRANCE de la Compañía General Transatlántica.
- 36 Foto del PARIS de la *Compañía General Transatlántica* en 1927. En 1939 se hundió tras un incendio en el puerto de Le Havre.

- 37 El STRATHAVNER de la *P&O Steam Navigation*. Botado en 1931. Hacía la línea Londres-Sydney. Desguazado en 1962.
- 40 Un pasajero en la cubierta del DORIC de la *White Star Line* en 1914.
- 48 El QUEEN MARY en el puerto de Nueva York hacia los años 30.
- 51 El LUSITANIA de la *Cunard* pintado por KEN MARSCHALL, uno de los más reputados pintores de barcos de línea. Son célebres sus recreaciones del *Titanic*.
- 52 Silueta del PARIS, paquebote conocido por su exquisita cocina. Transportaba más de 2.200 pasajeros en la línea Le Havre Nueva York.
- 56 Dibujo del VICEROY OF INDIA de la *P&O*. Hace su viaje inaugural en Febrero de 1929. Hundido por un submarino alemán en el norte de Africa en 1942.
- 60 Como resultado del desastre del *TITANIC* las compañías navieras desarrollaron mayores medidas de seguridad. Esta foto muestra las pruebas que se hacían con los botes de salvamento en EL *IMPERATOR* de la *Hamburg America Line* que hacía la ruta Cuxhaven-Nueva York. Transportaba 700 pasajeros de primera clase, 600 de segunda clase, 1.000 de tercera clase y 1.800 de cuarta clase.
- 64 El gigante transatlántico LEVIATHAN parte para Nueva York en una tarde de invierno en 1929.
- 66 Silueta del ATLANTIQUE de la *Compañía Sud-Atlántica*. Botado en 1930. Hacía la línea Bordeaux-Buenos Aires. Fue destruido por un incendio en 1933.
- 68 Desmantelamiento del BERENGARIA en 1948 en Escocia. Las escenas que se vivían en los desguaces a menudo eran apocalípticas.
- 70-71 Interiores de lujo en la primera clase del *IMPERATOR* en 1913.
- 73 Botadura del NIUW AMSTERDAM el 10 de Agosto de 1937.
- 74 Cubierta *Boulevard del Atlántico* del mítico ILE DE FRANCE de la *Compañía General Transatlántica* en 1927. Botado en 1926, transportaba 1.586 pasajeros.
- 78 Pasajeras embarcando en el NALDERA de la compañía *P&O* en 1918.
- 80 El EMPRESS OF BRITAIN de la *Canadian Pacific* fue bautizado el 11 de Junio de 1930. Por primera vez esta ceremonia fue transmitida por radio a Canada y Estados Unidos. Este barco se diseñó para dar la vuelta al mundo, lo cual hizo hasta el 1939 en un viaje de 30.000 millas de recorrido. Transportaba 465 pasajeros de primera clase, 260 de la clase turista y 470 de tercera clase.
- 82 Silueta del NORMANDIE de la *Compañía General Transatlántica*. Ganador de la *Cinta Azul* como el barco más veloz en cruzar el Atlántico en 1939.
- 84 El LUSITANIA de la *Cunard* en el puerto de Liverpool en Septiembre de 1907.
- 88 El EUROPA de la North German Lloyds en 1918.
- 91 Silueta estilizada del UNITED STATES de la *United States Line Co*, botado en 1951. Durante años fue el barco de línea más rápido del mundo.
- 92 Cubierta del LEVIATHAN con el biplano Fokker preparado para despegar con la primera entrega de correo de barco a tierra el 1 de agosto de 1927.
- 95 El PARIS de la *Compañía General Transatlántica* en viaje a América.
- 97 Hélices del QUEEN MARY de la *Cunard*.
- 100 El VEENDAM, barco en el que EMILIO PRADOS viajó a América.
- 104 Silueta estilizada del MAJESTIC de la *Hamburgo America Line*.
- 108 Embarcando un automóvil en el NORMANDIE.
- 112 Barcos de la *Cunard* y *White Star Line* en el puerto de Liverpool en 1920.
- 116 El DEUTSCHLAND de la *Hamburg-America Line*. Botado en 1900 hacía la línea

- Hamburgo –Nueva York. Fue el barco más rápido en 1910-1911.
- 120 Una poética fotografía del AQUITANIA en el puerto de Southampton en 1946.
- 124 El AQUITANIA entrando un lluvioso día en Nueva York en 1945.
- 128 El TITANIC de la *White Star Line* en su viaje inaugural, tras estar a punto de colisionar con el NEW YORK en el puerto de Southampton en Abril de 1912.
- 130 El KRONPRINZESSEN CECILE en tiempos de guerra en el puerto de Nueva York.
- 132 Silueta del QUEEN ELIZABETH de la *Cunard-White Star Line*. Botado en 1938. Uno de los barcos con mayor tonelaje jamás construidos, 83,673. En 1970 fue vendido como Universidad flotante en Hong-Kong. Dos años más tarde sufrió un sabotaje y fue incendiado y hundido.
- 138 Cubierta de popa del antiguo FRANCE de la *Compañía General Transatlántica*. Botado en 1910. El puente llegaba a inclinarse hasta 20° con el cabeceo de las olas. Por su lujo le denominaron *El Chateau del Atlántico*.
- 143 El QUEEN ELIZABETH se enfrenta en Enero de 1948 a la tormenta más grande de su carrera, con olas de hasta 25 metros en mitad del Atlántico.
- 144 El QUEEN MARY es saludado por marineros británicos desde el portaviones *Hermes* cuando pasa por el Canal de la Mancha en Octubre de 1967.
- 146 El OLIMPIC desde una foto tomada desde el *Royal Yatch Squadron*, Cowes, hacia los años 30.
- 147-150 El TITANIC es fotografiado desde el ojo de buey de uno de los barcos anclados en Southampton, Abril de 1912.
- 152-155 Tres secuencias del NORMANDIE entrando en el puerto de Nueva York en Junio de 1935.
- 158 El mítico LUSITANIA en 1907. Fue hundido por un submarino alemán en 1915 frente a la costas de Irlanda.
- 161-163 Secuencia recreada con la última foto del TITANIC tomada desde la costa sur de Irlanda el 11 de Abril de 1912. Iban 2.206 pasajeros.
- 164 El ILE DE FRANCE navega con sus humeantes chimeneas en Julio de 1949.
- 170 CARMEN SAVAL PRADOS en la cubierta del AUGUSTUS de la *Italia Line*, en viaje de Buenos Aires a Barcelona en 1955.
- 172 Un avión correo despegando desde la cubierta del BREMEN de la *Norddeutscher Lloyd* en 1929. Botado en 1928. Fue incendiado y hundido en 1941. En él llegó Rafael Alberti a Nueva York en 1934.
- 174 El NIUW AMSTERDAM de la *Holland American Line* en la mitad del Atlántico.
- 176 El EMPRESS OF BRITAIN entra en los muelles de Southampton el 17 de Noviembre de 1937.
- 178 Silueta del ILE DE FRANCE entrando en Nueva York en Julio de 1949.
- 189 El Queen Mary 1936.

Faint, illegible text on the left page, possibly bleed-through from the reverse side.

Faint, illegible text on the right page, possibly bleed-through from the reverse side.



El Perfil del Aire en la bahía de Benalmádena

*La carta-océano no fue inventada para hacer poesía
Pero cuando se viaja cuando se comercia cuando se está a bordo
cuando se envían cartas-océano
Se hace poesía,*

escribió Blaise Cendrars.

LITORAL agradece a cuantos han querido hacer este viaje de un siglo a otro bajo nuestra bandera el que nos hayan enviado sus cartas-océano, llenando los camarotes, las cubiertas, el puente, las bodegas, el barco entero con el equipaje del pensamiento. Igualmente, damos las gracias a aquellos que, sin llegar a embarcarse con nosotros por distintas razones, sin embargo nos hicieron llegar sus palabras de aliento como pañuelos de despedida en los muelles desde los que nos hicimos a la mar.

Y, por supuesto, **LITORAL** quiere expresar su agradecimiento a todos los lectores que siguieron su estela durante tantos años del siglo pasado, haciendo posible con su fidelidad este nuevo rumbo. Y también a los capitanes, a los viejos lobos de mar, a los náufragos, incluso a los piratas y monstruos marinos que inspiraron fantásticas historias a Joseph Conrad, Robert Louis Stevenson, Rudyard Kipling, Julio Verne, Herman Melville, Daniel Defoe, Jack London, Stephen Crane, Edgard Allan Poe, Gabriel García Márquez, William Hope Hodgson, Pablo Neruda, Rafael Alberti y tantos otros que nos envenenaron de azules la infancia.

Todos ellos, los que están hoy a bordo y los que viven en nuestra memoria de lectores, con el mar como insignia de sus sueños, han conseguido que este número de la revista, titulado *Pasajeros*, se terminara de imprimir el día XXX de V de MM, festividad de San Fernando, en los talleres de Gráficas San Pancrancio de Málaga bajo la orientación de Lorenzo Saval y María José Amado.

Fueron tripulantes en esta travesía Miguel Gómez Peña, José Antonio Mesa Toré, Pilar Salado, María Victoria Balmaseda, Carmen Saval Prados, Antonio Jiménez Millán, Carlos Narea, Ignacio del Río, Paco Saval, Samuel y Jacobo Gómez Navarro, Carmen Ortiz Salvatierra, Arthur Gordon Pym y el Capitán Garfio.

Portada: Lorenzo Saval. *Pasajeros*, collage, 1999

LITORAL



N Ú M E R O S P U B L I C A D O S

1968

- π 1. La Generación del 27 (Homenaje)
- π 2. Dedicado a Europa
- π 3. Desde Andalucía a **Rafael Alberti**
- π 4. La Fiesta de los Toros
- π 5. Dedicado a la Navidad
- π 6. A **Pablo Picasso**
- π 7. Los muros toman la palabras (Mayo, 68)
- π 8-9. Llanto de Granada. **Federico García Lorca**
- π 10. La poesía de la Generación del 70
- π 11. Poetas andaluces del 50
- π 12. Homenaje a **Antonio Machado**

1969-1971

- π 13-14. Homenaje a **Emilio Prados** y **Manuel Altolaguirre**
- π 15-16. Nueva Generación (Antología)
- π 17-18. Homenaje al escultor **Alberto Sánchez**
- π 19-20. Homenaje a **Carlos Edmundo de Ory**
- π 21-22. Ronda y un Torero
- π 23-24. A los 90 años de **Pablo Picasso**

1971-1973

- π 25-26. LITORAL 1926 (1ª Entrega: n^{os} 1, 2 y 3)
- π 27-28. LITORAL 1926 (2ª Entrega: n^{os} 4, 5, 6 y 7)
- π 29-30. LITORAL 1926 (3ª Entrega: n^{os} 8 y 9)
- π 31-32. LITORAL MÉXICO 1944 (N^{os} 1 y 2)
- π 33-34. LITORAL MÉXICO 1944 (N^o 3)
- π 35-36. De Cádiz a Granada (Homenaje a **Manuel de Falla**)

1973-1974

- ☉ 37-40. *La Claridad desierta*, de **José Bergamín**
- π 41-42. Tres poetas andaluces. *Suplemento*: Chile y la muerte de **Pablo Neruda**
- π 43-44. *Roma, peligro de caminantes*, de **Rafael Alberti**
- ☉ 45-46. Los Andaluces Cuentan (Narrativa).
- π 47-48. *Ilustración y defensa del toreo*, de **José Bergamín**

1975-1976

- π 49-50. 50 Números de LITORAL. Orígenes de la Vanguardia Española
- ☉ 51-52. *En breve*, de **Dionisio Ridruejo**
- ☉ 53-58. Portugal. La revolución de los claveles
- π 59-60. Los poetas del exilio

1976-1977

- π 61-63. Poesía en la cárcel
- ☉ 64-66. **Mao Tse-Tung**
- ☉ 67-69. Homenaje a **León Felipe**
- π 70-72. *Cuadernos de Rute*, de **Rafael Alberti**

1978-1979

- π 73-75. Vida y muerte de **Miguel Hernández**
- π 76-78. Perfil de **César Vallejo**
- π 79-81. A **Luis Cernuda**
- ☉ 82-84. Poesía americana contemporánea

1979-1980

- ☉ 85-87. *Moheda*, de **Rafael Guillén**
- ☉ 88-90. *El hacedor de calendarios*, de **Lorenzo Saval**
- ☉ 91-93. *Señales*, de **Juan Rejano**
- π 94-96. Cuatro Suplementos LITORAL. 1ª época

1980-1981

- π 97-99. **Fernando Villalón**. 2 Suplementos. 1ª época
- ☉ 100-102. **Emilio Prados**
- π 103-105. **Vicente Aleixandre**
- ☉ 106-108. Poesía sueca contemporánea

1982

- π 109-111. Correspondencia **Alberti-Bergamín**
- ☉ 112-114. **Antonio L. Bouza**
- π 115-117. **Pedro Garfias**
- π 118-120. Antología de la Joven Poesía Andaluza

1983

- π 121-123. **María Zambrano**. Tomo I
- π 124-126. **María Zambrano**. Tomo II
- ☉ 127-129. Poesía sueca contemporánea (2ª entrega)
- π 130-132. **Cernuda-Alberti**. 2 Suplementos. 1ª época

1983-1984

- ☉ 133-135. **José María Hinojosa**. Tomo I
- ☉ 136-138. **José María Hinojosa**. Tomo II
- π 139-141. Poesía árabe-andaluza
- ☉ 142-144. **José Bergamín**. Antología periodística, I

1984-1985

- ☉ 145-147. **José Bergamín**. Antología periodística, II
- ☉ 148-150. **José Bergamín**. Antología periodística, III
- π 151-153. Poesía erótica, I
- π 154-156. Poesía erótica, II

1985-1986

- π 157-159. Poesía árabe actual
 ∞ 160-162. **Gerald Brenan**
 π 163-165. **Jaime Gil de Biedma**
 ∞ 166-168. **Jaime Siles**

1986-1987

- ∞ 169-170. Literatura escrita por mujeres
 ∞ 171. *El Guadalhorce*. Homenaje a **Ángel Caffarena**
 ∞ 172(-173). **Francisco Giner de los Ríos**

1987

- (172-)173. **Francisco Giner de los Ríos**
 π 174-176. Surrealismo. El ojo Soluble

1988

- ∞ 177. Poesía árabe clásica oriental
 ∞ 178-180. Veinte años de LITORAL

1989

- ≈ 181-182. **Manuel Altolaguirre**
 π 183-184. Poesía del Rock

1990

- π (183-)185. Poesía del Rock
 ≈ 186-187. **Emilio Prados**. La ausencia luminosa
 ∞ 188. **Luis Antonio de Villena**

1991

- † 189-190. Navegaciones. **Pablo Neruda**
 † 191-192. **Nerhu**. Escritos

1992

- † 193-194. Poesía norteamericana contemporánea
 † 195-196. Memoria de América en la poesía

1993

- * 197-198. Poesía ucraniana contemporánea
 * 199-200. Poesía catalana actual

1994

- * 201-202. Poesía italiana contemporánea
 * 203-204. **Carlos Arniches**. El Alma Popular

1995

- * 205-206. Poesía vasca contemporánea
 * 207-208. **Dionisio Ridruejo**. *Dentro del tiempo*

1996

- * 209-210. Poesía gallega contemporánea
 * 211-212. Eros picassiano

1997

- * 213-214. **María Victoria Atencia**. El vuelo
 ‡ 215-216. Poesía cubana

1998

- π 217-218. **Luis García Montero**. Complicidades
 π 219-220. **Rafael Alberti**. El amor y los ángeles

1999

- * 221-222. **Constandinos Cavafis**.
 π 223-224. **Chile**. Antología de la poesía contemporánea

2000

- * 225-226. **Pasajeros**

π	Agotado
∞	2.500,— PTAS. 15,03 EUROS
≈	3.000,— PTAS. 18,03 EUROS
†	3.500,— PTAS. 21,04 EUROS
*	3.700,— PTAS. 22,24 EUROS
‡	3.850,— PTAS. 23,14 EUROS
∞	4.000,— PTAS. 24,04 EUROS

Precio de la suscripción anual

España	7.900 ptas.
Europa (correo superficie)	8.500 ptas.
América (correo aéreo)	90 \$ USA
Resto	95 \$ USA

Dirige	Lorenzo Saval
Adjunta a la dirección	María José Amado
Edita	Revista Litoral, S. A.
Redacción y administración	Pilar Salado Jimena Urb. La Roca, 107-C. 29620 Torremolinos, Málaga Tel. 952 38 82 57 fax 952 38 07 58 litoral@teleline.es http://www.apex-es.com/litoral
Maquetación y diseño	Miguel Gómez Peña & Lorenzo Saval
Distribución	LES PUNXES. Sardenya, 75-81. 08018 Barcelona TEL. 934 85 63 80 FAX 933 00 90 91 punxes@fedecali.es DISTRIFORMA. Oficio, 16. 28906 Getafe, Madrid. TEL. 916 017 742 FAX 916 838 510 distriforma@fimasoft.es
Delegación en Madrid	Turia Balmaseda. Tel. 913 668 977

LITORAL
Boletín de Suscripción

Enviar a Revista Litoral, S. A. Urb. La Roca, 107-C 29620 Torremolinos Málaga
Tel. 952 388 257 fax 952 380 758. litoralr@teleline.es

Apellidos... ..

Nombre

Domicilio

CP Localidad

Provincia Teléfono

Deseo suscribirme a la Revista Litoral durante un año, a partir del número

Suscripción anual	España	7.900 PTAS (47,48 EUROS)
	Europa	8.500 PTAS (51,09 EUROS)
	América	90\$ EEUU

Deseo recibir los siguientes números atrasados
... ..
... ..

Modalidades de pago

- Cheque nominativo a Revista Litoral S. A.
- Transferencia bancaria a la cuenta 2103-3022-89-0030001175 de Unicaja
- Domiciliación bancaria (sólo para España).

Pago por domiciliación bancaria

Muy Sres míos:

Ruego a Vds. abonen hasta nueva orden los recibos que con periodicidad anual presente
Revista Litoral, S, A. cargando su importe en la cuenta abierta a mi nombre; en esa entidad.

Banco / Caja de Ahorros Localidad

Dirección

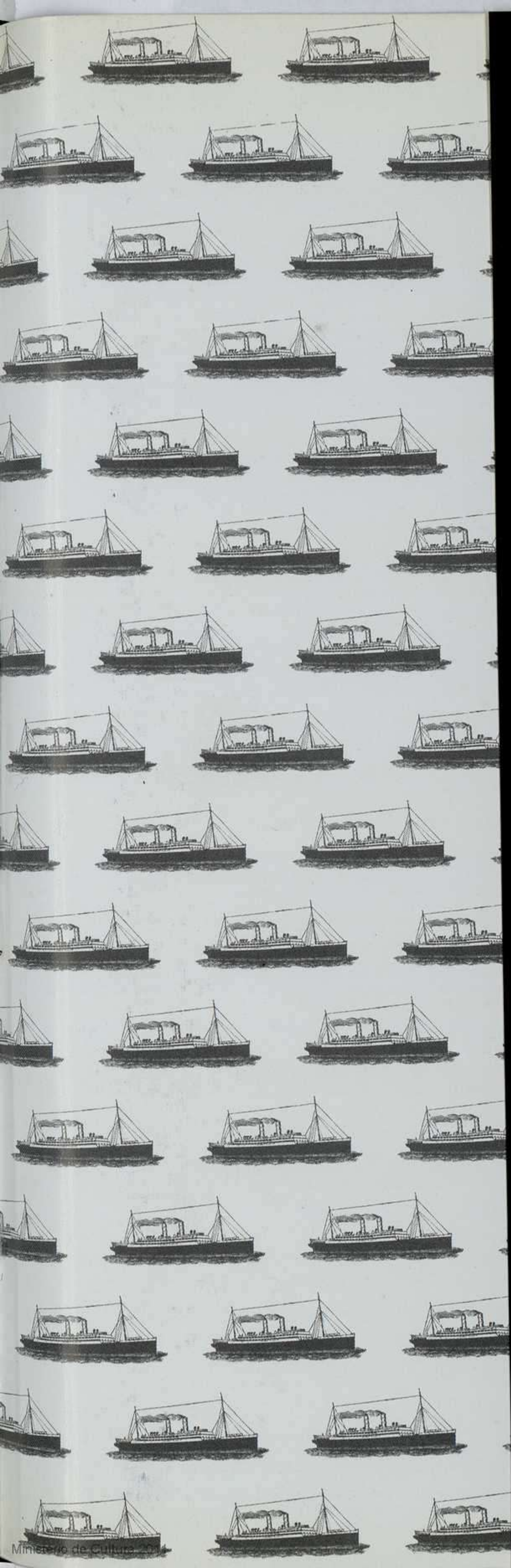
Entidad _ _ _ _ Oficina _ _ _ _ D.C _ _ N.º Cuenta _ _ _ _ _ _ _ _

NIF _ _ _ _ _ _ _ _

Nombre y apellidos del titular

Domicilio del titular

Fecha Firma



litoral

Revista de la Poesía y el Pensamiento

Publicada en Málaga
Andalucía España Europa

litoral nació en Málaga en Noviembre de 1926. Los poetas Emilio Prados y Manuel Altolaguirre, al frente de la imprenta Sur, tuvieron el acierto de publicar en la revista y en sus Suplementos primeros poemas, dibujos, grabados y partituras de la mayoría de los artistas que luego habrían de pasar a la historia con el nombre de Generación del 27.

Las colaboraciones de García Lorca, Alberti, Bergamín, Cernuda, Guillén, Larrea, Moreno Villa, Gerardo Diego, Aleixandre, Dámaso Alonso, Gómez de la Serna, Picasso, Juan Gris, Miró, Ángeles Ortiz, Palencia, Peinado, Bore, Dalí, Halffter, Falla, etc., convirtieron a LITORAL en el motor entusiasta de la renovación artística propugnada por las vanguardias y en el buque insignia de esa generación.

Con Hinojosa hubo una segunda época, breve, que pretendió dar alas al surrealismo en España. Con Rejano, Giner de los Ríos, Moreno Villa y otros intelectuales españoles conoció LITORAL, en el exilio mexicano, una tercera etapa, también de corta duración.

Fue en la primavera de 1968 cuando José María Amado decidió volver a publicarla, otra vez en Málaga, con el empeño de reivindicar el papel histórico de la Generación del 27, tras tantos años de silencio o persecución por parte de la cultura oficial.

Se reprodujeron los números de las tres primeras etapas de LITORAL, se difundió la obra de aquellos artistas que pagaron con la cárcel, el exilio y el olvido su compromiso moral con el pueblo español y se logró que algunos de ellos —Alberti, Picasso o Bergamín— publicaran de nuevo en la revista. A veces, con libros inéditos como *Roma, peligro para caminantes* o *La claridad desierta*.

Desde entonces LITORAL ha ido incorporando en sus páginas las voces más personales de las sucesivas generaciones de nuestro país y ha mostrado las manifestaciones artísticas de otras culturas.

Números dedicados a Brennan, León Felipe, Neruda, Gil de Biedma, Jaime Siles, Luis Antonio de Villena, María Victoria Atencia o Luis García Montero y antologías de poesía sueca, árabe, norteamericana, italiana, cubana, chilena, catalana, vasca, gallega, escrita por mujeres, del rock, erótica, etc., son ejemplos, entre otros muchos, de que, de acuerdo con el espíritu de sus fundadores y directores, LITORAL siempre ha estado abierta al arte y al pensamiento modernos.



Joan Manuel Serrat Eduardo Chillida Javier Mariscal Miguel Ríos Stefan von Reitwitz
Teté Vargas Machuca Francisco Ruiz Noguera Luis Alberto de Cuenca Chema Lumbreras
Felipe Benítez Reyes Eugenio Chicano Guillermo Pérez Villalta Juan Lamillar José
Antonio Garriga Vela Chema Cobo Joaquín Sabina Lou Dubois Luis García Montero
Dámaso Ruano Miquel de Palol Vicente Gallego José Hierro Enrique Brinkmann
Antonio Jiménez Millán Sebastián Navas Antonio Jiménez Manolo Morales Aurora
Luque Diego Santos Luis Muñoz Montse Gallego Antonio Soler Alfredo Taján
Robert Harvey Francisco Aguilar Pablo García Baena Jorge Lindell J. M. Cabra de Luna
Luis Antonio de Villena José Antonio Diazdel Juan Carlos Lainez Rafael Ballesteros
César Antonio Molina Jaime Siles Marcos Ricardo Barnatán Álvaro García Joan
Margarit María Victoria Atencia Francisco Díaz de Castro Camilo de Oro Federico
Mayor Zaragoza Manuel Carmona Esther Tusquets Manuel Montalbán Antonio
Garrido Juan Cruz Titi Pedroche Miguel Gómez Patricio Hernández Manuel Vázquez
Montalbán Lorenzo Saval Juan Bonilla Pilar Bernabeu Pere Rovira Víctor Ramírez
Mario Gómez Francisco Fortuny Guillermo Busutil Juan Manuel Villalba Jesús Aguado
Daniel García Florindo Javier Paxariño Luis Eduardo Aute María Navarro María Eloy
García Esther Morillas José Baena Juan Carlos Rodríguez Román Gubern José García
Velasco José Antonio Mesa Toré José Luis González Vera Héctor Márquez Miguel
Rodríguez Acosta Carmen Saval Prados Roberto Bolaño Raquel y Nuria Díaz
(maldeamores) Jesús García Gallego Isabel Escudero Agustín García Calvo Benjamín
Prado Ignacio del Río Pepe Ponce Carlos Ramírez Rafael Inglada



área de cultura y educación
Diputación Provincial de Málaga



LITORAL

PASSAJE

FERROS